

DAD A
CIÓN G

PLATE
115
ANABASIS



DE28
B3
1835
V.5
C.1





INTER PARATVIVM

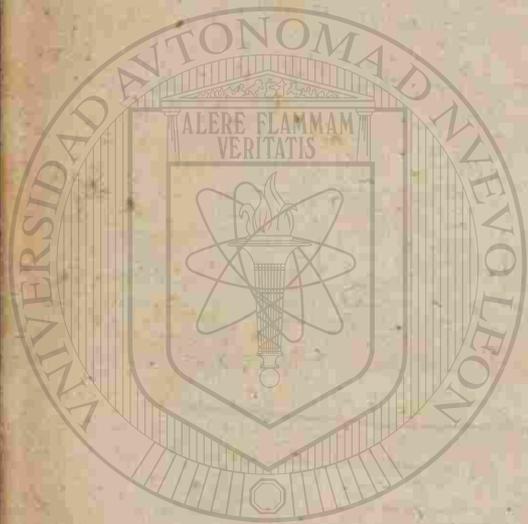
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080022388



VIAGE

DEL

JOVEN ANAGARSIS.

UANL

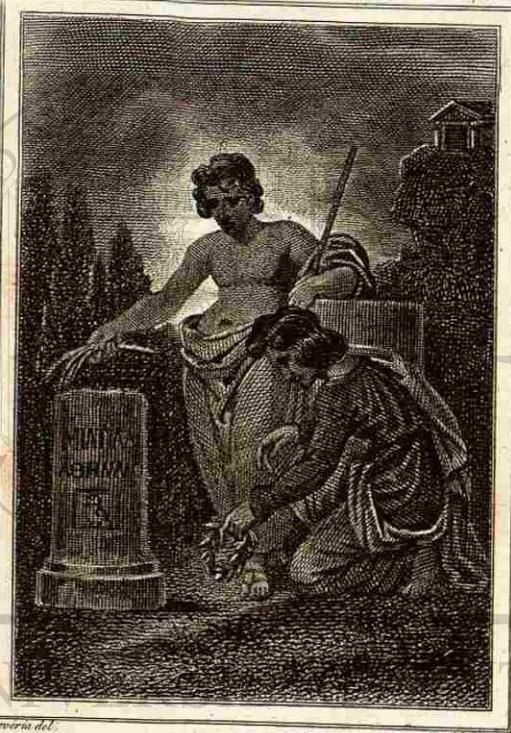
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tom. V.

Cap. III.



Doveris del.

Wacht, file etc.

SEPULCRO DE MILCIADES.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIAGE

DEL JOVEN

ANACARSIS

A LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE LA ERA VOLGAR.

POR

Juan Jacobo Gauthelmy.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO.

EDICION REVISTA Y CORREGIDA CON ESmero.

ADORNADA CON 46 LAMINAS, VARIOS PLANES Y UN MAPA GENERAL DE LA GRECIA.

AUMENTADA CON UN

INDICE ALFABETICO DE GEOGRAFIA COMPARADA.

TOMO QUINTO



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

PARIS,

México,

LIBRERIA DE ROSA.

LIBRERIA DE CALZADILLA.

1835.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Df 28

83

1935

V. S. IV



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Universitaria

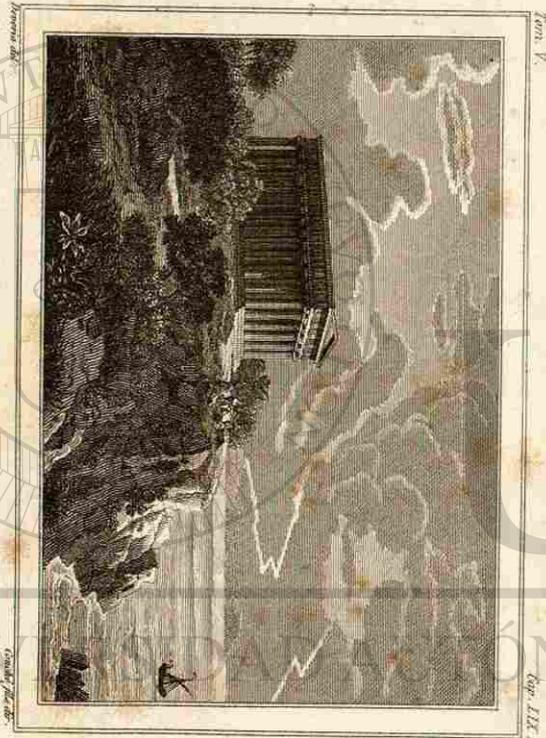
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

011085

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
en el promontorio de Sunio

PLATÓN



Tom. V.

cap. LIX.

VIAGE

DEL

JOVEN ANAGARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO LIX.

VIAGE A LA ATICA; AGRICULTURA. MINAS DE SUNIO. DISCURSO DE PLATON SOBRE LA FORMACION DEL MUNDO.

Solia yo pasar estaciones enteras en diferentes casas de campo; y habia recorrido tambien varias veces la Atica. Voy pues á reunir aquí las singularidades que me causaron mas impresion en mis viages.

Las tierras están separadas unas de otras con setos ó paredes. Es una institucion muy atinada la de señalar, como se hace, las que están hipotecadas, por medio de unas columnas pequeñas, en donde hay una inscripcion que recuerda las

obligaciones contraídas con el acreedor. Semejantes columnas puestas delante de las casas, hacen ver á todos, que están empeñadas, y el prestador no tiene que temer que otras deudas clandestinas perjudiquen á la suya.

El poseedor de un campo no puede abrir en él pozos, ni edificar una casa, ó levantar una pared, sino á cierta distancia del campo inmediato, determinada por la ley.

Tampoco puede desviar al campo de su vecino las aguas de las alturas que rodean el suyo; pero puede dirigirlas hácia el camino público, y entonces toca á los propietarios lindantes, libertarse de ellas. En algunos parages se recogen las aguas en zanjas, por donde se las dirige lejos.

Apolodoro tenia una vasta posesion cerca de Eleusis, á la cual me llevó, á tiempo que estaban en la siega: la campiña estaba cubierta de espigas doradas, y de esclavos, que las derribaban al golpe de su hoz cortante: los muchachos las recogian y las presentaban á los que hacian las gavillas.

Al salir la aurora se echó mano al trabajo, y de él debian participar todos los de la casa. En una extremidad del campo, á la sombra de un frondoso arbol, preparaban los hombres la carne; las mugeres cocian lentejas, y echaban harina en calderos llenos de agua cociendo, para la comida de los segadores, quienes se anima-

ban al trabajo con canciones que hacian resonar los campos.

Animo, amigos, no haya reposo,
Al campo vamos á trabajar.
Caiga la espiga, que al firme golpe
De la hoz de Ceres en tierra da.
¡ Dios que el trigo nos descubriste,
Nuestros trabajos presidirás!
¿Quieres que engruese el rubio grano?
La mies tendida recogerás,
Y las gavillas amontonadas
Mirando al norte colocarás.
La aurora viene, la cogujada
En nuestro campo resuena ya;
Duérmase solo cuando ella sueña,
Que quien se duerme no medrará.

En otras coplas envidiaban la suerte de la rana, que siempre tiene abundancia de bebida: se burlaban de la economía del mayordomo de los esclavos; y exhortaban á los trabajadores á pisar el trigo al medio dia, porque entonces se desprende mejor el grano de la película que lo cubre.

Llevadas las gavillas á la era, se colocan á la redonda y en capas. Se pone un trabajador en medio, con un látigo en la mano, y en la otra un ramal, con el que dirige los bueyes, caballos ó mulas, que hace andar ó trotar en torno á sí:

algunos de sus compañeros, dan vuelta á la parva, echando la mies debajo de los pies de los animales, hasta que esté bien quebrantada. Otros la levantan al aire con palas: un viento fresco que en esta ocasion se levanta á una misma hora, lleva la paja á una corta distancia, y deja caer á plomo el grano, el que echan en tinajas de barro cocido.

Algunos meses despues volvimos á la hacienda de Apolodoro, á tiempo que los vendimiadores cortaban los racimos, que colgaban de los sarmientos levantados en alto por medio de rodrigones. Los muchachos y muchachas, los echaban en cestos de mimbres, y los llevaban al lagar. Antes de pisarlos, algunos labradores se llevan á su casa los sarmientos cargados de racimos, y cuidan de ponerlos al sol por diez dias, y á la sombra otros cinco dias.

Unos conservan el vino en toneles; y otros en pellejos ó en tinajas.

Mientras se pisaba la uva, oíamos con placer las *canciones del lagar*: así se las llama. Habíamos oído ya otras durante la comida de los vendimiadores, y aun en diferentes intervalos del dia, en los cuales se mezcla el baile con el canto.

La siega y la vendimia se acaban con fiestas, celebradas con aquellos movimientos rápidos que produce la abundancia, y se diversifican según la naturaleza del objeto. Estando mirado

el trigo como beneficio de una diosa, que atiende á nuestras necesidades; y el vino como presente de un dios, que atiende á nuestros placeres; el agradecimiento á Ceres se anuncia con una alegría viva y templada; y el de Baco con raptos de delirio.

Se ofrecen igualmente sacrificios en tiempo de la sementera, y de segar la yerba: en la recoleccion de aceituna y otros frutos, se ponen tambien sobre los altares las primicias de los dones recibidos del cielo. Los Griegos han conocido que en estas ocasiones tiene el corazon necesidad de desahogarse, y de dirigir homenajes á los autores del beneficio.

Ademas de estas fiestas generales, tiene cada lugar de la Atica otras particulares, en que hay menos magnificencia, pero mas alegría que en las de la capital; porque los habitantes del campo no conocen alegrías fingidas; y así es que toda su alma se explaya en los espectáculos rústicos y en los juegos inocentes que los reunen. Yo los he visto muchas veces al rededor de algunos pellejos llenos de vino, y untados de aceite por de fuera: los jóvenes saltaban encima á la patacoja, y con sus frecuentes caídas excitaban la risa de todos. A un lado, se perseguían los muchachos corriendo en un pie; otros jugaban á pares y nones; otros á la gallina ciega: otros, apoyándose á un tiempo en manos y pies, imi-

taban corriendo el movimiento de una rueda. Alguna vez los dividia en dos bandas una linea hecha en el suelo, para jugar á *dia ó noche* *. El partido que perdía, echaba á huir; el que ganaba corria tras de él, para alcanzarle y hacer prisioneros. Estas diversiones solo las usan los muchachos en la ciudad; pero en el campo no tienen rubor de entregarse á ellas aun los hombres hechos.

Eutímenes, uno de nuestros amigos, habia confiado siempre el régimen de sus bienes á la vigilancia y fidelidad de un esclavo, á quien habia puesto á la cabeza de los demas. Convencido en fin que el ojo del amo engorda el caballo, resolvió retirarse á su casa de campo, situada en el lugar de Acarnes, á sesenta estadios ** de Atenas.

Fuimos á verle algunos años despues, y vimos que su salud, antes debil, se habia robustecido; que su muger y sus hijos participaban de su felicidad, y la aumentaban. Nuestra vida, nos dijo, es activa, sin agitacion: no conocemos el tedio, y sabemos gozar de lo presente.

Nos enseñó su casa, que estaba recién edificada. Habíala situado mirando al mediodía, para que recibiese en invierno el calor del sol, y

* Este juego se parece al de cara ó cruz.

** Cerca de dos leguas y cuarto: (cerca de 2 leguas de España.)

estuviese resguardada de él en el verano cuando está en su mayor altura. Entre la vivienda de las mugeres y la de los hombres estaban los baños, que separaban una de otra, é impedían toda comunicacion entre los esclavos de uno y otro sexo. Cada pieza era correspondiente á su destino; de manera que se guardaba el trigo en un parage seco, y el vino en otro fresco. Los muebles no tenían nada de exquisito y raro; pero en todo habia sumo aseo. Coronas é inciensos para los sacrificios, vestidos para las fiestas, armaduras y vestiduras para la guerra, mantos y ropa para cada estacion, utensilios de cocina, instrumentos para moler el trigo, vasijas para amasar, provisiones para el año, y para cada mes en particular; todo se hallaba fácilmente, porque todo estaba en su lugar, y colocado con orden. Los habitantes de la ciudad, decia Eutímenes, mirarian con desprecio este arreglo tan metódico; pero es porque no saben que esto ahorra tiempo en buscar cada cosa, y que un labrador cuerdo debe gastar el tiempo con la misma economía que sus rentas.

He puesto en mi casa, añadió Eutímenes, un ama de gobierno inteligente y activa; á quien despues de bien informado de sus buenas costumbres, le he dado un inventario puntual de todo cuanto le he entregado. ¿Y cómo pagáis sus servicios? le dije yo. Con la estimacion y la

confianza, me respondió: desde que le hemos confiado las interioridades de la casa, la mira como suya. Igualmente atendemos á los esclavos que nos dan pruebas de celo y de fidelidad, abrigándolos y vistiéndolos mejor; cuyas distinciones, aunque pequeñas, los hacen sensibles al honor, y los contienen en su deber, mucho mejor que el miedo de los castigos.

Mi muger y yo nos hemos repartido el cuidado de la administracion: ella corre con el gobierno de lo interior, y yo con lo de afuera. Yo me he encargado de cultivar y mejorar el campo que he recibido de mis padres: Laodice cuida del recibo y del gasto, de la colocacion y distribucion del trigo, vino, aceite y demas frutos que se le entregan: ella es tambien quien mantiene el orden entre los criados, enviando unos al campo, distribuyendo á otras lana, y enseñándolas á prepararla para hacer vestidos. El ejemplo de ella suaviza las penalidades de estos; y cuando están enfermos, ella y yo los asistimos, lo que contribuye á aliviar su padecer. La suerte de nuestros esclavos nos enternece: ¡tienen tantos derechos y tantas indemnizaciones que reclamar!

Pasamos por un corral de gallinas, patos, y otras aves domésticas; y fuimos á ver la caballeriza, el aprisco, como tambien el jardin, en donde vimos sucesivamente los narcisos, los

jacintos, las anémonas, los iris, las violetas de diferentes colores, las rosas de varias especies, y toda suerte de plantas odoríferas. No creo que os maraville, me dijo, lo mucho que me esmero en cultivarlas; pues sabeis que adornamos con ellas los templos, los altares y las estatuas de nuestros dioses, que nos coronamos con ellas en nuestros convites y ceremonias santas; que las esparcimos sobre nuestras mesas y camas; y por último, cuidamos tambien de ofrecer á nuestras divinidades las flores que mas les agradan. Por otra parte, un labrador no debe desperdiciar ni aun los menores provechos; y así, siempre que envié al mercado de Atenas leña, carbon, granos ó frutas, agrego algunos canastillos de flores, que al instante los quitan de las manos.

Eutímenes nos llevó despues á ver sus tierras, que tenían mas de cuarenta estadios de circuito*, y de ellas había sacado el año antes mas de mil medimnos de cebada, y ochocientas medidas de vino. Tenia seis acémilas, que llevaban todos los dias al mercado, madera y otros materiales, y le daban doce dracmas cada día**. Ha-

* Cerca de legua y media: (mas de legua y cuarta de España.)

** Diez libras y diez y seis sueldos: (40 rs. y 8 mrs. vn.)

Demóstenes habla de un particular de Atenas, llamado Fenipo, que había cogido la cantidad de cebada y vino que he mencionado

biéndole oído quejarse de las inundaciones que algunas veces le llevaban la cosecha, le dijimos que por qué no habia fijado su estancia en un sitio menos expuesto á semejantes accidentes. Muchas veces, respondió, me han propuesto trueques ventajosos; pero os diré el motivo de no haberlos admitido. Diciendo esto, abrió la puerta de un cercado, en donde vimos un pra-

en el texto, y vendido cada medimno de cebada á diez y ocho dracmas: diez y seis libras y cuatro sueldos (60 rs. y 12 mrs. vn.), y cada *metrete* de vino á doce dracmas: diez libras y diez y seis sueldos (40 rs. y 8 mrs. vn.); pero como dice mas abajo que este precio, quizá por alguna escasez, era triplicado del ordinario, se sigue que en su tiempo el precio comun del medimno de cebada, era seis dracmas, y el de la *metrete* de vino, cuatro dracmas. Mil medimnos de cebada: poco mas de cuatro mil fanegas francesas (916 fanegas castellanas y 8 celemines) valian segun esto, seis mil dracmas: cinco mil y cuatrocientas libras (20,117 rs. y 22 mrs. vn.); ochocientas *metretes* de vino, tres mil y doscientas dracmas: dos mil ochocientas y ochenta libras (10,729 rs. y 14 mrs. vn.): total, ocho mil doscientas y ochenta libras: (50,847 reales y 2 mrs. vn.)

Ademas de esto tenia Fenipo seis caballerías de carga, que llevaban continuamente á la ciudad leña y varios materiales, y le daban doce dracmas diarias: diez libras y diez y seis sueldos (40 rs. y 8 mrs. vn.). Las fiestas, el mal tiempo, y otros trabajos urgentes interrumpian á menudo este comercio: suponiendo que solo se hiciese doscientos dias, hallaremos que Fenipo sacaba todos los años un producto de dos mil ciento sesenta libras (8,047 rs. 2 mrs. vn.), los que reunidos á la partida anterior, darán, diez mil cuatrocientas y cuarenta libras, (58,894 rs. 4 mrs. vn.) por el producto de un terreno que tenia poco mas de legua y cuarta de contorno.

decillo rodeado de cipreses, y nos dijo: aqui está el sepulcro de mi familia; allí mismo, debajo de aquellas adormideras, vi yo abrir el hoyo donde fué enterrado mi padre, y á su lado el de mi madre. Algunas veces vengo á conversar con ellos, y me parece que estoy viéndolos y oyéndolos. No; jamas abandonaré esta tierra sagrada. Hijo mio, dijo entonces á un muchacho que venia en su compañía, cuando yo me muera, me pondrás junto á los autores de mis dias; y cuando tengas la desgracia de perder á tu madre, la pondrás á mi lado: acuérdate de esto. El hijo se lo prometió con lágrimas en los ojos.

El lugar de Acarnes tiene mucho viñedo. Toda la Atica está cubierta de olivos, que son la especie de arbol en que se pone mas atencion. Eutímenes habia plantado muchos de ellos, especialmente á las orillas de los caminos que lindaban con sus tierras; poniéndolos á nueve pies unos de otros, porque sabia que sus raices se extienden mucho. Nadie puede arrancar en sus tierras propias, mas que dos cada año, á no ser que sea para algun uso autorizado por la religion. El infractor de esta ley tiene que pagar una multa de cien dracmas por cada pie al acusador*, y otras

* Noventa libras: (553 rs. y 10 mrs. vn.)

ciento al fisco; de las que se destina la décima para el templo de Minerva.

Es muy comun hallar bosquecillos de olivos, cercados con seto, los cuales no pertenecen al propietario del campo, sino que están reservados para el templo de Minerva; y así los arriendan, y su producto se destina únicamente á gastos del culto de la diosa. Si el propietario cortase uno solo de ellos, aun cuando fuese un tronco inútil, se le castigaria con destierro, y con la confiscacion de sus bienes. El areopago es el que entiende en los delitos relativos á las diversas especies de olivos, y envía de tiempo en tiempo visitadores, que cuiden de su conservacion.

Continuando nuestro paseo, vimos pasar por cerca de nosotros un numeroso rebaño de carneros, donde iban, así delante como detras, varios perros para ahuyentar los lobos. Cada carnero llevaba envuelta una piel; cuya práctica, tomada de los Megarienses, preserva el vellon de toda inmundicia que pudiera mancharlo; y le defiende de las espinas y zarzas que podrian romperlo. Ignoro si esto contribuye á hacer mas fina la lana; pero lo que puedo decir es que la de la Atica es hermosísima, y añado, que el arte de teñirla ha llegado al punto de darle unos colores que no los pierde jamas.

Con este motivo supe que las ovejas engordan

mas cuanto mas beben; que para excitarles la sed, les echan sal en la comida; y que en verano principalmente, les dan cada quinto dia cierta medida de sal, que viene á ser un medimno por cada cien ovejas*; tambien supe que con el uso de la sal dan mas leche.

Al pie de un ribazo, al extremo de una pradera, estaban colocadas muchas colmenas entre romeros y retamas. Notad, nos decia Eutímenes, con qué ahinco ejecutan las abejas las órdenes de su soberana, porque ella es la que no pudiendo tolerar que estén ociosas, las envía á esta hermosa pradera á recoger los ricos materiales, para hacer de ellos el uso conveniente. Ella es la que cuida de la construccion de las celdillas, y de la educacion de las abejas nuevas, y así que las discipulas están en disposicion de proveer á su subsistencia, ella es tambien la que forma de todas un enjambre y las obliga á expatriarse, guiándolas una abeja, que ha escogido para este fin**.

* Cerca de cuatro fanegas francesas (once celemines de la fanega de Castilla.)

** Por el pasage de Xenofonte, citado en el texto, parece que este autor tenia por hembra á la abeja principal. Los naturalistas se han dividido despues, creyendo unos que todas las abejas eran hembras, y los zánganos machos; y otros diciendo lo contrario. Aristóteles, que refuta sus opiniones, admitia en cada colmena una clase de reyes, que se reproducian por si mismos; pero sin embargo confiesa que no habia bastantes observaciones para po-

Mas lejos, entre unas colinas cubiertas de viñas, donde se extendia una llanura, vimos muchos pares de bueyes, unos llevando carros de abono, y otros uncidos al arado abriendo hondos surcos. Ahi se sembrará cebada, decia Eutimenes, este es el grano que se da mejor en la Atica. El trigo que se coge da á la verdad un pan muy agradable al paladar, pero de menos alimento que el de Beocia; y se ha notado mas de una vez que los atletas de Beocia, cuando están en Atenas, consumen dos quintas partes mas de trigo que en su pais; sin embargo de que aquel pais confina con el nuestro: ¡tan cierto es, que se necesita muy poco para modificar la influencia del clima! ¿Quereis otra prueba mas? La isla de Salamina está casi tocando con la Atica, y maduran alli los granos mucho antes que entre nosotros.

Los discursos de Eutimenes, y los objetos que se ofrecian á mis ojos, empezaban á interesarme, pues vislumbraba ya que la ciencia de la agricultura no está fundada en una ciega rutina, sino sobre muchas y continuadas observaciones. Segun parece, decia nuestra guia, los Egipcios nos comunicaron en otro tiempo los principios de la agricultura; y nosotros los hemos extendi-

der asegurarlo. Estas observaciones se han hecho despues, y se ha vuelto á la opinion que yo atribuyo á Xenofonte.

do por los demas pueblos de la Grecia, quienes por la mayor parte, en agradecimiento de tan gran beneficio, nos traen todos los años las primicias de sus cosechas. Bien sé que otras ciudades griegas tienen la misma pretension que nosotros; ¿mas de qué serviria examinar sus títulos? Las artes de primera necesidad nacieron entre las naciones mas antiguas, y su origen es tanto mas ilustre, cuanto mas oscuro.

El arte de la labranza, transmitido á los Griegos, se ilustró con la experiencia; y varios escritores han recogido sus preceptos. Algunos filósofos célebres como Demócrito, Arquitas y Epicarmo nos han dejado instrucciones útiles sobre las labores del campo; y muchos siglos antes. Hesiodo las habia cantado en uno de sus poemas; pero un labrador no ha de conformarse á sus decisiones, hasta el punto de no atreverse á consultar á la naturaleza, y á proponerle nuevas leyes. De ese modo, le respondí yo entonces, si yo tuviese que cultivar un campo, ¿no me bastaria consultar á los autores que habeis nombrado? No por cierto, me respondió, porque aunque indican métodos excelentes, no convienen ni á cada terreno, ni á cada clima.

Supongamos que os destinaseis algun día á la noble profesion que yo ejerzo: lo primero que haria seria persuadiros á que todos vuestros conatos, todos vuestros momentos son debidos á

la tierra, y que cuanto mas hagais por ella, mas hará ella por vos; porque no es tan benéfica, sino porque es justa.

A este principio añadiría las reglas que ha confirmado la experiencia de los siglos; y algunas dudas que desatariais vos mismo, ó desatarían otros de mayores conocimientos. Os diría, por ejemplo: que eligieseis una posición favorable, que estudiaseis la naturaleza de los terrenos, y de los abonos adecuados para cada producción: que aprendieseis en qué ocasión será necesario mezclar tierras de diferentes especies, y en cuál se debe mezclar la tierra con el estiércol, ó este con la semilla.

Si se tratase del trigo en particular, yo añadiría: multiplicad los labores: no confiéis á la tierra el grano que acabais de coger, sino el del año anterior; sembrad mas temprano ó mas tarde, segun el temple de las estaciones; mas ó menos espeso, segun la tierra sea mas ó menos ligera; pero sembrad siempre igual. Si crece mucho vuestro trigo, cuidad de despuntarlo, ó mas bien de que lo pazcan los carneros; porque la primera operación suele ser nociva, haciendo que el grano se alargue y enflaquezca. Si teneis mucha paja, segad por el medio, y el rastrojo que quede lo quemareis, y servirá de abono. Poned vuestra panera en un parage seco, y para conservar el trigo por mucho tiempo, tomad la

precaución, no de extenderlo, sino de amontonarlo y aun de regarlo.

Eutímenes nos habló latamente sobre el cultivo del trigo, y se extendió todavía mas sobre el de la viña. El es quien va á hablar.

Se debe atender á la naturaleza de la vid que se planta, á las labores que exige, y á los medios de hacerla fecunda; acerca de todo lo cual se han introducido en los diversos países de la Grecia muchas prácticas, á veces contrarias entre sí.

Casi en todas partes levantan las vides con rodrgones. No las abonan sino cada cuatro años, ó menos todavía; porque si esto se hiciese con mas frecuencia, llegaría á quemarlas el abono.

La principal atención de los labradores de viñas, es la poda. El objeto que se proponen en ella, es dar á la viña vigor, fecundidad y duración.

En un terreno nuevamente descuajado, no se podan las viñas nuevas hasta el tercer año, ó mas tarde si la tierra estaba cultivada antes. En cuanto al tiempo, unos son de parecer que esta operación debe hacerse temprano, porque resultan inconvenientes de la poda hecha en invierno, ó en primavera; de la primera, que no puede cerrarse la herida, y corre peligro que el frio seque las yemas; y de la segunda, que la savia se debilita é inunde las yemas que se dejan cerca del corte.

Otros establecen distinciones relativas á la na-

turaliza del terreno. Segun estos, se deben podar en otoño los majuelos que están en tierra debil y seca; en primavera los que están en tierra húmeda y fria; en invierno los que están en terreno ni muy seco ni muy húmedo. Con estos diversos métodos, los primeros conservan la savia que les es necesaria; los segundos pierden la inutil; y todos dan un vino mas exquisito. Dicen que una de las pruebas que hay para conocer que en las tierras húmedas se debe dilatar la poda hasta la primavera, y dejar correr una parte de la savia, es el uso que hay de sembrar entre las cepas, cebada y habas para que absorvan la humedad, é impidan que las cepas arrojen ramaje inutil.

Hay otra cuestion que tiene discordes á los labradores de viñas: ¿se debe podar largo ó corto? Unos se arreglan á la naturaleza del majuelo ó del terreno, y otros á la médula del sarmiento. Si esta es abundante, es preciso dejar muchos vástagos y muy cortos, para que la cepa dé mas racimos. Si la médula es poca, se dejarán menos vástagos, y se podará mas alto.

Las cepas que echan mucho pámpano y pocos racimos, requieren que se poden alto los vástagos mas altos, y bajo los mas bajos, para que la cepa se fortifique por el pie, y al mismo tiempo los ramos de lo alto den mucho fruto.

Es provechoso podar bajo los majuelos nue-

vos, para que tomen fuerza; porque las cepas podadas alto, dan á la verdad mas fruto, pero se echan á perder antes.

No hablaré de las diferentes labores que pide una viña, ni de muchas prácticas de una utilidad conocida. Muchas veces se ve que los viñadores echan un polvillo ligero sobre los racimos, para preservarlos de los ardores del sol, y por otras razones que seria largo referir. Otras veces quitan una parte de las hojas, para que el racimo expuesto á los rayos del sol, madure mas pronto.

¿Quereis rejuvenecer un majuelo que va á perecer de puro viejo? Excavadle por un lado, desroñad y limpiadle las raices; echad en el hoyo varios abonos, y cubridlos con tierra. En el primer año no os dará casi nada; pero al cabo de tres ó cuatro años, habrá recobrado su antiguo vigor. Si en adelante veis que se debilita todavia, haced la misma operacion al otro lado; y tomando esta precaucion cada diez años, se eternizará en cierto modo vuestro majuelo.

Para tener uvas sin pepita, se ha de tomar un sarmiento, hendirle suavemente por la parte que se ha de enterrar, quitarle la médula de esta parte, juntar luego la hendidura, cubrirla con un papel mojado, y enterrarlo: todavia sale mejor esta operacion, si despues de preparar el sarmiento segun queda dicho, se mete la punta

inferior en una cebolla albarrana. Hay otros métodos para lograr el mismo fin.

Cuando se quiere tener en una misma cepa, racimos blancos y negros, y otros que tengan granos de uno y otro color, se toma un sarmiento de cada especie, y se machacan por la parte superior, de manera que se incorporen por decirlo así, y se unan estrechamente: luego se ata uno con otro, y se plantan en esta disposición.

Después de esto, pedimos á Eutímenes alguna instrucción acerca de las hortalizas y árboles frutales. Las hortalizas, nos dijo, son más tempranas, cuando se siembran las semillas que tengan dos ó tres años. Hay algunas que conviene regarlas con agua salada. Los cohombros son más dulces* cuando las pepitas han estado en infusión de leche por espacio de tres días. Se dan mejor en los parages algo húmedos, que en las huertas, donde se riegan con frecuencia. ¿Queréis que sean tempranos? Sembradlos primero en tiestos, y regadlos con agua tibia; pero os advierto que serán menos sabrosos que re-

* Por algunas expresiones sueltas de los antiguos escritores, se podría creer que los Griegos sabían lo que eran melones en el tiempo de que hablo, y que los ponían en el número de los cohombros; pero no siendo bastante claras estas expresiones, me contento con remitir los lectores á los críticos modernos, como son JUL. SCALIG. *In Theophr. hist. plant.*, lib. VII, cap. III, pág. 741; BOD. A STAP., in cap. IV, *ejusd. lib.*, pág. 782, y otros.

gándolos con agua fria. Para que sean más gordos, se cuida de taparlos con un vaso cuando empiezan á formarse, ó de introducirlos en una especie de tubo. Para conservarlos mucho tiempo, es menester taparlos, ó tenerlos colgados en un pozo.

Los árboles se han de plantar en otoño ó mejor en la primavera, abriendo el hoyo á lo menos un año antes; el cual se deja abierto tanto tiempo porque parece que el aire lo fecunda. Las proporciones del hoyo varían según que el terreno es seco ó húmedo; pero por lo común se le dan dos pies y medio de profundidad y dos de anchura.

Todo lo que digo, añadió Eutímenes, no es más que lo que se practica comúnmente entre los pueblos cultos. Pero, que no excita como debiera la admiración de ellos, añadió yo. ¡Cuánto tiempo, y qué de reflexiones no han sido menester para observar y conocer las necesidades, los extravíos, y los recursos de la naturaleza, para hacerla docil, y variar y corregir sus producciones! Cuando llegué á la Grecia, me maravillé de ver estercolar y limpiar los árboles: pero mucho más todavía cuando ví frutas, que se habia encontrado el secreto de disminuir el hueso para aumentar el volumen de su carne: otras frutas, y en especial las granadas, que engresaban en el árbol mismo, encerrándolas en

una vasija de tierra cocida: árboles cargados de frutas de diversas especies, y forzados á cubrirse de producciones extrañas á su naturaleza.

El engerto, dijo Eutímenes, es quien hace ese prodigio que decís; y por su medio se ha encontrado el secreto de endulzar la amargura y aspereza de las frutas silvestres. Casi todos los árboles que hay en las huertas, han pasado por esta operación, que comunmente se hace en árboles de la misma especie. Por ejemplo, se engerta una higuera en otra higuera, un manzano en un peral, etc.

Los higos maduran mas pronto, cuando los pican unos mosquitos, que provienen del fruto de una higuera silvestre, que se cuida de plantar cerca; sin embargo, todos prefieren los que maduran naturalmente, y los vendedores tienen buen cuidado de advertir esta diferencia.

Muchos creen que las granadas son mas dulces, cuando se riega el árbol con agua fria, y se le echa estiércol de cerdo á las raíces; que las almendras son mas sabrosas cuando se meten clavos en el tronco del árbol, y se deja correr por algun tiempo la savia; que los olivos no prosperan cuando están á mas de trescientos estadios del mar*. Tambien pretenden que ciertos árbo-

* Once leguas, ochocientas y cincuenta toesas: (cerca de 10 leguas de España.)

les tienen una influencia notable sobre otros; que los olivos se complacen con la vecindad de los granados silvestres, y los granados de huerta con la de los mirtos. Por último, añaden, que es indudable la diversidad de sexos en los árboles y en las plantas. Esta opinion está desde luego fundada en la analogia que se supone entre los animales y las demas producciones de la naturaleza; y ademas de esto, en el ejemplo de la palma, cuya hembra no es fecunda sin la pelusilla ó polvo que hay en la flor del macho. Este fenómeno no puede observarse sino en Egipto y en los países circunvecinos; porque en la Grecia, las palmas que se crían para adornar los jardines, ó no producen dátiles, ó nunca maduran del todo.

Las frutas de la Atica, son por lo comun de una dulzura, que no tienen las de los países vecinos; ventaja que se debe mas bien á la influencia del clima, que á la industria de los hombres. Todavía no sabemos si esta influencia corregirá el agrio de estos hermosos frutos, pendientes de este limonero. Este es un árbol traído poco tiempo hace de Persia á Atenas.

Eutímenes nos hablaba con sumo gusto de las labores del campo, y con entusiasmo de los placeres de la vida del campo. Sentados una tarde á la mesa, debajo de unos altísimos plátanos, que se encorbaban encima de nuestras cabezas, nos

decia: cuando yo me paseo por mi tierra, todo se rie, todo se engalana á mis ojos: esas mieses, estos árboles, estas plantas no existen sino para mi, ó mas bien para aliviar la suerte de muchos infelices. Algunas veces me formo ciertas ilusiones para aumentar mi deleite; y entonces me parece que la naturaleza llega con su atencion hasta la delicadeza, y que las flores vienen para anunciar los frutos, como entre nosotros las gracias deben anunciar los beneficios.

Una emulacion sin rivalidad, forma los vínculos que me estrechan con mis vecinos: muchas veces vienen á sentarse al rededor de esta mesa, adonde jamas se acercó nadie sino mis amigos. En nuestras conversaciones reinan la confianza y la franqueza. Nos comunicamos nuestros descubrimientos; porque bien diferentes de los demas artistas, cada uno de nosotros tiene tanto gusto en instruir á los demas, como en instruirse él mismo.

Dirigiendo despues la palabra á unos vecinos de Atenas que acababan de llegar, les decia: vosotros creéis ser libres en el recinto de vuestros muros; pero la tiranía de la sociedad os roba sin piedad esa independencia, que os dan las leyes: cargos que ambicionar y que cumplir; hombres poderosos que contemplar; maldades que prevenir y que evitar; deberes de decoro mas rigurosos que los de la naturaleza; sujecion continua

en el vestir, en el andar, en las acciones y en las palabras; el peso insufrible de la ociosidad; las lentas persecuciones de los importunos; no hay especie de esclavitud, que no os tenga encadenados.

¡Vuestras fiestas son tan magnificas! ¡Y las nuestras tan divertidas! ¡Vuestros placeres son tan superficiales y pasajeros! ¡Los nuestros tan verdaderos y tan constantes! ¿Y las dignidades de una república imponen funciones mas nobles, que el ejercicio de un arte, sin el cual no habria industria ni comercio?

¿Habreis respirado vosotros nunca en vuestros ricos aposentos, la frescura de este aire que juguetea debajo del verdor de esta bóveda? ¿Vuestros convites tan suntuosos algunas veces, equivalen á estos cuencos de leche acabada de ordeñar, y á estas frutas deliciosas que hemos cogido con nuestras propias manos? ¡Y qué gusto no presta á nuestros alimentos, el trabajo que se emprende aquí, con tanto placer, aun entre los hielos del invierno y los calores del verano, y del cual se descansa plácidamente, ora en la espesura de un bosque, al soplo de los céfiro, sobre un prado que convida al sueño; ora cerca del fuego que chispea, alimentado con los troncos de los árboles que arranco en mi monte, sentado entre mi muger y mis hijos, objetos siempre nuevos del amor mas tierno, á pesar de

los vientos impetuosos que resuenan al rededor de mi retiro, sin turbar su tranquilidad!

¡Ah! si la felicidad no es otra cosa que tener sana el alma, ¿no deberá hallarse en estos parages, donde reina la debida proporcion entre las necesidades y los deseos; donde al movimiento se sigue siempre la quietud, y al interes acompaña siempre el sosiego?

Fueron muchas las conversaciones que tuvimos con Eutimenes; y en una de ellas le dijimos que Xenofonte proponia en algunos de sus escritos el conceder, no recompensas de dinero, sino algunas distinciones lisonjeras á los que mejor cultivasen sus tierras. Ese medio, respondió Eutimenes, podria fomentar la agricultura; pero la república está tan ocupada en distribuir gracias á los ociosos y poderosos, que no puede absolutamente pensar en los ciudadanos útiles é ignorados.

Habiendo salido de Acarnes volvimos á subir hácia la Beocia; y al paso vimos algunos castillos, cercados de gruesas murallas y altas torres, tales como los de Filé, de Decelia, y Ramno. Las fronteras de la Atica están todas defendidas con plazas fuertes, en donde tienen guarniciones; y en caso de invasion se ordena á los habitantes del campo que se refugien á ellas.

Ramno está situada cerca de la mar. Sobre una altura inmediata está el templo de la implacable

Némesis, diosa de la venganza. Su estatua, alta de diez codos*, es obra de Fidias, y merece serlo por la perfeccion que tiene. Hizola de un pedazo de marmol de Paros, que los Persas habian traído aqui para levantar un trofeo. Fidias no quiso grabar en ello su nombre, sino el de su discipulo Agorácrites, á quien amaba tiernamente.

Desde alli bajamos al lugar de Maraton, cuyos habitantes nos contaron las principales circunstancias de la victoria que los Atenienses, mandados por Milciades, ganaron á los Persas. Tal impresion dejó este suceso en sus ánimos, que creen oír por la noche la vocería de los combatientes, y el relinchar de los caballos. Nos mostraron los sepuleros de los griegos que murieron en la batalla; los cuales son unas columnitas en que no se ha grabado mas que sus nombres. Nosotros nos postramos delante de la que los Atenienses consagraron á la memoria de Milciades despues de haberle dejado morir en un calabozo. No se distingue de las otras, sino en estar separada de ellas.

Mientras nos acercábamos á Brauron, resonaba el aire con voces de alegría, por celebrarse allí la fiesta de Diana, divinidad tutelar de aquel pueblo. Su estatua nos pareció antiquísima: y

* Cerca de catorce pies nuestros: (16 pies y medio de España.)

nos dijeron que era la misma que Ifigenia habia traido de la Táuride. Todas las niñas de los Atenenses se deben consagrar á esta diosa, desde que llegan á los cinco años, y antes de cumplir el décimo. Muchas de ellas, en compañía de sus padres, yendo á la cabeza la joven sacerdotisa, hicieron mas vistosas las ceremonias con su asistencia, durante las cuales los rapsodes cantaban fragmentos de la Iliada. Por una consecuencia de su consagración, vienen antes de casarse á ofrecer sacrificios á esta diosa.

Nos hicieron muchas instancias para que nos detuviésemos algunos dias, á fin de ser testigos de una fiesta que se renueva cada cinco años en honor de Baco, y que atrayendo á este lugar la mayor parte de las rameras de Atenas, se celebraba con tanto lucimiento como licencia. Pero la descripción que de ella nos hicieron, bastó para quitarnos las ganas de verla; y nos fuimos á ver las canteras del monte Pentélico, de donde se saca el hermoso marmol blanco tan afamado en la Grecia, y que tantas veces han gastado los mas célebres artistas. Parece que la naturaleza se ha complacido en multiplicar en un mismo lugar los grandes hombres, los grandes artistas, y la materia mas á propósito para conservar la memoria de unos y otros. Iguales canteras se encuentran en lo interior del monte Himeto y de otras sierras de Atica.

Fuimos á hacer noche á Prasies, lugar corto, situado cerca del mar, con un puerto llamado Panormo, que ofrece á las naves un asilo seguro y cómodo. Está rodeado de hermosos valles y colinas amenas, que desde la misma plaza se levantan en forma de anfiteatro, y van á apoyarse en unos montes cubiertos de pinos y otros árboles.

Desde allí entramos en una hermosa llanura, que es parte de un territorio llamado Paralos*. Por ambos lados, lo ciñe una fila de colinas, cuyas cimas redondas y separadas unas de otras, parecen mas bien obra del arte que de la naturaleza. Por esta llanura se va á Tóricos, plaza fuerte, situada á orillas del mar. ¿Y cuál fué nuestra alegría cuando supimos que estaba cerca de allí Platon, en casa de Teófilo, uno de sus amigos antiguos, que le habia instado por mucho tiempo á que fuese á su casa de campo? Le habian venido acompañando algunos discípulos suyos. Yo no sé qué tierno interes da la sorpresa á estos encuentros casuales; pero nuestra vista tuvo el aire de reconocimiento, y Teófilo prolongó su dulzura deteniéndonos en su casa.

Al amanecer del dia siguiente fuimos al monte Laurio, donde están las minas de plata, que se

* Es decir marítimo.

benefician desde tiempo inmemorial, y son tan abundantes que nunca se llega al fin de las vetas; de suerte que se podrían abrir muchísimos pozos, si semejantes obras no exigiesen gastos muy considerables. Además de la compra de instrumentos y construcción de casas y hornos, se necesitan muchos esclavos, cuyo precio varía á cada instante; de modo que cuestan trescientas ó seiscientas dracmas*, y mas algunas veces, segun son mas ó menos robustos, ó de mas ó menos edad. Cuando no se pueden comprar por falta de medios, se hace un trato con los ciudadanos que tienen muchos; y se les da un óbolo** diario por cada uno.

Todo particular que por sí, ó al frente de una compañía, emprende beneficiar alguna nueva mina, debe comprar el permiso á la república, que es quien puede concederlo. Para ello se dirige á los magistrados, á cuyo cargo está lo perteneciente á minas; y admitida su propuesta, lo sientan en un libro de registro, y además de la compra del privilegio, queda obligado á dar una vigésima cuarta parte del producto. Si no cumple con lo tratado, vuelve la mina al fisco, y se saca á pública subasta.

* Doscientas setenta libras, ó quinientas cuarenta: (de 1,000 á 2,000 rs. vn.)

** Tres sueldos (19 mrs. vn.)

En otro tiempo las cantidades que resultaban, ya fuese de la venta, ya de la retribucion eventual de las minas, se distribuian al pueblo, hasta que Temistocles obtuvo de la junta general, que se destinasen á la construcción de naves. Este recurso sostuvo la marina en tiempo de la guerra del Peloponeso. Entonces se enriquecieron algunos particulares, beneficiando las minas. Nicias, tan desgraciadamente famoso por la expedicion de Sicilia, alquilaba á un empresario mil esclavos, que le valian cada dia mil óbolos, ó ciento sesenta y seis dracmas y dos tercios*: por el mismo tiempo Hipónico tenia seiscientos esclavos, que bajo el mismo pie le daban seiscientos óbolos, ó cien dracmas diarias**. Con arreglo á este cálculo, proponia Xenofonte al gobierno, hacer comercio de los esclavos destinados á las minas; bastando para ello hacer el primer desembolso, para adquirir mil y doscientos, y aumentar sucesivamente su número hasta diez mil; en cuyo caso resultarían todos los años, á favor del Estado, cien talentos***. Este proyecto, que podia excitar la emulacion de los empresarios, no tuvo efecto; y al

* Ciento cincuenta libras: (538 rs. 28 mrs. vn.)

** Noventa libras: (533 rs. 10 mrs. vn.)

*** Quinientas cuarenta mil libras: (mas de 2 millones rs. vn.)

fin de la guerra se observó que las minas daban menos que antes.

Hay varios accidentes, que pueden engañar las esperanzas de los empresarios, y yo conocí á muchos que se habian arruinado por falta de medios ó de inteligencia. Por parte de las leyes, nada se ha omitido para fomentarlos; el producto de las minas no se cuenta en el número de bienes que obliga á un ciudadano á contribuir á las cargas extraordinarias del Estado: están señaladas penas contra los concesionarios, que le impidiesen beneficiar su mina, ya sea quitándole sus máquinas é instrumentos, ya poniendo fuego á su fábrica ó á los puntales que se ponen en los subterráneos, ya intrusándose en su pertenencia: porque las concesiones hechas á cada particular, están ceñidas á límites que no le es permitido pasar.

Nosotros entramos en estos subterráneos húmedos y enfermizos, y fuimos testigos de lo mucho que cuesta arrancar de las entrañas de la tierra esos metales, que están destinados á que no los descubran, ni aun los posean sino los esclavos.

A los costados del monte, cerca de los pozos, se han hecho fraguas y hornos adonde se lleva el mineral para separar la plata de las materias con que está mezclada. Comunmente lo está con una sustancia arenisca, encarnada y lustrosa,

de la cual se sacó por la primera vez, en estos últimos tiempos, el cinabrio artificial*.

Cuando se viaja por la Atica, es reparable el contraste que ofrecen las dos clases de obreros que trabajan la tierra. Unos, sin miedo y sin peligro, recogen sobre su superficie el trigo, vino, aceite y demas frutos de que les es permitido participar; en general están bien comidos y bien vestidos; tienen sus ratos de diversion, y en medio de sus afanes respiran un aire libre, y gozan de la claridad de los cielos: los otros, sepultados en las canteras de marmol, ó en las minas de plata, siempre expuestos á ver cerrarse la sepultura sobre sus cabezas, no los alumbra mas que un resplandor fúnebre en un ambiente denso, y muchas veces mortifero. ¡Sombras desgraciadas, á quienes no les queda sensibilidad sino para padecer, ni mas fuerzas que para aumentar el fausto de los amos que los tiranizan! Comparando unos con otros, se puede juzgar de cuáles son las verdaderas riquezas que la naturaleza destinaba al hombre.

No habiamos dado parte á Platon de nuestro viage á las minas; pero quiso acompañarnos al promontorio de Sunio, distante de Atenas cerca de trescientos treinta estadios*: allí hay un so-

* Este descubrimiento se hizo por el año 405 antes de J. C.

* Cerca de doce leguas y media: (cerca de 11 leguas de España.)

berbio templo de Minerva, de marmol blanco, y orden dórico, cercado de un peristilo, que como el de Teseo, al cual se parece en la disposicion general, tiene seis columnas de frente, y trece de lado. Desde la cima del promontorio se descubre, al pie del monte, el puerto y poblacion de Sunio, que es una de las plazas fuertes de la Atica.

Pero otro mayor espectáculo excitaba nuestra admiracion. Unas veces dejábamos correr la vista sobre las vastas llanuras del mar, y descansar despues sobre las perspectivas que nos ofrecian las islas vecinas: otras veces, ciertos recuerdos agradables parecia que aproximaban á nosotros las islas, que no alcanzábamos á ver, y decíamos: hácia aquella parte del horizonte está Tenos, donde hay valles tan fértiles, y Delos, donde se celebran tan pasmosas fiestas. Alexis me decia al oido: allí está Ceos, donde yo vi á Glicera por la primera vez. Filóxenes me enseñaba suspirando la isla que tiene el nombre de Helena; donde diez años antes, sus manos habían formado un monumento á la tierna Coronis, entre mirtos y cipreses, donde él iba en ciertos dias de cada año, á regar con lágrimas aquellas frias cenizas, todavia caras á su corazon. Platon, en quien los objetos grandes hacian mucha impresion, parecia tener su alma sumergida en los abismos, que la naturaleza ha abierto en el fondo de los mares.

A este tiempo se iba cargando el horizonte á lo lejos de vapores ardientes y sombríos: el sol se iba volviendo pálido: la superficie de las aguas, lisa y sin movimiento, se cubria de colores lúgubres, cuyos visos variaban sin cesar. Y a el cielo, cubierto y cerrado por todas partes, no ofrecia á nuestra vista mas que una bóveda tenebrosa, que penetraba la llama, y se cargaba sobre la tierra. Toda la naturaleza estaba en silencio, en espera y en un estado de inquietud, que se comunicaba hasta lo intimo de nuestras almas. Buscamos asilo en el vestibulo del templo, y á poco vimos el rayo romper con golpes reiterados la barrera de tinieblas y de fuego que estaba suspensa sobre nosotros; las nubes densas rodaban en masas por los aires, vertiendo torrentes sobre la tierra: los vientos desencadenados, caían sobre el mar, y le conmovian hasta en sus abismos. Todo retumbaba, el trueno, los vientos, las olas, las cavernas, los montes; y de todo junto se formaba un ruido espantoso que parecia anunciar la ruina del universo. Habiendo redoblado el aquilon sus esfuerzos, fué la borrasca á descargar sus furores en los climas ardientes de la Africa. Seguímosla con los ojos, y la oímos bramar á lo lejos; el cielo volvió á brillar con una claridad mas pura, y aquel mar, cuyas ondas espumosas se habían elevado hasta los cie-

los, apenas impelia sus aguas hasta la playa.

Quedamos por algun tiempo inmóviles y mudos á vista de tan inesperadas y rápidas mudanzas; pero muy pronto nos recordaron aquellas cuestiones, que tantos siglos hace ejercitan la curiosidad de los hombres. ¿A qué se dirigen estas alteraciones y estas revoluciones en la naturaleza? ¿Se han de atribuir al acaso? ¿Pero de donde viene que se conserva siempre la íntima cadena de los seres, cuando está mil veces á pique de romperse? ¿Es alguna causa inteligente la que mueve las tempestades y las apacigua? De donde viene que arrojan rayos sobre los desiertos, y perdonan á las naciones culpables? Desde aquí subimos á la existencia de los dioses, á la confusion del caos, y al origen del universo, hasta que perdido ya el tino, suplicamos á Platon que rectificase nuestras ideas. Estaba este en un recogimiento tan profundo, que parecia que la voz terrible y magestuosa de la naturaleza, resonaba todavía en sus oidos. Instado al fin de nuestros ruegos, y de las verdades que le agitaban interiormente, se sentó en un asiento rústico, y habiéndonos hecho poner á su lado, empezó de esta manera:

— ¡Cuán débiles somos los mortales! ¿Podemos nosotros penetrar los secretos de la divinidad, cuando los mas sabios de nosotros, comparados con ella, no son mas que lo que un mono com-

parado con nosotros? Postrado á sus pies, le pido que ponga en mi boca palabras que le sean agradables, y os parezcan á vosotros conformes á razon.

Si tuviera que explicarme ante la muchedumbre sobre el primer autor de todas las cosas, sobre el origen del universo, y sobre la causa del mal, me veria en la precision de hablar por enigmas; pero en estos sitios solitarios, sin mas testigos que Dios y mis amigos, podré sin temor alguno tributar homenaje á la verdad.

El Dios que yo os anuncio, es un Dios único, inmutable, infinito. Centro de todas las perfecciones, fuente inagotable de la inteligencia y del ser, antes de hacer el mundo, antes de desplegar su poder *ad extra*, era, porque no ha tenido principio: era en sí mismo; y existia en los arcanos de la eternidad. No, mis expresiones no corresponden á la grandeza de mis ideas, ni mis ideas á la grandeza del asunto.

La materia, igualmente eterna, estaba en una fermentacion terrible, conteniendo en sí las semillas de todos los males, llena de movimientos impetuosos, que tiraban á reunir sus partes, y de principios destructivos, que las separaban al instante; susceptible de todas las formas, incapaz de conservar ninguna: el horror y la discordia andaban errantes sobre sus ondas agitadas. La confusion horrenda que

acabais de ver en la naturaleza, no es mas que una debil imagen de la que reinaba en el caos.

Dios, por su bondad infinita, habia resuelto desde la eternidad formar el universo, segun un modelo, presente siempre á sus ojos, modelo inmutable, increado, perfecto; idea semejante á la que concibe un artifice, cuando convierte la piedra tosca en un suntuoso edificio; mundo intelectual, de que este mundo visible no es mas que la copia y el trasunto. Todo lo que nuestros sentidos perciben en el universo, todo cuanto se oculta á su actividad, estaba delineado de una manera sublime, en aquel primer plan; y como el Ser supremo no concibe cosa que no sea real, se puede decir que produjo el mundo antes de hacerle sensible.

De esta manera existian, desde la eternidad, Dios autor de todo bien, la materia principio de todo mal, y este modelo, por el que habia decretado Dios ordenar la materia*.

Cuando llegó el instante de esta grande obra, la Sabiduría eterna dió sus órdenes al caos, y al punto agitó á toda la masa un movimiento fecundo y nuevo. Sus partes divididas antes por un odio implacable, corrieron á reunirse, abrazarse y encadenarse. Brilló por la primera vez

* Arquitas, antes de Platon, habia admitido tres principios: Dios, la materia y la forma.

la luz en las tinieblas: el aire se separó de la tierra y del agua, y estos cuatro elementos quedaron destinados para la composicion de todos los cuerpos.

Para dirigir los movimientos de ellos, Dios, que habia preparado un alma* en parte compuesta de la esencia divina, y en parte de la sustancia material, la revistió de la tierra, de los mares y del aire grosero, mas allá del cual extendió los desiertos de los cielos. De este prin-

* Los intérpretes de Platon, tanto antiguos como modernos, están discordes sobre la naturaleza del alma del mundo. Segun unos, Platon suponía, que siempre habia habido en el caos una fuerza vital, ó alma grosera que agitaba irregularmente la materia, y era distinta de ella: por consiguiente el alma del mundo se compuso de la esencia divina, de la materia y del principio malo, unido siempre con la materia. *Et divina natura portione quâdam, et ex re quâdam aliâ distinctâ à Deo, et cum materia sociatâ.*

Otros para vindicar á Platon de haber admitido dos principios eternos, uno autor del bien, y otro del mal, han dicho, que segun este filósofo, el movimiento desordenado del caos, no procedia de un alma particular, sino que era inherente á la materia. Contra esto se dice, que en su Fedro, y en su libro de las leyes, dijo claramente, que todo movimiento supone una alma que lo produzca. A esto se responde: que así es, cuando este movimiento es regular y productivo; pero el del caos era ciego y estéril, y así no estaba dirigido por una inteligencia; por lo que no se contradice Platon. Los que quieran enterarse mas de este punto, podrán consultar, entre otros, á CUDWORTH., cap. iv, § 15; á MOSHEIM. *ibid.*, not. k; á BRUCK. *Hist. philos.*, tom. I, pág. 683 y 704.

cipio inteligente, vinculado en el centro del universo, parten unos como rayos de llama, que son mas ó menos puros, segun están mas ó menos distantes de su centro; se insinúan en los cuerpos, y animan sus partes, y llegados á los limites del mundo, se difunden por su circunferencia, y forman al rededor una corona de luz.

Apenas esta alma universal quedó sumergida en este oceano de materia, que la oculta á nuestros ojos, cuando probó sus fuerzas conmoviendo muchas veces este gran todo; y girando rápidamente al rededor de si misma, llevó tras si todo el universo, docil á sus esfuerzos.

Si esta alma no hubiera sido mas que una porcion pura de la sustancia divina, su accion siempre simple y constante, no hubiera impreso á toda la masa mas que un movimiento uniforme; pero como la materia es parte de su esencia, introdujo variedad en el movimiento del universo. Asi, mientras una impresion general, producida por la parte divina del alma universal, lo hace mover todo de oriente á poniente en veinte y cuatro horas; una impresion particular, producida por la parte material de esta alma, hace andar esta parte de los cielos en que nadan los planetas, de poniente á oriente, siguiendo ciertas relaciones de celeridad.

Para comprender la causa de estos dos mo-

vimientos contrarios, es menester observar, que la parte divina del alma universal, está siempre en oposicion con la parte material; que la primera se halla con mas abundancia hácia las extremidades del mundo, y la segunda en las capas de aire que rodean la tierra; y en fin, que cuando fué necesario mover el universo, no pudiendo la parte material resistir enteramente á la direccion dada por la parte divina, reunió los restos del movimiento irregular que la agitaba en el caos, y llegó á comunicarlo á las esferas que rodean nuestro globo.

Entre tanto el universo estaba lleno de vida. Este hijo único, este Dios procreado, habia recibido la figura esférica, que es la mas perfecta de todas; y estaba sujeto al movimiento circular, el mas sencillo y el mas conveniente á su figura. El Ser supremo tendió complacido la vista sobre su obra, y habiéndola comparado con el modelo que seguia en sus operaciones, reconoció con placer que estaban delineados en la copia los rasgos principales del original.

Pero habia uno de ellos que no podia entrar en la copia, el cual era la eternidad, atributo esencial del mundo intelectual, y del que no era capaz este mundo visible. No pudiendo estos dos mundos tener las mismas perfecciones, quiso Dios que las tuviesen semejantes. Hizo el tiempo;

esta imagen instable de la eternidad estable*; el tiempo que empezando y acabando sin cesar el círculo de los días y las noches, de los meses y los años, parece que no conoce en su curso, ni principio, ni fin, y mide la duración del mundo sensible, como la eternidad mide la del mundo intelectual; el tiempo en fin, que no habría dejado vestigios de su presencia, si no hubiese algunos signos visibles que distinguiesen sus partes fugitivas, y formasen el registro, por decirlo así, de sus movimientos. Con esta mira, el Ser supremo encendió el sol, y le lanzó con los demás planetas en la vasta soledad de los aires; donde este astro inunda el cielo con su luz, alumbra el camino de los planetas, y fija los límites del año, como la luna determina los de los meses. La estrella de Mercurio y la de Venus arrastradas por la esfera á que el sol preside, acompañan siempre sus pasos. Marte, Júpiter y Saturno tienen también periodos particulares y desconocidos del vulgo.

Al mismo tiempo, el autor del universo habló á los Genios, á quienes había confiado el régimen de los astros, y les dijo: «dioses que me «debeis el ser, oid mis órdenes soberanas. Ningun derecho teneis á la inmortalidad; pero

* Rousseau, en su oda al príncipe Eugenio, tomó esta expresión de Platon.

«participareis de ella por el poder de mi voluntad, mas fuerte que los lazos que unen las «partes de que estais compuestos. Para perfeccionar este gran todo, resta llenar de habitantes los mares, la tierra y los aires. Si me «debiesen á mi inmediatamente la existencia, «sustraidos del imperio de la muerte, serian «iguales á los mismos dioses. Dejo, pues, á «vuestro cargo el producirlos. Depositarios de «mi poder, unid á esos cuerpos perecederos las «semillas de inmortalidad que vais á recibir de «mis manos. Formad en particular, seres que «manden sobre los demás animales, y os estén «sumisos; que nazcan por vuestras órdenes; «que crezcan por vuestros beneficios; y que «después de su muerte se reunan á vos, y participen de vuestra felicidad.»

Dijo, y vertiendo al punto en la copa en que había amasado el alma del mundo, los restos que había reservado de ella, formó las almas particulares; y reuniendo á las de los hombres una partícula de la esencia divina, las dotó de un destino irrevocable.

Entonces quedó determinado que nacerian mortales, capaces de conocer la divinidad, y de servirla: que el hombre tendría la preeminencia sobre la muger: que la justicia consistiría en triunfar de las pasiones, y la injusticia en rendirse á ellas; que los justos irían al seno de los

astros á gozar de una felicidad inalterable: que los demas serian transformados en mugeres: que si continuaba su injusticia, volverian á aparecer bajo diferentes formas de animales, y en fin, que no serian repuestos en la dignidad primitiva de su ser, hasta haberse hecho dóciles á la voz de la razon.

Despues de estos decretos inmutables, sembró el Ser supremo las almas en los planetas; y habiendo ordenado á los dioses inferiores que las revitiesen sucesivamente de cuerpos mortales, proveyesen á sus necesidades, y las gobernasen, volvió á entrar en su descanso eterno.

Al punto las causas segundas tomaron particulas de materia de los cuatro elementos, las unieron entre si con lazos invisibles, y pusieron al rededor de las almas las diferentes partes de los cuerpos, destinados á servirles de carros para llevarlas de una parte á otra.

El alma inmortal y racional fué puesta en el cerebro, ó en la parte mas eminente del cuerpo, para arreglar los movimientos de él. Pero ademas de este principio divino, los dioses inferiores formaron un alma mortal, privada de razon, donde debian residir el deleite que atrae los males, el dolor que ahuyenta los bienes, la audacia y el miedo que solo aconsejan imprudencias, la ira tan difícil de calmar, la esperanza tan facil de seducir, y todas las pasiones fuertes, patrimo-

nio necesario de nuestra naturaleza. Esta alma ocupa en el cuerpo humano dos regiones, que están separadas por una division intermedia. La parte irascible, dotada de fuerza y de valor, fué puesta en el pecho, en donde mas inmediata al alma inmortal, puede escuchar mejor la voz de la razon; y donde por otra parte concurre á moderar su impetuosidad el aire que respiramos, las bebidas que apagan nuestra sed, los vasos mismos que distribuyen los liquidos por todas las partes del cuerpo. En efecto, por este medio viene la razon en conocimiento de los primeros esfuerzos de la ira, avisa á todos los sentidos con sus amenazas y voces, les prohíbe dar auxilio á los excesos culpables del corazon, y le mantiene á pesar suyo en la dependencia.

Mas lejos, y en la region del estómago quedó cautiva la otra parte del alma mortal, que se ocupa solamente en las necesidades groseras de la vida; animal ansioso y feroz, colocado lejos de la mansion del alma inmortal, para que sus rugidos y gritos no turbasen sus operaciones. Sin embargo, el alma inmortal conserva siempre sus derechos sobre el alma mortal: y no pudiendo gobernarla por la razon, la subyuga con el temor, pintando en el hígado, viscera brillante y tersa, cerca de la cual está situada el alma mortal, los objetos mal propios para espantarla; de manera que entones no ve en este espejo

mas que arrugas horribles y amenazadoras, y espectros pavorosos que le llenan de pesar y disgusto. Otras veces, tras estas pinturas fatales, se presentian otras mas dulces y agradables, con lo que reina entonces la paz en torno de ella, y entonces tambien, durante el sueño, preve los sucesos venideros: porque los dioses inferiores, encargados de darnos todas las perfecciones de que éramos susceptibles, han dispuesto que un rayo de verdad iluminase á esta porcion ciega y grosera de nuestra alma. Este privilegio no puede serlo del alma inmortal, pues lo venidero nunca se descubre á la razon, y solamente se manifiesta en el sueño, en la enfermedad y en el entusiasmo.

Las calidades de la materia, los fenómenos de la naturaleza, la sabiduria que resplandece particularmente en la disposición y uso de cada parte del cuerpo humano, y otros muchos objetos dignos de la mayor atencion, me distraerian demasiado, y así vuelvo á lo que me propuse al principio.

Dios no pudo hacer, ni hizo sino el mejor de los mundos posibles, porque trabajaba en una materia tosca y desordenada, que continuamente oponia la mayor resistencia á su voluntad. Esta oposicion dura todavia; y de aqui vienen las tempestades, los terremotos, y todos los trastornos que suceden en nuestro globo. Los dioses

inferiores, al formarnos, se vieron obligados á emplear los mismos medios que él, y de aqui proceden las enfermedades del cuerpo, y las del alma, mucho más peligrosas todavia. Todo lo bueno que hay en el universo en general, y en el hombre en particular, se deriva del Dios supremo: todo lo que es defectuoso, viene de la imperfeccion inherente á la materia.



CAPITULO LX.

SUCESOS NOTABLES DE LA GRECIA Y DE SICILIA, DESDE EL AÑO 357
HASTA EL DE 354 ANTES DE J. C. EXPEDICION DE DION.
JUICIO DE LOS GENERALES TIMOTEO E IFICRATES.
FIN DE LA GUERRA SOCIAL. PRINCIPIO DE
LA SAGRADA.

Dije mas arriba *, que desterrado Dion de Siracusa por el rey Dionisio, su sobrino y cuñado, se habia determinado por fin á librar á su patria del yugo que la oprimia. Saliendo de Atenas, partió para la isla de Zacinto, punto de reunion de las tropas que juntaba algun tiempo habia,

* Véase el capítulo xxxvii de esta obra.

donde encontró tres mil hombres venidos los mas del Peloponeso, todos de valor experimentado, y de un arrojo superior á los peligros; pero todavía ignoraban su destino, y cuando supieron que iban á acometer á una potencia defendida con cien mil hombres de infanteria, diez mil de caballeria, cuatrocientas galeras, plazas muy fuertes, riquezas inmensas y alianzas temibles, no vieron en la empresa proyectada mas que la desesperacion de un desterrado que lo quiere sacrificar todo á su venganza. Dion les hizo presente que no iba contra el imperio mas poderoso de la Europa, sino contra el mas despreciable y debil de los soberanos. « Por lo demas, añadió, yo no necesito soldados, porque
« en breve estarán á mis órdenes los de Dionisio;
« y solo busco caudillos que les den ejemplo de
« valor, y lecciones de disciplina. Estoy tan
« cierto de la revolucion y de la gloria que de
« ella ha de resultarnos, que aun cuando supiera
« perecer en llegando á Sicilia, me tendria por
« feliz de haberos llevado allá. »

Con estos discursos se habian sosegado los ánimos, cuando un eclipse de luna volvió á sobresaltarlos *; bien que se apaciguaron otra vez

* Este eclipse sucedió en 9 de agosto del año 357 antes de J. C.

Esta nota puede mirarse como continuacion de la que puse

tanto con la entereza de Dion, como con la respuesta del adivino del ejército, que consultado sobre este fenómeno, declaró que el poder de Dionisio, rey de Siracusa, estaba próximo á eclipsarse. Al punto se embarcaron hasta ochocientos soldados, debiendo salir despues las demas tropas al mando de Heráclides. Dion no tenia mas que dos naves de carga, y tres embarcaciones mas ligeras, provistas todas abun-

mas arriba sobre los viages de Platon, y corresponde al capitulo xxxiii de esta obra.

Plutarco observa que Dion iba á salir de Zacinto para Sicilia, cuando las tropas se asustaron por un eclipse de luna. Esto era, dice, en el rigor del verano. Dion gastó doce dias en llegar á las costas de Sicilia; al trece, habiendo querido doblar el promontorio Paquino, sufrió una recia tempestad; porque, añade el historiador, esto era al salir el arturo. Se sabe que en la época de que se trata, el arturo comienza á aparecer en Sicilia á mediados de nuestro setiembre. Así, segun Plutarco, Dion salió de Zacinto á mediados de agosto.

Por otra parte Diodoro de Sicilia pone la expedicion de Dion en el arcontado de Agatocles, quien entró en el empleo al principio del año cuarto de la olimpiada ciento y cinco, y por consiguiente en el 27 de junio del año 337 antes de J. C.

Segun los cálculos que M. de la Lande ha tenido la bondad de comunicarme, el día 9 de agosto del año 337 antes de J. C. sucedió un eclipse visible de luna en Zacinto. Este pues es el mismo de que habló Plutarco, y tenemos pocos puntos cronológicos tan ciertos y seguros como este. Debo advertir, que M. Pingré ha fijado el tiempo medio del eclipse del 9 de agosto á las siete menos cuarto de la tarde. Véase la cronología de los eclipses en el tomo XLII de las *Mem. de la Academ. de bellas letras*, hist., pág. 430.

dantemente de municiones de guerra y boca.

Esta flotilla fué arrojada por una tempestad violenta hácia las costas de Africa contra unas rocas, en donde estuvo á pique de estrellarse; pero al fin llegó al puerto de Minoa, en la parte meridional de la Sicilia, plaza fuerte, perteneciente á los Cartagineses; en la que el gobernador, por ser amigo de Dion, y acaso tambien por fomentar las turbulencias que podrian ser útiles á los intereses de Cartago, se adelantó á socorrer las necesidades de las tropas, que venian fatigadas de tan penosa navegacion. Dion queria darles el descanso de que necesitaban; pero habiendo sabido que Dionisio se habia embarcado algunos dias antes para Italia, suplicaron á su general que las llevase cuanto antes á Siracusa.

Entre tanto se esparció rápidamente en toda Sicilia, la noticia de su llegada, y la llenó de sobresalto y de esperanza. Pónense á sus órdenes los de Agrigento, los de Gela y Camarina: acuden en tropel los de Siracusa y los de los campos vecinos. Dion reparte á cinco mil de ellos las armas que traia del Peloponeso. Los principales habitantes de la ciudad, vestidos de blanco, le reciben á las puertas de la capital, y entra al frente de sus tropas, que marchan en silencio, siguiéndole cincuenta mil hombres, que hacian resonar los aires con su algazara. Al

sonido de las trompetas, cesa el vocerío, y el heraldo que iba delante, anuncia que Siracusa está libre, y destruida la tiranía. A estas palabras corren lágrimas tiernas de los ojos de todos, y no se oye mas que una mezcla confusa de clamores penetrantes, y de votos dirigidos al cielo: el incienso de los sacrificios humea en los templos y en las calles: el pueblo enagenado con exceso de sus afectos, se postra ante Dion, le invoca como á una deidad benéfica, y no pudiendo saciar su alegría, se arroja furioso sobre la casta odiosa de espías y delatores, de que estaba inundada la ciudad, los apresa, se baña en su sangre, y estas escenas de horror aumentan la alegría general.

Dion continuaba su marcha augusta por entre las mesas, puestas á ambos lados de las calles. Llegado á la plaza pública, se para, y desde un parage elevado habla al pueblo, le presenta de nuevo la libertad, le exhorta á defenderla con teson, y le suplica encarecidamente, que no ponga al frente de la república sino á gefes capaces de gobernarla en circunstancias tan críticas. Nómbranle á él y á su hermano Megacles; mas por brillante que fuese la autoridad que se les queria conferir, no la aceptaron sino con la condicion de que se les asociarian veinte de los principales vecinos de Siracusa, los mas de los cuales habian sido proscriptos por Dionisio.

Informado este principe, algunos dias despues, aunque tarde, de la llegada de Dion á Siracusa, fué allá por mar, y entró en la ciudadela, al rededor de la cual habian hecho un muro que la tenia bloqueada. Al punto envió diputados á Dion, quien les mandó dirigirse al pueblo. Admitidos á la junta general, procuraron ganarle con propuestas lisonjeras. Disminucion de los tributos, exencion del servicio militar en las guerras emprendidas sin su aprobacion, todo lo prometia Dionisio; pero el pueblo exigia como condicion primera del tratado, la abolicion de la tiranía.

El rey, que estaba tramando una perfidia, prolongaba la negociacion, é hizo correr la voz de que consentia en despojarse de su autoridad: al mismo tiempo mandó venir los diputados del pueblo, á quienes no dejó irse en toda aquella noche, y ordenó hacer una salida al amanecer. Los bárbaros que componian la guarnicion, acometieron el muro que cercaba la ciudadela, demolieron una parte, y rechazaron las tropas de Siracusa, que confiadas en una composicion próxima, se habian dejado sorprender.

Convencido Dion de que la suerte del imperio pendia de esta fatal jornada, no vió otro recurso para animar sus tropas intimidadas, que llevar el valor hasta la temeridad; y así, llamándolas desde el medio de los enemigos, no con

la voz, que no estaban para oír, sino con su ejemplo, que las dejó atónitas, y dudaban imitar, se arrojó solo por entre los vencedores, tendió por el suelo á muchos, hasta que al fin le hieren, cae en tierra, y le sacan los soldados siracusanos, cuyo valor habia revivido, y dado al suyo nuevas fuerzas. Monta luego á caballo, junta los fugitivos, y con la mano que tenia pasada de una lanza, les enseña el campo fatal, que en aquel mismo momento iba á decidir de su esclavitud ó de su libertad: vuela sin detenerse al campo de las tropas del Peloponeso, y las lleva al combate. Cansados ya los bárbaros, empezaban á ceder, y al fin van á ocultar su ignominia en la ciudadela. Los Siracusanos repartieron cien minas* á cada uno de los soldados extranjeros; y estos acordaron unánimes dar una corona de oro á su general.

Al ver esto, conoció Dionisio que no podria triunfar de sus enemigos sino desuniéndolos; y así resolvió hacer sospechoso á Dion con el pueblo, valiéndose de los mismos ardidés que habia usado en otro tiempo para denigrarle; y este fué el origen de aquellos rumores que hacia esparcir por Siracusa; de aquellas marañas y desconfianzas con que agitaba las familias; de aquellas negociaciones insidiosas, y de aquella

* Nueve mil libras: (53,529 rs. vn.)

correspondencia funesta que mantenía ya con Dion, ya con el pueblo. Todas sus cartas se comunicaban al congreso general. Un dia se halló una que tenia este sobre: *A mi padre*. Los Siracusanos, creyendo que seria de Hiparino, hijo de Dion, no se atrevieron á abrirla; pero lo hizo el mismo Dion. Habia previsto Dionisio, que si se negaba á leerla en público, daría lugar á la desconfianza, y que si la leía, inspiraría el temor. Esta carta era del mismo puño del rey, quien con particular artificio declaraba en ella todos los motivos que debían empeñar á Dion á separar sus intereses de los del pueblo. Decíale que su esposa, su hijo y su hermana estaban encerrados en la ciudadela; y que podia tomar en ellos una venganza que sirviese de escarmiento. Tras estas amenazas, venían quejas y ruegos igualmente capaces de mover un alma sensible y generosa; pero el veneno mas activo estaba encubierto en las palabras siguientes: «acordaos del celo con que defendisteis la tiranía cuando estabais á mi lado. En lugar de dar la libertad á unos hombres que os aborrecen, porque se acuerdan de los males de que habeis sido autor é instrumento, guardad el poder que os han confiado, como que es lo único que os puede salvar á vos, á vuestra familia, y á vuestros amigos.»

No hubiera sacado Dionisio tanto fruto de ha-

011085

ber ganado una batalla, como sacó de esta carta. Dion quedó á los ojos del pueblo, en la estrecha obligacion de avenirse con el tirano, ó de ocupar su lugar; y desde este momento debió vislumbrar que iba á perder su reputacion; porque en empezando á decaer la confianza, pronto queda deshecha.

En este intermedio llegó la segunda division del ejército del Peloponeso, mandada por Heráclides, quien gozando de mucha consideracion en Siracusa, no parecia destinado sino á aumentar las turbulencias del Estado. Su ambicion formaba proyectos, sin que su ligereza le permitiese continuarlos: hacia traicion á todos los partidos, sin consolidar el triunfo del suyo, ni lograr otra cosa que multiplicar enredos inútiles á sus miras. Antes sometido á los tiranos habia ocupado con distincion los empleos primeros del ejército: despues se habia unido con Dion, se habia separado de él, y vuelto á reunirse. Verdad es, que aunque no tenia ni las virtudes, ni el talento de este hombre grande, le aventajaba en el arte de ganar las voluntades. Dion las enagenaba con su recibir frio, y con lo severo de su aspecto y de su razon; sin que bastase el haberle exhortado sus amigos á que se mostrase mas afable y accesible; ni lo que Platon le decia en sus cartas, que para ser util á los hombres, era preciso antes agradarles. He-

ráclides, mas tratable, y mas indulgente, porque no habia cosa sagrada para él, ganaba á los oradores con sus liberalidades, y á la muchedumbre con sus lisonjas. Habia esta resuelto echarse en sus brazos; y en la primera junta le dió el mando de las armadas. A cuyo tiempo llegó Dion, quien habiendo hecho presente que aquel nuevo cargo era un desmembramiento del suyo, obtuvo la revocacion del decreto, y lo hizo confirmar despues en otra junta mas regular, convocada al intento por su diligencia. Ademas de esto, hizo que se añadiesen algunas prerogativas á la plaza de su rival, y se contentó con reconvenirle privadamente.

Heráclides hizo por parecer agradecido á este generoso procedimiento; y mostrándose solícito y servil al lado de Dion, se adelantaba á descubrir sus intenciones, y ejecutaba sus órdenes con el esmero del agradecimiento, al mismo tiempo que hacia diligencias en secreto, para oponer á sus designios obstáculos invencibles: si proponia Dion algun medio de composicion con Dionisio, le imputaban el estar de acuerdo con este principe; y si dejaba de proponerlo, decian que deseaba eternizar la guerra, á fin de perpetuar su autoridad.

Estas acusaciones absurdas se divulgaban con mas ahinco, despues que la flota de los Siracusanos puso en huida á la del rey, mandada por

Filisto *. Habiéndose estrellado en la costa la galera de este general, tuvo la desgracia de caer en manos de un populacho irritado, que le trató bárbaramente antes de ajusticiarle, hasta el punto de arrastrarle ignominiosamente por las calles. La misma suerte hubiera tenido Dionisio, si no hubiera dejado la ciudadela á su hijo Apolócrates, y hallado medio de huir á Italia con sus mugeres y tesoros. Finalmente, Heráclides, que en calidad de almirante debiera oponerse á su fuga, viendo que los moradores de Siracusa estaban enconados contra él, tuvo maña para hacer que recayese la tempestad sobre Dion, proponiendo repentinamente la repartición de tierras.

Esta propuesta, manantial eterno de discordias en muchos Estados republicanos, la recibió con ansia la muchedumbre, que ya no ponía límites á sus pretensiones. La resistencia de Dion excitó un motín, y borró en un instante la memoria de sus servicios; y así resolvieron, que se procediese al repartimiento de tierras; que se reformasen las tropas del Peloponeso, y que la administracion de los negocios se confiase á veinte y cinco magistrados, entre los cuales nombraron á Heráclides.

Solo pues faltaba deponer y condenar á Dion;

* En el arcontado de Elpines, que corresponde á los años 356 y 355 antes de J. C.

y temiendo á las tropas extrangeras que le acompañaban, intentaron seducirlas con promesas magnificas; pero estos valerosos soldados, que se sentian agraviados, por haberles privado de su sueldo, y recibian afrenta en creerlos capaces de hacer traicion, pusieron en medio de ellos á su general, y atravesaron la ciudad, perseguidos y acosados de todo el pueblo, sin responder á los ultrajes, mas que con echarles en cara su ingratitude y su perfidia, mientras Dion se valia de las súplicas, y de las demostraciones de cariño para aplacarlos. Avergonzados los Siracusanos de haberle dejado escapar, intentaron inquietarle en su retirada, enviando tropas, que se pusieron en huída al punto que Dion dió la señal del combate.

Retiróse pues al territorio de los Leontinos, quienes no solamente tuvieron por grande honra el admitirle, igualmente que á sus compañeros, en el número de sus ciudadanos; sino que además con noble generosidad determinaron proporcionarle una satisfacción pública; á cuyo efecto, despues de haber enviado embajadores á Siracusa, para quejarse de la injusticia cometida contra los libertadores de la Sicilia, y recibido á los diputados de Siracusa, que vinieron á acusar á Dion, convocaron sus aliados, y se ventilo el asunto en la dieta, donde unánimemente fué desaprobada la conducta de los Siracusanos.

Pero ellos en lugar de conformarse con aquella decision, andaban gloriándose de haberse librado á un mismo tiempo de dos tiranos que los habian oprimido sucesivamente; y todavia creció su alegría, con motivo de haber llevado alguna ventaja á las naves del rey, que vinieron á meter en la ciudadela provisiones, y algunas tropas, mandadas, por Nipsio de Nápoles.

Este habil general creyó haber llegado el momento de subyugar á los rebeldes, porque fiados en sus débiles ventajas, y aun mas en su insolencia, los Siracusanos habian roto todos los vínculos de la subordinacion y decencia; y así disipaban sus dias dándose á excesos en el comer y beber, y sus gefes se abandonaban á los desórdenes que ya no podian remediarse. Salió pues Nipsio de la ciudadela, derribó el muro con que la habian circundado otra vez, y apoderándose de un barrio de la ciudad, lo entraron á saco. Las tropas de Siracusa fueron rechazadas, degollados los habitantes, sus mugeres é hijos cargados de cadenas, y llevados á la ciudadela. Entonces se juntan, y deliberan tumultuariamente; pero el terror habia pasmado los ánimos, y la desesperacion no encontraba ningun recurso, cuando se oyeron algunas voces, proponiendo que se llamase á Dion y á sus tropas. Al punto lo pide el pueblo á gritos: « ¡ que venga! ¡ que nos le traigan los dio-

« ses! ¡ que venga á inflamarnos con su valor! »

Los diputados que se nombraron, hicieron tal diligencia, que llegaron adonde estaba Dion en aquel mismo dia; y arrojándose á sus pies, con lágrimas en los ojos, le enternecen con la pintura de los males que sufre su patria. Introducidos ante el pueblo, los dos principales embajadores, suplicaron encarecidamente á los circunstantes, que salvaran una ciudad, demasiado digna de su odio, y de su compasion.

Luego que acabaron, reinó un silencio profundo en todo el congreso. Quiso Dion romperle, mas las lágrimas no le dejaron hablar; y así animado por sus tropas, que tomaban parte en su dolor, dijo: « guerreros del Peloponeso, y vosotros, fieles aliados, á vosotros os toca deliberar sobre lo que os pertenece; pues por lo que á mi hace, no me queda libertad en la eleccion. Siracusa va á perecer, yo debo salvarla, ó sepultarme entre sus ruinas; y así colocándome entre sus diputados, añado: fuimos los mas imprudentes, y somos los mas infelices de los hombres. Si nuestros remordimientos os mueven, daos prisa á socorrer una ciudad, que salvasteis ya otra vez; pero si solo atendeis á nuestras injusticias, ¡ puedan á lo menos los dioses premiar el celo y la fidelidad, de que me habeis dado pruebas tan afectuosas; y no olvideis jamas á aquel Dion que no os abandonó

« cuando su patria era culpable, y no la abandonas, cuando es desgraciada! »

Iba á proseguir ; pero todos los soldados enternecidos, exclamaron á una voz : « ¡ poneos á nuestro frente, y vamos á libertar á Siracusa ! » Los embajadores penetrados de alegría y de gratitud, se arrojaron á su cuello, y bendijeron mil veces á Dion, quien no dió á sus tropas mas tiempo que para tomar algun alimento.

Apenas se puso en camino, quando se encontró con nuevos diputados, que le instaban unos á que acelerase su marcha, y otros á que la suspendiese. Los primeros hablaban á nombre de la parte mas sana de los ciudadanos, y los segundos á nombre de la faccion opuesta. Es el caso, que habiéndose retirado los enemigos, volvieron los oradores á sembrar la discordia en los ánimos. Por una parte el pueblo acolorado con estos clamores, habia resuelto no deber su libertad mas que á si mismo, y tomar las puertas de la ciudad, para excluir todo socorro extranjero ; por otra, las gentes sensatas, amedrentadas de presuncion tan loca, solicitaban vivamente el regreso de las tropas del Peloponeso.

Dion creyó que no debia ni detenerse ni apresurarse ; y así caminaba lentamente hácia Siracusa, y se hallaba de ella á sesenta estadios *.

* Cerca de dos leguas y cuarto : (cerca de 2 leguas de España).

quando vió llegar correos tras correos de todos los partidos, de todas las clases de ciudadanos, y hasta del mismo Heráclides, su mas cruel enemigo. La causa de esto era que los sitiados habian hecho una nueva salida, dándose unos á acabar de destruir el muro de circunvalacion ; otros, como tigres irritados, se arrojaban sobre los habitantes, sin distincion de edad ni de sexo ; y otros, en fin, para oponer una barrera impenetrable á las tropas extranjeras, lanzaban tizones y dardos encendidos en las casas inmediatas á la ciudadela.

A esta nueva, Dion precipita su marcha, descubre ya los torbellinos de llamas y humo que subian por los aires, oye los insolentes gritos de los vencedores, y los alaridos lamentables de los habitantes : al fin se presenta, y su nombre resuena en todos los barrios de la ciudad : el pueblo se postra delante de él, y los enemigos atemorizados se ordenan en batalla al pie de la ciudadela ; eligiendo este puesto para que los defendiesen los escombros casi inaccesibles del muro que habian destruido, y mas todavia aquella espantosa cerca de fuego, que les habia proporcionado su furor.

En tanto que los Siracusanos prodigan á su general las mismas aclamaciones, los mismos títulos de salvador y de dios, con que lo recibieron en su primer triunfo, sus tropas divididas

en columnas, y llevadas de su ejemplo, iban marchando en orden al traves de las cenizas ardientes, de las vigas encendidas, de la sangre y los cadáveres que cubrian las calles y las plazas, por entre la horrorosa oscuridad de un humo denso, y el resplandor todavia mas horrible de las llamas devoradoras, y entre las ruinas de las casas, que se desplomaban con horrisono estruendo á sus lados, y sobre sus cabezas. Llegados al último atrincheramiento, lo pasan con la misma intrepidez, á pesar de la resistencia obstinada y feroz de los soldados de Nipsio, los cuales fueron destrozados ú obligados á encerrarse en la ciudadela.

El día siguiente, los habitantes despues de haber cortado el fuego, se hallaron en una tranquilidad profunda. Los oradores y los demas cabezas de partido se habian desterrado ellos mismos, menos Heráclides y Teodoto, su tio, quienes conocian bien á Dion, y no dudaban que templarian su enojo con la confesion de su yerro. Los amigos de Dion trataban de persuadirle, que jamas desarraigaria del seno del Estado la sedicion, peor que la tiranía, si se negaba á abandonar los dos culpados á los soldados que pedian se les castigase; pero él respondió con mansedumbre: « otros generales pasan su vida en el ejercicio de las fatigas de la guerra, para porcionarse algun dia un triunfo, que suele

« ser debido á la casualidad. Educado en la escuela de Platon, yo he aprendido á moderar mis pasiones, y para conseguir una victoria, que no se pueda atribuir sino á mí mismo, debo perdonar y olvidar las injurias. ¡Y qué! Porque Heráclides haya degradado su alma con su perfidia y maldades, ¿han de amancillar indignamente la mia la ira y la venganza? No es mi intento aventajarle ni en ingenio, ni en poder, sino vencerle á fuerza de virtudes, y ganarle á fuerza de beneficios.»

Entre tanto estrechaba de tal modo la ciudadela, que la guarnicion por falta de viveres no observaba ya ninguna disciplina, por lo cual se vió precisado Apolócrates á capitular; y obtuvo el permiso de salir con su madre, su hermana y sus efectos, que se embarcaron en cinco galeras. El pueblo concurrió á la costa, á contemplar tan dulce espectáculo, y gozar tranquilamente de este hermoso dia, que alumbraba por fin á la libertad de Siracusa, á la retirada del heredero de sus opresores, y á la total destruccion de la mas poderosa tiranía.

Apolócrates fué en busca de su padre Dionisio, que estaba entonces en Italia; y evacuada la ciudadela entró Dion en ella. Aristómaca, su hermana, é Hiparino, su hijo, volaron á encontrarle, y recibieron sus primeras caricias. Seguiales Areté, temblando, fuera de sí, y deseando y

temiendo poner en él los ojos bañados en lágrimas. Habiéndola Aristómaca tomado por la mano, dijo á su hermano: « no es posible explicaros lo que hemos sufrido durante vuestra ausencia; « vuestro regreso y vuestras victorias nos permiten al fin respirar. Mas ¡ay! mi hija, obligada á expensas de su ventura y de la mía, á traer nuevo empeño; mi hija es infeliz en medio de la alegría universal. ¿Qué es lo que pensáis de la fatal necesidad á que la redujo la crueldad del tirano? ¿Debe saludaros como á su tío, ó como á su esposo? » Dion, sin poder reprimir las lágrimas, abrazó tiernamente á su esposa; y habiéndole entregado su hijo, le suplicó que aceptase la humilde habitación que había escogido para sí; puesto que no quiso vivir en el palacio de los reyes.

No era mi designio formar el elogio de Dion, si solo referir algunas de sus acciones; y aunque el interés que ellas me inspiran, me haya hecho ya alargarme bastante, no puedo, á pesar de eso, resistirme al placer de seguir hasta el fin de su carrera á un hombre, que en todos los estados, en todas las situaciones, fué siempre tan diferente de los demás, como semejante á sí mismo, y cuya vida suministraría las más bellas acciones á la historia de la virtud.

Después de tantos triunfos, determinó Dion cumplir en público y en particular con lo que

debía á los compañeros de sus trabajos, y á los ciudadanos que habían acelerado la revolución. A unos hizo partícipes de su gloria, y á otros de sus riquezas: sencillo, modesto en el vestir, en el comer, en todo lo que le tocaba, no se atrevía á ser magnífico, sino en el ejercicio de su generosidad. En tanto que cautivaba la admiración, no solamente de la Sicilia, sino de Cartago y de toda la Grecia; en tanto que Platon le advertía en una de sus cartas, que toda la tierra tenía los ojos puestos en él, Dion los ponía en aquel corto número de espectadores ilustrados, que no reputando en nada sus hazañas, ni sus victorias, esperaban á verle en el momento de la prosperidad, para concederle su estimación ó su desprecio.

En efecto, en su tiempo habían concebido los filósofos el proyecto de trabajar seriamente en la reforma del género humano. El primer ensayo debía hacerse en Sicilia, con cuya mira emprendieron al principio formar el alma del joven Dionisio, que dejó burladas sus esperanzas. Dion las había hecho revivir, y le habían acompañado en su expedición, muchos discípulos de Platon; con cuyas luces, con las suyas, y las de algunos corintios, que por su diligencia habían venido á Siracusa, estaba bosquejando el plan de una república, que conciliase todos los poderes y todos los intereses, en lo que pre-

feria un gobierno mixto, en donde la clase de los principales ciudadanos sirviese de contrapeso al poder soberano y al del pueblo; queriendo además que el pueblo no diese su voto, sino en ciertas ocasiones, como se hacia en Corinto.

Sin embargo, no se atrevia á empezar su obra, detenido por un obstáculo casi insuperable. Heráclides no cesaba, despues de su reconciliacion de atormentarle con intrigas claras ú ocultas; y como la muchedumbre le adoraba, no tenia Dion por cordura el adoptar un proyecto que destruyese la democracia. Los partidarios de Dion le propusieron mas de una vez, que se deshiciese de aquel hombre inquieto y turbulento; y aunque siempre se habia resistido á ello, al fin á fuerza de instancias, le hicieron dar su consentimiento. Esto dió motivo á que se sublevaron los Siracusanos, y aunque Dion logró apaciguarlos, no quedaron contentos de una accion que las circunstancias parecian justificar á los ojos de la política; la que además llenó su alma de remordimientos, y amargó el resto de sus dias.

Libre ya de este enemigo, halló á poco otro mas pérfido y mas peligroso. Cuando estuvo en Atenas, le habia recibido en su casa un vecino de esta ciudad, llamado Calipo, quien logró su amistad, de que no era digno, y le acompañó á Sicilia, donde elevado á los primeros grados mi-

litares, dió pruebas de corresponder á la eleccion del general, y ganó la confianza de las tropas.

Muerto Heráclides, conoció Calipo que solamente le costaria una maldad hacerse dueño de la Sicilia, dado que la muchedumbre necesitaba de un caudillo, que halagase sus caprichos, y cada vez estaba mas recelosa de que Dion la despojase de su autoridad, para apropiársela él, ó pasarla á la clase de los ricos: ni tampoco faltaban políticos, entre las gentes ilustradas, que conjeturasen que no se resistiria siempre al atractivo de una corona, reputando delito sus sospechas. La mayor parte de aquellos guerreros que habia traído del Peloponeso, y que el honor mantenía en su séquito, habian muerto en los combates. Por último, cansados todos los ánimos de la inaccion y de las virtudes de Dion, echaban menos la licencia y las facciones, que habian tenido en ejercicio su actividad por tanto tiempo.

Todo esto lo tuvo presente Calipo para urdir su trama insidiosa; á lo que dió principio hablando á Dion del descontento real ó supuesto, que las tropas manifestaban de cuando en cuando; y aun logró que le autorizase para explorar la disposicion de los ánimos. Con esto se iba insinuando con los soldados, y animaba y comunicaba sus intentos á los que recibian bien sus insinuaciones. Los que las resistian con indi-

gnacion, iban en vano á denunciar á su general esta conducta de Calipo: pues se regocijaba viendo en ello el proceder de un leal amigo.

La conjuracion hacia progresos de dia en dia, sin que Dion pensase en dar á este negocio la menor atencion. Verdad es que llegó á recelar en vista de tantos indicios como le venian de todas partes, y que hacia tiempo inquietaban á su familia; pero atormentado de la memoria de la muerte de Heráclides, que no se apartaba de él, respondió que queria mas perecer mil veces, que tener que cautelarse continuamente de sus enemigos y de sus amigos.

Jamas Dion reflexionó debidamente en la eleccion de sus amigos; y cuando llegó á convencerse de que la mayor parte de ellos eran unas almas viles y estragadas, no hizo uso de ello, sea porque no los creyese capaces de un exceso de maldad, ó sea por creer que debia abandonarse á su destino. Ciertamente debia de hallarse entonces en uno de aquellos momentos, en que la misma virtud se desalienta, al ver la injusticia y malignidad de los hombres.

Como la esposa y la hermana de Dion andaban indagando con suma diligencia los trámites de la conspiracion, se presentó á ellas Calipo, anegado en lágrimas; y en prueba de su inocencia, ofreció sujetarse á las pruebas mas rigurosas. Ellas exigieron el juramento magno, que

es el único que atemorizaba aun á los mismos malvados; pero él lo prestó al instante. Llévanle pues á los subterranos del templo de Ceres y de Proserpina, donde acabados los sacrificios acostumbrados, se vistió el manto de una de estas diosas, y teniendo en la mano una tea ardiendo, las tomó por testigos de su inocencia, y pronunció imprecaciones terribles contra los perjuros. Concluida la ceremonia, se fué á preparar las cosas para ejecutar su proyecto.

Eligió el dia de la fiesta de Proserpina, y sabiendo con certeza que Dion no habia salido de casa, se puso al frente de algunos soldados de la isla de Zacinto, de los cuales unos cercaron la casa, y entraron en un cuarto bajo, donde estaba Dion conversando con varios de sus amigos, que no se atrevieron á exponer sus vidas por salvar la suya. Los conjurados iban sin armas, y así se arrojaron sobre él, y le atormentaron largo rato con intencion de ahogarle; pero como todavía respirase, les echaron por la ventana un puñal, y se lo clavaron en el corazon. Hay quien diga que Calipo sacó la espada; pero no se atrevió á herir á su antiguo bienhechor. De esta manera murió Dion á la edad de cerca de cincuenta y cinco años, y el cuarto despues de haber vuelto á Sicilia.

* El año 535 antes de J. C.

Su muerte produjo una mudanza repentina en Siracusa. Los Siracusanos que empezaban á detestarle como á un tirano, le lloraron como el autor de su libertad. Hiciéronle funerales á expensas del tesoro público, y pusieron su sepulcro en el lugar mas eminente de la ciudad.

Sin embargo, á excepcion de una ligera conmocion, en la que se derramó sangre que no fué de los culpados, nadie se atrevió al principio á ir contra ellos, y Calipo recogió en paz el fruto de su crimen. Poco despues se reunieron los amigos de Dion para vengarle; pero quedaron vencidos. Derrotado despues Calipo por Hiparino, hermano de Dionisio, aborrecido y arrojado de todas partes, precisado á refugiarse á Italia con el resto de los bandidos, que seguian su partido, murió al fin en suma miseria, trece meses despues de la muerte de Dion, y segun se dice, le hirieron con el mismo puñal que quitó la vida á este hombre grande.

Mientras que en Sicilia se trabajaba en destruir la tiranía, Atenas, que hacia tanto alarde de su libertad, apuraba sus recursos en vanos esfuerzos para volver á subyugar los pueblos, que años antes se habian separado de su alianza*; con cuya mira resolvió apoderarse de Bizancio, haciendo partir al intento ciento y veinte galeras,

* Véase el capítulo xxiii de esta obra.

al mando de Timoteo, de Ifierates y de Cares; los cuales pasaron al Helesponto, donde las alcanzó muy pronto la armada enemiga, casi igual en fuerza. Disponíanse de una y otra parte para el combate, cuando sobrevino una tempestad violenta; no obstante lo cual fué de parecer Cares de dar la batalla; y como los otros dos generales, mas hábiles y mas prudentes se opusiesen á su parecer, denunció públicamente su resistencia á los soldados, valiéndose de esta ocasion para desacreditarlos. Oidas las cartas en que se les acusaba de traicion, el pueblo lleno de ira les mandó venir inmediatamente, y se les formó causa.

Las victorias de Timoteo, setenta y cinco ciudades que habia reunido á la república, los honores que se le habian dispensado en otro tiempo, su ancianidad, la justicia de su causa, nada pudo librarle de la iniquidad de los jueces, quienes le impusieron una multa de cien talentos*, que no podia pagar; y así se retiró á la ciudad de Calcis en la Eubea, no poco indignado contra unos ciudadanos á quienes habia enriquecido tantas veces con sus conquistas; los cuales despues de su muerte manifestaron un arrepentimiento tan infructuoso como tardío. De esta manera pagó el desprecio con que habia mirado

* Quinientas cuarenta mil libras: (2,011,764 rs. vn.)

siempre á Cares. Un dia en que se trataba de la eleccion de generales, algunos oradores asalarados, ensalzaban á Cares, para excluir á Ificrates y Timoteo, atribuyéndole las calidades de un robusto atleta; á lo que añadian que estaba en lo mas robusto de su edad, y tenia resistencia para sufrir las mayores fatigas. « Un hombre como este necesita el ejército.— Sin duda, » dijo Timoteo, para portear el bagage. »

La sentencia de Timoteo, no bastó para saciar el furor de los Atenienses, ni pudo intimidar á Ificrates, que se defendió con intrepidez. Se notó la expresion militar de que se valió para poner ante los ojos de los jueces la conducta del general que habia jurado perderle. « Mi asunto me arrastra, dijo; acaba de abrirme un camino al traves de las acciones de Cares. » En la continuacion del discurso apostrofó al orador Aristofon, que le acusaba de haberse dejado sobornar, diciéndole en tono grave: « decidme, » ¿hubierais cometido una infamia semejante? « — No, ciertamente, respondió el orador. — » ¿Y quereis, replicó Ificrates, que yo haya hecho lo que Aristofon no se hubiera atrevido á hacer? »

A los recursos de la elocuencia, juntó otro que le pareció mas seguro; y fué rodear el tribunal con varios oficiales jóvenes y adictos á sus intereses; y él mismo dejaba descubrir á los

jueces un puñal que traia escondido debajo del vestido. Salió absuelto, y no volvió á servir. Cuando le reconvinieron acerca de lo violento de este proceder, respondió: « he llevado por mucho tiempo las armas por salvar á mi patria; y seria muy necio en no tomarlas cuando se trata de salvarme yo. »

Entre tanto Cares no habia ido á Bizancio, y so color de que le faltaban víveres, se puso con su ejército al sueldo del sátrapa Artabazo, que se habia rebelado contra Artaxerxes, rey de Persia, é iba á ceder á unas fuerzas superiores á las suyas. La llegada de los Atenienses mudó el semblante de los asuntos: el ejército de este príncipe fué batido; y Cares escribió al punto al pueblo de Atenas, diciendo como habia ganado á los Persas una victoria tan gloriosa como la de Maraton; pero esta noticia solamente excitó una alegría pasajera, porque atemorizados los Atenienses con las quejas y amenazas del rey de Persia, dieron orden á su general de retirarse, y sin perder tiempo ofrecieron la paz y la independencia á las ciudades que habian intentado sacudir su yugo. Así se acabó esta guerra*, igualmente funesta á los dos partidos. Por una parte, algunos de los pueblos coligados, exhaustos de gente y dinero, quedaron sujetos al dominio de

* Bajo el arcontado de Elpines, año 536 y 535 antes de J. C.

Mausolo, rey de Caria; por otra Atenas, no solo quedó privada de los recursos que tenia en su alianza, sino que además perdió sus tres mejores generales, Cabrias, Timoteo é Ificrates. Por este tiempo tuvo principio otra guerra, que produjo un incendio general, y desplegó los grandes talentos de Filipo, por desgracia de la Grecia.

Los anfictiones *, cuyo principal objeto es atender á los intereses del templo de Apolo de Delfos, se habian juntado, y los Tebanos, que de concierto con los Tesalos, dirigian las operaciones de este tribunal, acusaron á los Focenses de haberse apoderado de algunas tierras consagradas á este dios, y los hicieron condenar en una multa cuantiosa. El espíritu de venganza movia á los acusadores, mientras los Tesalos se avergonzaban todavía de las victorias que los Focenses les habian ganado en otro tiempo. La ciudad de Tebas, además de los motivos de rivalidad que hay siempre entre dos naciones confinantes, estaba indignada por no haber podido obligar á un habitante de la Fócide, á que devolviese una muger tebana, que habia robado.

Al primer decreto, se siguió en breve otro, que dedicaba al dios las tierras de los Focenses, autorizando además á la liga anfictiónica á pro-

* Bajo el arcontado de Agatocles, el año 536 antes de J. C.

ceder con rigor contra las ciudades que hasta entonces no habian obedecido á los decretos de este tribunal. Esta última cláusula tenia por objeto á los Lacedemonios, contra quienes hacia tiempo se habia dado una sentencia que no se habia llevado á efecto.

En cualquiera otra circunstancia los Focenses hubieran temido arrostrar los males que les amenazaban; pero entonces se vió, de cuán livianos motivos penden á veces las grandes revoluciones. Poco tiempo antes, dos particulares de la Fócide, queriendo lograr cada uno para su hijo una rica heredera, interesaron en su querrela á toda la nacion, y formaron dos partidos, que en las deliberaciones públicas, no escuchaban mas consejos que los del odio. Así fué, que apenas varios focenses propusieron el cumplir los decretos de los anfictiones, cuando Filómeles, á quien sus riquezas y talentos habian puesto al frente de la facción opuesta, sostuvo abiertamente, que ceder á la injusticia era la mayor y mas perjudicial baja; que los Focenses tenian derechos legítimos, no solamente á las tierras que cultivaban, sin que esto se pudiese graduar de delito, sino tambien al templo de Delfos; y que solamente les pedia su confianza para librarlos del castigo ignominioso decretado por el tribunal de los anfictiones.

A su rápida elocuencia cedieron los Focenses;

y autorizado con poderes absolutos, vuela á Lacedemonia, hace que el rey Arquidamo apruebe sus proyectos, y alcanza de él quince talentos*, que juntos á otros tantos que él mismo ponía, le facilitaron tomar á sueldo un gran número de mercenarios, apoderarse del templo, cercarle con un muro, y arrancar de sus columnas los decretos infamatorios, que los anfictiones habían dado contra los pueblos acusados de sacrilegos. En vano acudieron los Locrienses á la defensa del asilo sagrado; pues fueron puestos en huida, y sus campos arrasados enriquecieron á los vencedores. La guerra duró diez años y meses. Mas adelante indicaré sus principales sucesos**.

* Ochenta y un mil libras : (mas de 300,000 rs. vn.)

** Véase el capítulo siguiente.

CAPITULO LXI.

CARTAS SOBRE LOS ASUNTOS GENERALES DE LA GRECIA, DIRIGIDAS
A ANACARSIS Y A FILOTAS, DURANTE SU VIAGE
A EGIPTO Y PERSIA.

Mientras estuve en la Grecia, había oído hablar tanto de Egipto y de Persia, que no pude resistir al deseo de recorrer estos dos reinos. Apolodoro me dió á Filotas para que me acompañase, prometiendo escribirnos cuanto ocurriese durante nuestra ausencia, é igual oferta nos hicieron otros amigos. Sus cartas, que pondré íntegras, ó algunos fragmentos de otras, no eran á veces mas que un diario: otras, venían acompañadas de reflexiones.

y autorizado con poderes absolutos, vuela á Lacedemonia, hace que el rey Arquidamo apruebe sus proyectos, y alcanza de él quince talentos*, que juntos á otros tantos que él mismo ponía, le facilitaron tomar á sueldo un gran número de mercenarios, apoderarse del templo, cercarle con un muro, y arrancar de sus columnas los decretos infamatorios, que los anficiones habían dado contra los pueblos acusados de sacrilegos. En vano acudieron los Locrienses á la defensa del asilo sagrado; pues fueron puestos en huida, y sus campos arrasados enriquecieron á los vencedores. La guerra duró diez años y meses. Mas adelante indicaré sus principales sucesos**.

* Ochenta y un mil libras : (mas de 300,000 rs. vn.)

** Véase el capítulo siguiente.

CAPITULO LXI.

CARTAS SOBRE LOS ASUNTOS GENERALES DE LA GRECIA, DIRIGIDAS
A ANACARSIS Y A FILOTAS, DURANTE SU VIAGE
A EGIPTO Y PERSIA.

Mientras estuve en la Grecia, había oído hablar tanto de Egipto y de Persia, que no pude resistir al deseo de recorrer estos dos reinos. Apolodoro me dió á Filotas para que me acompañase, prometiendo escribirnos cuanto ocurriese durante nuestra ausencia, é igual oferta nos hicieron otros amigos. Sus cartas, que pondré íntegras, ó algunos fragmentos de otras, no eran á veces mas que un diario: otras, venían acompañadas de reflexiones.

Nos pusimos en camino al fin del año segundo de la olimpiada 106 *; en cuyo tiempo el medio de la Grecia gozaba de un profundo sosiego; y el norte estaba alborotado con la guerra de los Focenses, y las empresas de Filipo, rey de Macedonia.

Filómeles, gefe de los Focenses, se había fortificado en Delfos: desde allí enviaba embajadores á todas partes; pero nadie podia presumir, que unas disensiones tan leves darian lugar á la ruina de aquella Grecia, que ciento y veinte años antes había resistido á todas las fuerzas de la Persia.

Filipo temia frecuentes desavenencias con los Tracios, Hirios y otros pueblos bárbaros. Su intento era conquistar las ciudades griegas, situadas en las fronteras de su reino, cuya mayor parte eran aliadas ó tributarias de los Atenieses. Ofendidos estos de que conservase á Anfipolis, que les había pertenecido, empezaron á cometer algunas hostilidades, aunque sin atreverse á hacer un rompimiento declarado.

* En la primavera del año 534 antes de J. C.

ARCONTADO DE DIOTIMO EN ATENAS.

Año 5º de la olimpiada 106.

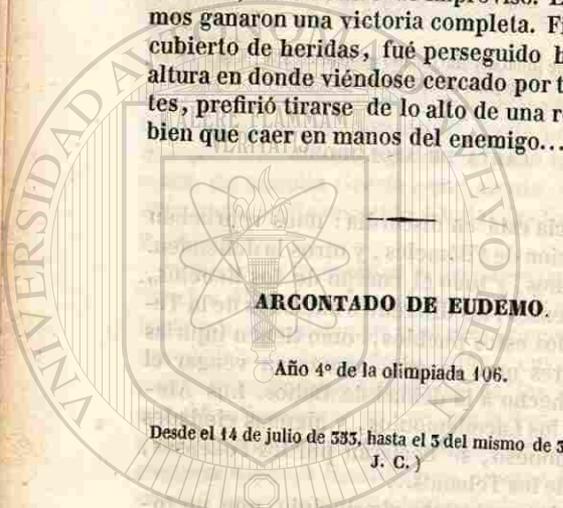
(Desde el 26 de junio del año juliano proléptico 534, hasta el 14 de julio de 533 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

La Grecia está en discordia: unos reprueban la resolución de Filómeles, y otros la defienden. Los Tebanos, y todo el cuerpo de los Beocios, los Locrienses, las diferentes naciones de la Tesalia; todos estos pueblos, como tienen injurias particulares que vengar, amenazan vengar el agravio hecho á la deidad de Delfos. Los Atenieses, los Lacedemonios, y algunas ciudades del Peloponeso, se declaran por los Focenses, en odio de los Tebanos...

Filómeles protestaba al principio, que no tocaria á los tesoros del templo; pero asustándole los preparativos que hacian los Tebanos, se ha apropiado una parte de estas riquezas, con lo cual ha aumentado la paga de los mercenarios, que acuden de todas partes á Delfos. Ha desbaratado sucesivamente á los Locrienses, á los Beocios, y á los Tesalos...

En estos dias pasados, entró el ejército de los Focenses por un parage que estaba guardado por los Beocios, con cuyo ejército superior en número, se encontró de improviso. Estos últimos ganaron una victoria completa. Filómeles, cubierto de heridas, fué perseguido hasta una altura en donde viéndose cercado por todas partes, prefirió tirarse de lo alto de una roca, mas bien que caer en manos del enemigo...



ARCONTADO DE EUDEMO.

Año 4º de la olimpiada 106.

Desde el 14 de julio de 533, hasta el 5 del mismo de 532 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

En la última asamblea de los Focenses, los mas sabios estuvieron por la paz; pero Onomarco, que habia recogido los restos del ejército, hizo tanto con su elocuencia y su reputacion, que se ha resuelto continuar la guerra, y con-

fiarle la misma autoridad que tenia Filómeles. Está levantando nuevas tropas. El oro y la plata que se ha sacado del tesoro sagrado, se ha convertido en moneda; y muchas de las hermosas estatuas de bronce que se veian en Delfos, en casquetes y espadas...

Ha corrido la noticia de que el rey de Persia Artaxerxes, iba á volver sus armas contra la Grecia. Con esto, no se hablaba sino de sus inmensos preparativos, y algunos decian que necesitaba, por lo menos, mil y doscientos camellos, para portear el oro con que se habian de pagar las tropas.

Ha habido una junta tumultuosa, y en medio del alboroto público, algunos votos han propuesto, que se llame á la defensa de la Grecia á todas las naciones que la habitan, y aun al rey de Macedonia, y que se lleve la guerra á los Estados de Artaxerxes, anticipándose á sus intentos. Demóstenes, que despues de haber hablado con distincion en los tribunales de justicia, ha dado en meterse en los negocios públicos, se ha opuesto á este parecer; pero ha insistido mucho en la necesidad de ponerse en estado de defensa. ¿Cuántas galeras necesitamos? ¿Cuánta infantería y caballería? ¿Qué fondos? ¿De dónde han de salir? Todo lo ha previsto; todo lo ha arreglado de antemano. Las miras del orador han sido muy aplaudidas. En efecto, unas

disposiciones tan atinadas nos servirán contra Artaxerxes si acomete á la Grecia; y si no contra nuestros enemigos actuales. Despues se ha sabido que este príncipe no pensaba en nosotros, con lo que nosotros no pensamos ya en nada.

No puedo acostumbrarme á estos excesos periódicos de desaliento y de confianza. Nuestras cabezas se desbaratan y componen en un abrir y cerrar de ojos. Cuando un particular no adquiere nunca la experiencia de sus yerros, se le abandona á su ligereza; pero qué deberemos pensar de una nación entera, en que lo presente no tiene ni pasado ni futuro, y olvida sus temores, como se olvida un relámpago ó un trueno?...

Los mas no hablan del rey de Persia sin temor, ni del de Macedonia sin desprecio; y no ven que hace mucho tiempo que este último príncipe no ha cesado de hacer incursiones en nuestros Estados; que despues de haberse apoderado de nuestras islas de Imbros y de Lemnos, ha cargado de cadenas á nuestros conciudadanos establecidos en ellas: que ha apresado muchas naves nuestras en las costas de la Eubea, y que últimamente ha hecho un desembarco en nuestro territorio en Maraton, y se ha hecho dueño de la galera sagrada. Esta afrenta, recibida en el mismo lugar, que fué en otro tiempo

el teatro de nuestra gloria, nos ha causado rubor; pero entre nosotros se borra muy pronto el color de la vergüenza.

Filipo está presente en todo tiempo, y en todo lugar. Apenas ha dejado nuestras costas, cuando vuela á la Tracia marítima; toma la plaza fuerte de Metona, la demuele y reparte sus fértiles campos á los soldados que le adoran.

Durante el sitio de esta ciudad, estando Filipino pasando un rio á nado, le alcanzó á dar una flecha en un ojo; y á pesar de los agudos dolores que sufría, volvió tranquilamente á la orilla de donde habia salido. Su médico, Critóbulo, le ha sacado la flecha con mucha destreza, y el ojo no ha quedado disforme, pero no ve con él*.

Este accidente no ha amortiguado su ardor, pues ahora está sitiando el castillo de Herea, al cual tenemos nosotros derechos legitimos. Mucho alboroto en Atenas. Las resultas son un decreto de la junta general, para que se saque una contribucion de sesenta talentos**, se armen cuarenta galeras, y se alisten los que no han llegado á los cuarenta y cinco años***. Es-

* Un parasito de Filipino llamado Clidemo, se presentó con un parche en un ojo despues de la herida de este príncipe.

** Trescientas veinte y cuatro mil libras (1,207,000 rs. vn.)

*** Esto era por el mes de octubre del año 533 antes de J. C.

los preparativos piden tiempo; el invierno se acerca, y se dejará la expedición para el verano próximo.

Quando estábamos temiendo los proyectos del rey de Persia, y el proceder del de Macedonia, nos llegaron embajadores del rey de Lacedemonia, y tambien de los Megalopolitanos, que estaban sitiados por él. Arquidamo propuso que nos uniésemos á los Lacedemonios, para reponer las ciudades de la Grecia en el mismo pie en que estaban antes de las últimas guerras. Todas las usurpaciones debian restituirse, y destruirse los nuevos establecimientos. Los Tebanos nos han quitado á Oropo, y tendrán que devolverla; han arrasado á Tespis y á Platea; pues se reedificarán: han edificado á Megalópolis de Arcadia para contener las correrías de los Lacedemonios; pues será demolida. Los oradores y los ciudadanos estaban discordes. Demóstenes ha manifestado claramente, que la ejecución del proyecto debilitaría ciertamente á los Tebanos, nuestros enemigos, pero aumentaría el poder de los Lacedemonios, nuestros aliados; y que nuestra seguridad dependia únicamente de nuestra habilidad en conservar el equilibrio entre aquellas dos repúblicas. Los votos se han reunido en favor de su parecer.

Entre tanto los Fócenses han dado tropas á los Lacedemonios; los Tebanos y otros pueblos

á los Megalopolitanos: ya ha habido muchas batallas; pronto se hará la paz, y lo que se sacará es haber derramado mucha sangre.

No se ha derramado menos en nuestras provincias setentrionales. Los Focenses, los Beocios y los Tesalos, á veces vencedores y á veces vencidos, perpetúan una guerra que la religion y el rencor hacen en extremo cruel. Un nuevo incidente no deja descubrir mas que un porvenir deplorable. Licofron, tirano de Feres en Tesalia, se ha ligado con los Focenses para subyugar á los de Tesalia. Estos últimos han implorado el auxilio de Filipo, quien ha acudido prontamente á su socorro; y despues de algunas acciones poco decisivas, ha tenido dos reveses consecutivos, que le han hecho retirarse á Macedonia. Quando se le creia reducido á los últimos apuros, y sus soldados empezaban á abandonarle, ha aparecido repentinamente otra vez en Tesalia. Sus tropas y las de los Tesalos, sus aliados, ascienden á mas de veinte y tres mil infantes y tres mil caballos. Onomarco, al frente de veinte mil infantes y trescientos caballos, se habia juntado con Licofron. Los Focenses, despues de una obstinada resistencia, han sido batidos y arrojados hácia la costa del mar, desde donde se divisaba á cierta distancia la armada de los Atenenses mandada por Cares: los mas se echaron á nado, y han perecido con Ono-

marco, su gefe, cuyo cuerpo hizo sacar Filipo para colgarlo de una horca. La pérdida de los Focenses es muy considerable: en el combate murieron seis mil; y tres mil que se rindieron á discrecion, los han arrojado al mar como sacrilegos.

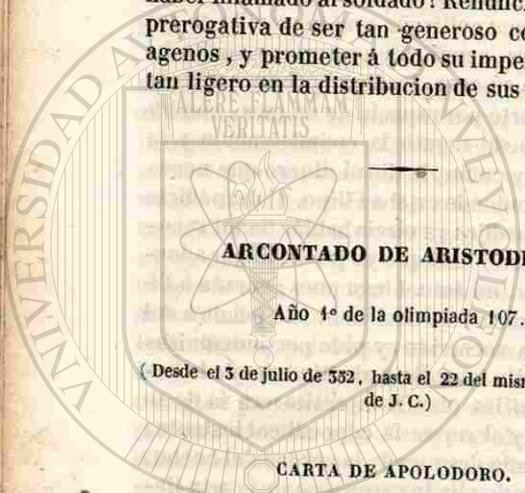
Los Tesalos, en el hecho de asociarse á Filipo, han destruido las barreras que se oponian á su ambicion. Hace algunos años que dejaba á los Griegos debilitarse, y desde lo alto de su trono, como desde una atalaya, aguardaba el momento en que vendrian á mendigar su ayuda. De hoy en adelante le vereis autorizado para mezclarse en los negocios de la Grecia. Por todas partes el pueblo, sin penetrar sus intenciones, le cree animado del celo por la religion: por todas partes se dice que debe la victoria á la santidad de la causa que defiende, y que los dioses le han escogido para vengar sus altares. Esto lo habia previsto él mismo; y así, antes de la batalla, mandó á sus soldados coronarse de laurel, como si fuesen al combate á nombre de la divinidad de Delfos, á quien está consagrado este arbol.

Estas intenciones tan puras, y unas proezas tan sobresalientes, exaltan la admiracion de los Griegos hasta el entusiasmo: de manera que no se habla sino de este principe, de sus talentos y de sus virtudes. Voy á referiros un hecho que me han contado de él.

Habia en su ejército un soldado de gran nombradía por su valor, pero de codicia insaciable. Este soldado se embarcó para una expedicion distante; y habiendo zozobrado la nave en que iba, salió moribundo á la costa. Viéndolo un macedonio, que cultivaba una tierrecilla en las inmediaciones, acudió á socorrerle; y vuelto en sí, le llevó á su casa, le dió su propia cama, le vistió y confortó por espacio de un mes, con todo cuanto puede sugerir la conmiseracion y la humanidad; y en fin, le dió el dinero que necesitaba para ir adonde estaba Filipo. Al despedirse el soldado, le dijo: ya oireis hablar de mi reconocimiento, solo con que yo pueda llegar adonde esté el rey, mi amo. Llega pues; cuenta á Filipo su desgracia, sin decirle ni una palabra del que le habia socorrido, y pide por indemnizacion una casita inmediata al sitio adonde le habian arrojado las olas. Esta casita era la de su bienhechor, y el rey se la concedió al instante; pero informado despues de la verdad del hecho, que el dueño de ella le expuso en una carta llena de nobleza, se indignó sobremanera, y mandó al gobernador de la provincia, que pusiese á este último en la posesion de su hacienda, y que con un hierro ardiendo imprimiese en la frente del soldado, una marca de deshonor.

Esta accion la ensalzan hasta las nubes: por mi parte la apruebo sin admirarla. Mas castigo

merecia Filipo, que un vil mercenario; porque el súbdito que solicita una injusticia, es menos culpable que el principe que la concede sin examen. ¿Pues qué debía hacer Filipo, despues de haber infamado al soldado? Renunciar la funesta prerogativa de ser tan generoso con los bienes agenos, y prometer á todo su imperio de no ser tan ligero en la distribucion de sus gracias.



ARCONTADO DE ARISTODEMO.

Año 4º de la olimpiada 107.

(Desde el 5 de julio de 532, hasta el 22 del mismo de 534 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

En una de mis anteriores os dije que para hacer frente á las incursiones de Filipo y contenerle en sus Estados, se habia resuelto sacar una contribucion de sesenta talentos * y enviar á

* Trescientas veinte y cuatro mil libras (1,207,000 rs. vn.)

Tracia una armada de cuarenta galeras, con un grande ejército. Al cabo de casi once meses de preparativos, se han venido á recoger cinco talentos *, y se han armado diez galeras, las que debía mandar Caridemo; y en efecto iba á salir cuando se esparció la noticia de que Filipo estaba enfermo, y habia muerto. Al punto desarmamos, y Filipo tomó el camino de las Termópilas, yendo á caer sobre la Fócide, y desde allí podia venir aquí. Por fortuna teniamos en la costa inmediata una flota, que llevaba un cuerpo de tropas á los Focenses; y Nausicles, que las mandaba, las echó al punto en tierra, y se colocó en el estrecho, con lo cual, Filipo ha suspendido sus proyectos, y ha vuelto á tomar el camino de Macedonia.

Con este motivo nos hemos envanecido: nuestros aliados nos han dado la enhorabuena: hemos acordado acciones de gracias á los dioses, y elogios á las tropas. ¡Infeliz ciudad, cuando ha sido valentía apoderarse de un puesto sin obstáculos, ni materia de triunfo el no ser vencidos!...

Estos dias pasados se ha ocupado la junta general en nuestras desavenencias con el rey de Macedonia. Subió Demóstenes á la tribuna: pintó con los mas vivos colores la indolencia y frivolidad de los Atenieses, la ignorancia y desa-

* Veinte y siete mil libras (algo mas de 100,000 rs. vn.)

cierto de las disposiciones de sus gefes, y la ambicion y actividad de Filipo: propuso equipar una flota, poner en pie un cuerpo de tropas, compuesto, á lo menos en parte, de ciudadanos; llevar el teatro de la guerra á Macedonia, y no acabarla sino con un tratado ventajoso, ó con una victoria decisiva. Porque, decia él, si no vamos cuanto antes á embestir á Filipo en su casa, quizá vendrá muy pronto á embestirnos en la nuestra. Señaló el número de soldados que se habian de alistar, y habló de los medios de mantenerlos.

Este proyecto frustraria los designios de Filipo, y le impediria combatirnos á costa de nuestros aliados, cuyas naves toma impunemente. Cobrarian ánimo los pueblos, que obligados á echarse entre sus brazos, sufren el yugo de su alianza con el temor y el odio que inspira el orgullo de un príncipe ambicioso. Demóstenes explicó estas miras con tanta energia como claridad, pues tiene aquella elocuencia, que obliga á los oyentes á reconocerse en la pintura humillante de sus yerros pasados, y de su situacion presente.

« ¡Mirad, exclamaba, mirad hasta qué punto
« ha llegado por fin la audacia de Filipo! pues
« os quita la eleccion entre la guerra y la paz:
« os amenaza, y prorumpe, segun dicen, en
« discursos insolentes: poco satisfecho de sus

« primeras conquistas, medita otras; y mientras
« vosotros os estais aquí sentados con mucho
« sesiego, él os rodea y os encierra por todas
« partes. ¿Pues qué aguardéis para obrar? La
« necesidad. ¡Ah, justos dioses! ¿Cuando la hubo
« mas urgente para las almas libres, sino el mo-
« mento de la deshonra? ¿Estaréis siempre yen-
« do á la plaza pública á preguntar si hay algo
« de nuevo? ¡Ah! ¿qué mas nuevo que un hom-
« bre de Macedonia, que gobierna la Grecia y
« quiere subyugar á Atenas?... ¿Ha muerto Fili-
« po? No, pero está enfermo. ¡Eh! ¿qué os im-
« porta? si este se muriese, pronto os hariais
« otro con vuestra negligencia y cobardia.

« El tiempo de obrar, lo perdeis en frívolas
« deliberaciones. Vuestros generales, en lugar
« de estar al frente de los ejércitos, van con
« mucha pompa, acompañando á vuestros sa-
« cerdotes para aumentar el esplendor de las
« ceremonias públicas. En los ejércitos no hay
« ya mas que mercenarios, la hez de las nacio-
« nes extranjeras, viles bandidos, á quienes sus
« gefes llevan, ora á tierras de vuestros aliados
« que los ven con terror; ora á las de los bárba-
« ros que os privan de ellos en el momento en
« que necesitais de su auxilio: incertidumbre y
« confusion en vuestros preparativos; ningún
« plan, ninguna prevision en vuestros proyectos
« y en su ejecucion. Las coyunturas os mandan,

« y la ocasion se os escapa sin cesar. Atletas tor-
 « pes, no pensais en preservaros de los golpes,
 « hasta despues de haberlos recibido. Dicen que
 « Filipo está en el Quersoneso; al punto un de-
 « creto para socorrerle: que está en las Termó-
 « pilas; otro decreto para ir allá. Correis á dere-
 « cha é izquierda, adonde él quiere llevaros,
 « siempre tras él; pero sin llegar jamas sino para
 « ser testigos de sus victorias. »

Toda la arena está sembrada de pasages se-
 mejantes á estos. Se ha notado que el estilo del
 autor es parecido al de Tucídides, que le ha
 servido de modelo. Al salir oi á muchos atenienses
 prodigarle elogios, y preguntar noticias de
 los Focenses.

Tal vez me hareis á mi la misma pregunta; á
 lo que diré, que despues de la victoria de Filipo,
 se creia que no les quedaba recurso; pero como
 tienen el tesoro de Delfos á su disposicion, y co-
 mo han aumentado la paga de las tropas, acuden
 á ellos todos los mercenarios que vagan por la
 Grecia. Esta última campaña nada ha decidido.
 Han perdido batallas, y las han ganado; han ta-
 lado las tierras de los Locrienses, y los Tebanos
 han assolado las suyas.

Nuestros amigos, que os echan menos conti-
 nuamente, siguen juntándose de cuando en cuan-
 do en mi casa. Ayer tarde se preguntaba que por
 qué son tan raros los hombres grandes, y solo se

ven de tarde en tarde; sobre lo cual hubo algu-
 nos debates. Crisófilo negó el hecho, y defendió
 que la naturaleza no favorece á un siglo ni á un
 país mas que á otro; añadiendo: ¿hablaria nadie
 de Licurgo si hubiera nacido en una condicion
 servil? ¿de Homero si hubiera vivido en aquellos
 tiempos en que la lengua no estaba formada to-
 davia? ¿Quién nos ha dicho que en nuestros
 dias, entre las naciones cultas ó bárbaras, no se
 hallarian Licurgos y Homeros, ocupados en los
 mas viles oficios? La naturaleza, siempre libre,
 y siempre rica en sus producciones, echa al
 acaso sobre la tierra los ingenios, y las circuns-
 tancias son las que los desenvuelven.

ARCONTADO DE TESALO.

Año 2º de la olimpiada 107.

(Desde el 22 de julio del año 554, hasta el 44 del mismo de 550
 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

Artemisa, reina de Caria, ha muerto á los dos
 años de haber fallecido Mausolo, que era su her-

« y la ocasion se os escapa sin cesar. Atletas tor-
 « pes, no pensais en preservaros de los golpes,
 « hasta despues de haberlos recibido. Dicen que
 « Filipo está en el Quersoneso; al punto un de-
 « creto para socorrerle: que está en las Termó-
 « pilas; otro decreto para ir allá. Correis á dere-
 « cha é izquierda, adonde él quiere llevaros,
 « siempre tras él; pero sin llegar jamas sino para
 « ser testigos de sus victorias. »

Toda la arena está sembrada de pasages se-
 mejantes á estos. Se ha notado que el estilo del
 autor es parecido al de Tucídides, que le ha
 servido de modelo. Al salir oi á muchos atenienses
 prodigarle elogios, y preguntar noticias de
 los Focenses.

Tal vez me hareis á mi la misma pregunta; á
 lo que diré, que despues de la victoria de Filipo,
 se creia que no les quedaba recurso; pero como
 tienen el tesoro de Delfos á su disposicion, y co-
 mo han aumentado la paga de las tropas, acuden
 á ellos todos los mercenarios que vagan por la
 Grecia. Esta última campaña nada ha decidido.
 Han perdido batallas, y las han ganado; han ta-
 lado las tierras de los Locrienses, y los Tebanos
 han assolado las suyas.

Nuestros amigos, que os echan menos conti-
 nuamente, siguen juntándose de cuando en cuan-
 do en mi casa. Ayer tarde se preguntaba que por
 qué son tan raros los hombres grandes, y solo se

ven de tarde en tarde; sobre lo cual hubo algu-
 nos debates. Crisófilo negó el hecho, y defendió
 que la naturaleza no favorece á un siglo ni á un
 país mas que á otro; añadiendo: ¿hablaria nadie
 de Licurgo si hubiera nacido en una condicion
 servil? ¿de Homero si hubiera vivido en aquellos
 tiempos en que la lengua no estaba formada to-
 davia? ¿Quién nos ha dicho que en nuestros
 dias, entre las naciones cultas ó bárbaras, no se
 hallarian Licurgos y Homeros, ocupados en los
 mas viles oficios? La naturaleza, siempre libre,
 y siempre rica en sus producciones, echa al
 acaso sobre la tierra los ingenios, y las circuns-
 tancias son las que los desenvuelven.

ARCONTADO DE TESALO.

Año 2º de la olimpiada 107.

(Desde el 22 de julio del año 554, hasta el 44 del mismo de 550
 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

Artemisa, reina de Caria, ha muerto á los dos
 años de haber fallecido Mausolo, que era su her-

mano y su esposo. Ya sabéis que Mausolo era uno de aquellos reyes que la corte de Suza tiene de guarnicion en las fronteras para defender las entradas. Se dice que su esposa, que le gobernaba, impelida de su excesivo cariño, recogió las cenizas de su esposo, y las echó en el agua que bebia: se dice que el dolor la ha llevado al sepulcro. No ha seguido con menos teson los proyectos de ambicion que inspiraba á su esposo. El añadió la traicion al concurso de algunas circunstancias favorables para apoderarse de las islas de Cos, de Rodas, y de muchas ciudades griegas. Artemisa las ha mantenido en su obediencia.

Os suplico que observeis cuán falsas y funestas son las ideas que gobiernan este mundo, y sobre todo las que los soberanos se forman del poder y de la gloria. Si Artemisa hubiera conocido los verdaderos intereses de su esposo, le hubiera enseñado á dejar la mala fe y las vejaciones para los grandes imperios; á fundar su consideracion sobre la felicidad de su provincia, y en dejarse amar del pueblo, que no exige del gobierno sino el que no le trate como á enemigo. Pero ella quiso hacer de él una especie de conquistador: ambos apuraron la sangre y hacienda de sus súbditos; ¿y para qué? Para hermosear una ciudad tan reducida como Halicarnaso, é ilustrar la memoria de un virey del

rey de Persia, tan pequeño como Mausolo.

Artemisa no ha perdonado medio alguno para perpetuarla: ella incitó con premios á los talentos mas distinguidos para que se dedicasen á las acciones de Mausolo. Se han compuesto versos y tragedias en loor suyo. Los oradores de la Grecia fueron convidados á formar su elogio. Muchos de ellos entraron en la lid; é Isócrates concurrió con algunos de sus discipulos. Teopompo, que está escribiendo la historia de la Grecia, superó á su maestro, y tuvo la debilidad de alabarse de ello. Un día le pregunté yo, como al formar el panegírico de un hombre, cuya sórdida avaricia habia arruinado tantas familias, no se le caia á cada instante la pluma de la mano; y me respondió: yo he hablado como orador; otra vez hablaré como historiador. Estas maldades las tiene por lícitas la elocuencia, y nosotros caemos en la vileza de perdonarlas.

Tambien ha mandado Artemisa hacer un sepulcro para Mausolo, que segun las apariencias eternizará la memoria de los artistas. Yo he visto los planos, y viene á ser un cuadrilongo de cuatrocientos y once pies en contorno. La parte principal del edificio, estará rodeada de treinta y seis columnas, y las cuatro fachadas las decorarán cuatro de los primeros escultores de la Grecia, á saber; Briaxis, Escopas, Leocares y Timoteo. Encima habrá una pirámide, y sobre

ella un carro con cuatro caballos, el cual ha de ser de marmol, y de mano de Pitis. La altura total del monumento será de ciento y cuarenta pies *.

La obra está ya muy adelantada : y como Idrieco, que sucede á su hermana Artemisa, no toma el mismo interes en ella, han dicho los artistas que teniendo el acabarla por honor y por deber, lo harian sin exigir estipendio alguno. Se han echado los cimientos en medio de una plaza, hecha por mandado de Mausolo, en un terreno, que tiene naturalmente la forma de teatro, y se dilata hasta el mar. Cuando se entra en el puerto, sorprende el aspecto de este sitio. A un lado se ve el palacio del rey : al otro el templo de Venus y de Mercurio, situado cerca de la fuente Salmacis : en frente se extiende el mercado público á lo largo de la costa : mas arriba está la plaza : mas lejos, en la parte superior, se ve la ciudadela y el templo de Marte, de donde se levanta una estatua colosal. El sepulcro de Mausolo, destinado á llamar la atencion, despues que se haya detenido un momento

* Si Plinio usa de medidas griegas en la descripcion de este monumento, los cuatrocientos once pies del contorno, se reducirán á trescientos ochenta y ocho pies nuestros y dos pulgadas mas : (452 pies y 8 pulgadas de España). Los ciento y cuarenta de elevacion, á ciento treinta y dos pies y dos pulgadas y ocho lineas (154 pies, 2 pulgada y 4 lineas de España.)

sobre estos edificios magnificos, será sin duda uno de los mas hermosos monumentos del universo; solo que deberia dedicarse á un bienhechor del género humano.

Al subir Idrieco al trono, ha recibido orden de Artaxerxes, de enviar un cuerpo de tropas auxiliares contra los reyes de Quipre, que se han rebelado. Las manda Focion junto con Evágoras, que reinaba antes en esta isla. El plan es comenzar por el asedio de Salamina.

El rey de Persia tiene otras miras mas vastas, pues se prepara para la conquista del Egipto. No dudo que á estas horas habreis dispuesto el ponerlos en salvo. Nos ha pedido tropas, y tambien á los demas pueblos de la Grecia. Nosotros se las hemos negado, y lo mismo han hecho los Lacedemonios. Bastante hemos hecho en cederle á Focion. Las ciudades griegas de la Asia, le han prometido ya seis mil hombres : los Tebanos dan mil; y los de Argos tres mil, que irán mandados por Nicostrato, general habil, que tiene la manía de imitar á Hércules; y así se presenta en los combates con una piel de leon sobre los hombros, y una maza en la mano. El mismo Artaxerxes ha deseado que vaya á su servicio.

Hace años que alquilamos nuestros generales, nuestros soldados y marineros á los reyes de Persia, quienes anhelan por tener á su servicio

gente de Grecia, y les cuesta bien caro. Son varios los motivos que obligan á nuestras repúblicas á prestarse á este tráfico; tales son la necesidad de desembarazarse de los mercenarios extranjeros, inútiles en tiempo de paz, y gravosos al Estado: el deseo de proporcionar á los ciudadanos, empobrecidos por la guerra, un sueldo con que puedan reponerse: el temor de perder la protección ó alianza del gran rey; y en fin, la esperanza de lograr gratificaciones, que suplen los apuros del tesoro público. Por este medio hace poco que los Tebanos sacaron á Artaxerxes una suma de trescientos talentos*. ¡Un rey de Macedonia nos ultraja! ¡Un rey de Persia nos compra! ¡No estamos bastante envilecidos?

* Un millon seiscientos veinte mil libras (mas de 6 millones de rs. vn.).

ARCONTADO DE APOLODORO.

Año 3º de la olimpiada 107.

(Desde el 11 de julio de 530, hasta el 30 de junio de 549 antes de J. C.)

CARTA DE NICETAS.

Yo me rio de los temores que quieren inspirarnos. El poder de Filipo no puede ser durable, pues no está fundado sino en el perjurio, la mentira y la perfidia. Está detestado de sus aliados, á quienes ha engañado muchas veces; de sus súbditos, y de sus soldados, atormentados con expediciones, que los aniquilan sin sacar fruto alguno de ellas; de los principales oficiales de su ejército, quienes son castigados si salen mal, y humillados si salen bien; porque es tan envidioso, que mas bien les perdonaria una derrota, que una victoria demasiado gloriosa; de manera que están en continuo sobresalto, expuestos siempre á las calumnias de los cortesanos, y á las sospechas y desconfianzas de un príncipe que se reserva para sí cuanta gloria se puede recoger en Macedonia.

Este reino se halla en una situacion lastimosa. No hay cosechas, no hay comercio. Pobre y debil de suyo, se debilita mas engrandeciéndose. El menor reves acabará con aquella prosperidad, que Filipo no debe sino á la incapacidad de nuestros generales, y á los medios de corrupcion, que ha introducido vergonzosamente en toda la Grecia.

Sus partidarios elogian sus calidades personales; pero yo os diré lo que nos dicen personas que le han visto de cerca.

Lo arreglado de las costumbres no tiene derechos á su estimacion; pero los vicios los tienen casi siempre á su amistad: mira con desden al ciudadano, que no tiene mas que virtudes; ahuyenta al hombre ilustrado, que le da consejos; corre tras la adulacion con tanto ahinco, como esta corre tras de otros principes. El que quiera agradarle, lograr sus favores, y ser admitido á su sociedad, ha de ser tan robusto, que pueda acompañarle en sus excesos, y tener habilidad bastante para divertirle, y hacerle reir. Los chistes, las sátiras, las chanzonetas, los versos, las coplas bien obscenas, todo esto basta para llegar al mas alto grado de su favor. Así es que, á excepcion de Antipatro, Parmenion, y algunos otros pocos hombres de mérito, su corte no es mas que un monton impuro de bandidos, de músicos, de poetas y juglares, que le

aplauden lo malo y lo bueno. De todas las partes de la Grecia acuden estos tales á Macedonia.

Calias, que remeda tambien los defectos ajenos; aquel Calias, que poco hace era esclavo público de esta ciudad, y le echaron de ella, es ahora uno de sus principales cortesanos: otro esclavo, llamado Agatocles, se ha elevado por los mismos medios; y Filipo le ha puesto á la cabeza de un destacamento para recompensarle: en fin, Trasideo, el mas fatuo, y el mas intrépido de los aduladores, acaba de lograr una soberania en Tesalia.

A estos hombres, sin principios ni costumbres, les llaman públicamente los amigos del príncipe, y la plaga de la Macedonia. El número de ellos es excesivo, y su reputacion ilimitada. No contentos con los tesoros que Filipo les prodiga, persiguen á los buenos ciudadanos, les quitan sus bienes, y los sacrifican á su venganza. Con estos se sumerge en la mas horrible crápula, pasando las noches en la mesa, casi siempre borracho, casi siempre furioso, dando golpes á derecha é izquierda, y cometiendo tales excesos, que no se pueden referir sin rubor.

No solamente degrada la magestad del trono en lo interior de su palacio, sino tambien á la faz de las naciones. ¿No se le ha visto poco hace entre los Tesalos, tan célebres por su inmoderacion, convidarlos á frecuentes banquetes,

embriagarse con ellos, divertirlos con sus dichos, saltar, danzar, y hacer alternativamente el papel de bufon, y de pantomimo?

No, Anacarsis, no puedo creer que semejante histrion pueda subyugar la Grecia.

CARTA DE APOLODORO.

(Del mismo día que la anterior.)

El estado de la Grecia me tiene muy inquieto. Por mas que me ensalcen el número de sus habitantes, el valor de sus soldados, el esplendor de sus antiguas victorias; por mas que me digan que Filipo limitará sus conquistas, y que sus empresas se han coloreado hasta ahora con pretextos especiosos; yo desconfío de nuestros medios, y de sus miras.

Los pueblos de la Grecia están debilitados y corrompidos. No hay leyes, no hay ciudadanos, no hay idea de la gloria, ningun amor al bien público. Por todas partes hay viles mercenarios en lugar de soldados, y bandidos en lugar de generales.

Nuestras repúblicas no se reunirán jamas contra Filipo. Unas están metidas en una guerra que acaba de destruirlas; otras no tienen entre sí

cosa alguna comun mas que envidias y pretensiones que les impiden remirse. El ejemplo de Atenas podria acaso causarles mas impresion que sus propios intereses; pero aquí nadie se distingue sino con espectáculos y fiestas. Nosotros sufrimos los ultrajes de Filipo con el mismo valor que nuestros padres arrostraban los peligros. La elocuencia impetuosa de Demóstenes no podrá sacarnos de nuestro letargo. Cuando yo le veo en la tribuna, me parece oírle exclamar entre los sepulcros, donde se encierran los restos de nuestros antiguos guerreros: ¡cenizas frias, huesos áridos, levantaos, y venid á vengar la patria!

Por otro lado hay que observar que Filipo, único confidente de sus propios secretos, dispensador único de sus tesoros, el mas habil general de la Grecia, el soldado mas valiente de su ejército, concibe, preve y ejecuta todo por sí mismo, vive prevenido, se aprovecha de los acacimientos cuando puede, y cede á ellos cuando es necesario. Hay que observar que sus tropas están muy bien disciplinadas, las ejercita continuamente; que en tiempo de paz les hace andar jornadas de trescientos estadios*, con armas y bagages: que en todo tiempo está al frente de ellas: que las traslada con una celeridad prodigi-

* Mas de once leguas (cerca de 40 leguas de España).

giosa de un extremo á otro de su reino; que han aprendido de él á no hacer mas diferencia entre invierno y verano, que entre fatiga y descanso. Hay que observar, que si lo interior de la Macedonia se resiente de los males de la guerra, él halla recursos abundantes en las minas de oro que tiene en los despojos de los pueblos que subyuga, en el comercio de las naciones que empiezan á concurrir á los puertos de que se ha apoderado en Tesalia. Hay que observar que desde que subió al trono, no tiene mas de un objeto; que tiene constancia para seguirle con lentitud; que no da un paso sin meditarlo; que no da otro sin asegurarse del acierto del primero; que ademas es ansioso, insaciable de gloria; que va á buscarla en los peligros, en las refriegas, en los parages donde se vende á mas alto precio. Hay que observar en fin; que sus operaciones van siempre dirigidas conforme á los tiempos y lugares: á las frecuentes revoluciones de los Tracios, Ilirios y otros bárbaros, opone combates y victorias; á las naciones de la Grecia, tentativas para experimentar sus fuerzas, y apologías para justificar sus empresas; el arte de dividir las para debilitarlas, y el de pervertirlas para subyugarlas.

Filipo ha introducido por medio de ellas, la corriente de ese grande y fatal contagio que deseca hasta las raices del honor; ha asalariado á

los oradores públicos, á los ciudadanos principales, y aun ciudades enteras. Algunas veces cede sus conquistas á los aliados, con lo cual se convierten en instrumentos de su grandeza, hasta que sean víctimas de ella. Como los hombres de talento tienen alguna influencia sobre la opinion pública, mantiene con ellos correspondencia seguida, y les da acogida en su corte, cuando están descontentos de su patria.

Son tantos sus partidarios, y tan bien auxiliados en las ocasiones con sus negociaciones ocultas, que á pesar de las dudas que pueden tenerse de la fe de sus palabras y juramentos, á pesar de la persuasion en que se debería estar de que su odio es menos funesto que su amistad, los Tesalos no han titubeado para ponerse en sus manos, y hay otros muchos pueblos, que solo aguardan el momento de seguir su ejemplo.

En medio de esto, todavía hay quien ve en su poder cierta debilidad, por haberlo visto en su cuna. Oireis decir á muchos, aun de los mas ilustrados, que los proyectos atribuidos á Filippo, son muy superiores á las fuerzas de su reino. ¡ Como si se tratase de la Macedonia! Se trata de un imperio formado en diez años, con acrecentamientos progresivos, y consolidados; se trata de un principe, que sabe centuplicar los recursos del Estado, y cuya actividad, no menos

maravillosa, multiplica en la misma proporcion el número de sus tropas, y los momentos de su vida.

En vano nos lisonjeamos de que gasta el tiempo en los excesos y en la licencia: en vano nos le representa la calumnia, como el hombre mas despreciable y disoluto. El tiempo que otros soberanos gastan en aburrirse, él lo destina á los placeres; el que gastan en los placeres, lo dedica á cuidar del reino. ¡Pluguiese á los dioses, que en lugar de los vicios que se le atribuyen, tuviese defectos, y fuese de cortos alcances, pertinaz en su opinion, descuidado en la eleccion de ministros y generales; sin vigilancia ni consecuencia en sus planes! Acaso tiene Filipo el defecto de admirar á los hombres de ingenio, como si él no tuviera mas que todos ellos. Un pensamiento ingenioso le seduce, pero no le gobierna.

Finalmente, nuestros oradores para inspirar confianza al pueblo, le dicen continuamente que el poder de una nacion fundado en la injusticia ó la perfidia, no puede ser durable. Es verdad, si las demas naciones no fuesen tan pérfidas é injustas como ella. Pero pasó ya el reinado de las virtudes, y ahora toca á la fuerza el gobernar á los hombres.

Mi querido Anacarsis, cuando reflexiono la inmensa carrera que ha andado Filipo en tan

pocos años; cuando pienso en este conjunto de calidades eminentes, y de circunstancias favorables, que vengo de bosquejar, no puedo menos de concluir, que Filipo es á propósito para avasallar á la Grecia.

CARTA DE CALIMEDON.

(Del mismo dia que las anteriores.)

Yo adoro á Filipo. El gusta de la gloria, de los talentos, de las mugeres y del vino. En el trono es el mayor de los reyes; en el trato el mas amable de los hombres. ¡Cómo sabe dar lucimiento al ingenio de los demas, y cómo todos quedan prendados del suyo! ¡Qué caracter tan condescendiente! ¡Qué finura en sus modales! ¡Qué gusto en cuanto dice! ¡Qué gracia y donaire en cuanto hace!

El rey de Macedonia se ve algunas veces en la precision de tratar con dureza á los vencidos; pero Filipo es humano, benigno, afable, esencialmente bueno: lo sé de cierto porque quiere que le amen; fuera de que yo he oido decir á no sé quien, y acaso será á mí mismo, que no es malo ninguno que es jovial.

Su ira se enciende y apaga en un momento.

Sin hiel, sin rencor, es superior á la ofensa como al elogio. Nuestros oradores le abrumaban con injurias en la tribuna; sus mismos súbditos le dicen verdades picantes; á lo cual responde, que debe favores á los primeros porque le corrigen sus flaquezas; y á los segundos porque le enseñan sus obligaciones. Presentóse á él una muger del pueblo suplicándole que despachase cierto asunto. «No tengo tiempo para eso.— «¿Pues por qué estais sobre el trono?» Estas palabras le pararon, y al punto mandó que le presentasen todas las causas pendientes. Otra vez se durmió mientras se veía un pleito, y no por esto dejó de condenar á una multa á una de las partes. «Apelo, exclamó esta al instante.— «¿Pues á quién?— Al rey mas atento.» Al punto volvió á ver el asunto, reconoció su error, y él mismo pagó la multa.

¿Quereis saber si olvida los servicios que le hacen? Filon se los habia hecho, hace por lo menos diez años, cuando Filipo estuvo en rehenes en Tebas. Hace poco que los Tebanos le enviaron diputados, y entre ellos venia Filon. El rey quiso colmarle de beneficios, y negándose él á recibirlos le dijo: ¿por qué me envidiais la gloria y el gusto de venceros en beneficios?

En la toma de una ciudad le reclamaba su amistad uno de los prisioneros, que estaban puestos en venta. Maravillado el rey le mandó acercarse

á él que estaba sentado; el desconocido le dijo al oído: dejad caer la ropa, porque no estais en postura decente. Tienes razon, exclamó Filipo; es amigo mio, que se le quiten las cadenas.

Podría contaros mil cosas de su benignidad y moderacion. Sus cortesanos querian que procediese contra Nicanor, porque andaba censurando su gobierno y conducta; pero el rey les respondió: «no es ese hombre el peor de los Macedonios: acaso seré yo quien habrá hecho mal en no atenderle.» Tras esto tomó informes; y supo que Nicanor estaba irritado porque padecia necesidad, y le socorrió. Despues de esto, sabiendo Filipo que Nicanor hablaba siempre con elogio de su bienhechor, dijo á sus delatores: «ya veis como depende de un rey ex-citar ó contener las quejas de sus súbditos.» A otro, que era muy libre en decir contra él chistes, picantes y llenos de sal, le propusieron que le desterrase. «No haré tal, respondió, pues iria á decir por todas partes lo que dice aquí.»

En el sitio de una plaza, le quebraron la clavícula de una pedrada; y estando curándole el cirujano, le pedia una gracia. «No te la puedo negar, respondió Filipo riéndose, porque me tienes por el pescuezo*.»

* El texto dice: toma lo que quieras, pues tienes en tu mano

Su corte es el albergue de los talentos y de los placeres. En sus fiestas brilla la magnificencia, y en su mesa la alegría. Estos son hechos; y por lo que hace á su ambicion, me importa muy poco. ¿Creeis que es muy desgraciado el que sirve bajo semejante principe? Si viene contra nosotros, nos batiremos; y si nos venciere, nos quedaremos quietos con reir y beber con él.

ARCONTADO DE CALIMACO.

Año 4° de la olimpiada 407.

(Desde el 30 de junio del año 549, hasta el 18 de julio del de 548 antes de J. C.)

Mientras estábamos en Egipto y en Persia, nos aprovechábamos de todas las ocasiones para participar á nuestros amigos las ocurrencias de nuestro viage. No he hallado entre mis pa-

la llave. La palabra griega, que significaba clavícula, significa también llave.

peles mas que este pedazo de una carta que escribí á Apolodoro, algun tiempo despues de nuestra llegada á Suza, una de las capitales de la Persia.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE ANACARSIS.

Hemos recorrido muchas provincias de este vasto imperio. En Persépolis, ademas de los sepulcros abiertos en la roca, á una grandísima altura, nos dejó atónitos el ver el palacio de los reyes, no obstante estar hechos años hace, á ver los monumentos de Egipto. Se dice que fué edificado cerca de dos siglos hace, reinando Darío, hijo de Histaspes, por unos obreros egipcios que Cambises trajo á Persia. Tres muros le rodean, uno de ellos de sesenta codos de altura*; las puertas de bronce; las columnas sin número, algunas de setenta pies de alto**, grandes trozos de marmol cargados de una multitud de figuras de bajo relieve; subterranos en donde están depositadas sumas inmensas; todo respira allí la magnificencia y el temor,

* Ochenta y cinco pies nuestros (99 pies de España).

** Sesenta y seis pies nuestros, una pulgada y cuatro lineas (77 pies, 4 pulgada y 2 lineas de España).

Su corte es el albergue de los talentos y de los placeres. En sus fiestas brilla la magnificencia, y en su mesa la alegría. Estos son hechos; y por lo que hace á su ambicion, me importa muy poco. ¿Creeis que es muy desgraciado el que sirve bajo semejante principe? Si viene contra nosotros, nos batiremos; y si nos venciere, nos quedaremos quietos con reir y beber con él.

ARCONTADO DE CALIMACO.

Año 4° de la olimpiada 407.

(Desde el 30 de junio del año 549, hasta el 18 de julio del de 548 antes de J. C.)

Mientras estábamos en Egipto y en Persia, nos aprovechábamos de todas las ocasiones para participar á nuestros amigos las ocurrencias de nuestro viage. No he hallado entre mis pa-

la llave. La palabra griega, que significaba clavícula, significa también llave.

peles mas que este pedazo de una carta que escribí á Apolodoro, algun tiempo despues de nuestra llegada á Suza, una de las capitales de la Persia.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE ANACARSIS.

Hemos recorrido muchas provincias de este vasto imperio. En Persépolis, ademas de los sepulcros abiertos en la roca, á una grandísima altura, nos dejó atónitos el ver el palacio de los reyes, no obstante estar hechos años hace, á ver los monumentos de Egipto. Se dice que fué edificado cerca de dos siglos hace, reinando Darío, hijo de Histaspes, por unos obreros egipcios que Cambises trajo á Persia. Tres muros le rodean, uno de ellos de sesenta codos de altura*; las puertas de bronce; las columnas sin número, algunas de setenta pies de alto**, grandes trozos de marmol cargados de una multitud de figuras de bajo relieve; subterranos en donde están depositadas sumas inmensas; todo respira allí la magnificencia y el temor,

* Ochenta y cinco pies nuestros (99 pies de España).

** Sesenta y seis pies nuestros, una pulgada y cuatro líneas (77 pies, 4 pulgada y 2 líneas de España).

porque este palacio sirve tambien de ciudadela.

Los reyes de Persia han hecho edificar otros, menos suntuosos á la verdad, pero de grandísima hermosura, en Suza, Ecbatana, y en todas las ciudades donde pasan las estaciones del año.

Tienen ademas grandes parques que llaman *Paraisos*, y están divididos en dos partes. En la una salen á caballo con flechas y venablos por entre los bosques á caza de animales monteses, que de propósito los tienen en ellos. En la otra, donde el arte de la jardinería ha agotado sus esfuerzos, cultivan hermosas flores, y cogen exquisitas frutas, poniendo igual esmero en criar allí árboles soberbios, que comunmente disponen en tresbolillos. En varios parages se hallan de estos *paraisos*, que pertenecen á los sátrapas; ó á grandes señores.

Mas que todo nos ha maravillado la especial protección que el soberano concede á la agricultura, no con órdenes pasageras, sino con aquella vigilancia ilustrada, que tiene mas poder que los edictos y las leyes. De distrito en distrito hay establecidos dos intendentes, uno para lo militar, y otro para lo civil. El primero tiene el cargo de mantener la tranquilidad pública; y el segundo de promover los progresos de la industria y de la agricultura. Si el uno de ellos no cumple con sus deberes, tiene el otro

facultad para quejarse al gobernador de la provincia, ó al mismo soberano, quien de tiempo en tiempo recorre una parte de sus Estados, y cuando ve campiñas cubiertas de árboles, de sembrados, y de todas las producciones que puede llevar el terreno, colma de honores á los dos gefes, y aumenta su departamento. Si halla tierras incultas, al punto las quita, y pone otros en su lugar. Algunos comisionados integros, á quienes da amplias facultades, hacen la misma justicia en los distritos que él no visita.

En Egipto oímos hablar mucho y con mucho elogio de aquel Arsamo que el rey de Persia habia llamado á su consejo muchos años habia. En los puertos de la Fenicia nos enseñaban ciudadelas recién construidas: muchos barcos de guerra en el astillero, maderas y aparejos de naves, que se traían de todas partes: mejoras, que se debían todas á Arsamo. Algunos ciudadanos útiles nos decían: nuestro comercio estaba amenazado de una ruina próxima, si el crédito de Arsamo no lo hubiera sostenido. Al mismo tiempo llegó aviso de que la importante isla de Quipre, despues de haber experimentado por mucho tiempo los males de la anarquía, acababa de someterse á la Persia; lo cual era fruto de la política de Arsamo. En lo interior del reino, algunos oficiales antiguos nos decían con lágrimas en los ojos: nosotros habíamos servido bien

al rey, y en la distribucion de gracias, no se acordaron de nosotros; pero nos dirigimos á Arsamo sin conocerle, y nos ha proporcionado una vejez feliz, sin decirlo á nadie. Un particular añadía: prevenido Arsamo contra mí por mis enemigos, creyó conveniente emplear contra mí el medio de la autoridad; pero al punto que conoció mi inocencia, me llamó: le hallé mas afligido que yo mismo lo estaba; me suplicó que le ayudase á remediar una injusticia que sentía en el alma, y me hizo prometerle que recurriría á él siempre que necesitase de protección. Jamas la he implorado en vano.

Por todas partes obraba ocultamente su influjo, dando actividad á los ánimos: los militares se complacian en la emulacion que mantenía entre ellos; y los pueblos por la paz que les habia proporcionado, á pesar de obstáculos casi insuperables. Finalmente, la nacion debia á su diligencia el haber recobrado la alta consideracion, que unas guerras desgraciadas le habian hecho perder entre las potencias extranjeras.

Arsamo no está ya en el ministerio, y pasa su vida tranquilamente en su *paraíso*, distante de Suza, cerca de cuarenta parasangas*. Sus ami-

* Cerca de cuarenta y cinco leguas y un tercio (cerca de 39 leguas y tres cuartos de España).

gos continúan siéndolo: las personas de mérito á quienes apreciaba tanto, se acuerdan de sus beneficios ó de sus promesas. Todos vienen á verle con la misma solicitud, que si estuviera todavía en el ministerio.

La casualidad nos ha traído á su retiro delicioso. Hace muchos meses que los favores que le debemos nos detienen en él, y yo no sé si tendremos valor para separarnos de una compañía, que Atenas sola hubiera podido reunir, en el tiempo en que reinaban en ella la urbanidad, la decencia, y el buen gusto.

Esta reunion constituye la felicidad de Arsamo, y él es la delicia de ella. Su conversacion es animada, franca, interesante, realizándola á veces las agudezas, que se le escapan como relámpagos; y siempre llena de gracias, y de una alegría que, del mismo modo que su felicidad, se comunica á cuanto le rodea. Jamas se nota presuncion en lo que dice, ni se le oyen expresiones impropias, ni estudiadas, y no obstante se halla la mayor decencia en medio de la mayor lisura; así se ve el estilo de un hombre que posee en sumo grado el don de agradar, y el tino exquisito del decoro.

Esta feliz armonía le deleita, cuando la halla, ó la supone en los demas. Escucha con atencion obsequiosa; aplaude con alegría un dicho ingenioso, con tal que sea rápido; un pensamiento

nuevo, si es arreglado; y un sentimiento grande, cuando no es exagerado.

En el trato íntimo de la amistad despliega todavía mas sus gracias, y á cada instante parece que se manifiestan por la primera vez. Con las personas, á quienes trata con menos intimidad, usa de aquella docilidad de costumbres, cuyo modelo habia concebido Aristóteles. A cada paso, me decia este filósofo en una ocasion, se encuentran hombres tan débiles, que lo aprueban todo, por no chocar con nadie; y otros tan descontentadizos, que todo lo reprueban, aunque sea á costa de desagradar á todos. Entre estos caracteres hay un medio, que no tiene nombre en nuestra lengua, porque son pocos los que saben guardar este medio, el cual es una disposicion natural, que sin tener la realidad de la amistad, tiene sus apariencias, y en cierto modo sus dulzuras. El que está dotado de él, evita igualmente lisonjear y picar el amor propio de nadie, sea quien fuese; disimula las flaquezas, sufre los defectos, no pone su mérito en descubrir las extravagancias, no es solícito en dar consejos, y sabe guardar tanta proporcion y verdad en los miramientos y en el interes que manifiesta, que todos los corazones creen haber logrado en él suyo, el grado de afecto ó estimacion que desean.

Tal es el encanto que los atrae y fija al lado

de Arsamo; especie de beneficencia general, tanto mas atractiva en él, cuanto se une sin esfuerzo al brillo de la gloria, y á la sencillez de la modestia. En una ocasion se ofreció hablar en su presencia de algunas de sus grandes calidades; pero él se puso al punto á ponderar sus faltas. En otra, tratándose de las operaciones que habia dirigido cuando estaba en el ministerio, empezamos á hablar de sus aciertos, y él nos habló de sus yerros.

Su corazon, facil de conmoveerse, se inflama al oír contar alguna bella accion, y le enternece la suerte de los desgraciados, excitando en ellos el reconocimiento sin exigirlo. En su casa, al rededor de su morada, todo respira aquella bondad generosa que se anticipa á todos los deseos, y basta á todas las necesidades. Las tierras, abandonadas antes, están cubiertas de mieses; y los pobres habitantes de los campos circunvecinos, que han experimentado sus beneficios, sin buscarlos, le ofrecen un tributo de amor, que le es mas grato que el respeto que le tienen.

Querido Apolodoro, á la historia toca colocar en su debido lugar un ministro, que, depositario de todo el favor, sin tener asalariados ninguna clase de lisonjeros, no tuvo mas ambicion que la de la gloria y felicidad de su nacion. Os he dado parte de las primeras impresiones que

nos ha causado : quizá en otra ocasion haré mencion de otros efectos de su caracter, no dudando que lo disimulareis. Los viageros no deben echar en el olvido estas preciosas menudencias; porque al cabo la descripcion de un hombre grande, vale bien la de un grande edificio.

CARTA DE APOLODORO.

Bien sabeis que en las cercanías de los Estados de Filipo, en la Tracia marítima, se extiende á lo largo del mar, la Calcídica, donde se establecieron en otro tiempo muchas colonias griegas, siendo la principal de ellas Olinto, ciudad fuerte, opulenta, muy poblada, y que situada en parte alta, llama la atencion desde lejos, por la hermosura de sus edificios, y lo espacioso de su recinto.

Sus habitantes han dado mas de una vez pruebas manifiestas de su valor. Cuando Filipo subió al trono, estaban para concluir un tratado de alianza con nosotros; lo que logró impedir, seduciéndonos á nosotros con promesas, y á ellos con beneficios, puesto que les aumentó sus dominios, cediéndoles á Antemonte y á Potidea, de que se habia hecho dueño. Agradecidos los de Olinto á este proceder generoso, le han

dejado por muchos años engrandecerse á su salvo; y si por casualidad alguna vez tenían algun recelo, al punto enviaba Filipo embajadores, que ayudados de los muchos parciales que con el tiempo se habia ganado en la ciudad, sossegaban fácilmente estas inquietudes pasajeras.

Por fin abrieron los ojos, y se resolvieron á buscar nuestra proteccion: fuera de que hacia mucho tiempo que se negaban á entregar al rey dos hermanos suyos de otro matrimonio, que se habian refugiado á ellos, y podian fundar su pretension al trono de Macedonia. Hoy se vale de este pretexto para efectuar el designio, meditado tiempo hace, de agregar la Calcídica á sus Estados; y ya se ha apoderado, sin dificultad, de algunas de sus ciudades, no dudándose que las demas caerán pronto en sus manos. Olinto está amenazada de un sitio; y sus diputados han implorado nuestro auxilio. Demóstenes ha hablado en favor de ellos, y ha prevalecido su voto á pesar de la oposicion de Demades, orador elocuente, pero sospechoso de estar de acuerdo con Filipo.

Cares salió con treinta galeras y dos mil hombres armados á la ligera; y habiendo encontrado en la costa vecina á Olinto, un corto número de mercenarios al servicio del rey de Macedonia, se contentó con ponerlos en fuga, y apre-

sar á su gefe, llamado el Gallo, viniéndose á gozar entre nosotros de su triunfo. Los de Olinto no fueron socorridos; pero despues de los sacrificios y acciones de gracias, nuestro general dió un banquete al pueblo en la plaza pública, y este, en el delirio de su alegría, le votó una corona de oro.

Olinto pues nos envió nuevos diputados, é hicimos salir diez y ocho galeras, cuatro mil soldados extrangeros armados á la ligera, y ciento y cincuenta caballos, al mando de Caridemes, que no aventaja á Cares sino en maldad; y que despues de haber asolado aquellas cercanías, ha entrado en la ciudad, donde cada dia se hace notable por su intemperancia y disolucion.

Aunque hay aquí muchos en la creencia de que esta guerra es indiferente para nosotros, yo estoy persuadido á que no hay nada tan esencial para los Atenienses como la conservacion de Olinto. Si Filipo la toma, ¿quién le impedirá venir á la Atica? Entre él y nosotros, no median entonces mas que los Tesalos, que son sus aliados; los Tebanos, que son nuestros enemigos; y los Focenses, demasiado débiles para defenderse á sí mismos.

CARTA DE NICETAS.

Solo esperaba esta imprudencia de Filipo: él temia y contemplaba á los Olintios, cuando repentinamente le vieron acercarse á sus muros á la distancia de cuarenta estadios.* Enviáronle diputados, y su respuesta fué: « es preciso que « vosotros salgais de la ciudad, ó yo de la Macedonia. » Sin duda se le ha olvidado que en estos últimos tiempos, obligaron á su padre Amintas, á cederles parte de su reino, y que despues opusieron la mayor resistencia al esfuerzo de sus armas, reunidas á las de los Lacedemonios, cuyo auxilio habia implorado.

Se dice que Filipo los ha puesto en fuga al punto que ha llegado; ¿pero cómo podrá pasar aquellos muros fortificados por el arte, y defendidos por todo un ejército? En primer lugar, contemos con mas de diez mil hombres de infanteria y mil de caballeria, levantados en la Calcídica; despues muchos valientes guerreros, que los sitiados han recibido de sus antiguos aliados; añádase á esto las tropas de Caridemes, y el nuevo refuerzo de dos mil hombres de armadura

* Cerca de legua y media (algo mas de legua y cuarto de España).

pesada, y trescientos caballos, todos atenienses, que hemos enviado poco hace.

Jamas hubiera emprendido Filipo esta expedicion, si hubiera previsto sus consecuencias, y no creyera llevárselo todo de una embestida. Otra inquietud le devora en su interior: los Tesalos sus aliados, serán muy pronto del número de sus enemigos; él les habia quitado la ciudad de Pagasa, y ellos se la piden; él contaba con fortificar á Magnesia, y ellos se oponen; él cobra derechos en sus puertos y mercados, y ellos quieren reservárselos. Si le privan de esto, ¿cómo pagará ese ejército numeroso de mercenarios, en que consiste su fuerza? Por otro lado, es de presumir que los llios y Peonios, poco aptos para ser esclavos, sacudirán pronto el yugo de un príncipe, que se ha insolentado con sus victorias.

¿Qué no hubiéramos dado nosotros por mover á los Olintios contra él? Lo sucedido es mas de lo que podiamos esperar; muy pronto oireis decir que el poder y la gloria de Filipo, se han estrellado en los muros de Olinto.

CARTA DE APOLODORO.

Filipo mantenia correspondencias secretas en

la Eubea, adonde enviaba tropas con cautela, y ya estaban ganadas la mayor parte de las ciudades. Dueño de la isla, lo hubiera sido muy pronto de toda la Grecia. A instancias de Plutarco de Eretria, enviamos á Focion con un corto número de caballos y de infantes, contando con los partidarios de la libertad, y con los extranjeros que Plutarco tenia á su sueldo; pero la corrupcion habia hecho tales progresos, que toda la isla se sublevó contra nosotros: Focion estuvo en gran peligro, y tuvimos que enviar el resto de la caballeria.

Ocupaba Focion una altura que estaba separada de la llanura de Taminas por un profundo barranco, de donde los enemigos, que le tenían sitiado hacia algun tiempo, resolvieron por fin desalojarle. Viólos Focion avanzar, y se estuvo quieto; pero Plutarco, faltando á sus órdenes, salió de los atrincheramientos al frente de las tropas extranjeras, á que siguieron nuestras tropas de á caballo, y unos y otros atacaron en desorden, y fueron puestos en huida. Todo el campo bramaba de indignacion; pero Focion reprimia el valor de los soldados, con el pretexto de que los sacrificios no eran favorables. Luego que vió que los enemigos habian derribado la cerca del campo, dió la señal, los rechazó con presteza, y los persiguió por la llanura; el combate fué sangriento, y la victoria completa. El

orador Esquines, que se ha distinguido en la accion, ha traído la noticia.

Focion ha mandado salir de Eretria á este Plutarco, que la tiranizaba, y de la Eubea á todos aquellos déspotas pequeños, que estaban cohechados por Filipo. Ha puesto guarnicion en el fuerte de Zaretra, para asegurar la independencia de la isla, y después de una campaña, que admiran los inteligentes, ha venido á oscurecerse entre los ciudadanos de Atenas.

Por los dos hechos siguientes, podreis juzgar de su sabiduría y de su humanidad. Antes de la batalla prohibió á los oficiales el estorbar la desercion, con lo que se libertaban de un monton de cobardes y revoltosos, y ganada la victoria mandó dar libertad á todos los prisioneros griegos, temiendo que el pueblo no hiciese con ellos alguna venganza y crueldad...

En una de nuestras últimas conversaciones, nos estaba Teodoro hablando del movimiento de los astros; y el cumplido que le hizo Diógenes, fué preguntarle si hacia mucho tiempo que habia bajado del cielo. Pantion nos leyó despues una obra larguísima. Diógenes, que estaba sentado junto á él, echaba de cuando en cuando la vista al manuscrito, y cuando vió que se iba á acabar, exclamó: ¡tierra, tierra! Amigos, un poco mas de paciencia.

Poco despues preguntó uno, en qué podria

conocer un extranjero, que llega á una ciudad, si está descuidada la educacion. Platon respondió: « en que se necesitan médicos y jueces. »

ARCONTADO DE TEOFILO.

Año 1º de la olimpiada 408.

(Desde el 18 de julio del año 548, hasta el 8 del mismo de 547 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

Paseándonos estos dias pasados por fuera de la puerta de Tracia, vimos llegar un hombre á caballo á galope, le detuvimos, y le preguntamos, ¿ de donde venia, y si sabia algo del asedio de Olinto? A esto nos respondió, que habia ido á Potidea, y que á su vuelta no vió ya á Olinto. Dicho esto, nos dejó, y desapareció. Entramos en la ciudad, y de allí á poco se divulgó la desgracia de Olinto, dejando á todos consternados.

orador Esquines, que se ha distinguido en la accion, ha traído la noticia.

Focion ha mandado salir de Eretria á este Plutarco, que la tiranizaba, y de la Eubea á todos aquellos déspotas pequeños, que estaban cohechados por Filipo. Ha puesto guarnicion en el fuerte de Zaretra, para asegurar la independencia de la isla, y después de una campaña, que admiran los inteligentes, ha venido á oscurecerse entre los ciudadanos de Atenas.

Por los dos hechos siguientes, podreis juzgar de su sabiduría y de su humanidad. Antes de la batalla prohibió á los oficiales el estorbar la desercion, con lo que se libertaban de un monton de cobardes y revoltosos, y ganada la victoria mandó dar libertad á todos los prisioneros griegos, temiendo que el pueblo no hiciese con ellos alguna venganza y crueldad...

En una de nuestras últimas conversaciones, nos estaba Teodoro hablando del movimiento de los astros; y el cumplido que le hizo Diógenes, fué preguntarle si hacia mucho tiempo que habia bajado del cielo. Pantion nos leyó despues una obra larguísima. Diógenes, que estaba sentado junto á él, echaba de cuando en cuando la vista al manuscrito, y cuando vió que se iba á acabar, exclamó: ¡tierra, tierra! Amigos, un poco mas de paciencia.

Poco despues preguntó uno, en qué podria

conocer un extranjero, que llega á una ciudad, si está descuidada la educacion. Platon respondió: « en que se necesitan médicos y jueces. »

ARCONTADO DE TEOFILO.

Año 1º de la olimpiada 408.

(Desde el 18 de julio del año 548, hasta el 8 del mismo de 547 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

Paseándonos estos dias pasados por fuera de la puerta de Tracia, vimos llegar un hombre á caballo á galope, le detuvimos, y le preguntamos, ¿ de donde venia, y si sabia algo del asedio de Olinto? A esto nos respondió, que habia ido á Potidea, y que á su vuelta no vió ya á Olinto. Dicho esto, nos dejó, y desapareció. Entramos en la ciudad, y de allí á poco se divulgó la desgracia de Olinto, dejando á todos consternados.

Ya no hay Olinto: sus riquezas, sus fuerzas, sus aliados, catorce mil hombres que le habíamos enviado en distintas ocasiones, nada ha podido salvarla. Rechazado Filipo en todos los asaltos, perdía diariamente mucha tropa; mas los traidores que encerraba Olinto en su seno, aceleraban cada día el instante de su ruina. Los magistrados y los generales estaban comprados: los principales de estos, que eran Euticrates y Lastenes, le entregaron una vez quinientos caballos que tenían á sus órdenes, y despues de otras traiciones no menos funestas, le introdujeron en la ciudad, que al punto fué entregada al pillage. Casas, pórticos, templos, todo lo ha consumido el hierro y el fuego, y muy pronto se preguntarán unos á otros, donde estuvo situada Olinto. Filipo ha mandado vender los habitantes, y dar muerte á dos hermanos suyos, retirados años antes á aquel asilo.

La Grecia está consternada, y temiendo perder su poder y su libertad. Por todas partes está uno cercado de espías y de enemigos. ¿Cómo se librará nadie de la venalidad de las almas? ¿Quién se librará de un príncipe, que dice á menudo, y lo prueba con los hechos, que no hay muralla que no pueda salvar un jumento cargado de oro? Las demas naciones han aplaudido los fulminantes decretos, que hemos dado contra los traidores que han vendido á Olinto; pero

es preciso hacer justicia á los vencedores, quienes indignados de esta perfidia, la han afeado á los culpados. Euticrates y Lastenes se han quejado de ello á Filipo, y este les ha respondido: « los soldados macedonios son todavía muy « rudos, y llaman cada cosa por su nombre. »

Mientras los Olintios, cargados de cadenas lloraban sentados sobre las cenizas de su patria, ó iban arrastrando en rebaños por los caminos públicos tras de sus nuevos amos, Filipo tenía la osadía de rendir gracias al cielo por los males de que él era autor, y celebraba juegos magníficos en honor de Júpiter Olímpico; á cuyo fin hizo venir los artistas mas sobresalientes, y los actores mas hábiles, quienes fueron admitidos al banquete con que se dió fin á estas fiestas odiosas. Allí, enagenado el rey con la victoria y los placeres, se mostraba solícito en adivinar ó en satisfacer los deseos de los asistentes, y prodigarles gracias ó promesas. Sátiro, aquel cómico tan afamado, guardaba un silencio triste, y habiéndolo notado Filipo, le manifestó extrañarlo. « ¿Pues qué, le dijo, dudais de « mi generosidad, y de mi aprecio? ¿No teneis « alguna gracia que pedirme? — Una sola cosa, « respondió Sátiro, que únicamente pende de « vos; pero temo que me la negueis. — Hablad, « dijo Filipo, y estad cierto de lograr lo que « pidais.

« Yo tenia , dijo el actor , estrechos vínculos
 « de amistad y de hospitalidad con Apolófanes
 « de Pidna, quien fué condenado á muerte por
 « imputaciones falsas. No dejó mas que dos hi-
 « jas muy jóvenes todavía, y para ponerlas en
 « salvo, las llevaron á Olinto sus parientes.
 « Ahora están entre cadenas; son vuestras, y
 « me atrevo á reclamarlas. No tengo en esto otro
 « interes, que el de su honor. Mi designio es do-
 « tarlas, buscarles esposo, é impedir que hagan
 « cosa que sea indigna de su padre y de mi ami-
 « go. » Toda la sala resonó con los aplausos que
 merecia Sátiro; y Filipo mas conmovido que
 los demas, mandó que al instante le diesen las
 dos cautivas. Este rasgo de clemencia es tanto
 mas bello, quanto Apolófanes habia sido acu-
 sado, de haber quitado con otros conjurados,
 la corona y la vida á Alejandro, hermano de
 Filipo.

Nada os digo de la guerra de los Focenses, sino
 que se perpetúa sin acontecimiento notable.
 ¡ Quiera el cielo que no acabe como la de Olin-
 to !

CARTA DE NICETAS.

Yo no esperaba la desgracia de los Olintios,
 porque no debía contar con tal ceguedad; y si

han perecido, es por no haber ahogado en su ori-
 gen el partido de Filipo. Tenian al frente de
 su caballería á Apolónides, habil general y ex-
 celente ciudadano; y de repente le desterra-
 ron, porque los partidarios de Filipo consiguien-
 ron hacerle sospechoso. Lastenes que ocupó
 su lugar, y Eutícrates que le asociaron, habian
 recibido de Macedonia maderas de construccion,
 gran número de bueyes, y otras riquezas, que
 no estaban en disposicion de adquirir; de ma-
 nera que era notoria su conexion con Filipo, y
 los Olintios no lo echaban de ver. Durante el
 asedio se palpaba, que las disposiciones que
 tomaban los caudillos eran con acuerdo del
 rey, y los Olintios permanecian en su cegue-
 dad. Todos sabian que habia sometido las ciuda-
 des de la Calcídica, mas bien á fuerza de regalos,
 que por el valor de sus tropas; y este ejemplo ha
 sido inútil para los Olintios.

El de Eutícrates y Lastenes atemorizará en
 adelante á los viles que sean capaces de seme-
 jante infamia. Estos dos infelices han muerto
 miserablemente; porque Filipo, que se vale de
 los traidores, y los desprecia, ha tenido por
 conveniente abandonarlos á los ultrajes de los
 soldados, quienes por último los han hecho ta-
 jadas.

La toma de Olinto, lejos de arruinar nuestras
 esperanzas, las vivifica. Nuestros oradores han

inflamado los ánimos. Hemos enviado gran número de embajadores, que irán por todas partes á suscitar enemigos contra Filipo, y á convocar una dieta general para deliberar sobre la guerra. La dieta se tendrá aquí. Esquines ha ido á Arcadia, la que ha prometido acceder á la liga. Las demas naciones empiezan á moverse: toda la Grecia estará en breve sobre las armas.

La república no anda ya con contemplaciones. Además de los decretos fulminados contra los que han motivado la pérdida de Olinto, hemos acogido públicamente á aquellos habitantes suyos, que pudieron librarse de las llamas y de la esclavitud, en tantos actos de energía, conocerá Filipo, que ya no se trata entre él y nosotros de embestidas furtivas, de quejas, de negociaciones, y de proyectos de paz.

CARTA DE APOLODOÑO.

(El 18 de Targelion.)

Estoy cierto de que tomareis parte en nuestro dolor. Una muerte imprevista acaba de llevar-

* El 25 de mayo de 347 antes de J. C.

nos á Platon. Sucedió esto el 7 de este mes, en el día mismo de su nacimiento*. No habia podido excusarse de asistir á un banquete de boda. Yo estaba á su lado. No comió mas que algunas aceitunas, como solia hacerlo. Jamas habia estado tan placentero; jamas nos habia dado su salud mejores esperanzas. Al tiempo mismo que yo le felicitaba por esto, se sintió malo, perdió el conocimiento, y cayó en mis brazos. Todos los socorros fueron inútiles: le hicimos llevar á su casa, donde vimos sobre la mesa los últimos renglones que habia escrito poco antes, y las correcciones que hacia de cuando en cuando á su tratado de la república; lo que regamos con nuestras lágrimas. Le ha acompañado al sepulcro el sentimiento del público, y las lágrimas de sus amigos. Se ha enterrado cerca de la academia, y tenia ochenta y un años cabales.

Su testamento contiene el estado de sus bienes, que se reducen á dos casas de campo; tres minas en dinero metálico**; cuatro esclavos; dos vasos de plata, de los cuales uno pesa ciento sesenta y cinco dracmas, y el otro cuarenta y

* El 17 de mayo de 347 antes de J. C. No doy como fija esta fecha: se sabe que los cronologistas están divididos sobre el año y día en que murió Platon; mas parece que la diferencia no puede ser mas que de algunos meses.

** Doscientas setenta libras: (1,005 rs. 50 mrs. vn.)

cinco; un anillo de oro; los zarcillos del mismo metal que traia en su infancia. Declara que no tiene deuda alguna; manda una de sus casas de campo al hijo de Adimanto su hermano, y da libertad á Diana, cuyo celo y servicios merecian esta prueba de reconocimiento. Ademas de esto arregla todo lo perteneciente á sus funerales y sepultura. Espeusipo, su sobrino, es uno de los testamentarios, y debe sucederle en la academia.

Entre sus papeles se han encontrado algunas cartas, que tratan de materias filosóficas. Varias veces nos habia dicho, que estando en Sicilia habia tenido con Dionisio el joven, rey de Siracusa, algunas ligeras conversaciones sobre la naturaleza del primer principio, y sobre el origen del mal; y que Dionisio, juntando sus propias ideas á tan débiles nociones, y á las de algunos otros filósofos, las habia declarado en una obra, que no hace mas que descubrir su ignorancia.

Algun tiempo despues de la venida de Platon, el rey le envió al filósofo Arquedemo, para suplirle que aclarase ciertas dudas que le inquietaban. En la respuesta que acabo de leer no se atreve Platon á explicarse sobre el primer principio, por temor de que se extravié su carta: lo que añade me ha maravillado en extremo; voy á copiaroslo en sustancia:

« Me preguntais, hijo de Dionisio, cuál es la
 « causa de los males que afligen al universo. En
 « vuestro jardin, á la sombra de aquellos laure-
 « les, me dijisteis un dia, que la habiais descu-
 « bierto; y yo os respondi, que toda mi vida me
 « habia dedicado á este problema, y que hasta
 « ahora no habia encontrado quien pudiese re-
 « solverlo. Yo recelo que deslumbrado con algun
 « rayo de luz, os hayais entregado despues con
 « nuevo ardor á estas indagaciones; y no teniendo
 « principios fijos, habreis dejado correr el pen-
 « samiento sin freno y sin guia tras de aparien-
 « cias falsas. No sois el único á quien ha sucedido
 « esto; pues todos aquellos á quienes he comu-
 « nicado mi doctrina, han estado al principio
 « mas ó menos atormentados de semejantes in-
 « certidumbres. Yo os daré el modo de disipar
 « las vuestras. Arquedemo os lleva mi primera
 « respuesta, la que meditareis despacio: la com-
 « parareis con las de los otros filósofos; y si en
 « vista de ella teneis nuevas dificultades, volverá
 « Arquedemo, y no habrá hecho dos ó tres via-
 « ges, cuando veais ya disipadas vuestras dudas.
 « Sobre todo guardaos de hablar de estas ma-
 « terias delante de todos. Lo que excita la admi-
 « racion y el entusiasmo de unos, seria para
 « otros un motivo de desprecio y de risa. Mis
 « dogmas, sometidos á un largo examen, salen
 « de él purificados como el oro del crisol. He

« visto buenos ingenios, que despues de treinta
 « años de meditaciones, han confesado por úl-
 « timo, que no hallaban mas que evidencia y
 « certidumbre, donde por mucho tiempo no ha-
 « bian encontrado mas que incertidumbre y os-
 « curidad. Pero repito que no se debe tratar sino
 « de viva voz una materia tan encumbrada. Nun-
 « ca he declarado, ni jamas declararé por escrito
 « mi verdadero modo de pensar; y así no he pu-
 « blicado sino el de Sócrates. A dios: sed docil
 « á mis consejos, y quemad mi carta luego que
 « la hayais leído repetidas veces.»

¿Qué es esto! ¿los escritos de Platon no con-
 tienen su verdadero modo de pensar acerca del
 origen del mal? ¿Con que Platon lo ha ocultado
 al público, cuando ha explicado con tanta elo-
 cuencia el sistema de Timeo de Locres? Bien
 sabeis que en esta obra, Sócrates no enseña,
 sino que solo oye. ¿Cuál es pues esta doctrina
 misteriosa de que habla Platon? ¿A qué disci-
 pulos la ha confiado? ¿Os habló alguna vez de
 ella? Yo me pierdo en un tropel de conje-
 turas.....

La pérdida de Platon me ocasiona otra que
 me da gran pesar. Aristóteles nos deja, á causa
 de algunas desazones, que os contaré cuando
 volvais, y se retira á la compañía del eunuco
 Hermias, á quien el rey de Persia ha confiado el
 gobierno de la ciudad de Atarneá en Misia.

Siento perder un amigo, sus luces, y su conver-
 sacion; y aunque me ha prometido volver, ¿qué
 diferencia entre gozar y esperar! El mismo de-
 cia, por boca de Pindaro, que la esperanza no
 es otra cosa que el sueño de un hombre despiér-
 to: yo aplaudia entonces su definicion, y ahora
 querria que fuese falsa.

Siento mucho no haber hecho una coleccion
 de sus muchos dichos agudos. El es el que en una
 conversacion sobre la amistad, exclamó repen-
 tinamente, y con suma gracia: «¡ó amigos
 « míos! no hay amigos.» Preguntándole, que
 para qué servia la filosofía, respondió: «para
 « hacer libremente lo que obligaria á hacer el
 « temor de las leyes.» ¿De dónde nace, le pre-
 guntó uno en mi casa, que cuesta trabajo sepa-
 rarse del lado de las personas hermosas? «Pre-
 « gunta de ciego,» respondió Aristóteles. Pero
 vos habeis vivido en su compañía, y sabeis bien,
 que aunque tiene mas conocimientos que nadie,
 acaso tiene mas ingenio que conocimientos.

ARCONTADO DE TEMISTOCLES.

Año 2º de la olimpiada 108.

(Desde el 8 de julio del año 547, hasta el 27 de junio de 546 antes de J. C.)

CARTA DE CALIMEDON.

Sabedor Filipo del buen humor que reina en nuestras juntas *, nos ha enviado un talento **, y nos pide que le comuniquemos el resultado de cada sesion. La sociedad no perdonará medio alguno para cumplir sus órdenes. Yo he propuesto enviarle la pintura de algunos de nuestros ministros y generales; y en el acto mismo suministré bastantes materiales para ello. Voy á ver si me acuerdo.

Demades se ha distinguido por algun tiempo en la chusma de nuestras galeras; manejando el remo con la misma soltura y fuerza que ahora

* Se componian estas de hombres de talento y gusto, en número de sesenta, que se juntaban de tiempo en tiempo para dar decretos sobre las ridiculeces de que se daba cuenta. Véase el capítulo xx de esta obra,

** Cinco mil cuatrocientas libras: (20,117 rs. vn.)

maneja la palabra. De su primer estado sacó el habernos enriquecido con el proverbio que dice: *del remo á la tribuna*, el cual ahora indica lo que ha adelantado un hombre de fortuna. Es hombre de ingenio agudo, y muy habil en el arte de chancearse, no obstante que viva con la infima clase de las rameras. Se citan muchos chistes suyos *. Todo lo que dice parece inspirado; en un mismo instante se le ofrecen la idea y la expresion propia; y así es que no se toma la molestia de escribir sus discursos, y rara vez el de meditarlos. Cuando en la asamblea general se trata de algun asunto imprevisto, en que ni el mismo Demóstenes se atreve á desplegar los labios, llaman á Demades; y entonces habla con tanta elocuencia, que nadie titubea en ponerle sobre todos nuestros oradores. En otros géneros es superior; y así puede desafiar á todos los Atenienses á embriagarse tan á menudo como

* Demades, hombre de ingenio agudo, y uno de los mayores oradores de Atenas, fué contemporaneo de Demóstenes. Se citan muchas respuestas suyas, enérgicas y oportunas: pero entre sus chistes pocos hay que nos parecerán á nosotros preciosos. Tal es este: como los Atenienses se levantaban al canto del gallo, Demades llamaba á la trompeta que los convocaba á la junta *el gallo público de Atenas*. Si esta metáfora no disgustó á los Atenienses, es de presumir que tampoco les hubiera disgustado la de *escribano solar*, aventurada por La Motte para distinguir un reloj de sol.

él, y á todos los reyes del mundo á saciarle de bienes. Es de un trato tan franco, que se venderá, aunque sea por algunos años, al que le quiera comprar. Decía á uno, que cuando señalase dote á sus hijas, habia de ser á expensas de las potencias extrangeras.

Filócrates es menos elocuente que Demades; pero tan voluptuoso, y mucho mas desarreglado. En la mesa todo desaparece en su presencia; de suerte que alli parece que se multiplica; y por eso dijo el poeta Eúbulo en una de sus piezas: «tenemos dos convidados invencibles, Filócrates y Filócrates.» Tambien es uno de aquellos hombres, que le parece á uno leerles en la frente, como sobre las puertas de las casas, estas palabras escritas con letras muy gordas: *se alquila, se vende.*

No así Demóstenes, pues si manifiesta el celo mas ardiente por la patria, es que necesita de estas exterioridades para suplantar á sus rivales, y ganar la confianza del pueblo. Acaso nos venderá, cuando no pueda impedir que nos vendan los demas. Su educacion fué desaliñada; y así no conoció estas artes agradables, que podrían corregir los defectos que le tocaron en abundancia. Me alegrara de poder pintarle tal cual se presentó por las primeras veces en la tribuna. Figuraos un hombre de un semblante serio y triste, rasándose la cabeza, meneando los hombros, con

voz áspera y debil, la respiracion interrumpida, unos acentos que barrenan los oidos, una pronunciacion bárbara, un estilo mas bárbaro todavía, periodos inagotables, interminables, incomprendibles, y ademas erizados con todos los argumentos de la escuela. Nos fastidió, pero llevó las tornas, porque le silbamos, y le hicimos tal rechífla, que tuvo que esconderse por algun tiempo. De este infortunio hizo un uso propio de un hombre superior; pues á costa de esfuerzos inauditos ha conseguido desvanecer parte de sus defectos, y cada día añade un nuevo rayo á su gloria. Verdad es que le cuesta cara, porque tiene que meditar por mucho tiempo un asunto, y dar mil vueltas á su entendimiento para forzarle á producir.

Sus enemigos dicen que sus obras huelen á humo de candil: las personas de gusto encuentran un no sé qué poco noble en su accion; y le censuran ciertas expresiones duras, y metáforas extravagantes. Por mi parte me parece tan frio en los chistes, como ridiculo en el esmero de su vestido: la dama mas delicada no gasta tan fina ropa blanca; y esta afectacion hace un contraste singular con la aspereza de su caracter.

En cuanto á su probidad no responderia yo de ella. En cierta causa escribió á favor de las dos partes. Citando yo este hecho á uno de sus amigos, hombre de mucho mérito, me dijo

sonriéndose: entonces era todavía muy joven.

Sus costumbres, sin ser puras, no son indecentes. Es verdad que dicen que va á casa de las cortesanas; que algunas veces se viste como ellas; y que en su juventud una sola visita le costó todo lo que le habian valido los pleitos en un año. Todo esto no vale nada. Añaden, que una vez vendió su muger al joven Cnosion. Esto ya es cosa mas seria; pero son asuntos domésticos, en que no me quiero meter.

En las últimas fiestas de Baco, estaba Demóstenes en calidad de corego de su tribu, al frente de un coro de jóvenes que contendian por el premio de la danza. En medio de la ceremonia, Midias, hombre rico, y conocido por sus extravagancias, hizo una de las mas fuertes, dando un bofetón á Demóstenes en presencia de un grandísimo concurso. Demóstenes se quejó al tribunal; y el asunto se terminó á satisfaccion de las partes. Midias dió dinero, y Demóstenes lo recibió. Ahora se sabe que no cuesta mas de tres mil dracmas *, el insultar la megilla de un corego.

Poco tiempo despues acusó á un primo suyo de haberle herido peligrosamente; enseñando una cortadura en la cabeza, que algunos sospechan habérsela hecho él mismo; y como preten-

* Dos mil y setecientas libras : (10,058 rs. 28 mrs. vn.)

día que se le abonasen daños y perjuicios, se decia que la cabeza de Demóstenes era de mucho provecho.

Su amor propio es cosa de reir; pero no le ofende á uno, porque está muy á las claras. Yo estaba el otro dia con él en la calle, y una aguadora que le vió, le enseñaba con el dedo á otra muger: « oyes, mira, ve allí á Demóstenes. » Yo hacia que no lo oia, pero él me lo hizo notar.

Esquines se acostumbró desde su juventud á hablar en público. Su madre le introdujo en el trato de las gentes, en edad temprana: iba con ella á las casas á iniciar en los misterios de Baco á las gentes de la hez del pueblo: se presentaba en las calles regentando un coro de bacantes, coronados de hinojo y ramas de álamo, y con ellos hacia, con sumo donaire, todas las extravagancias de este raro culto. Cantaba, bailaba, ahullaba, apretando entre las manos unas culebras, y las agitaba sobre su cabeza. El populacho le colmaba de bendiciones, y las viejas le regalaban tortas.

Con tan buen éxito, se excitó su ambicion, y se alistó en una compañía de cómicos; pero únicamente para hacer el tercer papel. El público le declaró guerra abierta á pesar de la hermosura de su voz; por lo que dejó esta profesion, fué escribano de un tribunal subalterno, y despues ministro de Estado.

Desde entonces su conducta ha sido regular y decente. En la sociedad manifiesta discrecion, gusto, urbanidad y discernimiento. Su elocuencia se distingue por el tino en elegir las palabras, por la abundancia y claridad de las ideas, y por una grandísima facilidad, que debe mas bien á la naturaleza que al arte. No le falta nervio, bien que no tenga tanto como Demóstenes. Al principio deslumbra, y despues arrastra: esto es á lo menos lo que oigo decir á los inteligentes. Tiene la flaqueza de avergonzarse de lo que fué antes, y cae en la torpeza de recordárselo á los demas; porque va á pasearse á la plaza pública con mucha pausa, arrastrando el manto, la cabeza erguida, é hinchando los carrillos; lo que da lugar á que por todas partes se oiga decir: ¿no es ese aquel escribanillo de un tribunal cualquiera, hijo de Tromes el maestro de escuela, y de Glaucotea, el cual se llamaba antes el diablillo? ¿No es el que limpiaba los bancos de la escuela cuando estábamos en la gramática, y por las bacanales gritaba con todo su fuerza por las calles: EVOE, SABOE *?

Cualquiera conoce fácilmente la emulacion que hay entre él y Demóstenes; y ellos mismos la han advertido los primeros; porque los que tienen la misma presuncion, se adivinan á una

* Expresiones bárbaras para invocar á Baco.

mirada. No sé si Esquines se dejaria cohechar; pero es bien debil el que es tan amable. Debo añadir que es hombre de brio, y se ha distinguido en muchos combates, segun lo ha declarado Focion.

Ninguno tiene tantas extravagancias como este último; hablo de Focion. Jamas ha sabido que vivia en este siglo, ni en esta ciudad. Es pobre, y no le da rubor: hace bien, y no se alaba; da consejos, aunque está bien persuadido de que no los han de tomar: tiene talentos sin ambicion, y sirve al Estado sin interes. Al frente del ejército se contenta con mantener la disciplina, y batir al enemigo: en la tribuna no le turban los gritos de la muchedumbre, ni le lisonjean sus aplausos. En una de sus arengas proponia un plan de campaña, cuando le interrumpió una voz, llenándole de improprios. Focion calló, y así que el otro hubo acabado, continuó con mucha frescura, diciendo: «os he hablado de « la infanteria y caballeria; me resta hablaros, etc., etc.» Otra vez oyó que le aplaudian: estaba yo por casualidad cerca de él, y volviéndose á mí, me dijo: «¿he dicho algun desatino?»

Nos reimos de sus gracejos; pero hemos hallado un secreto admirable para vengarnos de su desprecio: él es el único general que tenemos, y en nada le empleamos; es el mas integro y acaso el mas ilustrado de nuestros oradores, y

le escuchamos menos. Es verdad que no le quitaremos sus principios; pero juro por los dioses, que él no nos quitará los nuestros; y seguramente no se dirá que con este séquito de virtudes rancias, y sus rapsodias de costumbres antiguas ha de ser Focion tan poderoso, que corrija la nacion mas amable del universo.

Ahí está Cares, que con su ejemplo enseña á nuestros jóvenes á hacer profesion pública de corrupcion: este es el general mas pícaro, y el mas torpe que tenemos; pero es el que tiene mas reputacion. Se ha puesto bajo la proteccion de Demóstenes, y de algunos otros oradores. Da fiestas al pueblo. Si se trata de equipar una flota, Cares es quien la manda y dispone de ella á su arbitrio. Se le manda ir á una parte, y se va á otra. En lugar de poner nuestras posesiones á cubierto, se junta á los corsarios, y de concierto con ellos, roba las islas, y se apodera de cuantos barcos encuentra: en pocos años nos ha perdido mas de cien naves: ha gastado mil y quinientos talentos * en expediciones inútiles al Estado, pero muy lucrativas para él, y para sus oficiales principales. Algunas veces no se digna de darnos noticias suyas, pero las tenemos á pesar de él, y no hace mucho que enviamos un

* Ocho millones y cien mil libras: (mas de 30 millones de

barco ligero con orden de recorrer los mares, é informarse del paradero de la flota y del general.

CARTA DE NICETAS.

Apurados los Focenses con una guerra de diez años, han implorado nuestra ayuda, conviniéndose á entregarnos á Tronio, Nicea, y Alpeno, plazas fuertes situadas á la entrada del estrecho de las Termópilas; y para entregarse de ellas, se ha acercado Próxenes, que manda nuestra armada en las inmediaciones, el cual pondrá guarnicion en ellas, y de esta manera tendrá Filipo que desistir del proyecto de forzar el estrecho.

Al mismo tiempo hemos resuelto equipar otra armada de cincuenta naves. Ya está dispuesta á marchar la flor de juventud: hemos alistado á todos los que no pasan de treinta años; y tenemos noticia de que Arquidamo, rey de Lacedemonia, ofrece á los Focenses todas las fuerzas de su república. La guerra es inevitable, y no lo es menos la ruina de Filipo.

CARTA DE APOLODORO.

Nuestras mas amables ateniensas tienen zelos de los elogios que haceis de la esposa y hermana de Arsamo: nuestros mas hábiles políticos convienen en que necesitaríamos un hombre como él, para contrarestar á Filipo.

Todo resonaba aqui con el ruido de las armas; pero una palabra de este príncipe las ha hecho caer de nuestras manos. Durante el asedio de Olinto, habia, segun dicen, manifestado repetidas veces el deseo de vivir en buena armonía con nosotros. A esta nueva, recibida por el pueblo con aplauso, se resolvió entablar una negociacion, que quedó suspensa por varios motivos. Tomó á Olinto, y no respirábamos mas que guerra. A poco nos aseguraron dos de nuestros actores, Aristodemo y Neoptolemo, de quienes el rey hace particular aprecio, que permanecia en sus primeras disposiciones, y con esto ya no respiramos mas que la paz,

Ahora hemos enviado á Macedonia diez diputados, distinguidos todos por sus talentos, y son: Ctesifon, Aristodemo, Iatroclo, Cimon y Nausicles, quienes se han asociado á Dercilo, Frinon, Filócrates, Esquines y Demóstenes, á los

cuales hay que añadir Aglaocreon de Tenedos, que va encargado de los negocios de nuestros aliados. Estos diputados han de ajustar con Filipo los artículos principales de la paz, y persuadirle á enviarnos plenipotenciarios para concluir la aquí.

No entiendo la conducta que tenemos: Filipo deja caer algunas protestas de amistad, vagas y acaso insidiosas; y al punto, sin escuchar á los hombres experimentados que desconfían de sus intenciones, sin esperar la vuelta de los diputados que se han enviado á los pueblos de la Grecia para reunirlos contra el enemigo comun, interrumpimos nuestros preparativos, y nos adelantamos á hacer proposiciones de que abusará si las acepta, y nos envilecerán si se niega á admitirlas. Para obtener su benevolencia, es menester que nuestros diputados tengan la fortuna de agradaarle. El actor Aristodemo tiene hecha obligacion con algunas ciudades para sus espectáculos; y hay que enviar á suplicarles, de rodillas, á nombre del senado, que no multen á Aristodemo, porque le necesita la república en Macedonia. Demóstenes es el autor de este decreto: ¡Demóstenes, que en sus arengas trataba con tanta altanería y desprecio á este príncipe!

CARTA DE CALIMEDON.

Nuestros embajadores han concluido su comision con indecible presteza, y ya los tenemos aqui de vuelta. Segun parece, proceden todos de acuerdo, bien que Demóstenes no está satisfecho de sus compañeros, quienes por su parte están quejosos de él. Voy á contaros algunas particularidades de su viage, las que supe ayer en una comida á que asistieron los principales de ellos, como son Ctesifon, Esquines, Aristodemo y Filócrates.

Lo primero es, que en todo el viage tuvieron mucho que sufrir por la vanidad de Demóstenes; pero lo llevaban en pacencia, puesto que todos sufren tan fácilmente en la sociedad, á gentes insufribles. Otra cosa les daba mas cuidado, y era la penetracion y el ascendiente de Filipo, conociendo claramente que no eran profundos como él en política. Cada día se distribuian entre sí los papeles que habia de hacer cada uno; disponian los ataques, y determinaron que los mas ancianos serian los primeros para dar el asalto. Demóstenes, como mas joven, debia ser el último, y les prometió abrir las fuentes inagotables de su elocuencia. No te-

mais á Filipo, añadió, yo le *coseré* la boca de tal modo, que se vea precisado á entregarnos á Anfípolis.

Presentados todos á la audiencia del principe, Ctesifon, y los demas se explicaron en pocas palabras: Esquines, elocuente y largamente: Demóstenes... vais á verlo. Se levantó muerto de miedo. No era aquella la tribuna de Atenas, ni aquella multitud de obreros que componen nuestras asambleas. Filipo estaba acompañado de sus cortesanos, los mas de ellos gentes de buen ingenio, y entre otros se hallaban Piton de Bizancio, que se pica de escribir bien, y Leóstenes, á quien nosotros desterramos, y segun dicen es uno de los mayores oradores de la Grecia. Todos habian oido hablar de las magnificas promesas de Demóstenes, y todos aguardaban el efecto con la impaciencia que le acabó de aturdir. Empezó temblando á tartamudear un exordio oscuro, y advirtiéndolo él mismo, se turbó, se cortó, y calló. El rey hizo por animarle, aunque en vano, pues no se levantó sino para caer mas prontamente. Despues de haber gozado un rato de su silencio, el heraldo mandó retirarse á nuestros diputados.

Demóstenes debiera ser el primero en reirse de este accidente; pero en lugar de eso, echó la culpa á Esquines, vituperándole agriamente por haber hablado al rey con demasiada libertad, y

ocasionar á la república una guerra, que no estaba en estado de sostener. Iba Esquines á disculparse, cuando les mandaron volver á entrar. Luego que se sentaron, Filipo examinó por orden sus pretensiones; respondió á sus quejas; se detuvo principalmente en el discurso de Esquines, dirigiéndole muchas veces la palabra; lo cual acabado, y tomando cierto tono suave y bondadoso, manifestó el deseo mas sincero de hacer la paz.

En todo este tiempo, Demóstenes, con la inquietud de un cortesano que teme caer en desgracia, hacia ademanes para llamar la atención del príncipe, mas no logró ni una palabra, ni siquiera una mirada.

Salió pues de la conferencia tan despechado, que resultaron escenas muy extravagantes, pareciéndose á un muchacho mimado de sus padres, y humillado repentinamente por el adelantamiento de sus discípulos. La borrasca duró muchos días, hasta que al fin conoció que nada se adelanta con el mal humor, y procuró reconciliarse con los demas diputados, estando ya en camino para volverse. A cada uno le hablaba á parte, y le prometia su protección para con el pueblo. A uno le decia que le restableceria su hacienda: á otro, que le pondria á que mandase el ejército; pero sobre todo, con Esquines echaba el resto, y aliviaba sus zelos exagerando el

mérito de su rival. Tan desmesuradas debian de ser sus alabanzas, que Esquines dice que le era importuno.

Una tarde, no sé en qué ciudad de Tesalia, empezó por la primera vez á burlarse de su aventura, añadiendo que debajo de la capa del cielo no habia uno que poseyese el don de hablar como Filipo. Lo que mas me ha admirado, respondió Esquines, es la exactitud con que ha recapitulado todos nuestros discursos. Yo, añadió Ctesifon, aunque viejo, no he visto jamas un hombre, ni tan amable, ni tan alegre. Demóstenes palmoteaba y aplaudia. Muy bien, decia, mas no os atreveréis á explicaros así delante del pueblo. ¿Y por qué no? respondieron los otros. Demóstenes dudó de ello: insistieron los otros: les exigió la palabra, y se la dieron.

No se sabe el uso que quiere hacer de esto, pero lo veremos en la primera asamblea, á la que piensa asistir toda nuestra sociedad, porque de todo esto debe resultar alguna escena ridicula. Si Demóstenes reservase sus manías para la Macedonia, no se lo perdonaria en la vida.

Lo que me tiene inquieto es, que se ha conducido muy bien en la junta del senado. Habiendo sido entregada á la compañía la carta de Filipo, Demóstenes ha licitado á la república por haber confiado sus intereses á unos diputados tan recomendables por su elocuencia como

por su honradez, y ha propuesto que se les conceda una corona de olivo, y se les convide á comer mañana en el Pritaneo. El senado-consulto es conforme á lo que ha pedido.

No cerraré mi carta hasta acabada la junta general.

Acabo de salir de ella: Demóstenes ha hecho prodigios. Los diputados acababan de referir, cada uno por su orden, diferentes circunstancias de la embajada. Esquines dijo algo de la elocuencia de Filipo, y de su feliz memoria: Ctesifon habló de la belleza de su rostro, de lo ameno de su ingenio, y del buen humor que gasta cuando tiene el vaso en la mano; todos fueron aplaudidos. Demóstenes subió á la tribuna con cierto ademan de mayor gravedad, que tiene de costumbre; y despues de haberse rascado la frente, porque siempre empieza por aquí, dijo: «yo me admiro de los que hablan, y de los que oyen. ¿Cómo puede nadie entretenerse en semejantes niñerías en un asunto de tanta importancia? Yo voy por mi parte á daros cuenta de la embajada. Léase el decreto del pueblo que nos mandó ir, y la carta que el rey nos ha remitido.» Concluida la lectura añadió: «ahí teneis nuestras instrucciones, que nosotros hemos desempeñado. Ved ahí lo que ha respondido Filipo: solo resta deliberar.»

Estas palabras excitaron cierta especie de su-

surro en la asamblea. ¡Qué puntualidad! ¡Qué habilidad! decian unos. ¡Qué envidia! ¡Qué picardía! decian otros. Por lo que á mi toca, me reía al ver cortados á Ctesifon, y Esquines. Sin darles tiempo para respirar, añadió: «os han hablado de la elocuencia, y de la memoria de Filipo: cualquiera que tuviese igual poder, lograria los mismos elogios. Se han ensalzado las demas calidades suyas; pero ni es tan hermoso como el actor Aristodemo, ni bebe mejor que Filócrates. Esquines me ha dicho que dejaba á mi cargo, á lo menos en parte, el discutir nuestros derechos sobre Anfipolis; pero jamas dejará este orador ni á vosotros ni á mi la libertad de hablar. En resolución, todo esto no importa nada. Yo voy á proponer un decreto. El heraldo de Filipo ha llegado, y tras él vendrán sus embajadores. Pido que se permita tratar con ellos, y que los pritanos convoquen una junta, que se tendrá dos dias seguidos, y en la cual se delibere sobre la paz, y sobre la alianza. Pido tambien que se den elogios á los diputados, si los merecen, y que se les convide á comer mañana en el Pritaneo.» Este decreto se admitió casi unánimemente, y el orador ha recobrado todo su ascendiente.

Yo hago mucho caso de Demóstenes; mas no basta tener talento, sino que es preciso no ha-

cerse ridiculo. Hay entre los hombres célebres y la sociedad, un convenio tácito : nosotros les pagamos nuestra estimacion , y ellos deben pagarnos sus necesidades.

CARTA DE APOLODORO.

Os envío el diario de lo ocurrido en nuestras juntas hasta la conclusion de la paz.

*El 8 de elafebolion , dia de la fiesta de Esculapio **. Se han congregado los pritanos ; y con arreglo al decreto del pueblo , han señalado dos juntas generales para deliberar sobre la paz. Serán el diez y ocho y el diez y nueve.

*El 12 de elafebolion , primer dia de las fiestas de Baco ***. Antipatro, Parmenion, y Euriloco, han llegado. Vienen enviados por Filipo á concluir la paz, y recibir el juramento que debe ser garant de su ejecucion.

Antipatro es el mas habil político de la Grecia despues de Filipo ; activo é infatigable, pone su atencion en casi todos los ramos del gobierno ; por lo cual suele decir el rey : « bien podemos

* El 8 de este mes correspondia aquel año al 8 de marzo de 546 antes de J. C.

** El 12 de marzo del mismo año.

« descansar , ó divertirnos , pues Antipatro tra-
« baja por nosotros. »

Parmenion , muy querido del soberano, y mas todavía de los soldados , se ha distinguido ya con una multitud de hazañas , y seria el primer general de la Grecia , si no existiera Filipo. Por el mérito de estos dos diputados se puede juzgar del de su compañero Euriloco.

*El 15 de elafebolion **. Los embajadores de Filipo asisten ordinariamente á los espectáculos que damos en estas fiestas. Demóstenes hizo que el senado les señalase lugar preeminente , y cuida de que les pongan cojines y alfombras de púrpura. El mismo los acompaña al teatro desde que amanece , y los tiene alojados en su casa. Muchos murmuran de estas atenciones , teniéndolas por bajezas , y dicen que no habiendo podido ganar en Macedonia la benevolencia de Filipo , quiere manifestar ahora que la merecia.

*El 18 de elafebolion ***. Se ha congregado el pueblo ; pero antes de daros parte de la deliberacion , debo recordaros los principales objetos de ella.

La posesion de Anfipolis es la fuente primera de nuestras desavenencias con Filipo. Esta ciudad nos pertenece : él se ha apoderado de

* El 15 de marzo del año 546 antes de J. C.

** El 18 de marzo del mismo año.

ella, y nosotros pedimos que nos la restituya.

Filipo ha declarado la guerra á algunos aliados nuestros; y sería vergonzoso y peligroso para nosotros abandonarlos. De este número son las ciudades del Quersoneso de Tracia, y las de la Fócide. El rey Cotis nos habia quitado las primeras; pero Cersoblepto, su hijo, nos las ha restituido hace algunos meses, bien que todavía no hemos tomado posesion de ellas. Nos importa conservarlas, porque aseguran nuestra navegacion en el Helesponto, y nuestro comercio en el Ponto Euxino. Debemos proteger á las segundas, porque defienden el paso de las Termópilas, y son el baluarte de la Atica por tierra, como las de la Tracia lo son por el lado del mar.

Cuando nuestros diputados se despidieron del rey, se encaminaba él hácia la Tracia; pero les prometió que no acometeria á Cersoblepto mientras durasen las negociaciones de paz. No estamos tan tranquilos respecto á los Focenses. Sus embajadores han declarado, que Filipo se niega á admitirlos en el tratado; pero sus partidarios aseguran, que si no se declara abiertamente por ellos, es por contemporizar todavía con los Tebanos, y los Tesalos sus enemigos.

Tambien pretende excluir á los habitantes de Hale en Tesalia, que son aliados nuestros, á

quienes tiene actualmente sitiados para vengar de sus correrias á los de Farsalia, que está en su alianza. Omito otros artículos menos importantes.

En la junta de hoy se ha dado principio leyendo el decreto, que los agentes de nuestros aliados habian tenido la precaucion de formar. En sustancia, dice: « que deliberando el pueblo de « Atenas acerca de la paz con Filipo, han determinado sus aliados, que despues que los embajadores, enviados por los Atenienses á las « diferentes naciones de la Grecia, viniesen, y « diesen cuenta en presencia de los Atenienses « y sus aliados, convocarian los pritanos dos « juntas para tratar en ellas de la paz: que los « aliados ratificaban de antemano cuanto en « ellas se resolviese; y que se concederian tres « meses á los demas pueblos que quisiesen acceder al tratado. »

Acabada esta lectura, propuso Filócrates un decreto, que en uno de sus artículos excluia formalmente del tratado á los habitantes de Hale, y de la Fócide. El pueblo se avergonzó; los ánimos se enardecieron; algunos oradores desecharon todo camino de conciliacion, exhortándonos á volver los ojos á los monumentos de nuestras victorias, y á los sepulcros de nuestros padres. « Imitemos á nuestros mayores, respondió Esquines, cuando defendieron la patria

« contra las innumerables tropas de los Persas; « mas no cuando despreciando sus propios intereses, tuvieron la imprudencia de enviar sus « ejércitos á Sicilia para socorrer á los Leontinos, sus aliados. » Por último, votó por la paz; los demas oradores hicieron lo mismo, y se ha adoptado su parecer.

Mientras se examinaban las condiciones, se han presentado unas cartas de nuestro general Próxenes, á quien habiamos dado orden de tomar posesion de algunas plazas fuertes, que están á la entrada de las Termópilas, y nos las habian ofrecido los Focenses. En este medio tiempo se han suscitado disensiones entre ellos, resultando que el partido dominante se negase á entregar dichas plazas á Próxenes. Tal era el contenido de sus cartas.

Hemos compadecido la ceguedad de los Focenses, pero sin abandonarlos por eso. Se ha suprimido en el decreto de Filócrates la cláusula qua los excluía del tratado, y se ha puesto que Atenas estipulaba en nombre de ellos y de todos sus aliados.

Al retirarse decian todos, que pronto se terminarian nuestras desavenencias con Filipo, pero que segun las apariencias, no contraeriamos alianza alguna con él hasta haber conferenciado sobre ello con los diputados de la Grecia, que deben llegar aqui.

*El 19 de elafebolion**. Demóstenes se apoderó de la tribuna, y dijo que era en vano que la república tomase ninguna resolucion, si no procedia de acuerdo con los embajadores de Macedonia; que no se debía *arrancar* la alianza de la paz; esta ha sido la expresion que ha usado; que no se debía detener esto por la lentitud de los pueblos de la Grecia, pues tocaba á ellos el resolverse cada uno en particular por la paz ó por la guerra. Los embajadores de Macedonia estaban presentes á esto; y Antipatro respondió, conformándose con el parecer de Demóstenes, que le habia dirigido la palabra. No se ha profundizado la materia. Un decreto anterior prevenia que en la primera junta, cada ciudadano podria explicarse sobre los objetos de la deliberacion, pero que al dia siguiente los presidentes recogerian los votos sin dilacion. Así se ha ejecutado, y así hacemos á un mismo tiempo, un tratado de paz, y un tratado de alianza.

Los artículos principales son los siguientes: Cedemos á Filipo nuestros derechos sobre Anfipolis; pero nos dan esperanzas de que tendremos en indemnizacion, ó la isla de Eubea, de que puede disponer en cierto modo, ó la ciudad de Oroe que nos han quitado los Tebanos. Tambien nos lisonjeamos de que nos dejará go-

* El 19 de marzo del año 546 antes de J. C.

zar del Quersoneso de Tracia. Hemos comprendido en el tratado á todos nuestros aliados, y con esto salvamos al rey de Tracia, á los habitantes de Hale, y á los Focenses. Nosotros salimos garantes de todo cuanto posee actualmente Filipo, y tendremos por enemigos á todos los que intenten despojarle de ello.

Unos objetos tan importantes hubieran debido arreglarse en una dieta general de la Grecia, segun la habíamos convocado, y nuestros aliados la deseaban; pero el asunto ha tomado repentinamente un movimiento tan rápido, que todo se ha precipitado y concluido. Filipo nos tenia escrito, que si nos reuniamos á él, se explicaria mas claramente acerca de las cesiones que podria hacernos, cuya promesa vaga ha seducido al pueblo, y el deseo de agradarle á nuestros oradores. Aunque sus embajadores no han prometido cosa alguna, nosotros nos hemos dado prisa á prestar el juramento entre sus manos, y á nombrar diputados para ir cuanto antes á tomar el suyo.

Estos diputados son diez, sin contar los de nuestros aliados. Algunos de ellos son de los que fueron á la primera embajada, como Esquines y Demóstenes. Las instrucciones que llevan, contienen, entre otras cosas, que el tratado es extensivo á los aliados de Atenas, y á los de Filipo; que los diputados se dirigirán á este prin-

cipe, para exigir la ratificacion; que han de evitar toda conferencia particular con él; que han de pedir la libertad de los Atenenses que tiene en prisiones; que en cada una de las ciudades que son aliadas de Filipo, han de exigir el juramento á los que estén á la cabeza del gobierno; que en cuanto á lo demas procederán, segun las circunstancias, del modo que juzguen mas conveniente á los intereses de la república. El senado está encargado de acelerar el viage.

*El 25 de elafebolion**. Los agentes ó representantes de algunos aliados nuestros, han prestado hoy el juramento en manos de los diputados de Filipo.

*El 3 de muniquion***. El interes de Filipo es dilatar la ratificacion del tratado; y el nuestro acelerarla, porque nuestros preparativos están suspensos, y él nunca se ha mostrado mas activo. Presume, y con razón, que nadie le disputará las conquistas que haga en este intermedio. Demóstenes ha previsto sus designios, y ha hecho pasar en el senado de que es miembro, un decreto que ordena á nuestros diputados el partir cuanto antes. No tardarán en ponerse en camino.

* El 25 de marzo del año 546 antes de J.

** El 1 de abril del mismo año.

El 15 de *targelion**. Filipo no ha firmado todavía el tratado; nuestros diputados no se dan mucha prisa á buscarle: ellos están en Macedonia y él en Tracia. A pesar de la palabra que habia dado de no tocar á los Estados del rey Cersoblepto, ha tomado una parte de ellos, y se está disponiendo para tomar la otra, con lo que aumentará considerablemente sus fuerzas y su renta; porque ademas de que el pais es rico y bien poblado, los derechos que el rey de Tracia saca anualmente de sus puertos, suben á doscientos talentos**. Bien pudiéramos haber evitado esta conquista, porque nuestros diputados podian pasar al Helesponto en menos de diez dias, y acaso en menos de tres ó cuatro, en cuya inmediacion, hubieran hallado á Filipo, y le hubieran presentado la alternativa de sujetarse á las condiciones de la paz, ó no admitirlas. En el primer caso quedaba obligado á respetar las posesiones de nuestros aliados, y por consiguiente las del rey de Tracia; en el segundo, junto nuestro ejército al de los Focenses, le cerraba el paso de las Termópilas; nuestras armadas, dueñas del mar, impedian á las suyas hacer un desembarco en la Atica; y cerrándole nuestros puertos, hubiera respetado nuestras pretensiones, y nues-

* El 15 de mayo del año 546 antes de J. C.

** Un millon y ochenta mil libras: (mas de 4 millones de rs. vn.)

tros derechos, á trueque de no ver arruinado su comercio.

Este era el plan de Demóstenes, quien queria ir por mar; pero Esquines, Filócrates y la mayor parte de los diputados, prefirieron ir por tierra; y haciendo jornadas muy cortas, han tardado veinte y tres dias en llegar á Pela, capital de la Macedonia. Aun entonces hubieran podido pasar sin dilacion al campo de Filipo, ó á lo menos ir de una parte á otra á recibir el juramento de sus aliados, en lugar de tomar la determinacion de aguardar tranquilamente en dicha ciudad, á que Filipo acabase su expedicion.

A su regreso comprenderá las nuevas adquisiciones en las posesiones de que hemos salido garantes; y si le hacemos cargo de haber faltado al tratado, usurpando los Estados de Cersoblepto, responderá que cuando hizo la conquista, no habia visto todavía á nuestros embajadores, ni ratificado el tratado que podia limitar el curso de sus expediciones.

Ademas, habiendo implorado los Tebanos su ayuda contra los Focenses, no contento con enviarles tropas, se ha valido de esta ocasion para reunir en su capital los diputados de las principales ciudades de la Grecia. El pretexto de esta especie de dieta, es poner fin á la guerra entre Focenses y Tebanos: pero el objeto de

Filipo, es tener á la Grecia en inaccion, hasta haber realizado los proyectos que medita.

*El 13 de esciroforion**. Al fin han llegado nuestros diputados, los que darán cuenta de su comision al senado, pasado mañana y á la asamblea del pueblo al dia siguiente

*El 15 de esciroforion***. Si se da crédito á Demóstenes, no hay cosa mas criminal que la conducta de nuestros diputados, á quienes acusa de haberse vendido á Filipo, y de haber hecho traicion á la república, y á sus aliados. Demóstenes estuvo instándoles á ir prontamente á estar con el principe, y ellos se obstinaron en aguardarle en Pela veinte y siete dias, de manera que no le han visto sino cincuenta dias despues de su salida de Atenas.

Filipo ha hallado á los diputados de las principales ciudades de la Grecia, reunidos en su capital, inquietos con la noticia de sus nuevas victorias, y mas todavía con el designio que tiene de acercarse inmediatamente á las Termópilas. Todos ignoraban sus fines, y querian adivinarlos. Los cortesanos del principe decian á algunos de nuestros diputados que se restablecerian las ciudades de la Beocia, de lo que se debía inferir que la de Tebas estaba amenazada. Los embaja-

* El 9 de junio del año 546 antes de J. C.

** El 11 de junio del mismo año.

dores de Lacedemonia acreditaban este rumor, y juntándose á los nuestros, instaban á Filipo á que lo realizase. Los de Tesalia decian que esta expedicion no tenia otro objeto que ellos.

Mientras todos ellos andaban agitados con temores y esperanzas. Filipo empleaba para ganarlos, ya las dádivas, que parecian no ser mas que muestras de estimacion, ya las caricias, que se hubieran tomado por desahogos de la amistad; y hay sospechas de que Esquines y Filócrates, no hayan resistido á estos dos géneros de seduccion.

El dia de la audiencia pública les hizo esperar, porque estaba todavía en cama. Los embajadores estaban descontentos de ello, por lo que les dijo Parmenion: « no extrañeis que Filipo « duerma cuando vosotros velais, pues él velaba « cuando vosotros dormiais. » Al fin, se dejó ver, y cada uno expuso sucesivamente el objeto de su venida. Esquines se extendió sobre la determinacion que habia tomado el rey, de poner fin á la guerra de los Focenses, y le exhortó á que cuando estuviere en Delfos, restituyese la libertad á las ciudades de la Beocia, y restableciese las que los Tebanos habian destruido; que no entregase á estos indistintamente los infelices habitantes de la Fócide, sino sujetar los que habian profanado el templo y tesoro de Apolo á la decision de los pueblos anfictionicos, que eran

los que siempre habian tenido á su cargo el proceder contra este género de delitos.

Filipo no se explicó claramente sobre estas peticiones. Despidió á los otros diputados, y partió con los nuestros para la Tesalia, donde en un meson de la ciudad de Feres firmó el tratado y juró guardarlo; pero se negó á incluir á los Focenses por no quebrantar el juramento que habia hecho á los Tesalos y Tebanos, bien que dió promesas, y una carta. Nuestros diputados se despidieron de él, y las tropas del rey siguieron adelante, camino de las Termópilas.

El senado se ha congregado esta mañana. La sala está llena de gente. Demóstenes ha procurado probar que sus compañeros han obrado contra las instrucciones que llevaban; que están de acuerdo con Filipo, y que nuestro único recurso estriba en volar al socorro de los Focenses, y tomar el paso de las Termópilas.

La carta del rey no servia para aquietar los ánimos. «He prestado, dice, el juramento en «manos de vuestros diputados. En él vereis «puestos los nombres de aquellos aliados míos «que estaban presentes. Os enviaré el juramento «de los demas, conforme se vaya verificando.» Y mas abajo: «vuestros diputados hubieran ido «en persona á tomarle, pero los he detenido «cerca de mí, por necesitar de ellos para re- «conciliar á los de Hale con los de Farsalia.»

La carta no dice nada de los Focenses, ni de las esperanzas que se nos habian dado de su parte, y él mismo las indicó cuando ajustamos la paz. Entonces nos decia, que si conveniamos en la liga con él, se explicaria mas claramente acerca de los servicios que podria hacernos; pero en su última carta dice friamente que no sabe en qué puede servirnos. El senado se ha indignado, y ha dado un decreto conforme al parecer de Demóstenes, sin conceder elogios á los diputados, ni convidarlos á comer en el Prítaneo; severidad que jamas ha usado con los embajadores, y que sin duda impresionará al pueblo contra Esquines y sus allegados.

CARTA DE CALIMEDON.

El 16 de esciroforion *. Vedme aquí en casa del grave Apolodoro. Venia á verle; él iba á escribirnos: le quito la pluma de la mano, y continuo su diario.

Ahora conozco á mi Demóstenes como si le hubiera parido. ¿Quereis un ingenio varonil y sublime? Hacedle subir á la tribuna. ¿Quereis

* El 12 de junio del año 346 antes de J. C.

un hombre pesado, desmañado y de mal modo? No teneis mas que trasladarle á la corte de Macedonia. Dióse prisa á hablar el primero cuando nuestros diputados volvieron á estar con Filipo: lo primero invectivas contra sus compañeros; despues una larga retahila de los servicios que habia hecho á este príncipe; la lectura fastidiosa de los decretos que habia propuesto para acelerar la paz; la atencion que habia usado en hospedar en su casa á los embajadores de Macedonia, en proporcionarles buenos cojines en los espectáculos, en buscarles tres tiros de machos cuando salieron, en acompañarlos á caballo, y todo esto á despecho de los envidiosos, á cara descubierta, y con el único fin de agradar al monarca. Sus compañeros se tapaban la cara para ocultar su vergüenza; pero él proseguia adelante: «yo no he hablado de vuestra hermosura, porque este es el mérito de una muger; ni de vuestra memoria, pues esta es la prenda de un retórico; ni de vuestra habilidad para beber, pues esta es propiedad de una esponja.» Por último, tanto ha dicho, que todos se echaron á reir.

Tengo que contaros otra escena. Vengo de la junta general, que todos esperaban que seria turbulenta y curiosa. Nuestros diputados están discordes en cuanto á la respuesta que ha dado Filipo, y cabalmente este era el objeto princi-

pal de la embajada. Esquines ha hablado de las innumerables ventajas que el rey quiere concedernos, especificando algunas de ellas; y en cuanto á las demas, se ha explicado como fino político con medias palabras, como un hombre que goza de la confianza del príncipe, y es el único depositario de sus secretos. Despues de haber dado una alta idea de su capacidad, se bajó con gravedad de la tribuna. Ocupó su lugar Demóstenes; y negó cuanto el otro habia dicho. Esquines y Filócrates se habian puesto inmediatos á él, uno á la derecha y otro á la izquierda; y le interrumpian á cada frase con voces ó con chistes. La muchedumbre hacia lo mismo. «Ya que temeis, añadió él, que yo desvanezca vuestras esperanzas, protesto contra esas vanas promesas, y me retiro. No tan pronto, dijo Esquines, esperad un instante; á lo menos afirmad que no os atribuireis en lo sucesivo el fruto que se debe á vuestros compañeros. No, no, respondió Demóstenes con una sonrisa falsa, no os haré jamas esa injusticia.» Tomando entonces Filócrates la palabra, empezó así: «Atenienses, no os cause admiracion que Demóstenes y yo no seamos del mismo parecer, pues él no bebe mas que agua, y yo no bebo sino vino.» Estas palabras excitaron gran risa; y Filócrates quedó dueño del campo de batalla.

Apolodoro os dirá el desenlace de esta farsa; porque nuestra tribuna no es mas que un teatro de comedia, y nuestros oradores unos histriones que se desentonan en sus discursos ó en su conducta. Se dice que en esta ocasion se han excedido algunos en el uso de este privilegio. Yo no lo sé: lo que veo claramente es que Filipo se burla de ellos: que ellos se burlan del pueblo; y que lo mejor es burlarse del pueblo, y de los que le gobiernan.

CARTA DE APOLODORO.

Voy á añadir lo que falta á la relacion de este loco de Calimedon.

El pueblo andaba alborotado con la llegada de Filipo á las Termópilas. Si este principe va á unirse con los Tebanos, nuestros enemigos, y á destruir á los Focenses, nuestros aliados, ¿cuál sería la esperanza de la república? Esquines ha salido responsable de las disposiciones favorables del rey, y de la salud de la Fócide. Dentro de dos ó tres dias, sin salir de nuestra casa, y sin necesidad de recurrir á las armas, sabremos que Tebas está sitiada: que la Beocia está libre; y que se trabaja en restablecer á Platea y Tespis, arruinadas por los Tebanos. El sacrilegio

cometido contra el templo de Apolo, será juzgado por el tribunal de los anficiones; y el crimen de algunos particulares, no recaerá ya sobre toda la nacion de los Focenses. Cedemos á Anfipolis, pero tendremos una indemnizacion, que nos consolará de este sacrificio.

Dicho esto, el pueblo embriagado de esperanza y alegría, no quiso oír á Demóstenes, y Filócrates propuso un decreto que ha sido admitido sin contradiccion. Contiene elogios de Filipo, una alianza estrecha con su posteridad, y otros muchos articulos, de los cuales el mas importante es este: «si los Focenses no entregan el templo de Delfos á los anficiones, los Atenienses harán marchar sus tropas contra ellos.»

Tomada esta resolucion, se han nombrado nuevos diputados, que irán á verse con Filipo, y cuidarán del cumplimiento de sus promesas. Demóstenes se ha excusado: Esquines ha dicho que está enfermo, y se han nombrado otros sin demora. Estevan, Dercilo y los demas, van á partir al instante. Dentro de pocos dias sabremos si la tempestad ha descargado sobre nuestros amigos ó sobre nuestros enemigos, sobre los Focenses, ó los Tebanos.

El 27 de esciroforion *. Se acabó la Fócide y

* El 25 de junio del año 546 antes de J. C.

sus habitantes. Hoy estaba congregada la junta general en Pireo para tratar de nuestros arsenales, cuando de improvviso se presentó Dercilo, uno de nuestros diputados, el cual tuvo noticia en Calcis en la Eubea, que pocos días antes se habian entregado los Focenses á Filipo, quien va á entregarlos á los Tebanos. No puedo pintaros el dolor, la consternacion y el terror que se han apoderado de todos los ánimos.

El 28 de esciroforion *. Estamos en una agitación que la hace insufrible el conocimiento que tenemos de nuestra debilidad. Los generales, con consentimiento del senado, han convocado una junta extraordinaria, la que ha mandado trasladar cuanto antes las mugeres, niños, muebles y efectos del campo, los que están á menos de ciento y veinte estadios de distancia ** á la ciudad y á Pireo, y los que distan mas á Eleusis, Filé, Afidné, Ramno y Sunio; reparar las murallas de Atenas, y de otras plazas, y ofrecer sacrificios á Hércules como acostumbramos en las calamidades públicas.

El 30 de esciroforion ***. Voy á participaros algunas noticias acerca de las desgracias de los Focenses. Cuando Esquines y Filócrates nos esta-

* El 24 de junio del año 546 antes de J. C.

** Cerca de 4 leguas y media: (cerca de 4 leguas de España).

*** El 26 de junio del año 546 antes de J. C.

ban haciendo tan magnificas promesas de parte de Filipo, habia este pasado ya las Termópilas. Los Focenses, inciertos de las miras de Filipo, y vacilantes entre el temor y la esperanza, no creyeron que debian apoderarse de aquel puesto importante; y solo ocupaban las plazas que están á la entrada del estrecho: el rey hacia diligencias para tratar con ellos, y ellos desconfiaban de sus intenciones, y querian saber las nuestras. En estó supieron por los diputados que nos habian enviado últimamente, lo ocurrido en nuestra junta del 16 de este mes *, y persuadiéndose á que Filipo, de acuerdo con nosotros, solo se dirigia contra los Tebanos, creyeron que no debian defenderse. Faleco, su general, le entregó á Nicea y los fuertes, que están á las inmediaciones de las Termópilas, y obtuvo el permiso de retirarse á la Fócide con los ocho mil hombres que estaban á sus órdenes. Sabedores de ello los Lacedemonios que venian capitaneados por Arquidamo á socorrer á los Focenses, volvieron á tomar tranquilamente el camino del Peloponeso; y Filipo, sin el menor obstáculo, sin trabajo, sin perder ni un hombre, tiene en sus manos el destino de un pueblo que hace diez años estaba resistiendo á las embestidas de los Tebanos y de los Tesalos ansiosos de su ruina.

* El 12 de junio del año 546 antes de J. C.

Sin duda está ya resuelta; porque Filipo la debe y la ha prometido á sus aliados, y creará débese-la á si mismo. Así pues procederá contra los Focenses como sacrilegos; y si comete algunas crueldades, se lo reprobarán en todas partes unos cuantos hombres de juicio; pero la muchedumbre le adorará en todas partes.

¿Cómo nos ha engañado! ó por mejor decir, ¿cómo hemos querido ser engañados! ¿Cuando hacia esperar tanto tiempo en Pela á nuestros diputados, no estaba claro que queria acabar pacificamente su expedición de Tracia? ¿Cuando los detenía cerca de sí, habiendo despedido á los demas, no se veía claramente que su intención era concluir sus preparativos y suspender los nuestros? ¿Cuando los despidió con palabras que lo prometían todo, y una carta que no prometía nada, no estaba demostrado que no habia contraído ninguna obligación con nosotros?

Se me olvidó deciros que en esta carta nos proponía que enviásemos nuestras tropas, para terminar la guerra de los Focenses de concierto con él; pero bien sabia que no podia llegar la carta, sino cuando ya fuese dueño de la Fócide. Al presente no tenemos otro recurso que la indulgencia ó la conmiseracion de este príncipe. ¡La conmiseracion! ¡O manes de Temístocles y de Aristides!... Aliándonos con él, ajustando

repentinamente la paz en el tiempo en que convidábamos á los demas pueblos á tomar las armas, hemos perdido nuestras posesiones y nuestros aliados. ¿A quién nos dirigiremos ahora? Toda la Grecia setentrional está en la devoción de Filipo. En el Peloponeso, la Elide, la Arcadia, y la Argólide, llenas de sus parciales, no querrán, como tampoco los demas pueblos de estos países, perdonarnos nuestra alianza con los Lacedemonios. Estos últimos, á pesar del ardor vivísimo de Arquidamo, prefieren la paz á la guerra. Por nuestra parte, cuando echo una mirada sobre el estado de la marina, del ejército y de las rentas, no veo mas que las reliquias de una potencia, que en otro tiempo era tan formidable.

Se ha levantado un clamor general contra nuestros diputados: cierto son bien culpables si nos han vendido; y bien desgraciados si son inocentes. Yo pregunté á Esquines, que por qué se habian detenido en Macedonia, y me respondió: no tenemos orden de ir mas allá.—¿Por qué nos lisonjeasteis con tan bellas esperanzas?—Yo referí lo que me dijeron y lo que ví, como me lo dijeron y como lo ví. Este orador, luego que ha sabido los progresos de Filipo, ha partido repentinamente para incorporarse á la tercera diputacion que enviamos á este príncipe, á lo que se habia negado algunos dias antes.

ARCONTADO DE ARQUIAS.

Año 5º de la olimpiada 108.

(Desde el 27 de junio del año 546, hasta el 15 de julio del año 545 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

El 7 de metageitnion. * Todavía nos es permitido ser libres. Filipo no volverá contra nosotros sus armas; pues los asuntos de la Fócide le han ocupado hasta ahora, y pronto le llamarán otros intereses á la Macedonia.

En llegando á Delfos, congregó á los anfictiones, con el fin de imponer un castigo ejemplar á los que se habian apoderado del templo y del tesoro sagrado. La forma era legal; y nosotros la habiamos indicado en nuestro decreto del 16 de esciroforion. ** Sin embargo, como los Tebanos y los Tesalos por el mayor número de votos, hacian lo que querian en este tribunal, debian influir necesariamente en la sentencia el odio y

* El 1º de agosto del año 546 antes de J. C.

** El 12 de junio del mismo año.

la crueldad. Los autores principales del sacrilegio, quedan condenados á la execracion pública, siendo permitido perseguirlos donde quiera. La nacion, como cómplice de este crimen, pues que tomó la defensa de ellos, pierde los dos votos que tenia en la asamblea de los anfictiones, y este privilegio se devuelve para siempre á los reyes de Macedonia. A excepcion de tres ciudades, en donde solamente serán demolidas las fortificaciones, todas las demas serán arrasadas y reducidas á aldeas de cincuenta casillas, y situadas á cierta distancia unas de otras. Los habitantes de la Fócide, privados del derecho de ofrecer sacrificios en el templo, y de asistir á las ceremonias sagradas, cultivarán sus tierras, pondrán cada año en el tesoro sagrado sesenta talentos, * hasta la restitucion total de las sumas que cogieron: entregarán sus armas y caballos, y no podrán tener ni uno ni otro hasta quedar indemnizado el tesoro. Filipo, de acuerdo con los Beocios y Tesalos, presidirá á los juegos piticos en lugar de los Corintios, acusados de haber favorecido á los Focenses. Los demas artículos se reducen á restablecer la union entre los pueblos de la Grecia, y la magestad del culto en el templo de Apolo.

* Trescientas veinte y cuatro mil libras: (mas de 1,207,058 rs VII.)

El parecer de los de Eta, en Tesalia, fué cruel, porque era conforme á las leyes que hay contra los sacrilegos; y así es, que propusieron que se exterminase el linage impío de los Focenses, precipitando á sus hijos de lo alto de una roca. Esquines salió á la defensa con gran denuedo, y salvó la esperanza de tantas familias desgraciadas.

Filipo ha llevado á efecto el decreto, segun unos, con un rigor bárbaro, y segun otros, con mas moderacion que la que han manifestado los Tebanos y los Tesalos. Veinte y dos ciudades circundadas de muros, eran el ornamento de la Fócide; y la mayor parte de ellas no presentan mas que montones de cenizas y escombros. En los campos no se ven mas que viejos, mugeres, niños y hombres enfermos, que con mano debil y trémula apenas arrancan de la tierra algunos alimentos groseros. Sus hijos, esposos y padres, se han visto precisados á abandonarlos. Unos, vendidos en pública subasta, gimen entre cadenas: otros proscritos y fugitivos, no hallan asilo en la Grecia. Nosotros hemos recibido á algunos, y ya nos hacen de ello un crimen los Tesalos. Aun dado que otras circunstancias mas felices los volviesen á su patria, ¿cuánto tiempo no necesitarian para restituir al templo de Delfos, el oro y plata que han quitado los generales en diez años de guerra? Se dice que asciende

el valor de ello á mas de diez mil talentos*. Concluida la junta, Filippo ofreció sacrificios en accion de gracias; y en un banquete suntuoso, de doscientos convidados, incluidos los diputados de la Grecia, y en particular los nuestros, no se oyeron mas que himnos en honor de los dioses, y cantos de victoria en honor del principe.

*El 1º de pianepsion**.* Antes de volver Filippo á sus Estados, ha cumplido lo tratado con los Tebanos y Tesalos, dando á los primeros á Orcomena, Coronea, y otras ciudades de la Beocia, que ellos han desmantelado; y á los segundos á Nicea, y las plazas que están á la salida de las Termópilas, que los Focenses habian quitado á los Locrienses. De esta manera quedan los Tesalos dueños del estrecho; pero es tan facil enganarlos, que nada aventura Filippo en confiarles su custodia. Por lo que hace á él, ha sacado de esta expedicion el fruto que esperaba: la libertad de pasar las Termópilas cuando quiera; el honor de haber terminado una guerra de religion, el derecho de presidir en los juegos piticos, y lo que es mas importante todavia, el de asiento y voto en la junta de los anfictiones.

* Mas de cincuenta y cuatro millones: (mas de 204 millones de rs. vn.)

** El 25 de octubre del año 346 antes de J. C.

Como esta última prerrogativa puede darle muchísima preponderancia sobre los asuntos de la Grecia, es celosísimo de su conservación. Hasta ahora solamente se la han dado los Tebanos y los Tesalos; y para legitimarla es necesario el consentimiento de los demas pueblos de la liga. Hace poco que vinieron sus embajadores, y los de los Tesalos, á solicitar el nuestro; pero no lo hemos dado, aunque Demóstenes fué de parecer que lo diésemos; por temor de que una negativa irritase á las naciones anfictiónicas, é hiciese de la Atica otra Fócide.

Tan descontentos estamos con la última paz, que nos hemos alegrado de dar á Filipo este disgusto. Si se pica por nuestra oposicion, nosotros debemos estarlo por sus procedimientos. En efecto, nosotros habiamos cedido en todo, y él no ha desistido mas que en el artículo de las ciudades de la Tracia que nos pertenecian. Por una parte y otra vamos á quedar con desconfianza; y de aquí resultarán infracciones y reconciliaciones, que vendrán á parar en un rompimiento funesto.

Sin duda os admirareis de nuestra audacia. El pueblo no teme á Filipo desde que se ha alejado: demasiado le hemos temido, cuando estaba en los países inmediatos. El modo de manejar y terminar la guerra de los Focenses, el desinterés en la reparticion de los despojos; y en fin, su

modo de portarse mejor examinado, nos deben inspirar tanta seguridad por ahora, como temor para lo sucesivo, y tal vez para un día que no está muy lejos; porque los demas conquistadores se dan prisa á tomar un país, sin parar la atencion en los que le habitan; y así no tienen en sus nuevos súbditos, mas que esclavos prontos siempre á rebelarse; pero Filipo quiere conquistar á los Griegos primero que á la Grecia: quiere atraernos, ganar nuestra confianza, acostumbrarnos á las cadenas, acaso obligarnos á pedírselas, y valiéndose de medios lentos y suaves, hacerse nuestro árbitro, nuestro defensor y nuestro dueño.

Concluiré refiriendo dos pasages que me han contado de él. Estando en Delfos, tuvo noticia de que un aqueo, llamado Arcadion, hombre de ingenio pronto y agudo, le aborrecia, y afectaba huir de su presencia, al cual encontrándole por casualidad, le dijo con agrado: « ¿hasta cuando huireis de mí? » A lo que respondió Arcadion: « hasta llegar á un parage donde no hayan oido vuestro nombre. » El rey se echó á reir, y con halagos le obligó á que fuese á comer con él.

Este príncipe es tan grande, que yo esperaba de él alguna debilidad. No ha salido vana mi esperanza; pues ahora ha prohibido en sus Estados el uso de los carros. ¿Sabeis por qué? Por haber

vaticinado un adivino que le mataria un carro*.

ARCONTADO DE EUBULO.

Año 4º de la olimpiada 108.

Desde el 15 de julio del año 545, hasta el 4 de julio de 544 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

Hace algunos dias que llegó aquí aquel Timónides de Leucada, á quien conocisteis en la academia. Ya sabeis que acompañó á Dion cuando fué á Sicilia hace trece años, y que combatió siempre á su lado. La historia que está escribiendo, contendrá lo acaecido en esta expedicion famosa.

Es deplorable la situacion en que ha dejado esta isla, en otro tiempo tan floreciente. No parece sino que la fortuna ha elegido este teatro

* Los autores de esta anécdota, añaden, que habian grabado un carro en el mango del puñal con que fué asesinado este príncipe.

para mostrar, en un corto número de años, todas las vicisitudes de las cosas humanas. Primero puso en ella dos tiranos que la oprimieron por medio siglo; despues levantó contra el último de estos principes á Dion su tio; contra Dion, á Calipo su amigo; contra este infame asesino, á Hiparino, al que hizo morir violentamente dos años despues; y tras este una sucesion rápida de déspotas menos poderosos, pero tan crueles como los primeros.

Estas diferentes erupciones de la tiranía, precedidas, acompañadas, y seguidas de terribles conmociones, se distinguen todas como las del Etna, por sus vestigios espantosos. A cada instante se renuevan las mismas escenas en las principales ciudades de Sicilia. La mayor parte de ellas han roto los lazos que las unian á la capital, en lo cual consistia la fuerza de ellas, y se han entregado á unos caudillos, que las han esclavizado, prometiéndoles la libertad. Hipon se ha hecho dueño de Mesina; Mamerco, de Catania; Icetas, de Leonte; Niseo, de Siracusa; Lepitines, de Apolonia; otras ciudades gimen bajo el yugo de Nicódemes, de Apoloniades, etc. Estas revoluciones se han hecho á costa de torrentes de sangre, de odios implacables y crímenes atroces.

Los Cartagineses, que ocupan muchas plazas en Sicilia, extienden sus conquistas, y hacen

cada día nuevas correrías en el territorio de las ciudades griegas, padeciendo sus habitantes, sin interrupcion, los horrores de la guerra extranjería, y de la guerra civil: expuestos sin cesar á las embestidas de los bárbaros, á las usurpaciones de los tiranos de Siracusa, á los atentados de sus tiranos particulares, y al furor de los partidos, llegado ya al punto de armar á los hombres de bien unos contra otros.

Todas estas calamidades han hecho de la Sicilia un yermo profundo, y un vasto sepulcro. Las aldeas y lugares han desaparecido. Los campos incultos, las ciudades medio destruidas y desiertas, están yertas de horror al considerar el aspecto amenazador de las ciudadelas, donde se encierran sus tiranos, rodeados de los ministros de la muerte.

Ya lo veis, Anacarsis: no hay cosa mas funesta para una nación, donde se han estragado las costumbres, que la empresa de romper sus cadenas. Los Griegos de Sicilia eran demasiado corrompidos para conservar su libertad, y muy vanos para sufrir la esclavitud. Su desunion y sus guerras dimanaban de la alianza monstruosa que han intentado del amor de la independencía, con la afición desmesurada de los placeres; y lo que han conseguido, á puro padecer, es ser los mas desventurados entre los hombres, y los mas viles entre los esclavos.

Acaba de irse de aquí Timónides, quien ha recibido cartas de Siracusa, en que le dicen, que Dionisio ha vuelto otra vez al trono, por haber echado de él á Niseo, hijo del mismo padre que él, pero de otra madre. Este Niseo reinaba hace algunos años, y perpetuaba con escándalo la tiranía de sus predecesores, hasta que al fin por la alevosia de los suyos, fué puesto en un calabozo, y sentenciado á muerte, gastando los últimos dias de su vida en embriagarse continuamente; y así ha muerto como su hermano Hiparino, que reinó antes de él; y como vivió otro hermano suyo, llamado Apolócrates.

Dionisio tiene grandes venganzas que tomar de sus súbditos; pues ellos le despojaron del poder supremo, y ha tenido que andar muchos años por la Italia, con el peso de la ignominia y del desprecio. Todos están temiendo la altivez impetuosa de su caracter, y un ánimo agriado con los infortunios. Tenemos pues una nueva intriga para la gran tragedia que la fortuna representa en Sicilia.

DEL MISMO.

Acabamos de recibir noticias de Sicilia. Dionisio se creía dichoso sobre el trono, manchado con la sangre de su familia, en el momento fa-

tal en que le aguardaba su destino. Su esposa, sus hijas, y el menor de sus hijos, han perecido todos juntos con muerte lenta y dolorosa. Cuando Dionisio salió de Italia para Sicilia, los dejó en la capital de los Locrios Epicefrios, quienes aprovechándose de su ausencia, los sitiaron en la ciudadela; y habiéndola tomado, las desnudaron, y expusieron á la brutalidad de los deseos de un populacho desenfrenado, cuyo furor no se sació con este exceso de indignidad, sino que las hizo espirar, metiéndoles agujas por debajo de las uñas; tras esto quebrantaron los huesos en un mortero, y los restos de sus cuerpos, hechos pedazos, los arrojaron á las llamas ó al mar, habiendo antes obligado á cada ciudadano á probarlos.

Acusaban á Dionisio, de haber de concierto con los médicos, acertado con veneno la vida de su padre, como tambien de haber hecho morir á algunos de sus hermanos y parientes, que hacian sombra á su autoridad; y al fin ha venido á ser el verdugo de su esposa y de sus hijos; pues cuando los pueblos cometen semejantes barbaries, es menester ir mas arriba para hallar el reo. Examinad la conducta de los Locrios Epicefrios, y los vereis primero viviendo tranquilamente, gobernados por unas leyes que conservaban el orden y la decencia en su ciudad. En esto, fué Dionisio echado de Siracusa, les pidió un asilo,

y ellos le recibieron con la consideracion que creyeron debida, ya por tener un tratado de alianza con él, ya por haber recibido el ser entre ellos. Sus padres, permitiendo contra las leyes de una sábia política, que una familia particular diese una reina á la Sicilia, no previeron que la Sicilia les daria un tirano. Dionisio con la ayuda de sus parientes y de sus tropas, se apodera de la ciudadela, secuestra los bienes de los ciudadanos ricos, asesina casi todos por orden suya, expone sus mugeres y sus hijas á la mas infame prostitucion, y en un corto número de años destruye para siempre las leyes, las costumbres, el reposo y la felicidad de una nacion, que han hecho feroz tantos ultrajes.

La horrenda desgracia que acaba de padecer, ha difundido el terror por todo el imperio. No hay que dudarle, Dionisio va á dejar atras las crueldades de su padre, y á realizar una prediccion que un siciliano me refirió dias pasados.

Mientras todos los súbditos de Dionisio el viejo le maldecian, oyó decir, no sin maravillarse, que una muger muy anciana pedia todas las mañanas á los dioses, que le quitase la vida antes que á este principe. Envióla á llamar, y le manifestó su deseo de saber la razon de tan tierno interes. «Yo os lo diré, respondió ella. «En mi infancia, ya hace mucho tiempo, oia á « todos quejarse del que nos gobernaba, y yo

« deseaba su muerte como todos : al fin le asesinaron , y vino otro , que habiéndose apoderado de la ciudadela , nos hizo desear al primero. Suplicábamos á los dioses que nos librara de él , y nos oyeron. Vinisteis vos , y nos habeis hecho mas mal que los otros dos ; y como pienso que el cuarto ha de ser mas cruel todavía que vos , pido todos los días al cielo que os conserve. » Admirado Dionisio con la ingenuidad de esta muger , la trató muy bien ; esto es , no mandó quitarle la vida.

ARCONTADO DE LICISCO.

Año 1º de la olimpiada 109.

(Desde el 4 de julio del año 544 , hasta el 25 de julio de 545 antes de J. C.)

CARTA DE APOLODORO.

Los reyes de Macedonia aborrecian á los Ilirios , quienes los habian vencido muchas veces : Filipo no aborrece á ningun pueblo , porque no teme á ninguno , y solo quiere subyugarlos todos.

Segnid , si podeis , las operaciones rápidas de

su última campaña. Junta un poderoso ejército , cae sobre la Iliria , se apodera de muchas ciudades , coge un botin inmenso , vuelve á Macedonia , entra por Tesalia , adonde le llaman sus parciales , la libra de todos los pequeños tiranos que la oprimian , la divide en cuatro distritos grandes , pone á su frente los gefes que ella pide , y son adictos á él , une á sí con nuevos lazos los pueblos que la habitan , se hace confirmar los derechos que percibia en sus puertos , y vuelve pacíficamente á sus Estados. ¿ Qué resulta de esto ? Mientras los bárbaros arrastran rabiando las cadenas que les ha echado , los Griegos ciegos corren á buscar la esclavitud , mirándole como enemigo de la tiranía , como su amigo , bienhechor y salvador. Unos solicitan su alianza , y otros imploran su proteccion. Ahora mismo ha tomado á pechos la defensa de los Mesenios y Argivos ; les da soldados y dinero , y ha enviado á decir á los Lacedemonios , que como lleguen á acometerlos , entrará en el Peloponeso. Demóstenes ha ido á Mesenia y á la Argólida ; mas no ha logrado abrir los ojos á estas dos naciones , y que conozcan sus verdaderos intereses.

DEL MISMO.

Nos han llegado embajadores de Filipo , quien

se queja de las calumnias que andamos esparciendo contra él en punto á la última paz; añadiendo que no ha contraído obligacion ninguna, ni dado ninguna palabra, desafiándonos á probar lo contrario. Siendo esto así, nuestros diputados nos habrán engañado indignamente; y es preciso, ó que se justifiquen, ó que reciban el castigo. Esto es lo mismo que habia propuesto Demostenes.

No tardaron en recibirlo. El orador Hipérides, denunció ultimamente á Filócrates, y puso en claro sus pérfidas maniobras. Todos los ánimos estaban inflamados contra el acusado, y él se estaba muy quieto, esperando á que se pasase el furor de la muchedumbre. « Defendeos pues, » le dijo uno. — No es tiempo. — ¿Pues á qué esperais? — A que el pueblo haya condenado á algún otro orador. » Esto no obstante, convencido por último de que habia recibido ricos presentes de Filipo, se huyó para evadir el suplicio.

CARTA DE CALIMEDON.

Ya habeis oido decir que en tiempo de nuestros mayores, hace diez ó doce siglos, para descansar los dioses de su felicidad, bajaban algunas veces á la tierra á divertirse con las hijas de los mortales. Creereis que se habian cansado ya de este trato; pero os engañais.

No hace mucho tiempo que yo ví un atleta llamado Atalo, natural de Magnesia, ciudad situada á las márgenes del Meandro en Frigia, el cual venia de los juegos olímpicos, y no habia sacado del combate mas que heridas muy considerables. Yo manifesté mi admiración, porque me parecía de una fuerza invencible; pero su padre, que estaba con él, me dijo: no se debe atribuir su derrota, sino á su ingratitud; pues cuando se alistó, no declaró quien era su verdadero padre, el cual se ha vengado privándole de la victoria. — ¿Con que no es vuestro hijo? — No señor; si es Meandro quien le ha dado el ser. — ¿Con que es hijo de un rio? — Sin la menor duda: mi muger lo ha dicho, y toda Magnesia fué testigo de ello. Entre nosotros es uso antiquísimo, el que las solteras antes de casarse, se bañen en las aguas del Meandro, donde nunca dejan de ofrecer al dios sus primeros favores; y aunque por lo comun los desdeña, admitió los de mi muger: todos vimos desde lejos á la divinidad en figura de un gallardo mancebo, llevarla á unos espesos matorrales que estaban á la orilla. — ¿Y cómo sabeis que era el rio? — ¿Pues no habia de serlo, si traia la cabeza coronada de junco? — La razon me hace fuerza.

Yo conté á muchos amigos esta extraña conversacion; y ellos me citaron el músico Carion

de Epidamno, que pretende que uno de sus hijos lo es de Hércules. Esquines me refirió el hecho siguiente *. Estas son sus palabras :

Estaba yo en la Troade con el joven Cimon, y allí estudiaba la Iliada en los parages de la escena, mientras Cimon estudiaba otra cosa muy distinta. Iban entonces á casar cierto número de doncellas, y Caliroé, la mas hermosa de todas, fué á bañarse al Escamandro. Su aya se quedó á la orilla á cierta distancia, y apenas entró Caliroé en el rio, cuando dijo en alta voz : Escamandro, recibid el homenaje que os debemos. Yo lo recibo, respondió un mancebo, que salió de entre unos arbustos. Yo estaba con el pueblo á tal distancia, que no pudimos distinguir las facciones de su rostro, ademas de que traia la cabeza cubierta de junco. Por la tarde me reí con Cimon de la simplicidad de estas gentes.

Cuatro dias despues se presentaron las recién casadas con todos sus adornos, en una procesion que se hacia en honor de Venus. Cuando desfilaba, descubrió Caliroé á Cimon á mi lado, se arrojó de repente á sus pies, y exclamó con una alegría sencilla : ¡ aya mia, ved aquí el dios

* Este hecho no sucedió hasta pasados algunos años; pero como se trata de costumbres, he creído que se me perdonaría el anacronismo, y que bastaría advertirlo.

Escamandro, mi primer esposo! La aya empezó á dar gritos; y se descubrió la impostura. Cimon desapareció: yo me fui tras él, y en estando en casa, le traté de imprudente y de malvado; mas él se puso á reir á carcajadas, citándome el ejemplo del atleta Atalo, y del músico Carion. En suma, añadió, Homero ha puesto en tragedia al Escamandro, y yo le he hecho entrar en comedia, y aun todavía pienso ir mas adelante; pues quiero dar un hijo á Baco y otro á Apolo. Todo eso está muy bien, respondí yo; pero entre tanto nos van á quemar vivos, porque veo que el pueblo va llegando con tizones ardiendo. No tuvimos mas tiempo que el preciso, para huir por una puerta falsa, y embarcarnos á toda prisa.

Mi querido Anacarsis, cuando se dice que un siglo es ilustrado, se quiere decir que hay mas conocimientos en ciertas ciudades que en otras; y que en las primeras, la clase principal de ciudadanos sabe algo mas que en otro tiempo. La muchedumbre, sin exceptuar la de Atenas, se arraiga mas en las supersticiones, en proporcion de los esfuerzos que se hacen para arrancarla de ella. En las últimas fiestas de Eleusis, la joven y hermosísima Friné, despojada de su ropa, y tendidos los cabellos hermosos sobre las espaldas, entró en el mar, y se divirtió largo rato en medio de las ondas. Al salir, el gentío inmenso que

se habia juntado en la playa, decia: esa es Venus, que sale de las aguas. El pueblo la hubiera tenido por la diosa, si no fuese tan conocida, y aun así, si las gentes ilustradas hubieran querido ayudar á la ilusion.

No lo dudeis: los hombres tienen dos pasiones favoritas, que jamas destruirá la filosofia: la del error, y la de la esclavitud. Pero dejemos la filosofia, y volvamos á Friné. El espectáculo que nos dió, se aplaudió tanto, que no dejará de repetirse, y de ello sacarán provecho las artes; porque estaban en la playa el pintor Apeles, y el escultor Praxíteles; y ambos han resuelto representar el nacimiento de Venus por el modelo que tenían á la vista.

A vuestro regreso vereis á esta Friné, y confesareis que ninguna belleza de Asia ha ofrecido á vuestros ojos tantas gracias reunidas. Praxíteles, que tiene voto en punto á belleza, la ama ciegamente, y confiesa que nunca ha visto cosa tan perfecta. Ella queria tener la mas hermosa obra de este artista; él le dijo que se la daria de buena gana, con tal que la escogiese ella misma. ¿Pero cómo habia de elegir entre tantas obras maestras? Estando en estas dudas, llegó corriendo un esclavo, ganado secretamente, á decir á su amo, que se habia prendido fuego al obrador, donde la mayor parte de las estatuas se habian quemado, y lo mismo iba á suceder

con las demas. ¡Ay! perdido soy, exclamó Praxíteles, si no salvan el Amor y el Sático. Sosegaos, le dijo Friné riéndose; esta es una ficcion para obligaros á darme luces para mi eleccion. Así pues, escogió la estatua del Amor, con ánimo de enriquecer con ella la ciudad de Tespis, lugar de su nacimiento. Tambien se dice, que esta ciudad quiere levantarle una estatua en el recinto del templo de Delfos, y ponerla al lado de la de Filipo. En efecto, viene bien que una ramera esté al lado de un conquistador.

Perdono á Friné el que arruine á sus amantes, mas no el que los despida despues. Nuestras leyes, con su indulgencia, cerraban los ojos á sus frecuentes infidelidades y licenciosas costumbres; pero en vista de estar sospechada de que, como Alcibiades, habia profanado los misterios de Eleusis, fué delatada al tribunal de los helias-tas; ante el cual compareció, y segun iban entrando los jueces, regaba sus manos con lágrimas. Eutias, que era el acusador, pidia la pena capital. Habló por ella Hipérides, y este célebre orador, que la habia amado, y la amaba todavía, notando que no hacian impresion sus palabras, se abandonó repentinamente al sentimiento que le animaba: hizo acercar á Friné, rompió el velo que cubria su seno, y expone con energia, que seria una impiedad condenar á muerte á la sacerdotisa de Venus. Dominados los jueces de

un temor religioso, y mas deslumbrados todavía por los hechizos expuestos á sus ojos, declararon inocente á Friné.

De algun tiempo acá, la paga de las tropas extranjeras nos ha costado mas de mil talentos*. Hemos perdido setenta y cinco ciudades, que estaban en nuestra dependencia: pero acaso habremos adquirido otras tantas bellezas, mas amables unas que otras, las que aumentan el recreo de la sociedad, aunque tambien multiplican las extravagancias. Nuestros oradores, nuestros filósofos, y nuestros mas graves personajes se precian de galanteria. Nuestras petimetras aprenden las matemáticas. Gnatena no necesita este recurso para agradar. Difilo, que la ama mucho, dió últimamente una comedia, y el no haber agradado no puede atribuirse á partido. Yo llegué poco despues á casa de su amiga, adonde él vino lleno de pesar; y luego que entró, la suplicó que le lavase los pies**. No lo necesitais, dijo ella: todos os han traído en hombros.

Comiendo el mismo un dia con ella, le preguntó lo que hacia para tener el vino tan fresco; á lo que respondió: lo pongo á refrescar en un pozo donde he echado los prólogos de vuestras piezas.

* Mas de cinco millones y cuatrocientas mil libras: (mas de 20 millones de rs. vn.)

** Muchos atenienses andaban con los pies descalzos.

Antes de concluir, voy á contaros una sentencia que acaba de dar Filipo. Presentáronle dos malvados, ambos igualmente culpables, ambos que merecian la muerte; pero él no quiere verter sangre, y así desterró al uno de sus Estados, y condenó al otro á perseguir al primero, hasta que le trajese á Macedonia.

CARTA DE APOLODORO.

Acaba de enseñarme Isócrates una carta que escribe á Filipo. Un cortesano veterano no seria mas diestro en lisonjear á un principe. Discúlpase de atreverse á darle consejos; pero se ve en la precision de hacerlo, por pedirlo así el interes de Atenas y de la Grecia, tratándose de un objeto tan importante, cual es el cuidado que el rey de Macedonia debe tener de su conservacion. Todos os vituperan, dice, de que os precipitais en el peligro, con menos precaucion que un simple soldado. Admirable es morir por la patria, por los hijos, y por nuestros padres; pero no hay cosa mas reprehensible que exponer una vida, de que depende la suerte de un imperio, y marchitar con temeridad funesta la carrera brillante de tantas hazañas. Le cita el ejem-

plo de los reyes de Lacedemonia, que entran en batalla, rodeados de muchos guerreros que defienden su vida: el de Xerxes, rey de Persia, que á pesar de su derrota, salvó su reino, cuidando de salvarse; y el de otros muchos generales, que por no haber sabido guardarse, ocasionaron la perdicion de sus ejércitos.

Isócrates desearia que hubiese entre Filipo y los Atenienses una amistad sincera, y se dirgiesen sus fuerzas contra el imperio de los Persas. Hace de amo de la casa, conviene en que hemos errado; pero los dioses mismos no son irreprehensibles á nuestros ojos.

No paso adelante; y no me maravilla que un hombre de mas de noventa años, sea todavía tan rastrero, despues de haberlo sido toda su vida. Lo que me affige es, que piensen como él muchos atenienses; de lo que debeis inferir que nuestras ideas están muy mudadas desde vuestra partida.



CAPITULO LXII.

DE LA NATURALEZA DE LOS GOBIERNOS, SEGUN ARISTOTELES Y OTROS
FILOSOFOS.

Las últimas cartas que acabo de referir, nos las entregaron en Esmirna, cuando volviamos de Persia*. Allí supimos que Aristóteles, despues de haber estado tres años con Hermias, gobernador de Atarnea, se habia ido á vivir á Mitilene, capital de Lesbos. Hallándonos tan cerca de él, despues de tanto tiempo que no le veiamos, determinamos ir á sorprenderle; atención que le

* Al principio del año de 545 antes de J. C.

plo de los reyes de Lacedemonia, que entran en batalla, rodeados de muchos guerreros que defienden su vida: el de Xerxes, rey de Persia, que á pesar de su derrota, salvó su reino, cuidando de salvarse; y el de otros muchos generales, que por no haber sabido guardarse, ocasionaron la perdicion de sus ejércitos.

Isócrates desearia que hubiese entre Filipo y los Atenienses una amistad sincera, y se dirgiesen sus fuerzas contra el imperio de los Persas. Hace de amo de la casa, conviene en que hemos errado; pero los dioses mismos no son irreprehensibles á nuestros ojos.

No paso adelante; y no me maravilla que un hombre de mas de noventa años, sea todavía tan rastrero, despues de haberlo sido toda su vida. Lo que me affige es, que piensen como él muchos atenienses; de lo que debeis inferir que nuestras ideas están muy mudadas desde vuestra partida.



CAPITULO LXII.

DE LA NATURALEZA DE LOS GOBIERNOS, SEGUN ARISTOTELES Y OTROS
FILOSOFOS.

Las últimas cartas que acabo de referir, nos las entregaron en Esmirna, cuando volviamos de Persia*. Allí supimos que Aristóteles, despues de haber estado tres años con Hermias, gobernador de Atarnea, se habia ido á vivir á Mitilene, capital de Lesbos. Hallándonos tan cerca de él, despues de tanto tiempo que no le veiamos, determinamos ir á sorprenderle; atención que le

* Al principio del año de 545 antes de J. C.

llenó de gozo. Le encontramos disponiéndose para ir á Macedonia; porque al fin habia conseguido Filipo, que fuese á encargarse de la educacion de su hijo Alejandro. Yo sacrifico mil libertad; pero ved aquí mi disculpa: esto nos dijo, enseñándonos una carta del rey, concebida en estos términos: «tengo un hijo, y doy gracias á los dioses, no tanto por habérmele dado, como por haberlo hecho nacer en vuestro tiempo. Espero que vuestros cuidados y vuestros conocimientos, le harán digno de mí, y de este imperio.»

Pasábamos los dias enteros con Aristóteles, á quien hicimos relacion exacta de nuestro viage; y nos pareció que lo que mas llamó su atencion, fueron las circunstancias siguientes. Estando, le dije, en Fenicia, nos convidaron á comer con algunos señores persas en casa del sátrapa de la provincia, donde, segun costumbre, no se habló mas que del gran rey; y ya sabeis que se respeta menos su autoridad en los países lejanos de la capital. Refiriéronse muchos ejemplos de su orgullo y despotismo; á lo que añadió el sátrapa: es preciso confesar que los reyes se creen de otra especie que nosotros. Algunos dias despues, hallándonos con varios oficiales subalternos en esta provincia, refiriéron las injusticias que tenian que sufrir del sátrapa. Lo que yo infiero, dijo uno de ellos, es que un sátrapa se

cree de distinta naturaleza que nosotros. Pregunté á los esclavos, y todos se quejaban del rigor de su suerte, conviniendo en que sus señores se creian de una especie superior á la suya. Por nuestra parte reparamos con Platon, que la mayor parte de los hombres, alternativamente esclavos y tiranos, se irritan contra la injusticia, mas bien por el temor que inspira, que por el odio que merece.

Estando en Suza, en una conversacion que tuvimos con un persa, le dijimos que la condicion de los déspotas es tan desgraciada, que tienen bastante poder para hacer los mayores daños. En consecuencia nos lamentábamos de la esclavitud á que estaba reducido aquel país, poniéndola en paralelo con la libertad de que goza la Grecia, á lo que nos contestó sonriéndose: puesto que habeis andado una gran parte de nuestras provincias, decidme, ¿qué os parece de ellas? Que están muy florecientes, le respondí; una poblacion numerosa, mucho comercio, la agricultura honrada y protegida por el soberano, las fábricas en actividad, una tranquilidad profunda, y algunas vejaciones por parte de los gobernadores.

No os fieis pues, nos dijo, de las vanas declamaciones de vuestros escritores. Sé lo que es esa Grecia de que me hablais: he vivido en ella muchos años; he estudiado sus instituciones, y he

sido testigo de las turbulencias que la despedazan. Ciudadme, no diré una nacion entera, sino una sola ciudad, que no experimente á cada paso las crueldades del despotismo, ó las convulsiones de la anarquía. Vuestras leyes son excelentes, y no se observan mejor que las nuestras; porque tambien nosotros las tenemos muy sábias, y no tienen efecto, porque el imperio es muy rico y muy vasto. Cuando el soberano las respeta, no trocaríamos nuestra suerte por la vuestra; cuando las quebranta, el pueblo tiene á lo menos el consuelo de esperar que el rayo no herirá mas que á los principales ciudadanos, y que recaerá sobre el que le lanzó. En una palabra, nosotros somos desgraciados algunas veces, por el abuso del poder; vosotros lo sois casi siempre por el exceso de la libertad.

Estas reflexiones llevaron insensiblemente á Aristóteles á hablarnos de las varias formas de gobierno, en lo cual se habia ocupado desde nuestra partida. Habia empezado haciendo una recopilacion de todas las leyes é instituciones de casi todas las naciones griegas y bárbaras; las que nos enseñó puestas en orden, y acompañadas con notas, en otros tantos tratados particulares, hasta el número de mas de ciento y cincuenta; * lisonjeándose de que algun dia podria

* Laercio dice, que estos tratados eran ciento cincuenta y ocho

completar la coleccion. Allí se hallan la constitucion de Atenas, las de Laedemonia, de los Tesalos, de los Arcades, de Siracusa, de Marsella, y hasta la de la corta isla de Itaca.

Esta inmensa coleccion podria por sí sola afianzar la gloria del autor; pero él no la miraba mas que como un andamio para levantar un monumento mas precioso todavia. Los hechos estaban ya reunidos; pero presentaban diferencias y contradicciones palpables; y para sacar resultados útiles al género humano, era preciso hacer lo que no se habia hecho todavia; y es buscar la mente de las leyes, y seguirlas en sus efectos; examinar, á la luz de la experiencia de muchos siglos, las causas que conservan ó arruinan los Estados; proponer remedios para los defectos inherentes á la constitucion, y para los principios de alteracion que son extraños de ella; formar en fin para cada legislador un código luminoso, con cuyo auxilio pueda elegir el gobierno que mas convenga al caracter de la nacion, y á las circunstancias de los tiempos y lugares.

Esta insigne obra estaba casi acabada cuando nosotros llegamos á Mitilene, y se publicó algunos años despues. Aristóteles nos permitió leer

Amonio en la vida de Aristóteles dice, que eran doscientos cincuenta y cinco.

la, y hacer el extracto que pongo aquí *, el cual dividiré en dos partes.

PARTE PRIMERA.

De las diferentes especies de gobiernos.

Hay que distinguir, ante todo, dos suertes de gobiernos; unos en que se atiende en todo á la utilidad pública, y otros en que no se reputa por nada. En la primera clase pondremos la mo-

* Aristóteles siguió en esta obra casi el mismo método que en las que compuso sobre los animales. Despues de los principios generales, trata de las diferentes formas de gobiernos, de sus partes constitutivas, de sus variaciones, de las causas de su decadencia, de los medios que hay para conservarlos, etc., etc.; cuyos puntos examina, comparando sin cesar, las constituciones entre sí, para hacer ver las semejanzas y diferencias, y confirmando sus reflexiones con ejemplos. Si yo me hubiera ceñido á su plan, hubiera sido preciso extractar libro por libro, y capítulo por capítulo, una obra que no es de suyo mas que un extracto; pero como solo me propuse dar una idea de la doctrina del autor, he procurado, á fuerza de mucho mayor trabajo, reunir las nociones de un mismo género, esparcidas en esta obra, y relativas, unas á las diferentes formas de gobiernos, y otras á la mejor de estas formas. Otra razon he tenido para tomar este partido; y es, que el tratado de la república, tal cual nosotros lo tenemos, está dividido en muchos libros; y algunos sabios críticos pretenden que esta division no es del autor, y que los copiantes han invertido despues el orden de estos libros.

narquía templada, el gobierno aristocrático, y el republicano propiamente tal; así la constitucion puede ser excelente, sea que la autoridad se halle en manos de uno solo, ya en las de muchos, ó ya en las del pueblo.

La segunda clase comprende la tiranía, la oligarquía, y la democracia, que no son mas que una corrupcion de las tres primeras formas de gobierno; porque la monarquía templada degenera en tiranía ó despotismo, cuando el soberano, refiriéndolo todo á sí, no pone limites á su poder; la aristocracia en oligarquía, cuando la autoridad suprema deja de residir en un cierto número de personas virtuosas, y pasa á un corto número de hombres, únicamente distinguidos por sus riquezas; el gobierno republicano en democrático, cuando los mas pobres tienen demasiado influjo en las deliberaciones públicas.

Como el nombre de monarca significa tanto un rey como un tirano, y puede suceder, que la autoridad del uno sea tan absoluta como la del otro, los distinguiremos señalando dos diferencias principales *, una fundada en el uso que hacen de su poder, y la otra en las disposiciones

* Xenofonte pone entre un rey y un tirano la misma diferencia que Aristóteles. El primero, dice, es el que gobierna segun las leyes, y con el consentimiento de su pueblo; y el segundo es

que hallan en sus súbditos. En cuanto á la primera, ya hemos dicho, que el rey lo refiere todo á su pueblo, y el tirano á sí solo. En cuanto á la segunda decimos, que la mas absoluta autoridad se hace legitima, si los súbditos consienten en establecerla ó tolerarla.

Sentadas estas nociones preliminares, descubriremos, en la historia de los pueblos, cinco especies de monarquías.

La primera es la que se halla frecuentemente en los tiempos heroicos: el soberano tenia el derecho de mandar los ejércitos, de imponer la pena de muerte en tanto que los mandaba; de presidir á los sacrificios, de juzgar las causas de los particulares, y de transmitir su poder á sus hijos. La segunda se establecia cuando las disensiones interminables obligaban á una ciudad á poner su autoridad en las manos de un individuo, ó por toda su vida, ó por cierto número de años. La tercera es la de las naciones bárbaras de Asia; donde el soberano goza de un poder inmenso, bien que lo ha recibido de sus mayores, y no han reclamado los pueblos contra él. La cuarta es la de Lacedemonia; y esta parece la mas conforme á las leyes, que la han

aquel, cuyo gobierno arbitrario, y detestado por el pueblo, no se funda en las leyes. Véase tambien lo que sobre esto observan Platon, Aristipo y otros.

limitado al mando de los ejércitos, y á las funciones peculiares del culto divino. La quinta en fin, que yo llamaré potestad regia ó monarquía moderada, es aquella en que el soberano ejerce en sus Estados la misma autoridad que un padre de familia en lo interior de su casa.

Esta es la única de que trataré aquí. No hablaré de la primera, porque hace ya tiempo que está abolida casi en todas partes; ni de la segunda, porque no era mas que una comision temporal; ni de la tercera, porque no conviene mas que á los Asiáticos, mas acostumbrados á la servidumbre que los Griegos y Europeos; ni de la de Lacedemonia, porque ceñida á limites mas estrechos, no es mas que una parte de la constitucion, y no es por si misma un gobierno particular.

Ved aquí pues la idea que nos formamos de la verdadera monarquía. El soberano goza de la autoridad suprema, y atiende á todas las partes del gobierno, igualmente que á la tranquilidad del Estado.

A él le toca hacer guardar las leyes; y como por una parte no puede mantenerlas contra los que las quebrantan, si no tiene un cuerpo de tropas á sus órdenes, y por otra puede abusar de este medio, sentaremos por regla general, que debe tener la fuerza bastante para reprimir á los particulares, y no bastante para oprimir á la nacion.

Podrá estatuir sobre los casos que no han previsto las leyes. Se confiará á magistrados el cuidado de administrar justicia, y castigar á los reos. No pudiendo ni verlo ni arreglarlo todo por sí mismo, tendrá un consejo que le comunique sus luces, y le alivie en el pormenor de los negocios.

No se echarán impuestos sino con motivo de una guerra, ó de alguna otra necesidad del Estado. No insultará el rey la miseria de los pueblos, prodigando los bienes de ellos á extranjeros, histriones y cortesanas; siendo ademas necesario, que meditando sobre la naturaleza del poder con que está investido, se haga accesible á sus súbditos, y viva en medio de ellos, como un padre en medio de sus hijos: es necesario que atienda mas á los intereses de aquellos, que á los suyos propios; que el esplendor que le rodea inspire el respeto, y no el temor; que el honor sea el movíl de todas sus acciones, y el premio de ellas el amor del pueblo; que discierna y recompense el mérito, y que durante su imperio, mantenidos los ricos en la posesion de sus bienes, y protegidos los pobres contra las tentativas de los ricos, aprendan á estimarse á sí mismos, y á amar una de las mas bellas constituciones establecidas entre los hombres.

Sin embargo, como lo excelente de ella dimana únicamente de la moderacion del princi-

pe, es patente que la seguridad y libertad de los súbditos deben depender tambien de ella; y por eso es que los ciudadanos de las ciudades griegas, teniéndose todos por iguales, y pudiendo participar todos de la autoridad soberana, reparan mas en los inconvenientes que en las ventajas de un gobierno, que puede alternativamente hacer la felicidad ó infelicidad de un pueblo*.

No fundándose esta monarquía en otra cosa que en la confianza que inspira, se destruye cuando el soberano se hace odioso por su despotismo, ó despreciable por sus vicios.

Bajo de un tirano, todas las fuerzas de la nacion están vueltas contra ella misma. El gobierno hace una guerra continua á los súbditos; invadiéndolos en sus bienes, en su honor, en sus leyes; y solamente les deja el conocimiento profundo de su miseria.

En vez de proponerse como el rey, la gloria de su reino y el bien de su pueblo, el tirano no tiene otra mira, que cargar con todas las riquezas del Estado, y hacerlas servir á la torpeza de

* Casi nada dijo Aristóteles de las grandes monarquías que habia en su tiempo, como eran las de Persia y de Egipto; tampoco se explicó sobre el gobierno de Macedonia, aunque debia conocerle bien. Su objeto era únicamente la especie de monarquía que se habia introducido algunas veces en ciertas ciudades de la Grecia, la que era de otra naturaleza que las monarquías modernas.

sus deleites. Dionisio, rey de Siracusa, habia multiplicado tanto los impuestos, que en el espacio de cinco años habian entrado en su tesoro todos los bienes de los particulares. Como el tirano reina solamente por el temor que inspira, es preciso que su seguridad sea el único objeto de su atencion; y así, mientras la guardia de un rey se compone de ciudadanos interesados en el bien público, la de un tirano se compone de extranjeros, que son el instrumento de su furor ó de sus caprichos.

Una constitucion como esta, si es que merece este nombre, encierra todos los vicios de los gobiernos mas corrompidos; y así es que no puede sostenerse naturalmente sino por los medios mas violentos y vergonzosos; y de consiguiente debe incluir todas las causas posibles de destruccion.

La tirania se conserva cuando el principe atiende á aniquilar á los ciudadanos que sobresalen demasiado entre los demas: cuando no permite, ni los progresos de los conocimientos que ilustran á los súbditos, ni los banquetes públicos y asambleas que los reunen: cuando á imitacion de los reyes de Siracusa los cerca de espías que los traen siempre azorados y amedrentados; cuando con arte y con maña siembra la zizaña en las familias, la discordia en las clases del Estado, y la desconfianza entre los mas in-

timos amigos: cuando el pueblo agobiado con las obras públicas, abrumado con contribuciones, forzado á concurrir á guerras suscitadas de intento, reducido á no tener ni elevacion en el pensar, ni nobleza en el sentir, ha desmayado y perdido los medios de sacudir el yugo que le oprime; cuando el trono está rodeado únicamente de aduladores viles, y de tiranos subalternos, tanto mas útiles al déspota, cuanto no les contiene la vergüenza, ni los remordimientos.

Hay tambien otro medio mas á propósito para perpetuar la autoridad, el cual consiste en conservar toda la plenitud del poder, y al mismo tiempo sujetarse á ciertas formalidades que suavizan su rigor, mostrándose á los pueblos mas bien como un padre á quien pertenecen por herencia, que en la forma de un animal feroz, de quien han de ser victimas.

Como los pueblos han de estar persuadidos á que sus bienes se sacrifican al bien del Estado, y no al particular del tirano, debe este esmerarse en cimentar la opinion de su inteligencia en la ciencia de gobernar. Le convendrá mucho tener las calidades que inspiran respeto, y las apariencias de las virtudes que grangean el amor; y no menos el manifestar mucho fervor, pero sin bajeza en el culto religioso; porque el pueblo creará que le contiene el temor de los

dioses, y no se atreverá á levantarse contra un príncipe á quien ellos protegen.

Lo que debe evitar es ensalzar á ninguno de sus súbditos á tal punto de grandeza que pueda abusar de ella; y todavía debe abstenerse mas de ultrajar á los particulares, ni ser ocasion de la deshonra de las familias. Entre tantos príncipes como el abuso del poder ha precipitado del trono, hay muchos que han perecido para expiar las injurias personales que habian cometido ó autorizado.

Estos son los medios mañosos con que el despotismo se ha mantenido en Sicione por espacio de un siglo, y en Corinto por casi otro tanto tiempo. Los que gobernaron aquellos dos Estados, consiguieron la estimacion ó la confianza pública, unos por su pericia militar, otros por su afabilidad, otros, en fin, por la consideracion que en ciertas circunstancias tuvieron á las leyes. En las demas partes, la tirania ha durado mas ó menos, segun ha cuidado de ocultarse: unas veces se la ha visto desarmando á la multitud irritada; otras veces rompiendo los grillos de los esclavos, y valerse de su ayuda; pero es absolutamente preciso é indispensable que un gobierno tan monstruoso llegue á su fin tarde ó temprano, porque el odio ó el desprecio que inspira, ha de vengar al fin la magestad de las naciones agraviadas.

Luego que extinguida la monarquía volvió la

autoridad á las sociedades de donde habia dimanado, resolvieron unas ejercerla en cuerpo de nacion, y otras confiarla á determinado número de ciudadanos. Con esto cobraron ánimo dos bandos poderosos, el de los grandes, y el del pueblo, antes reprimidos por la autoridad de uno solo, y despues ocupados mas bien en destruirse que en equilibrarse; cuyas desavenencias han viciado casi en todas partes la constitucion primitiva, sin contar otras causas que han contribuido á alterarla: tales son las imperfecciones que la experiencia ha dado á conocer en los sistemas de los legisladores, los abusos anexos al ejercicio del poder, aunque sea el mas legítimo, y las variaciones que los pueblos han experimentado en su poderío, en sus costumbres, y en sus relaciones con las demas naciones. Así es que, entre los mismos Griegos, todos igualmente inflamados del amor de la libertad, no se hallarán dos naciones ó dos ciudades, aun de las inmediatas entre sí, que tengan puntualmente una misma legislacion, ni una misma forma de gobierno; y por todas partes se ve inclinarse la constitucion hácia el despotismo de los grandes ó hácia el de la muchedumbre.

De esto resulta que es necesario distinguir varias especies de aristocracia, las unas que se acercan mas ó menos á la perfeccion, de que es susceptible este gobierno; y las otras que cami-

nan mas ó menos hácia la oligarquía, que es la corrupcion de él.

La verdadera aristocracia seria aquella en que estuviese la autoridad en manos de cierto número de magistrados ilustrados y virtuosos. Hablo aquí de la virtud política, que no es mas que el amor del bien público ó de la patria, á la cual virtud se le dispensarian todos los honores, y por tanto seria el principio ó fundamento de este gobierno.

Para afianzar esta constitucion, convendria moderarla de manera que los principales ciudadanos hallasen en ella las ventajas de la oligarquía, y el pueblo las de la democracia: Dos leyes contribuirían á producir ambos efectos; la una que se deriva del principio de este gobierno, conferiria las magistraturas supremas á las calidades personales, sin atender á los bienes de fortuna: la otra con la mira de impedir que los magistrados se enriqueciesen en los empleos, los deberia obligar á dar cuenta al público de la administracion de caudales. Con la primera podrian todos los ciudadanos aspirar á las principales dignidades generales; y con la segunda se lograria que los individuos de las clases infimas renunciassen un derecho que solo lo desean porque lo creen de utilidad.

Siendo de temer que con el tiempo, y teniendo la virtud todo el poder, se debilitase, ó excitase

zelos, se pone cuidado en muchas aristocracias, en limitar las facultades de las magistraturas, y mandar que pasen á otras manos cada seis meses.

Es importante que los jueces de ciertos tribunales sean de la clase de los ciudadanos distinguidos; pero es menester á lo menos, que en otros tribunales haya jueces que sean de cualquiera de las clases.

Solo en este gobierno puede haber magistrados que celen la educacion de los niños, y la conducta de las mugeres. Semejante censura no tendria efecto en la democracia, ni en la oligarquía: porque en la primera la gente baja gusta de gozar de excesiva libertad; y en la segunda, las gentes que tienen algun cargo son las primeras á dar el ejemplo de la corrupcion y de la impunidad.

Un sistema de gobierno en que nunca hubiese diferencia entre el hombre de bien y el ciudadano, no subsiste en ninguna parte, y si se tratase de declararlo serian menester otras leyes y otros reglamentos. Contentémonos para juzgar de las diferentes aristocracias con atender al fundamento de ellas, porque de él depende principalmente la bondad del gobierno. El de la aristocracia pura seria la virtud política, ó el amor del bien público; y así si en las aristocracias actuales influye mas ó menos este amor en la

eleccion de los magistrados, debe inferirse que la constitucion es mas ó menos ventajosa. Asi es como el gobierno de Lacedemonia se aproxima mas á la verdadera aristocracia que el de Cartago, no obstante que por otra parte haya entre ellos suma conformidad. En Lacedemonia, el magistrado que se elige ha de estar animado del amor á la patria, y dispuesto á favorecer al pueblo: en Cartago se necesita ademas de esto, que tenga medianos bienes de fortuna, y de aqui nace, que este gobierno se incline mas á la oligarquía.

En la aristocracia está en peligro la constitucion, cuando los intereses de los principales ciudadanos no están bastante bien combinados con los del pueblo, para que cada una de estas clases no lo tenga infinitamente grande en oponerse de la autoridad; cuando las leyes permiten que todas las riquezas pasen insensiblemente á manos de pocos particulares; cuando se disimulan las primeras innovaciones que se oponen á la constitucion; y cuando los magistrados, envidiosos ó negligentes, persiguen á los ciudadanos ilustres, ó los excluyen de las magistraturas, ó los dejan hacerse bastante poderosos para avasallar á su patria.

La aristocracia imperfecta tiene tal connexion con la oligarquía, que es absolutamente necesario considerarlas juntas, cuando se quieren cir-

cunstanciar las causas que destruyen ó conservan la una ó la otra.

En la oligarquía está la autoridad en manos de un corto número de hombres ricos. Como es esencial á este gobierno que á lo menos las magistraturas principales sean electivas, y se conferian con arreglo al censo, es decir, á los haberes de los particulares, las riquezas deben ser preferidas á todo: ellas establecen una grandísima desigualdad entre los ciudadanos; y el deseo de adquirirlas es el principio del gobierno.

Muchos pueblos han elegido de suyo este sistema de gobierno. Los Lacedemonios quieren introducirlo en los demas puebllos, con el mismo celo que los Atenieses la democracia; mas en todas partes se diversifica segun la naturaleza del censo establecido para llegar á los primeros empleos, segun las diferentes maneras de conferirlos, y segun está mas ó menos limitado el poder del magistrado: ademas que en todas partes el corto número de ciudadanos que gobierna, procura conservarse contra el gran número de ciudadanos que obedece.

El medio que se emplea en muchos Estados, es conceder á todos los ciudadanos el derecho de asistir á las juntas generales de la nacion, ascender á las magistraturas, votar en los tribunales de justicia, tener armas en sus casas,

y de aumentar sus fuerzas con los ejercicios del gimnasio ; pero no está señalada pena alguna contra los pobres que no se aprovechan de estas ventajas, cuando los ricos no pueden renunciarlas sin quedar sujetos á una multa. La indulgencia que se gasta con los primeros, fundada al parecer en la multitud de sus fatigas, y necesidades, los separa de los negocios, y los acostumbra á mirar las deliberaciones públicas, los cuidados de administrar justicia, y los demas pormenores de la administracion como una carga pesada, que los ricos solos deben y pueden llevar.

Para establecer la mejor oligarquía, es necesario que el censo que determina la clase de los primeros ciudadanos, no sea muy alto; porque cuanto mas numerosa es esta clase, mas de presumir es que las leyes y no los hombres son las que gobiernan.

Es necesario que no recaigan muchas magistraturas, á un mismo tiempo, en una misma familia, porque se haria muy poderosa. En algunos pueblos el padre excluye al hijo, y el hermano mayor al menor.

Para evitar que los bienes estén distribuidos muy desigualmente, es necesario que ninguno pueda disponer de su hacienda en perjuicio de los herederos legítimos, y por otro lado, que dos herencias no puedan acumularse sobre una misma cabeza.

Es necesario que el pueblo esté bajo la protección inmediata del gobierno; que sea mas favorecido que los ricos en las causas de los insultos que sufre; y que ninguna ley, ningún respeto, ponga embarazo á su subsistencia ó á sus adelantamientos. No deseando las dignidades, que solo proporcionan el honor de servir á la patria, las verá con placer pasar á otras manos, si no le arrebatan de las suyas el fruto de su trabajo.

Para asegurar mas y mas su amor al gobierno, es preciso conferirle cierto número de empleos cortos, pero lucrativos, y aun dejarle la esperanza de poder, á fuerza de mérito, ascender á ciertas magistraturas importantes, como se hace en Marsella.

La ley que en muchas oligarquías prohíbe el comerciar á los magistrados, produce dos efectos excelentes, dado que les impide dedicar al incremento de su caudal los momentos que deben al Estado, y hacer el monopolio que arruinaría á los particulares*.

Cuando los magistrados van á porfia en destinar parte de sus bienes á herosear la capital, á dar fiestas, espectáculos y banquetes públicos, esto es un recurso para el tesoro público. Esta emulacion reduce á justos límites las excesivas

* En Venecia está prohibido el comercio á los nobles.

riquezas de algunos particulares; el pueblo disimula fácilmente una autoridad que se emplea en tales beneficios; y entonces se para menos en el esplendor de las dignidades, que en los penosos deberes que traen consigo, y las ventajas reales que saca de ello.

Pero cuando el censo que determina la clase de los ciudadanos destinados á gobernar es muy alto, será muy poco numerosa esta clase; de lo cual resultará que aquellos que por su maña ó por su inteligencia se hayan puesto á la cabeza de los negocios, procurarán conservar su puesto por los mismos medios; irán poco á poco ampliando sus facultades; conseguirán que se les autorice, para nombrar sus socios, y dejar sus plazas á sus hijos; y por último suprimirán todas las formalidades, y sustituirán impunemente su voluntad á las leyes; con lo cual se hallará el gobierno en el último estado de corrupcion, y se verá la oligarquía en la oligarquía, como ha sucedido en la ciudad de Elis*.

La tiranía de un corto número de ciudadanos no puede durar mas tiempo que la de uno solo; pues la debilitará el exceso del poder. Los ricos que queden excluidos del gobierno, se harán del bando de la muchedumbre para destruirlo; y

* Véase el cap. xxxviii de esta obra.

asi fué como en Gnido la oligarquía se mudó repentinamente en democracia.

La misma revolucion se debe esperar cuando la clase de los ricos se une estrechamente para tratar como esclavos á los demas ciudadanos. Hay parages donde se atreven á pronunciar este juramento tan bárbaro como insensato: «yo «haré al pueblo todo el mal que dependa de «mi.» Sin embargo, como el pueblo es igualmente temible, sea que se baje á los otros, ó sea que los otros se bajen á él, no conviene que posea exclusivamente el derecho de juzgar, ni que confiera todas las magistraturas; porque entonces, teniendo la clase de los ricos que mendigar bajamente los votos del pueblo, no tardará este en hacerse cargo de que le es tan facil retener la autoridad como disponer de ella.

Las costumbres pueden hacer popular un gobierno que no lo es, ó sustituir la oligarquía á la democracia. Aunque estas mudanzas ponen el gobierno en oposicion con la constitucion, pueden no ser peligrosas, porque suceden paulatinamente, y con el consentimiento de todas las órdenes del Estado. Pero nada hay tan esencial como cortar al principio las novedades que violentan la constitucion; y en efecto, en un gobierno que se propone conservar una especie de equilibrio entre la voluntad de dos clases poderosas de ciudadanos, la menor superioridad que

se adquiriera sobre las leyes establecidas, prepara su ruina. En Turio no permitía la ley ocupar segunda vez un empleo militar, hasta pasados cinco años. Varios mozos, que ganaron la confianza de las tropas y los votos del pueblo, hicieron revocar la ley á pesar de la opinion de los magistrados; y tras esto, y de un paso á otro mas atrevido, trocaron el gobierno sabio y moderado de este pueblo, en horrible tiranía.

Los parciales fanáticos de la autoridad popular, dicen que no puede haber libertad sino en la democracia, y que ella es el principio de este gobierno, la que da á cada ciudadano la voluntad de obedecer, y la facultad de mandar, y la que la hace dueño de sí mismo, igual á los demas, y precioso al Estado, de que es miembro. Es pues esencial á este gobierno, que todas las magistraturas, ó á lo menos la mayor parte, puedan conferirse por suerte á cada particular; que los empleos, á excepcion de los militares, se den muy rara vez á los que los hayan tenido antes; que todos los ciudadanos sean colocados alternativamente en los tribunales de justicia; que haya un senado para preparar los negocios que deben terminarse en la junta nacional y soberana, á la cual puedan asistir todos los ciudadanos; que se conceda un derecho de asistencia á los que son asiduos á esta asamblea, igualmente que al senado y tribunales de justicia.

Esta forma de gobierno está sujeta á las mismas revoluciones que la aristocracia. Es moderado en los parages en donde para alejar el populacho ignorante é inquieto, se exige un corto censo de los que quieren tener parte en el gobierno; en los parages donde hay reglamentos sabios, para que la primera clase de los ciudadanos no sea victima del odio y envidia de las clases infimas; y en fin, en todos aquellos parages donde en medio de los movimientos mas tumultuosos, tienen las leyes fuerza para hablar, y para que las escuchen; pero es tiránico donde quiera que los pobres tienen demasiado influjo en las deliberaciones públicas.

Son varias las causas que han contribuido á este exceso de autoridad. La primera es la supresion del censo, á que debia arreglarse la distribucion de los cargos, con lo cual han logrado los menores ciudadanos mezclarse en los negocios públicos. La segunda es la gratificacion que se ha concedido á los pobres, y se ha negado á los ricos, cuando votan, sea en las asambleas generales, sea en los tribunales de justicia; pues es muy corta para estimular á los segundos á concurrir con puntualidad, y es bastante para indemnizar á los primeros de la interrupcion del trabajo; y de aquí dimana esa multitud de artesanos y mercenarios, que levantan una voz imperiosa en los parages augustos donde se venti-

lan los intereses de la patria. La tercera es el ascendiente, que los oradores del Estado han adquirido sobre la multitud.

Esta la gobernaban en otro tiempo algunos militares, que abusaron mas de una vez de su confianza para subyugarla; y como su destino es estar avasallada, se ha levantado en estos últimos tiempos una clase de hombres ambiciosos, que emplean su talento en adular sus pasiones y vicios, en alucinarla con la opinion de su poder y de su gloria, en inflamar su odio contra los ricos, su desprecio del buen orden, y su amor á la independencia. El triunfo de ellos es el de la elocuencia, que parece no haberse perfeccionado en nuestros dias, sino para introducir el despotismo en el corazon de la libertad misma. Las repúblicas bien gobernadas no se entregan á estos hombres perjudiciales; mas donde quiera que tienen crédito, el gobierno llega rápidamente al mas alto grado de corrupcion, y el pueblo contrae los vicios y la ferocidad de los tiranos.

Casi todos nuestros gobiernos, bajo qualquiera forma que estén establecidos, llevan en si mismos muchas semillas de destruccion. Como la mayor parte de las repúblicas griegas están contenidas en el estrecho recinto de una ciudad, ó de una comarca, las discordias de los particulares, convertidas en discordias del Estado, los

contratiempos de una guerra que no deja al parecer ningun recurso, las envidias envejecidas y siempre renacientes de las diversas clases de ciudadanos, una sucesion rápida de acaecimientos imprevistos, pueden en un momento hacer estremecer ó trastornar la constitucion. Se ha visto abolida la democracia en Tebas por la pérdida de una batalla; y en las ciudades de Heracléa, de Cumas y de Megara, por la vuelta de los principales ciudadanos, que el pueblo habia proscripto para enriquecer el tesoro público con sus bienes. Se ha visto mudada la forma de gobierno en Siracusa, por una intriga amorosa; en la ciudad de Eretria, por un insulto hecho á un particular; en Epidauro, por una multa echada á otro particular. ¡ Y cuántas sediciones se han visto que no han procedido de causas mas importantes, y comunicándose por grados han venido á parar en mover guerras sangrientas!

Mientras que estas calamidades afligen á la mayor parte de la Grecia, tres naciones, los Cretenses, los Lacedemonios, y los Cartagineses, gozan en paz hace muchos siglos, de un gobierno que se diferencia de todos los demas, aunque reúne las ventajas de ellos. En los tiempos mas remotos concibieron los Cretenses la idea de atemperar el poder de los grandes con el del pueblo, y sin duda que á imitacion de ellos han tenido los Lacedemonios y los Cartagineses,

la de conciliar la monarquía con la aristocracia y democracia.

Aquí expone Aristóteles sucintamente los sistemas adoptados en Creta, en Lacedemonia y en Cartago: yo voy á referir lo que dice del último, dando algunos ligeros toques á su bosquejo.

En Cartago está repartido el poder soberano entre dos reyes *, un senado y el congreso del pueblo.

Los dos reyes no son de dos solas familias como en Lacedemonia, sino elegidos todos los años, ya de una casa, ya de otra, requiriéndose que tengan nacimiento ilustre, riquezas y virtudes.

El senado es numerosísimo. Toca á los reyes convocarlo; lo presiden y delibera sobre la guerra, la paz y los negocios importantes del Estado. Un cuerpo de ciento y cuatro magistrados está encargado de defender los intereses del pueblo. Cuando hay unanimidad en los dictámenes no se envía el negocio á la nación, pero no habiéndola se le debe comunicar.

En el congreso general, los reyes y los senadores exponen las razones que han reunido ó

* Los autores latinos dan á estos dos magistrados supremos el nombre de sufetas, que es su verdadero nombre. Los Griegos les dan el de reyes.

dividido los votos. El mas mínimo ciudadano puede hablar en contra del decreto, ó de las diversas opiniones que lo han suspendido; y el pueblo decide en última resolución.

Todas las magistraturas, la de los reyes, la de los senadores, jueces, estrategas ó gobernadores de las provincias, se confieren por elección, y tienen sus límites señalados por la ley. Solo el general de los ejércitos no los tiene, pues es absoluto estando al frente de las tropas; pero á su regreso debe dar cuenta de sus operaciones ante un tribunal, compuesto de cien senadores, quienes proceden con suma severidad.

Por medio de la distribución atinada, y juicioso ejercicio de estas diversas potestades, ha logrado un pueblo numeroso, poderoso, activo y tan amante de la libertad, como ufano por su opulencia, rechazar siempre los esfuerzos de la tiranía, y gozar hace muchos siglos de una tranquilidad, que apenas la han turbado algunas borrascas pasajeras, que no han destruido su constitución primitiva.

Sin embargo, esta constitución tiene defectos á pesar de ser excelente. Uno de ellos es mirar como una distinción gloriosa la reunión de muchas magistraturas sobre una misma cabeza *;

* Dice Amelot, que en Venecia no pueden los nobles te-

porque entonces es mas ventajoso multiplicar sus deberes, que cumplirlos, y se acostumbran los hombres á creer que el obtener empleos es merecerlos. Tambien es un defecto tener en tanta consideracion la riqueza, como la virtud, cuando se trata de elegir magistrados. Desde que el dinero se hace en un Estado un medio para ascender, en breve no se conoce otro: amontonar riquezas es el único deseo del ciudadano, y el gobierno se inclina mucho á la oligarquía.

Para mantenerlo en su equilibrio, se ha pensado en Cartago que era preciso proporcionar algunas ventajas al pueblo, y enviar de cuando en cuando los principales de esta clase á las ciudades particulares con comisiones que les faciliten enriquecerse. Este recurso ha mantenido la república hasta ahora; pero como no está inmediatamente enlazado con la legislacion, y encierra en si un vicio oculto, no se debe atribuir el resultado feliz mas que á la casualidad; y si en algun tiempo, llegando el pueblo á ser muy rico y muy poderoso, separa sus intereses de los demas ciudadanos, no bastarán las leyes actuales para contener sus pretensiones, y se arruinará la constitucion.

ner á un tiempo muchas magistraturas por chicas que sean.

* No tardó en verificarse la prediccion de Aristóteles. En tiem-

Por lo que hemos dicho es facil descubrir el objeto que debe proponerse el magistrado soberano en el ejercicio de su autoridad, ó si se quiere, cuál es el principio ó fundamento del gobierno en cada constitucion. En la monarquía es lo bueno, lo honesto; porque el príncipe debe desear la gloria de su reino, y no adquirirla sino por medios honrosos. En la tiranía es la seguridad del tirano; porque no se mantiene en el trono sino por el terror que inspira. En la aristocracia la virtud; dado que los gefes no pueden distinguirse sino por el amor de la patria. En la oligarquía las riquezas, pues solamente se eligen los ricos para el gobierno del Estado. En la democracia la libertad de cada ciudadano; pero este principio degenera casi en todas partes en licencia, y no podria subsistir sino en el gobierno de que se da una sucinta idea en la segunda parte de este extracto.

po de la segunda guerra púnica, unos cien años despues de este filósofo, caminaba la república de Cartago hácia su ruina; y Polibio mira como causa principal de su decadencia, la autoridad que el pueblo habia usurpado.

®

SEGUNDA PARTE.

De cual sea la mejor constitucion.

Si yo estuviera encargado de instruir al gefe de alguna colonia, empezaria por los fundamentos.

Toda sociedad es una congregacion de familias, que no tienen otro fin en reunirse que el de trabajar para su comun felicidad. Si no son bastante numerosas, ¿ cómo se defenderán de los ataques exteriores? Si lo son mucho, ¿ cómo se las contendrá con leyes que aseguren su tranquilidad? No os propongais fundar un imperio, sino una ciudad, que sea menos poderosa por la muchedumbre de sus habitantes, que por las calidades de sus ciudadanos. Mientras el orden ó la ley pueda ejercer su accion en todas las partes de este cuerpo, no penseis en reducirle; pero luego que los que obedecen, no estén ya bajo los ojos y la mano de los que mandan, creed que el gobierno ha perdido una parte de su influjo, y el Estado una parte de su fuerza.

La capital, ha de estar situada cerca del mar, sin ser ni muy grande, ni muy chica; una situacion favorable, un aire puro y aguas saludables,

contribuirán á la conservacion de los habitantes; el territorio ha de ser suficiente para sus necesidades, y ha de ofrecer tanta dificultad á la entrada del enemigo, como facilidad á las tropas del país para comunicarse entre sí: la ha de dominar una ciudadela, si se prefiere el gobierno monárquico; varios puestos fortificados la han de poner al abrigo del primer furor del populacho, si se elige la aristocracia; no ha de tener mas defensa que sus murallas si se establece la democracia: los muros han de ser fuertes, y capaces de resistir á las nuevas máquinas, que hace algun tiempo se emplean en los asedios; las calles han de ser, parte anchas y á cordel, y parte estrechas y tortuosas; las primeras servirán para la hermosura, y las segundas para la defensa en caso de sorpresa.

A alguna distancia se edificará un puerto que esté unido á la ciudad por medio de largas murallas, segun se practica en varios parages de la Grecia; con lo cual se facilitan durante la guerra los socorros de los aliados; y durante la paz se contiene el tropel de marineros extranjeros y naturales, cuya licencia y avaricia relajarian las costumbres de los ciudadanos, si se recibiesen en la ciudad; bien entendido que el comercio se ha de ceñir á trocar lo superfluo de vuestro territorio, por lo necesario que le falta, y la marina se ha de limitar á que las naciones

vecinas teman á la colonia, ó soliciten su amistad. Fundada pues nuestra colonia, falta ahora darle leyes; las unas fundamentales para formar su constitucion; y las otras civiles para asegurar su tranquilidad.

Para proceder á ello es menester enterarse de las diversas formas de gobiernos adoptadas por nuestros legisladores; ó imaginadas por nuestros filósofos. Algunos de estos sistemas son muy imperfectos, y otros requieren demasiada perfeccion. Es menester tener la paciencia de comparar los principios de los primeros con sus efectos, y el valor de resistir al atractivo de los segundos. El que á fuerza de ingenio pueda concebir el plan de una constitucion sin defecto, necesita que una razon superior le persuada que semejante plan no puede llevarse á efecto, ó si por casualidad se pudiese, que acaso no conveniria á todas las naciones.

El mejor gobierno para un pueblo es aquel que se acomoda á su caracter, á sus intereses, al clima que habita, y á una infinidad de circunstancias particulares.

La naturaleza ha distinguido con ciertas señales patentes y variadas, las sociedades que están esparcidas por nuestro globo. Las del norte y las de Europa son valientes, pero tienen cortas luces y poca industria; y así es consiguiente que sean libres, indóciles al yugo de las leyes, é in-

capaces de gobernar las naciones circunvecinas. Las del Asia poseen todas las dotes del ingenio, y todos los recursos del arte; pero su extrema flojedad las condena á la esclavitud. Los Griegos, situados en medio de unas y otras, enriquecidos con todas las ventajas de que las demas se glorian, de tal modo reúnen el valor y las luces, el amor de las leyes y el de la libertad, que podrian estar en disposicion de conquistar y gobernar el universo. ¿Pues y de cuántas maneras no se complace la naturaleza en diversificar estos caracteres principales en un mismo país? Entre los pueblos de la Grecia hay unos que tienen mas ingenio, otros mas aliento; y los hay en que estos dones preciosos están en su cabal equilibrio.

Estudiando el legislador los hombres sometidos á su mando, verá si han recibido de la naturaleza, ó si pueden recibir de sus instituciones, luces bastantes para conocer el precio de la virtud, y bastante fuerza y ardor para preferirla á todo: cuanto mas grande objeto se propone, tanto mas debe meditar, instruirse y dudar: algunas veces bastará una diferencia local para sacarle de su irresolucion. Si, por ejemplo, el terreno que su colonia ha de ocupar, es susceptible de mucho cultivo, y hay obstáculos insuperables, que no le permiten proponer otra constitucion, no debe vacilar en establecer el go-

bierno popular. Un pueblo agricultor es el mejor de todos: no abandonará las labores que exigen su presencia para ir á la plaza pública á entretenerse en las disensiones que fomenta la ociosidad, y á disputar los honores que no codicia. Los magistrados serán mas respetados sin estar expuestos á los caprichos de una muchedumbre de trabajadores y mercenarios tan atrevidos como insaciables.

Por otra parte, la oligarquía se establece naturalmente en los lugares donde es necesario y posible tener una caballería numerosa: porque como esta constituye la fuerza principal del Estado, es preciso que sean muchos los ciudadanos que puedan mantener un caballo, y soportar el gasto indispensable de su profesion; en cuyo caso domina el partido de los ricos al de los pobres.

Antes de pasar adelante, examinemos cuales son los derechos, y cuales deben ser las disposiciones del ciudadano.

Para ser ciudadano basta en algunas partes nacer de padres que lo sean; y en otras se requiere mayor número de grados; pero de esto se sigue, que los primeros que tomaron este título no tenían derecho á él; y no teniéndolo, ¿cómo han podido frasmítirlo á sus hijos? El recinto de una ciudad ó de un Estado, no es quien da este privilegio al que habita dentro; pues si así

fuera, convendría al esclavo como al hombre libre. Si el esclavo no puede ser ciudadano, todos los que están al servicio de sus semejantes, ó que por el ejercicio de las artes mecánicas, quedan en íntima dependencia del público, tampoco podrian serlo. Sé que por tales se les tiene en la mayor parte de las repúblicas, y sobre todo en la extrema democracia; pero no se les debe conceder esta preciosa prerrogativa en un Estado bien constituido.

¿Quién es pues el verdadero ciudadano? El que exento de todo otro cuidado se consagra únicamente al servicio de la patria, y puede participar de los cargos, de los honores, de las dignidades, en una palabra, de la autoridad soberana.

De aquí se sigue que este nombre no conviene mas que imperfectamente á los niños y á los ancianos decrepitos, y no podría convenir á los menestrales, á los labradores, ni á los libertos. Se sigue tambien que no hay ciudadanos sino en una república, no obstante que se tenga este derecho en comun con otras gentes á quienes, según nuestros principios, se les debería negar.

En nuestra ciudad, todo trabajo que distraiga la atencion que se debe exclusivamente á los intereses de la patria, se prohibirá al ciudadano; y no se ha de dar este título sino á los que en su juventud se armen para defender el Estado, y en

una edad mas avanzada la illustren con sus conocimientos.

De esta suerte, los ciudadanos serán real y verdaderamente parte de la ciudad: su prerogativa esencial será ascender á las magistraturas, juzgar los negocios de los particulares, y votar en el senado ú en la junta general: y la deberán á la ley fundamental, porque la ley es un contrato que afianza los derechos de los ciudadanos. El primero de sus deberes será ponerse en estado de mandar y obedecer: cumpliéndolo, por efecto de su educacion, porque ella sola puede inspirarles las virtudes del ciudadano, ó el amor de la patria.

Estas reflexiones nos harán conocer la especie de igualdad que el legislador debe introducir en su ciudad.

Ninguna se admite en la oligarquía: al contrario, se supone en ella que la desigualdad de bienes establece la desigualdad entre los ciudadanos, y por consiguiente, las preferencias y distinciones no deben concederse mas que á las riquezas. En la democracia, todos los ciudadanos se creen iguales porque todos son libres; pero no teniendo mas que una falsa idea de libertad, la igualdad que afectan destruye toda subordinacion. De aquí nacen las sediciones que fermentan sin cesar en el primero de estos gobiernos, porque la muchedumbre mira la desi-

gualdad como una injusticia; y en el segundo, porque los ricos están mal con una igualdad que los humilla.

Entre las prerogativas que introducen ó destruyen la igualdad de los ciudadanos, hay tres que merecen algunas reflexiones, y son la libertad, la virtud y las riquezas. No hago mención de la nobleza, por estar comprendida en esta division general, en cuanto no es otra cosa que la antigüedad de las riquezas y de la virtud en una familia.

Nada hay tan opuesto á la licencia como la libertad: en todos los gobiernos los particulares están y deben estar avasallados, con la diferencia que en ciertos parages solo son esclavos de los hombres; y en otros no deben serlo mas que de las leyes. En efecto, la libertad no consiste en hacer todo lo que uno quiere, como se cree en ciertas democracias, sino en no hacer mas de lo que quieren las leyes, que aseguran la independencia de cada particular; y bajo de este aspecto todos los ciudadanos pueden ser tan libres unos como otros.

No me extenderé mas sobre la virtud: como nuestros ciudadanos han de participar de la autoridad soberana, todos estarán igualmente interesados en conservarla y en penetrarse del mismo amor de la patria; añadiendo que serán mas ó menos libres, segun sean mas ó menos virtuosos. ®

En cuanto á las riquezas, la mayor parte de los filósofos no han podido preservarse de una ilusion muy natural; cual es, poner su atencion en el abuso que mas repugna á su gusto ó á sus intereses, y creer que en desarraigándolo iria el Estado por sí mismo.

Algunos legisladores antiguos creyeron conveniente, en el principio de una reforma, repartir por igual los bienes entre los ciudadanos; y por eso algunos legisladores modernos, entre ellos Faleas de Calcedonia, pusieron por basa fundamental de sus sistemas la igualdad constante de bienes. Unos quieren que los ricos no puedan enlazarse sino con los pobres, y que las hijas de los primeros sean dotadas, y no las de los segundos: otros que no se permita á nadie aumentar su caudal mas que hasta cierta tasa señalada por la ley. Pero si se limitan las facultades de cada familia, seria necesario limitar tambien el número de hijos que debe tener. No son las leyes prohibitivas el medio para mantener una suerte de equilibrio en las riquezas de los particulares; sino que es necesario introducir en ellas en lo posible el hábito del desinterés, y arreglar las cosas de manera, que los buenos no quieran aumentar su caudal, y los malos no puedan.

De este modo nuestros ciudadanos podrán diferenciarse unos de otros en las riquezas; y como esta diferencia no ocasionará ninguna en la dis-

tribucion de los empleos y honores, no destruirá la igualdad que debe haber entre ellos. Así pues serán iguales porque no dependerán sino de las leyes, y todos igualmente tendrán á su cargo el empleo glorioso de contribuir á la tranquilidad y felicidad de la patria.

Ya está claro que el gobierno de que aquí hablo se aproximaria á la democracia, bien que tendria tambien algo de la oligarquía; porque sería un gobierno mixto, de tal modo combinado, que se dudaria qué nombre darle; y con todo eso, los partidarios de la democracia y los de la oligarquía, hallarian en él las ventajas de la constitucion que prefieren, sin los inconvenientes de la que reprueban.

Esta acertada combinacion se descubre mas á las claras en la distribucion de las tres potestades que constituyen un Estado republicano. La primera, que es la legislativa, residirá en la junta general de la nacion; la segunda, que es la ejecutiva, pertenecerá á los magistrados; y la tercera, que es la judicial, se confiará á los tribunales de justicia.

1º. La paz, la guerra, las alianzas, las leyes, la eleccion de magistrados, el castigo de los delitos contra el Estado, la rendicion de cuentas por parte de los que han desempeñado cargos importantes; todos estos son objetos en que se debe estar al juicio del pueblo, que rara vez se

engaña cuando no está agitado por facciones. En estas circunstancias votan libremente sin mezcla de ningun vil interes, porque seria imposible cohechar á todo un pueblo: votan con conocimiento, porque los menores ciudadanos tienen un talento singular para conocer los hombres distinguidos por sus conocimientos y virtudes, y una facilidad singular de combinar, seguir aun rectificar sus pareceres.

Las sentencias de la junta general causarán ejecutoria, á no ser que se trate de asuntos criminales; en cuyo caso, si la asamblea absuelve al acusado, se ha el pleito por concluso: pero si le condena, debe ser confirmada la sentencia, ó puede ser revocada por uno de los tribunales de justicia.

Para separar de la junta general á las gentes de la hez del pueblo, quienes sin poseer nada, ni ejercer profesion mecánica alguna, tendrian en calidad de ciudadanos el derecho de asistir á ella, se recurrirá al censo, ó al estado conocido de los bienes de los particulares. En la oligarquía es el censo tan alto, que no admite á la junta de la nacion mas que á los mas ricos. En ciertas democracias, no lo hay; y en otras es tan bajo que á casinadie excluye. En nuestra colonia estableceremos un censo, en virtud del cual la mayor y mas sana parte de los ciudadanos tendrá el derecho de votar en las deliberaciones públicas.

Y como el censo no es una medida fija, sino que varia segun el precio de los géneros, y estas variaciones han bastado algunas veces para mudar la naturaleza del gobierno, se deberá cuidar de renovar de cuando en cuando este censo, proporcionándolo á las circunstancias, á las facultades de los particulares, y al objeto que se tiene.

2º. Los decretos de la junta general deben ponerlos en ejecucion ciertos magistrados, cuya eleccion, número, funciones, y duracion de su ejercicio, deben ser proporcionados á la extension de la república, y á la forma de gobierno.

En esto, como en casi todos los puntos que tocamos, se suscitan muchas cuestiones, que dejamos á un lado para fijarnos en dos puntos importantes, que son la eleccion y el número de los magistrados. En la oligarquía es esencial elegirlos segun el censo; y en la democracia, el sacarlos por suerte sin consideracion alguna á los haberes de los particulares. Tomaremos de la primera el voto de la eleccion, porque es el medio mas adecuado para tener magistrados virtuosos é ilustrados, y á imitacion de la segunda no nos arreglaremos al censo, porque no hay que temer que asciendan á las magistraturas hombres oscuros é incapaces de ocuparlas debidamente. En cuanto al número de los magistra-

dos, vale mas multiplicar las plazas, que recargar á los jueces.

3º. La misma mezcla de estilos se observará en los reglamentos relativos á los tribunales de justicia. En el gobierno oligárquico se pone una multa á los ricos que no cumplen con el oficio de la judicatura, y no se señala salario alguno á los pobres que las desempeñan: lo contrario se hace en las democracias. Nosotros obligaremos á todos los jueces á ser puntuales, condenando á los primeros á una pena pecuniaria cuando falten, y concediendo un derecho de asistencia á los segundos.

Despues de haber interesado á estas dos clases de ciudadanos en el bien del Estado, se trata de ahogar en sus corazones aquella rivalidad odiosa, que ha perdido á la mayor parte de las repúblicas de la Grecia: y este es tambien uno de los puntos mas importantes de nuestra legislacion.

No hay que pensar en conciliar unas pretensiones que la ambicion y los vicios de los dos partidos no harán mas que eternizarlas. El único medio para destruirlas, es favorecer con preferencia al estado medio*, y darle todo el poder que sea posible: en este estado es donde se ha-

* Por este estado medio entiende Aristóteles los que viven en cierta mediania. Compárese lo que él dice con el principio de la vida de Solon por Plutarco.

llan mejores costumbres y mas honradez. Contento con su suerte, no experimenta, ni hace experimentar á los otros ni el orgullo despreciador, que inspiran las riquezas, ni la vil envidia, que es hija de la necesidad. Las ciudades grandes en donde es mas numeroso, le deben el estar menos sujetas á sediciones que las chicas: la democracia en donde es honrado, el ser mas durable que la oligarquía, que apenas le concede algunas atenciones. Fórmese de este orden respetable la parte principal de los colonos: faciliten las leyes todas las distinciones; consérvase entre ellos el amor y el hábito de la mediania por medio de una atinada educacion, y déjeseles dominar en la plaza pública; pues su preponderancia preservará al Estado así del despotismo perspicaz de los ricos, siempre incapaces de obedecer, como del despotismo ciego de los pobres, siempre incapaces de mandar; resultando de esto que la mayor parte de la nacion, adicta en extremo al gobierno, procurará mantenerlo con el mayor esfuerzo, lo cual es el primer elemento, y la mejor prueba de una buena constitucion.

En toda república se hace culpable un ciudadano desde el punto en que llega á ser demasiado poderoso. Si las leyes no pueden impedir que los particulares adquieran muchas riquezas, y sean temibles por los muchos parciales que

adquierén , se recurrirá al ostracismo , ó al destierro , y permanecerán separados cierto número de años.

El ostracismo es un remedio violento , acaso injusto , muchísimas veces empleado en satisfacer venganzas personales , pero calificado con grandes ejemplos y autoridades , y el único que en estas ocasiones puede salvar el Estado. Sin embargo , si saliese un hombre que solamente por la sublimidad de sus virtudes se llevase tras sí todos los corazones , confieso , que en lugar de desterrarle , seria mas conforme á los verdaderos principios colocarle sobre el trono.

Hemos dicho que los ciudadanos han de ser , ó mozos que sirvan á la patria con su valor , ó ancianos , que habiéndola antes servido la dirijan con sus consejos : de esta última clase han de salir los sacerdotes , porque no seria decente que el homenaje de un pueblo libre se ofreciese á los dioses por manos acostumbradas al trabajo mecánico y servil. Se han de establecer comidas públicas , porque no hay cosa que mas contribuya á conservar la union.

Las tierras se dividirán en dos porciones , la una se destinará á las necesidades del Estado , y la otra á las de los particulares : la primera se dedicará al mantenimiento del culto religioso , y comidas públicas ; la segunda la poseerán solamente aquellos á que he dado el nombre de

ciudadanos. Ambas las cultivarán esclavos traídos de diferentes naciones.

Arreglada la forma de gobierno , hay que extender un cuerpo de leyes civiles , que sean todas conformes á las leyes fundamentales , y sirvan para cimentarlas.

Una de las mas esenciales debe ser concierne á los matrimonios. Que los esposos no sean de una edad muy desproporcionada , pues nada seria mas á propósito para sembrar entre ellos la discordia y mil desazones : que no sean , ni muy jóvenes , ni muy viejos , porque nada hace degenerar mas la especie humana : que las mugeres se casen á los diez y ocho años , poco mas ó menos , y los hombres á los treinta y siete : que los matrimonios se celebren por el solsticio de invierno * : que se permita exponer los hijos , cuando nacen con una constitucion muy debil , ó con defectos muy reparables : que se permita tambien exponerlos para evitar el exceso de poblacion. Si esta idea repugna al caracter de la nacion , señalad á lo menos el número de hijos en cada familia : y si dos esposos traspasasen la ley , ordénese á la madre destruir

* En 1772, M. Vargentin en una memoria presentada á la academia de las ciencias de Estokolmo probó , con observaciones de catorce años , que el mes de setiembre es el mes del año en que nacen mas niños. (*Gaceta de Francia* de 28 de agosto de 1772.)

el fruto de su amor, antes que este reciba los principios de la vida y del sentimiento. Proscribase severamente el adulterio, y recaigan las penas mas graves y afrentosas sobre los que deshonran tan bella union.

Despues de esto, se extiende Aristóteles sobre el modo de educar á un ciudadano; y tomándole desde la cuna, le sigue en las diversas edades de la vida, en los diferentes empleos de la república, y en sus relaciones con la sociedad. Trata de los conocimientos que deben ilustrar su entendimiento, y de las virtudes en que debe empaparse su alma; y desdoblado insensiblemente á sus ojos la cadena de sus deberes, le hace observar al mismo tiempo la cadena de las leyes que le obligarán á cumplirlos*.

Acabo de exponer algunas de las reflexiones de Aristóteles sobre el mejor de los gobiernos. Mas arriba he referido las de Platon**, como tambien las constituciones establecidas por Licurgo*** y Solon****. Otros escritores, legisladores, filósofos, oradores y poetas, han publicado

* Todo esto se ha perdido; pero es facil juzgar del orden y método que siguió Aristóteles en lo restante de su obra, por los primeros capítulos del libro octavo de la república.

** Véase el cap. Liv de este obra.

*** Véase el cap. XLV.

**** Véase la introduccion, pág. 91. y el cap. xiv.

sus ideas sobre este tan importante objeto. ¿Quién es capaz, sin un mortal fastidio, de analizar sus diferentes sistemas, y esa prodigiosa cantidad de máximas y cuestiones, que han sentado ó ventilado? Ciñámonos pues al corto número de principios en que todos convienen, ó que por su singularidad merecen recogerse.

Aristóteles no es el único que elogia la monarquía. La mayor parte de los filósofos han reconocido la excelencia de este gobierno, que han considerado, unos con respecto á la sociedad, y otros con relacion al sistema general de la naturaleza.

La constitucion mejor, dicen los primeros, seria aquella en que depositada la autoridad en un solo hombre, fuese su ejercicio arreglado á leyes sabiamente establecidas: en que el soberano, superior á todos sus súbditos, tanto por su sabiduria y virtudes, como por su autoridad, estuviese persuadido á que él mismo era como la ley, que no existe sino para la felicidad de los pueblos: en que el gobierno inspirase temor y respeto dentro y fuera, no solamente por la uniformidad de principios, el secreto en resolver, y la prontitud en ejecutar, sino tambien por su rectitud y buena fe; pues entonces se haria mas confianza de la palabra del principe, que de los juramentos de los demas hombres.

Los segundos dicen así cuanto vemos en la

naturaleza, nos conduce á la unidad : el universo está presidido por el Ser supremo; las esferas celestes por otros tantos genios; los reinos de la tierra deben serlo por otros tantos soberanos establecidos sobre el trono para conservar en sus Estados la armonía que reina en el universo. Mas para corresponder á tan alto destino, deben copiar en si mismos las virtudes de Dios, de quien son imagen, y gobernar á sus súbditos con el cariño de un padre, con la atenta vigilancia de un pastor, y la imparcial equidad de la ley.

Tales son en parte los deberes que los Griegos tienen por inherentes á la monarquía; y como han visto que casi en todas partes los principes se separan de ellos, no consideran este gobierno sino como un modelo digno de proponérselo un legislador para formar una voluntad general de todas las particulares. Si todos los gobiernos fuesen moderados, decia Platon, deberiamos buscar la felicidad en la monarquía; pero puesto que todos están viciados, es preciso vivir en la democracia.

¿Pues cuál es la constitucion que mas conviene á los pueblos sumamente amantes de su libertad? El gobierno mixto; aquel en que la monarquía, la aristocracia y la democracia se hallan combinadas por medio de leyes, que vuelven al equilibrio la balanza del poder, siempre

que se inclina demasiado hácia una de estas formas; y como este temperamento se puede hacer de una infinidad de modos, nace de aqui la prodigiosa variedad que se halla en las constituciones de los pueblos, y las opiniones de los filósofos.

Mas acordes están en la necesidad de establecer buenas leyes, en la obediencia que exigen, y en las mudanzas que deben padecer algunas veces.

Como no es dado á un simple mortal mantener el orden por sola su voluntad pasagera; se necesitan leyes en una monarquía, sin cuyo freno todo gobierno se vuelve tiránico.

Los que han dicho que la ley es el alma del Estado, han presentado una imagen perfecta de ella. En efecto, destruida la ley, el Estado no es mas que un cuerpo sin vida.

Las leyes deben ser claras, puntuales, generales, relativas al clima, y todas favorables á la virtud: es preciso que dejen lo menos posible á la decision de los jueces: han de ser severas, pero los jueces no deben serlo jamas, porque es mejor exponerse á absolver á un reo, que condenar á un inocente. En el primer caso la sentencia es un error: en el segundo es una impiedad.

Pueblos hay que han perdido en la inaccion, la superioridad que habian adquirido en las victorias, lo cual dimanó del defecto de sus leyes

que los endurecieron para los trabajos de la guerra, y no contra las dulzuras de la paz. Un legislador ha de atender menos al estado de guerra, que debe ser pasajero, que á las virtudes que enseñan al ciudadano tranquilo á no temer la guerra, ni abusar de la paz.

La multitud de leyes en un Estado, es prueba de su relajacion y decadencia, por razon de que una sociedad seria dichosa, si pudiera estar sin ellas.

Algunos querrian que á la cabeza de la mayor parte de las leyes se pusiese un preámbulo exponiendo los motivos y la mente de ellas: porque dicen que no habria cosa mas util para ilustrar la obediencia de los pueblos, y someterlos por la persuasion, antes de intimidarlos con las amenazas.

Otros creen que la ignominia es la pena que produce mejor efecto. Cuando se rescatan los delitos con dinero, se acostumbran los hombres á darle un gran valor, y muy pequeño á los delitos.

Cuanto mejores son las leyes, tanto mas peligroso es sacudir su yugo. Menos malo es tenerlas malas y guardarlas, que tenerlas buenas y quebrantarlas.

Nada hay tampoco tan peligroso como hacer en ellas frecuentes mudanzas. Entre los Locrienses de Italia, el que propone la abolicion ó alte-

racion de alguna, ha de tener puesto al cuello un lazo escurridizo, que se lo aprietan si no se aprueba su propuesta*. Entre los mismos Locrienses no es permitido violentar ó eludir las leyes á fuerza de interpretaciones. Si son equivocadas, y una de las partes se queja de la explicacion dada por el magistrado, puede citarle ante un tribunal compuesto de mil jueces, al que comparecen ambos con la soga al cuello, y la muerte es la pena que tiene aquel, cuya interpretacion sale reprobada. Los demas legisladores han declarado todos que no se debia tocar á las leyes sino con suma circunspeccion, y en caso de extrema necesidad.

¿Pero cuál es el fundamento sólido de la quietud y felicidad de los pueblos? No lo es las leyes que arreglan su constitucion ó aumentan su poder, sino las instituciones que forman ciudadanos, y dan vigor á sus almas; no las leyes que imponen penas y señalan premios, sino la voz del público, cuando reparte atinadamente el

* Demóstenes dice, que en dos siglos no se hizo mudanza ninguna en las leyes de este pueblo. Segun una de estas leyes, el que sacaba á otro un ojo, debía perder uno de los suyos. Habiendo amenazado un locriense á un tuerto con que le sacaría un ojo, este representó, que exponiéndose su enemigo á la pena del talion establecida por la ley, experimentaría una desgracia infinitamente menor que la suya. En vista de esto se decidió, que en semejante caso se sacarían los dos ojos al agresor.

desprecio y la estimacion. Tal es la decision unánime de los legisladores, de los filósofos, de todos los Griegos, y acaso de todas las naciones. El que examina atentamente la naturaleza, las ventajas é inconvenientes de las diversas especies de gobiernos, halla por último resultado, que la diferencia de costumbres basta para destruir la mejor constitucion, y para rectificar la mas defectuosa.

Las leyes débiles por si mismas, reciben su fuerza únicamente de las costumbres, que son tan superiores á ellas, como lo es la virtud á la probidad. Las costumbres hacen que se prefiera lo honesto á lo que no es mas que justo, y lo justo á lo que solamente es util. Ellas contienen al ciudadano por el temor de la opinion, mientras que las leyes no le amedrentan sino con el temor de las penas.

En el imperio de las costumbres, las almas mostrarán mucha elevacion en sus sentimientos, desconfianza de sus luces, decencia y sencillez en sus acciones. Un cierto pudor las penetrará de santo respeto á los dioses, á las leyes, á los magistrados, á la autoridad paternal, á la prudencia de los ancianos, y aun á sí mismas todavía mas que á cualquier otra cosa.

De esto resulta la indispensable necesidad que tiene todo gobierno de atender á la educacion de los niños, como en el asunto mas importante,

de criarlos en el espíritu y amor de la constitucion, en la sencillez de los tiempos antiguos, en una palabra, en los principios que para siempre deben arreglar sus virtudes, opiniones, sentimientos, y modales. Cuantos han meditado sobre el arte de gobernar á los hombres, han conocido que de la educacion de la juventud dependia la suerte de los imperios; y en vista de sus reflexiones, se puede sentar este principio luminoso: que la educacion, las leyes y las costumbres, nunca deben estar en contradiccion. Otro principio no menos cierto es que, en todos los Estados, las costumbres del pueblo se conforman á las de los gefes.

No contentos todavía Zaleuco y Carondas con dirigir á la conservacion de las costumbres las mas de las leyes que dieron, el primero á los Locrienses de Italia*, y el segundo á varios pueblos de Sicilia, pusieron al frente de sus códigos una coleccion de máximas, que pueden mirarse como los fundamentos de la moral. Pondré aquí algunas de ellas para acabar de manifestar el cómo se miraba en otro tiempo la legislacion.

Todos los ciudadanos, dice Zaleuco, deben estar persuadidos de la existencia de los dioses.

* Segun Timeo, no dió Zaleuco leyes á los Locrienses; pero en esto contradice á toda la antigüedad.

El orden y hermosura del universo los convencerán fácilmente, que este no es efecto del acaso, ni obra de la mano de los hombres. Es debido adorar á los dioses, porque son los autores de los verdaderos bienes. Debe cada uno preparar y purificar su alma, porque el homenaje del malo no honra á la divinidad; ni le lisonjean los sacrificios pomposos y magníficos espectáculos con que se adornan sus fiestas, sino que solamente se puede agradarle con buenas obras, con una virtud constante en sus principios y en sus efectos, y con un propósito firme de preferir la justicia y la pobreza, á la injusticia y á la ignominia.

Si entre los habitantes de esta ciudad, así hombres como mugeres, ciudadanos ó extranjeros, se hallasen algunos que no asientan á estas verdades, y sean naturalmente inclinados al mal, sepan que nada podrá libertar al culpable de la venganza de los dioses: tengan siempre delante de sus ojos el instante que ha de terminar su vida; aquel instante en que cada uno recuerda con tanta amargura y remordimiento el mal que ha hecho, y el bien que ha dejado de hacer.

Así pues tenga presente cada ciudadano en todas sus acciones, la hora de la muerte; y en cualquier caso que un genio maléfico le impela hácia el crimen, refúgiase á los templos, á los

pies de los altares, á todos los lugares sagrados, á pedir la asistencia divina; huya á refugiarse al lado de los hombres buenos, que le fortalecerán su flaqueza con la pintura de las recompensas destinadas á la virtud, y las desdichas anexas á la injusticia.

Respetad á vuestros padres, vuestras leyes y magistrados: amad vuestra patria, y no deseis otra; porque este deseo sería un principio de traicion. De nadie digais mal: á los guardas de las leyes toca velar sobre los culpables; pero antes de castigarlos, deben procurar corregirlos con el consejo.

Al dar sus sentencias los magistrados, olviden sus amistades y odios particulares. Los esclavos pueden estar sumisos con el temor, pero los hombres libres no deben obedecer sino á la justicia.

En vuestras acciones y pensamientos, dice Carondas, empezad siempre implorando el auxilio de los dioses, que son los autores de todas las cosas, y para alcanzarlo, absteneos del mal; porque no hay sociedad entre Dios y el hombre injusto.

Reine entre los simples ciudadanos y los que están al frente del gobierno, el mismo cariño que entre los hijos y los padres.

Sacrificad vuestros días por la patria, y considerad que vale mas morir con honor, que vivir con oprobio.

Guárdense los esposos la mutua fidelidad que se han prometido.

No debeis honrar á los muertos con lágrimas y dolor inmoderado, sino con la memoria de sus virtudes, y con las ofrendas que llevaréis todos los años á sus sepulcros.

Los jóvenes cedan al parecer de los viejos, atentos á ganarse el respeto con la regularidad de su vida. Si estos últimos se desnudasen del pudor, introducirían en el Estado el desprecio de la vergüenza, y todos los vicios que de aquí se siguen.

Detestad la infamia y la mentira: amad la virtud; tratad á los que la practican, y llegad al mas alto grado de perfeccion, haciéndoos verdaderamente hombres de bien. Volad al socorro del ciudadano oprimido; y aliviad la miseria del pobre, con tal que no sea fruto de la ociosidad. Despreciad al que se hace esclavo de las riquezas, y condenad á la ignominia al que edifica una casa mas magnífica que los edificios públicos. Usad de decencia en vuestras expresiones: reprimid la ira, y no maldigais ni aun á los que os hayan hecho mal.

Tengan siempre todos los ciudadanos estos preceptos delante de sus ojos, y en los dias festivos léanse en alta voz en las comidas, para que se graben mejor en los ánimos.

CAPITULO LXIII.

DIONISIO, REY DE SIRACUSA, EN CORINTO. EXPEDICIONES
DE TIMOLEON.

De vuelta á Atenas, despues de once años de ausencia, nos pareció, por decirlo así, llegar por la primera vez. La muerte nos habia privado de muchos amigos y conocidos: familias enteras habian desaparecido, y se habian levantado otras en su lugar: en algunas casas que frecuentábamos antes, nos recibian como extrangeros: la escena era en todo la misma, pero distintos los actores.

La tribuna de las arengas resonaba continua-

Guárdense los esposos la mutua fidelidad que se han prometido.

No debeis honrar á los muertos con lágrimas y dolor inmoderado, sino con la memoria de sus virtudes, y con las ofrendas que llevareis todos los años á sus sepulcros.

Los jóvenes cedan al parecer de los viejos, atentos á ganarse el respeto con la regularidad de su vida. Si estos últimos se desnudasen del pudor, introducirían en el Estado el desprecio de la vergüenza, y todos los vicios que de aquí se siguen.

Detestad la infamia y la mentira: amad la virtud; tratad á los que la practican, y llegad al mas alto grado de perfeccion, haciéndoos verdaderamente hombres de bien. Volad al socorro del ciudadano oprimido; y aliviad la miseria del pobre, con tal que no sea fruto de la ociosidad. Despreciad al que se hace esclavo de las riquezas, y condenad á la ignominia al que edifica una casa mas magnífica que los edificios públicos. Usad de decencia en vuestras expresiones: reprimid la ira, y no maldigais ni aun á los que os hayan hecho mal.

Tengan siempre todos los ciudadanos estos preceptos delante de sus ojos, y en los dias festivos léanse en alta voz en las comidas, para que se graben mejor en los ánimos.

CAPITULO LXIII.

DIONISIO, REY DE SIRACUSA, EN CORINTO. EXPEDICIONES
DE TIMOLEON.

De vuelta á Atenas, despues de once años de ausencia, nos pareció, por decirlo así, llegar por la primera vez. La muerte nos habia privado de muchos amigos y conocidos: familias enteras habian desaparecido, y se habian levantado otras en su lugar: en algunas casas que frecuentábamos antes, nos recibian como extrangeros: la escena era en todo la misma, pero distintos los actores.

La tribuna de las arengas resonaba continua-

mente con quejas contra Filipo, las que sobresaltaban á unos, y otros las oían con indiferencia. Demóstenes habia acusado recientemente á Esquines, de haberse vendido á este principe, cuando fué enviado á Macedonia para ajustar la última paz; y como Esquines habia ensalzado la modestia de los oradores antiguos, quienes arengando al pueblo, no hacian gestos descompasados: « no, no, exclamó Demóstenes, no es en la tribuna donde se deben tener metidas las manos debajo de la capa, pero sí en una embajada. » Este tiro produjo efecto, pero sin embargo, la acusacion no tuvo consecuencia.

Por mucho tiempo estuvimos acosados de preguntas sobre el Egipto y la Persia; pero despues volví yo á mis antiguas investigaciones. Un dia que pasaba por la plaza pública, vi un gran número de novelistas que iban, venian, se agolpaban en tumulto, y no sabian cómo explicar su admiracion. ¿Pues qué hay? dije acercándome. — Dionisio está en Corinto, me respondieron. — ¿Qué Dionisio? — El rey de Siracusa; aquel tan poderoso y tan temido. Timoleon le ha arrojado del trono, y le ha hecho poner en una galera, que acaba de traerle á Corinto, donde ha legado * sin escolta, sin amigos, y sin parien-

* El año 343 antes de J. C.

tes; pues todo lo ha perdido, menos la memoria de lo que fué.

A poco me confirmó esta noticia Eurialo, á quien hallé en casa de Apolodoro. Este Eurialo era un corintio con quien habia tenido yo cierta amistad, y él la habia tenido en otro tiempo con Dionisio; y habiéndome dicho que dentro de pocos meses tenia que volverse á Corinto, determiné de acompañarle, y contemplar despacio uno de los mas singulares fenómenos de la fortuna.

Luego que llegamos á esta ciudad, vimos á la puerta de una taberna, un hombre grueso, envuelto en un mal vestido, á quien el tabernero, movido al parecer de compasion, le daba los residuos de algunas botellas de vino. Admitia y rechazaba riéndose las groseras bufonadas de algunas mugeres de mala vida, y sus chistes divertian al populacho que se habia juntado al rededor de él.

Eurialo me propuso que bajásemos del carriage, no sé con qué pretexto, y que no dejásemos aquel hombre. Fuimos tras él hasta un parage donde estaban ejercitando á unas mugeres, que en las fiestas inmediatas habian de cantar en los coros; y les hacia repasar sus papeles, les dirigia la voz, y disputaba con ellas sobre el modo de expresar ciertos pasos. Despues fué á casa de un perfumador, donde desde luego

se presentaron á nuestros ojos el filósofo Diógenes, y el músico Aristóxenes*, quienes hacia unos cuantos días que habian llegado á Corinto. Acercóse el primero al incógnito, y le dijo: «no merecias tú la suerte que tienes. — ¿Te compadeces pues de mis males? respondió el «desgraciado; te lo agradezco. ¡Compadecerme yo de tus males! replicó Diógenes: te engañas, vil esclavo; tu debias vivir y morir, como tu «padre, en el terror de los tiranos; y me indigno al verte en una ciudad, en donde puedes «sin temor gozar todavía de algunos placeres.»

Eurialo, dije yo entonces asombrado, ¿con que es este el rey de Siracusa? El mismo, me respondió: no cae en quien soy yo; porque parece que el exceso del vino le ha acertado la vista: escuchemos lo demas de su conversacion. Dionisio la mantuvo con tanto ingenio como moderacion. Aristóxenes le preguntó la causa de la desgracia de Platon: «No hay mal que no venga «á un tirano, respondió; pero el mayor de todos «es tener amigos que le occultan la verdad. Yo «seguí el consejo de ellos, y aparté de mí á Platon. ¿Y qué sucedió? Que yo era el rey de Siracusa, y ahora soy maestro de escuela en «Corinto.» En efecto, le vimos mas de una vez

* Este debe de ser el mismo de quien nos ha quedado un tratado de música, inserto en la colección de Meibomio.

en una encrucijada explicar á los niños los principios de la gramática.

El mismo motivo que me habia llevado á mí á Corinto, traia allí diariamente muchos extrangeros. Unos manifestaban cierta compasion al ver aquel infeliz principe: los mas disfrutaban deliciosamente de aquel espectáculo que las circunstancias hacian mas interesante; porque como Filipo estaba próximo á esclavizar á la Grecia, saciaban en el rey de Siracusa el odio que les inspiraba el rey de Macedonia. El ejemplo instructivo de un tirano, sumido repentinamente en la mas profunda humillacion, fué pronto el único consuelo de estos arrogantes republicanos: algun tiempo despues, los Lacedemonios no respondieron á las amenazas de Filipo, mas que con estas enérgicas palabras: *Dionisio en Corinto.*

Nosotros tuvimos varias conversaciones con él, en las cuales notamos que no tenia dificultad en confesar sus yerros, sin duda porque no le habian costado mucho. Eurialo le manifestó deseos de saber lo que pensaba acerca del respeto que le tributaban en Siracusa. Yo, respondió, mantenía una porcion de sofistas y de poetas en mi palacio; á quienes no estimaba, bien que me servian para darme cierta reputacion. Conocieron mis cortesanos que empezaba á debilitárseme la vista, y todos, por decirlo así,

quedaron ciegos, de manera, que ya no distinguían nada; si se encontraban delante de mí, tropezaban unos con otros; y en nuestras comidas, tenía yo que dirigirles las manos que llevaban á tuestas sobre la mesa. ¿Y no os incomodaba esa bajeza? le dijo Eurialo. Algunas veces, respondió Dionisio; ¡pero es tan dulce perdonar!

En esto, un corintio que quería hacer el gracioso, y cuya probidad era sospechosa, se presentó en el umbral de la puerta, parándose allí, y para dar á entender que no llevaba puñal debajo del manto, hizo ademán de sacudirlo muchas veces, como hacen los que se acercan á los tiranos. Esa diligencia, le dijo Dionisio, vendría mejor cuando salieseis de aquí.

A breve rato entró otro particular, que le molía con preguntas importunas. Dionisio nos dijo en voz baja, suspirando: «¡dichosos los que aprendieron á sufrir desde su infancia!»

Estos ultrajes se renovaban á cada paso; bien que él daba motivo para ello, pues andaba cubierto de andrajos, pasando su vida en las tabernas y en las calles, con los hombres de la plebe, con quienes trataba como compañeros de sus diversiones. Todavía se distinguía en su alma aquel fondo de inclinaciones bajas que recibió de la naturaleza, y aquellos pensamientos elevados que debía á su primer estado; y así es que

hablaba como un sabio, y obraba como un loco. Yo no podía explicar el misterio de su conducta; pero un siracusano que lo había estudiado con atención, me dijo: además de ser de ánimo demasiado débil y ligero, para ser más comedido en la adversidad, que en la prosperidad, ha echado de ver, que el aspecto de un tirano aun destronado, difunde la desconfianza y el espanto entre los hombres libres. Si prefiriese la oscuridad al envilecimiento, su tranquilidad sería sospechosa á los Corintios, quienes favorecen la rebelión de la Sicilia; y temeroso de que lleguen á temerle, se libra del odio de ellos por medio de su desprecio.

Habíalo logrado todo entero mientras yo estuve en Corinto, y más adelante logró el de toda la Grecia. Fuese por miseria, ó por locura, se alistó en una tropa de sacerdotes de Cibele, con quienes iba por las ciudades y lugares con un tamboril en la mano, cantando y bailando al rededor de la imagen de la diosa, y alargando la mano para recibir algunas cortas limosnas.

Antes de ponerse á estas escenas bajas, le dieron el permiso de ausentarse de Corinto, y viajar por la Grecia. El rey de Macedonia le recibió con distinción. En la primera conversación le preguntó Filipo, que cómo había podido perder el imperio que su padre conservó por tanto tiempo. «Porque heredé su poder, respondió, y

« no su fortuna. » Habiéndole hecho antes un corintio la misma pregunta, había respondido: « cuando mi padre subió al trono, estaban cansados los Siracusanos de la democracia, y cuando me han forzado á bajar de él, lo estaban de la tiranía. » Un día que se hablaba de las poesías de Dionisio el viejo en la mesa del rey de Macedonia, le dijo este: « ¿qué tiempo escogía vuestro padre para componer tantas obras? — El que vos y yo gastamos aquí en beber, » respondió él.

Sus vicios le hicieron dos veces infeliz, y su destino le opuso cada vez uno de los mayores hombres que ha producido este siglo. Dion fué el primero, y Timoleon el segundo. Voy á hablar de este último, y referiré lo que oí en los últimos años de mi estancia en Grecia.

Dijimos mas arriba*, que Timoleon, despues de la muerte de su hermano, se habia separado por algun tiempo de Corinto, y para siempre de los negocios públicos. Cerca de veinte años llevaba pasados en un destierro voluntario, cuando los de Siracusa, no pudiendo aguantar mas á sus tiranos, imploraron el auxilio de los Corintios, de quienes traian su descendencia. Resolvieron estos últimos levantar tropas; y estando vacilantes, sobre á quien elegirían por general,

* Véase el capítulo ix de esta obra.

una voz nombró por casualidad á Timoleon, y al punto se siguió una aclamacion universal. La acusacion puesta en otro tiempo contra él, estaba pendiente todavía; los jueces pusieron la decision en sus manos, diciéndole: Timoleon, segun os porteis en Sicilia, diremos, que matasteis á un hermano, ó á un tirano.

Los Siracusanos se creian á la sazón sin recurso. Icetas, gefe de los Leontinos, cuyo auxilio habian implorado, no pensaba mas que en avasallarlos, y acababa de hacer liga con los Cartagineses. Dueño de Siracusa, tenia sitiado á Dionisio en la ciudadela; en tanto que la armada de los Cartagineses cruzaba en las inmediaciones, para interceptar la de los Corintios. En lo interior de la isla, una experiencia fatal, habia enseñado á las ciudades griegas á desconfiar de todos los que se mostraban solícitos en socorrerlas.

Salió Timoleon con diez galeras, y un corto número de soldados, y sin que se lo estorbase la armada de los Cartagineses, abordó á Italia, y de allí pasó á Tauromenio de Sicilia. Entre esta ciudad y la de Siracusa está la ciudad de Adrano, cuyos habitantes habian enviado á llamar, unos á Icetas, y otros á Timoleon, y ambos marchaban al mismo tiempo, el primero al frente de cinco mil hombres, y el segundo con mil y doscientos; cuando estando Timoleon á

treinta estadios de Adraño*, supo que acababan de llegar las tropas de Ictas, y andaban ocupadas en alojarse al rededor de la ciudad; con cuya noticia aceleró el paso, y dió sobre ellas con tal orden é impetu, que abandonaron sin resistencia el campo, el bagage y muchos prisioneros.

Este accidente mudó repentinamente la disposicion de los ánimos, y el semblante de los negocios; siendo tan pronta la revolucion, que á los cincuenta dias de haber llegado Timoleon á Sicilia, los pueblos de esta isla deseaban su alianza: algunos de los tiranos juntaron sus fuerzas á las que él tenia, y el mismo Dionisio se rindió á discrecion, y le entregó la ciudadela de Siracusa, con los tesoros y tropas que habia recogido en ella.

No es mi objeto especificar los sucesos de esta gloriosa expedicion; y así solo diré, que si Timoleon, cuando todavía era mozo, habia mostrado en los combates la madurez de la edad avanzada, ahora al fin de su vida, manifestó el ardor y actividad de la juventud: diré que desplegó todos los conocimientos y todas las prendas de un gran general; que al frente de un corto número de tropas, libró á la Sicilia de los tira-

* Una legua y trescientas treinta y cinco toesas (cerca de una legua de España).

nos que la oprimian, y la defendió de una potencia aun mas formidable, que queria subyugarla; que con seis mil hombres puso en fuga á un ejército de setenta mil cartagineses; y por último, que sus proyectos iban ordenados con tanta sabiduría, que parecia árbitro de las contingencias y de los acaecimientos.

Pero la gloria de Timoleon no consiste en la rápida y venturosa sucesion de sus proezas, que él mismo atribuia á la fortuna, y hacia que el esplendor de ellas recayese sobre su patria; sino que está fundada en otra sucesion de conquistas mas dignas del reconocimiento de los hombres.

El hierro habia cortado la vida de una gran parte de los habitantes de Sicilia; sin contar los muchos que habian evitado con la fuga, la opresion de sus déspotas, dispersándose por la Grecia, islas del mar Egeo, y costas de Asia. Corinto, animada del mismo espíritu que su general, les convidó por medio de sus diputados, á volver á su patria, dándoles para ello naves, escolta, y á su llegada á Sicilia, tierras que repartir. Al mismo tiempo declararon los heraldos de su parte, en los juegos solemnes de la Grecia, que Corinto reconocia la independencia de Siracusa y de toda la Sicilia.

A esta voz de libertad, que resonó tambien en toda la Italia, pasaron á Siracusa sesenta mil hombres, unos para gozar en ella los derechos

de ciudadanos, y otros para distribuirse por lo interior de la isla.

La forma de gobierno habia sufrido últimamente muchas revoluciones, y estaban sin vigor las leyes, que durante la guerra del Peloponeso, formó una junta de hombres sabios, estando al frente de ella aquel Diocles, cuya memoria fué consagrada con un templo, que mandó demoler Dionisio el viejo. Este legislador severo prohibió con pena de muerte, el presentarse con armas en la plaza pública; y habiendo algun tiempo despues hecho los enemigos una irrupcion en las inmediaciones de Siracusa, salió de su casa con la espada en la mano, al mismo tiempo que le dijeron, que habia un motin en la plaza; lo cual oido, se fué allá, y un particular exclamó: « ya habeis abrogado vuestra ley.— Mejor direis « que la he confirmado, » respondió, metiéndose la espada por el pecho.

Sus leyes establecian la democracia, pero á fin de enmendar los vicios de este gobierno, castigaban con rigor toda especie de injusticias; y para no dejar nada al capricho de los jueces, señalaban en lo posible, la decision para cada caso, y la pena para cada delito; con todo, como ademas de estar escritas en language antiguo, su extremada concision perjudicaba á la claridad, las revió Timoleon con Céfalo y Dionisio, dos corintios que tenia á su lado. Con esto, las

concernientes á los particulares se conservaron, añadida la interpretacion y declaracion de su sentido; se reformaron las pertenecientes á la constitucion, poniendo freno á la licencia del pueblo, sin perjuicio de su libertad; y con la mira de asegurarle para siempre el goce de esta libertad, le estimuló Timoleon á derribar todas las ciudadelas que servian de guarida á los tiranos.

La poderosa república de Cartago, forzada á pedir la paz á los Siracusanos, los opresores de la Sicilia destruidos sucesivamente, las ciudades restituidas á su esplendor, los campos cubiertos de mieses, un comercio floreciente, por todas partes la imagen de la union y felicidad, veis ahí los beneficios que Timoleon hizo á este hermoso pais; y ahora veréis el fruto que recogió.

Reducido voluntariamente al estado de simple particular, vió acrecentarse cada vez mas la consideracion en que le tenian. Los de Siracusa le obligaron á aceptar en su ciudad una casa distinguida, y en las inmediaciones una quinta agradable, donde pasaba los dias tranquilos con su muger y sus hijos, que mandó venir de Corinto. Allí recibia sin cesar los tributos de estimacion y reconocimiento que le ofrecian los pueblos, mirándole como su segundo fundador. Cuantos tratados y reglamentos se hacian en Sicilia, ya cerca, ya lejos, venian á sujetarlos á

sus luces, y nada se hacia sin su aprobacion.

Perdió la vista en edad bastante avanzada; desgracia que sintieron mas los Siracusanos que el mismo Timoleon, y con este motivo creció mas el amor y respeto que le tenian. Cuando llegaba algun extranjero, lo llevaban á verle, y le decian: aqui teneis á nuestro bienhechor y nuestro padre: el que ha preferido al triunfo espléndido que le aguarda en Corinto, y á la gloria que hubiera adquirido en toda la Grecia, el placer de vivir en medio de sus hijos. Timoleon no daba á las alabanzas que le prodigaban, mas que esta respuesta modesta: « los dioses que rian salvar la Sicilia; y yo les doy gracias de haberme elegido por instrumento de sus honradas. »

Todavía se descubria mas á las claras el amor de los Siracusanos, cuando en la junta general se agitaba alguna cuestion importante; en cuyo caso iban diputados á convidarle á ir á ella: subia en un carro, y luego que llegaba, el pueblo le saludaba en alta voz. Timoleon correspondia al saludo, y luego que cesaban los extremos del alborozo y del amor, se informaba del punto que se trataba, y daba su dictamen, á que se conformaban todos los votos. Al retirarse, volvía á pasar por la plaza, oyéndose las mismas aclamaciones hasta que le perdian de vista.

El reconocimiento de los Siracusanos, lejos

de parar aqui, llegó á decretar que el dia del nacimiento de Timoleon se tuviese por festivo, y que pedirian un general á Corinto, siempre que tuviesen guerra con alguna nacion extranjera.

Quando murió, no halló consuelo el dolor público sino en los honores concedidos á su memoria. Dióse tiempo á los habitantes de las ciudades circunvecinas para venir á Siracusa á asistir al acompañamiento. Los jóvenes á quienes tocó por suerte, le llevaron en hombros. Iba echado en un lecho ricamente adornado, acompañándole un número infinito de hombres y mugeres, coronados de flores, y vestidos de blanco, que hacian resonar los aires con el nombre y alabanzas de Timoleon; pero sus gemidos y lágrimas eran los mejores testigos de la ternura y del dolor.

Puesto el cuerpo sobre la pira, leyó un heraldo en alta voz el decreto siguiente: « el pueblo de Siracusa, reconocido á Timoleon, por haber destruido los tiranos, vencido á los bárbaros, reedificado muchas ciudades principales, y dado leyes á los Sicilianos, ha resuelto dedicar doscientas minas* á sus funerales, y honrar todos los años su memoria con certá-

* Diez y ocho mil libras (67,000 rs. vn.).

« menes de música, carreras de caballos, y
« juegos gimnásticos. »

Otros generales se han distinguido con mayores conquistas; pero ninguno ha hecho tan grandes cosas. Timoleon emprendió la guerra para trabajar por la felicidad de la Sicilia, y cuando la acabó no tuvo otra ambicion que la de ser amado.

Hizo respetar y amar la autoridad mientras la tuvo; y cuando se despojó de ella la respetó y amó mas que ningun ciudadano. Un día que se atrevieron dos oradores á acusarle en junta plena, de malversacion en las plazas que habia ocupado, contuvo al pueblo, levantado contra ellos, diciéndole: « yo no he arrojado tantos
« trabajos y peligros, mas que para poner al
« menor ciudadano en estado de defender las
« leyes, y decir libremente su pensamiento. »

Tuvo un imperio absoluto sobre los corazones, porque fué afable, modesto, sencillo, desinteresado, y sobre todo infinitamente justo. Tantas virtudes desarmaban á los que oprimia el esplendor de sus acciones, y la superioridad de sus luces. Timoleon experimentó, que despues de hacer grandes servicios á una nacion, basta dejarla obrar para ser adorado.



CAPITULO LXIV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. FISICA. HISTORIA
NATURAL. GENIOS.

A mi vuelta de Corinto, fui á casa de Euclides, donde me restaba que recorrer parte de su biblioteca; y le hallé con Meton y Anaxarco. El primero era de Agrigento en Sicilia, y de la misma familia que el célebre Empédocles; y el segundo era de Abdera de Tracia, y de la escuela de Demócrito: cada uno estaba, con un libro en la mano, como abismado en una meditacion profunda.

Euclides me enseñó algunos tratados sobre los

« menes de música, carreras de caballos, y
« juegos gimnásticos. »

Otros generales se han distinguido con mayores conquistas; pero ninguno ha hecho tan grandes cosas. Timoleon emprendió la guerra para trabajar por la felicidad de la Sicilia, y cuando la acabó no tuvo otra ambicion que la de ser amado.

Hizo respetar y amar la autoridad mientras la tuvo; y cuando se despojó de ella la respetó y amó mas que ningun ciudadano. Un día que se atrevieron dos oradores á acusarle en junta plena, de malversacion en las plazas que habia ocupado, contuvo al pueblo, levantado contra ellos, diciéndole: « yo no he arrojado tantos
« trabajos y peligros, mas que para poner al
« menor ciudadano en estado de defender las
« leyes, y decir libremente su pensamiento. »

Tuvo un imperio absoluto sobre los corazones, porque fué afable, modesto, sencillo, desinteresado, y sobre todo infinitamente justo. Tantas virtudes desarmaban á los que oprimia el esplendor de sus acciones, y la superioridad de sus luces. Timoleon experimentó, que despues de hacer grandes servicios á una nacion, basta dejarla obrar para ser adorado.



CAPITULO LXIV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. FISICA. HISTORIA
NATURAL. GENIOS.

A mi vuelta de Corinto, fui á casa de Euclides, donde me restaba que recorrer parte de su biblioteca; y le hallé con Meton y Anaxarco. El primero era de Agrigento en Sicilia, y de la misma familia que el célebre Empédocles; y el segundo era de Abdera de Tracia, y de la escuela de Demócrito: cada uno estaba, con un libro en la mano, como abismado en una meditacion profunda.

Euclides me enseñó algunos tratados sobre los

animales, plantas y fósiles. De esta materia, me dijo, tengo poco: la afición á la historia natural, y á lo que propiamente se llama física, no se ha introducido entre nosotros sino de pocos años á esta parte; y no es porque no haya habido muchos hombres de grande ingenio que se diesen antiguamente á la contemplacion de la naturaleza; pues en otra ocasion os di á conocer sus obras, y sin duda os acordareis del discurso en que el gran sacerdote de Cerea os dió una idea sucinta de sus sistemas*. Entonces visteis como se dedicaron mas á conocer las causas que los efectos, y la materia de los seres mas que sus formas.

Sócrates dirigió la filosofía á la utilidad pública; y sus discípulos, á ejemplo suyo, consagraron sus vigilias al estudio del hombre. Lo demas del universo quedó suspendido casi por un siglo, y renovado en nuestros dias, procede con mayores luces y mejor juicio. Verdad es que se agitan cuestiones generales en que los filósofos antiguos estaban discordes; pero al mismo tiempo se trata de proceder de los efectos á las causas, de lo conocido á lo desconocido. En consecuencia se pone mucha atencion en los pormenores, y se empieza á recoger y comparar los hechos.

En otro tiempo detenia los progresos de la

* Véase el capítulo xxx de esta obra.

ciencia un defecto esencial; y es que no se ponía bastante atencion en explicar la esencia de cada cuerpo, ni en definir los términos que se empleaban, por cuya omision llegó á causar tanto tedio el estudio de la física, que se abandonó cabalmente en el momento en que empezó el arte de las definiciones. Esto sucedió en tiempo de Sócrates.

A estas palabras, se acercaron á nosotros Anaxarco y Meton. ¿Pues qué, dijo el primero, no ha dado Demócrito definiciones exactas? ¿Pues qué, dijo el segundo, no se ha aplicado Empédocles al análisis de los cuerpos? Sí, respondió Euclides, mas que los otros filósofos; pero no tanto como debian hacerlo. Entonces se animó la conversacion: Euclides defendia con viveza la doctrina de Aristóteles su amigo; Anaxarco y Meton la de sus compatriotas, y mas de una vez acusaron á Aristóteles de haber alterado en sus obras los sistemas de los antiguos, para combatirlos con mas facilidad. Meton pasó mas adelante, asegurando que Aristóteles, Platon, y aun el mismo Sócrates, habian bebido en los escritos de los pitagóricos de Italia y de Sicilia, casi todo lo que enseñan sobre la naturaleza, la política y la moral; á lo que añadió: en aquellos países afortunados es donde nació la verdadera filosofía; y Pitágoras es á quien se debe este beneficio.

Venero profundamente á ese hombre grande, replicó Euclides; pero supuesto que él y los demás filósofos se han apropiado, sin decirlo, las riquezas del Egipto, del Oriente, y de todos los pueblos que nosotros llamamos bárbaros, ¿no tenemos nosotros el mismo derecho de trasferirlas á la Grecia? Tengamos la generosidad de perdonarnos mutuamente nuestros hurtos, y tened vosotros la de hacer á mi amigo la justicia que se merece. Le he oído decir muchas veces que se han de examinar las opiniones con la equidad de un juez imparcial: si él se separa de esta regla, yo le condeno. No siempre cita los autores, de cuyos conocimientos se ha valido, porque ha declarado en general, que su designio era aprovecharse de ellos; mas á menudo los cita, cuando los impugna, porque la celebridad de su nombre era bastante para acreditar los errores que se proponia destruir.

Aristóteles ha tomado posesion del depósito de los conocimientos, que han aumentado vuestros desvelos y los nuestros: él lo aumentará con sus tareas, y haciéndolo pasar á la posteridad, levantará el monumento mas magnifico, no á la vanidad de una escuela particular, sino á la gloria de todas las escuelas.

Yo le conocí en la academia; el tiempo ha estrechado nuestra amistad, y desde que salió de Atenas, tengo correspondencia seguida con él.

Vosotros, que no podeis juzgarle sino por el corto número de obras que ha publicado, oid cual es la extension de sus proyectos, y dadle en cara, si os atreveis, con errores y omisiones.

La naturaleza, que no dice cosa alguna á la mayor parte de los hombres, le advirtió desde muy temprano, que le habia escogido por su confidente é intérprete. No os diré que, nacido con las mas bellas disposiciones, hizo rápidos progresos en la carrera de las ciencias y de las artes; que desde su juventud se le vió devorar las obras de los filósofos, recrearse en las de los poetas, apropiarse los conocimientos de todos los paises y de todos los tiempos; pues esto seria alabarle como se alaba al comun de los hombres grandes. Lo que le distingue es el gusto y el don de la observacion; el reunir en sus investigaciones la actividad mas extraordinaria con la mas pertinaz constancia, y tambien aquella penetracion, aquella sagacidad maravillosa, que en un instante le conduce á los resultados, y pudiera hacer creer que su entendimiento obra mas por instinto que por reflexion; y por fin, el haber concebido, que todo cuanto la naturaleza y el arte presentan á nuestros ojos, no es mas que una sucesion inmensa de hechos, todos dependientes de una cadena comun, á veces tan parecidos, que se equivocan fácilmente entre sí; y tan diferentes, que es menester distinguir-

los. Por eso ha tomado el partido de asegurar sus pasos con la duda, de aclararlos con el uso frecuente de definiciones, divisiones y subdivisiones, y de no internarse en la morada de la verdad, hasta despues de haber reconocido los alrededores del recinto donde está encerrada.

Tal es el método que seguirá en la ejecucion de un proyecto, capaz de arredrar á cualquier otro, pues es la historia general y particular de la naturaleza. Primeramente hablará de puntos generales, como del origen ó eternidad del mundo, de las causas, principios y esencia de los seres; de la naturaleza y acción recíproca de los elementos, y de la composición y descomposición de los cuerpos; en donde entrarán y se examinarán las cuestiones sobre el infinito, el movimiento, el vacío, el espacio y el tiempo.

Describirá en todo ó en parte lo que existe y lo que sucede en los cielos, en lo interior y sobre la superficie de nuestro globo: en los cielos, considerará los meteoros, las distancias y revoluciones de los planetas, la naturaleza de los astros, y de las esferas en que están como clavados: en el seno de la tierra, los fósiles, los minerales, y las conmociones violentas que trastornan este globo, y en su superficie, los mares, los rios, las plantas y los animales.

Como el hombre está sujeto á una infinidad de necesidades y deberes, se le considerará en to-

dos sus aspectos. La anatomía del cuerpo humano, la naturaleza y facultades del alma, los objetos y órganos de las sensaciones, las reglas propias para dirigir las mas delicadas operaciones del entendimiento, y los mas íntimos movimientos del corazón; las leyes, los gobiernos, las ciencias y las artes: sobre todos estos objetos importantes, añadirá el historiador sus luces á las de los siglos precedentes; y conforme al método de muchos filósofos, aplicando siempre la física á la moral, nos hará mas ilustrados, para hacernos mas felices.

Allí teneis el plan de Aristóteles, segun he podido colegir de sus conversaciones y sus cartas; bien que no sé si podrá sujetarse al orden que acabo de indicar. ¿Y por qué no le ha de seguir, le dije yo? Porque hay ciertas materias, respondió Euclides, que exigen declaraciones preliminares. Sin salir de su gabinete, en donde ha juntado una biblioteca preciosa, podrá tratar muchas materias; mas cuando tenga que delinear la historia y propiedades de todos los animales esparcidos por la tierra, ¿qué multitud de observaciones penosas no necesitará! Sin embargo, estas dificultades estimulan mas su ánimo; y además de los materiales que tiene entre manos, funda sus esperanzas en la protección de Filipo, de quien ha merecido la estimación; y en la de Alejandro su hijo, de cuya educación va á en-

cargarse. Si es verdad, como se dice, que este principe manifiesta particular inclinacion á las ciencias, espero que en subiendo al trono, proporcionará á su maestro los medios de acelerar los progresos de ellas.

Apenas acabó Euclides, cuando Anaxarco tomando la palabra, dijo: yo podria atribuir á Demócrito el mismo proyecto que decis de Aristóteles. Yo veo aquí las obras sin número que ha publicado Demócrito sobre la naturaleza y las diferentes partes del universo; sobre los animales y las plantas; sobre nuestra alma, nuestros sentidos, nuestros deberes, y nuestras virtudes; sobre la medicina, anatomía, agricultura, geometría, astronomía y geografía; y añadiré sobre la música y poesía; sin hablar de aquel estilo amenísimo, que derrama las gracias sobre las materias mas abstractas. La opinion pública le ha señalado el primer lugar entre los físicos que han aplicado los efectos á las causas. Todos admiran en sus escritos la multitud de ideas nuevas, á veces muy atrevidas, y por lo comun atinadas. Bien sabeis, que á ejemplo de Leucipo su maestro, cuyo sistema perfeccionó, admite el vacío, los átomos y torbellinos: que mira á la luna como una tierra poblada de habitantes, que tiene á la vía lactea por una multitud de estrellitas; que reduce todas nuestras sensaciones al tacto; y siempre ha negado que los colores y demas ca-

lidades sensibles sean inherentes á los cuerpos.

Antes de él hubo quien hablase de algunos de estos puntos, pero Demócrito tuvo el mérito de adoptarlos y extenderlos; y ademas fué el primero que concibió otros pensamientos de que la posteridad juzgará si son rasgos del ingenio, ó extravíos del entendimiento; y acaso descubrirá lo que él no pudo mas que adivinar. Si yo fuera capaz de sospechar envidia en vuestros filósofos, diria que Platon hace estudio de no nombrarle en sus obras, y Aristóteles de impugnarle á cada paso.

Euclides llevó muy á mal semejante acusacion; con lo que volvieron á las cuestiones ya tratadas, y unas veces cada atleta combatia solo, y otras el tercero tenia que sostener los esfuerzos de los otros dos. Suprimiendo las discusiones para no atenerme mas que á los resultados, voy á exponer en pocas palabras la opinion de Aristóteles y la de Empédocles sobre el origen y gobierno del universo. En otra parte he dicho la de Demócrito sobre la misma materia*.

Todos los filósofos, dijo Euclides, han sentado que el mundo habia sido hecho para durar siempre, segun unos; para acabarse algun dia, segun otros, y para acabarse y reproducirse por intervalos periódicos, segun los terceros. Aristóteles

* Véase el capítulo xxx de esta obra.

defiende que el mundo ha existido y existirá siempre. Permitidme que os interrumpa, dijo Meton: antes de Aristóteles, muchos de nuestros pitagóricos, y entre otros Ocelo de Lucania, habian admitido la eternidad del mundo. Es verdad, respondió Euclides; pero Aristóteles ha consolidado este pensamiento con nuevas pruebas, y ciniéndome á las que toma del movimiento, veis aqui lo que dice: si el movimiento tuvo principio, se imprimiria en su origen á unos seres preexistentes; los cuales seres ó habian sido producidos, ó existian desde la eternidad. En el primer caso no pudieron ser producidos, sino por un movimiento anterior al que suponemos ser el primero: en el segundo caso es preciso decir que los seres estaban en quietud antes de ser movidos: es así que la idea de quietud lleva siempre consigo la de un movimiento suspendido, del cual es privacion; luego el movimiento es eterno.

Algunos admiten la eternidad de la materia, y dan cierto origen al universo: las partes de la materia, dicen estos, estuvieron agitadas sin orden en el caos, hasta el momento en que se reunieron para formar los cuerpos. Nosotros respondemos que este movimiento debia ser ó conforme ó contrario á las leyes de la naturaleza, pues no conocemos otras. Si era conforme á ellas, el mundo ha existido siempre; si contra-

rio, nunca hubiera podido existir; porque en la primera suposicion, las partes de la materia hubieran tomado por sí mismas y desde la eternidad, el orden y arreglo que tienen en el dia: en la segunda, jamas hubieran podido tomarle, pues el movimiento contra naturaleza separa y destruye, en lugar de reunir y construir. ¿Y quién comprenderá jamas que unos movimientos irregulares hayan podido componer ciertas sustancias, como los huesos, la carne, y otras partes de nuestro cuerpo?

Nosotros vemos por todas partes una infinidad de fuerzas motrices, que, obrando unas en otras, producen una continuidad de causas y de efectos. Así, la piedra es movida por el palo, el palo por el brazo, y este por la voluntad, etc. No pudiendo extenderse la sucesion de estas fuerzas hasta el infinito, se para en ciertos motores, ó mas bien en un motor único, que existe desde la eternidad; y es el ser necesario, el primero y mas excelente de todos los seres; esto es, el mismo Dios; el cual es inmutable, inteligente, indivisible, sin extension; reside mas arriba del recinto del mundo, y halla su felicidad en la contemplacion de sí mismo.

Como su poder está siempre en accion, comunica y comunicará sin interrupcion el movimiento al primer movil, y á la esfera de los cielos, donde están las estrellas fijas, segun lo

ha comunicado desde la eternidad. Y en efecto, ¿qué fuerza hubiera encadenado su brazo, ó podría encadenarlo en adelante? ¿Por qué habia de haber empezado el movimiento en una época mas bien que en otra? ¿Por qué se habia de acabar algun dia?

El movimiento del primer movil se comunica á las esferas inferiores, y les hace moverse todos los dias de oriente á occidente; pero ademas tiene cada una de ellas uno ó muchos movimientos dirigidos por sustancias eternas é inmateriales.

Estos agentes secundarios están subordinados al primer motor, poco mas ó menos, como en un ejército lo están los oficiales al general. Este dogma no es nuevo; pues segun las tradiciones antiguas, la divinidad abraza toda la naturaleza; y aunque las hayan alterado con fábulas monstruosas, no dejan de conservar las reliquias de la doctrina verdadera.

Movido el primer movil por la accion inmediata del primer motor, accion siempre simple, y siempre la misma, no experimenta mudanza, generacion ni corrupcion. En esta uniformidad constante y apacible, es donde resplandece el caracter de la inmortalidad.

Lo mismo sucede en las esferas inferiores; pero la diversidad de sus movimientos produce en la tierra y en la region sublunar ciertas revo-

luciones continuas, como son la destruccion y reproduccion de los cuerpos.

Despues de haber procurado Euclides manifestar la conexion de estos efectos con las causas que habia indicado, continuó de esta manera:

La excelencia y hermosura del universo, consisten en el orden que lo perpetúa; orden que se descubre mejor en los cielos que en la tierra; orden á que se encaminan todos los seres, mas ó menos directamente. Así como en una casa bien arreglada, los hombres libres, los esclavos, y las caballerias de carga, concurren al mantenimiento de la comunidad con mas ó menos celo y fruto, segun se acercan mas ó menos á la persona del gefe; del mismo modo, en el sistema general de las cosas, todos los esfuerzos se dirigen á la conservacion del todo con mas prontitud y concierto en los cielos, donde es mas eficaz el influjo del primer motor; y con mas negligencia y confusion en los espacios sublunares, porque están mas apartados de su vista.

De esta tendencia universal de los seres á un mismo fin resulta, que la naturaleza lejos de hacer alguna cosa inutil, busca siempre lo mejor posible, y se propone algun fin en todas sus operaciones.

Al oír estas palabras, exclamaron á un tiempo

los dos extrangeros: ¿y qué necesidad hay de recurrir á las causas finales? ¿Quién os ha dicho que la naturaleza escoge lo que mas conviene á cada especie de los seres? Es cierto que llueve en nuestros campos; ¿pero es para fertilizarlos? Ciertamente que no; sino porque los vapores atraidos por el sol, y condensados por el frio, adquieren con su reunion cierta gravedad que los precipita sobre la tierra. Es accidental el que hagan crecer vuestro trigo, y lo pudran cuando está amontonado en vuestra era. En el principio de las cosas, añadió Meton, cuando el acaso bosquejaba los animales, formó cabezas que no estaban unidas á cuellos; y á poco parecieron hombres con cabezas de toro, y toros con semblante humano. Estos hechos se hallan confirmados por la tradicion, presentándonos despues del desembrollo del caos, gigantes, cuerpos con muchos brazos, y hombres que no tenian mas de un ojo. Estas castas perecieron por algun defecto de conformacion, y otras han subsistido. En lugar de decir que estas últimas estaban mejor organizadas, se ha supuesto que hay cierta proporcion entre sus acciones y su pretendido fin.

Casi ninguno de los filósofos antiguos, respondió Euclides, ha admitido como principio, lo que se llama acaso ó fortuna. Estas palabras vanas no se han empleado mas que para expli-

car ciertos efectos, que no se habian previsto, ó los que dependen de causas remotas, ó ignoradas hasta ahora. En rigor, la fortuna y el acaso nada producen de suyo; y si conformándonos al lenguaje vulgar, los miramos como causas accidentales, no por eso dejamos de admitir la inteligencia y la naturaleza como causas primeras.

No ignorais, dijo entonces Anaxarco, que la palabra *naturaleza* tiene varias acepciones. ¿En qué sentido la tomais aquí? Por esta palabra entiendo, respondió Euclides, el principio del movimiento subsistente por si mismo en los elementos del fuego, del aire, de la tierra y del agua. Su accion es siempre uniforme en los cielos; pero en la region sublunar encuentra muchos estorbos. Por ejemplo, la propiedad natural del fuego es subir á lo alto; y no obstante una fuerza extraña le obliga muchas veces á tomar una direccion opuesta. Así, cuando se trata de esta region, la naturaleza es no solamente el principio del movimiento, sino tambien lo es accidentalmente de la quietud y de la mudanza.

Esta misma region nos presenta revoluciones constantes y regulares, efectos que son invariables, ó casi siempre los mismos. Permitidme que solamente me detenga en estos: ¿os atreveréis á tenerlos por casos fortuitos? Sin extenderme en el orden admirable que resplandece

en las esferas superiores, ¿direis que es casual el que las lluvias sean constantemente mas frecuentes en invierno que en verano; y los calores mas fuertes en verano que en invierno? Echad la vista á las plantas, y en especial á los animales, en los que la naturaleza se expresa con rasgos mas sensibles; y advertireis, que aunque los últimos obren sin examen ni deliberacion, están sus acciones combinadas de tal suerte, que se ha dudado si las arañas y hormigas están dotadas de inteligencia. Pues ahora, si la golondrina tiene su fin en construir su nido, y la araña en urdir su tela; si las plantas se cubren de hoja para resguardar sus frutos; y si sus raices en lugar de subir arriba, se introducen tierra adentro para chupar los sucos nutricios, ¿no reconocereis que la causa final se manifiesta claramente en estos efectos reproducidos siempre de la misma manera?

El arte se desvia algunas veces de su fin, aun cuando delibera: otras llega á él aun sin deliberar; y no es menos verdad que siempre tiene un fin. Lo mismo se puede decir de la naturaleza. Por una parte los obstáculos la detienen en sus operaciones, y los monstruos son sus deslices: por otra, forzando á los seres incapaces de deliberacion á reproducirse, los conduce al objeto que ella se propone. ¿Cuál es este objeto? El perpetuar las especies. ¿Cuál es el

mayor bien de estas especies? Su existencia y conservacion.

Mientras Euclides exponia de este modo las ideas de Aristóteles, estaban Anaxarco y Meton recogiendo sus proposiciones para volverlas luego contra él.

Vos, le dijeron, reconocéis un Dios, un primer motor, cuya accion inmediata mantiene eternamente el orden en los cielos; pero nos dejáis ignorando hasta qué punto obra su influjo sobre la tierra. En vista de nuestras réplicas, habeis dicho al principio que el cielo y la naturaleza están dependientes de él: despues habeis dicho con restriccion, que todos los movimientos le están, *en cierto modo*, subordinados; que él *parece* ser la causa y el principio de todo; y que *parece* tener algun cuidado de las cosas humanas: últimamente habeis añadido, que Dios no puede ver en el universo mas que á si mismo; que el aspecto del crimen y del desorden mancillaria sus miradas; que no puede ser autori de la prosperidad de los malos, ni de la infelicidad de los buenos. ¿A qué vienen estas dudas y restricciones? Explicaos claramente. ¿Se extiende su vigilancia á los hombres?

Como la de un padre de familias, respondió Euclides, se extiende sobre el último de los esclavos. La regla establecida para la conservacion de su casa, y no para el bien particular de

ellos, no es menos subsistente, aunque ellos se separen de ella muchas veces: hace que no ve las disensiones y vicios inseparables de la naturaleza: si las enfermedades los consumen, y si se destruyen unos á otros, muy pronto están repuestos. Así, en este reducido rincón del mundo en que están confinados los hombres, se sostiene el orden por la impresion general de la voluntad del Ser supremo. Los trastornos que experimenta este globo, y los males que afligen á la humanidad, no detienen el curso del universo, antes bien subsiste la tierra, las generaciones se suceden y renuevan, y se cumple el grande objeto del motor primero.

Me perdonareis, añadió, si no me interno mas en esta materia, en atención á que Aristóteles no ha explicado todavía este punto de doctrina, y quizá lo dejará, porque gusta mas de los principios de la física, que de la teología. Tampoco sé si he comprendido bien sus ideas; y el referir una opinion que solo se sabe por conversaciones cortas, sin orden ni enlace, se parece comunmente á las obras desfiguradas por el descuido é ignorancia de los copiantes.

Acabó Euclides de hablar, y tomando Meton la palabra, dijo así: Empédocles ilustró su patria con sus leyes, y la filosofía con sus escritos. Su poema sobre la naturaleza, y todas sus obras en verso, abundan de bellezas, de que no se hu-

biera desdeñado el mismo Homero. Convento no obstante en que sus metáforas, por excelentes que sean, á veces perjudican á la exactitud de sus ideas, y sirven solamente de echar un velo brillante sobre las operaciones de la naturaleza. En cuanto á los dogmas, sigue á Pitágoras, no con la ciega deferencia de un soldado, sino con la noble audacia de un gefe de partido, y la independencia de un hombre que quiso mas vivir como simple particular en una ciudad libre, que reinar sobre esclavos. Aunque ha hablado principalmente de los fenómenos de la naturaleza, tambien expone su opinion acerca de las causas primeras.

En este mundo, que no es mas que una corta porción del todo, y mas allá del cual no hay ni movimiento, ni vida, distinguimos dos principios: uno activo, que es Dios; y otro pasivo, que es la materia.

Dios, inteligencia suprema, fuente de verdad, solamente puede comprenderlo el espíritu. La materia no era mas que un conjunto de partículas sutiles, similares, redondas, inmóviles, dotadas esencialmente de dos propiedades, que designamos con los nombres de amor y odio, destinadas, una á juntar sus partes, y otra á separarlas. Para formar el mundo, no hizo Dios mas que dar actividad á estas dos fuerzas motrices encadenadas hasta entonces, las que al

punto se agitaron, y el caos quedó hecho pasto de los horrores del odio y del amor. En su seno enteramente revuelto, rodaban con ímpetu los torrentes de materia, estrellándose unos contra otros: las partes similares alternativamente atraídas y repelidas, se reunieron por fin, y formaron los cuatro elementos, que al cabo de nuevos combates, produjeron especies informes, y seres monstruosos, reemplazados despues por cuerpos, cuya organizacion era mas perfecta.

De este modo salió el mundo del caos, y del mismo modo volverá á él: porque lo que es compuesto tiene principio, medio, y fin. Todo se mueve, y dura mientras el amor hace una sola cosa de muchas, y el odio hace muchas de una sola: todo se para y descompone cuando dejan de balancearse estos dos principios contrarios. Este paso recíproco del movimiento al reposo, de la existencia de los cuerpos á su disolucion, tiene sus intervalos periódicos. Dioses y genios en los cielos, almas particulares en los animales y en las plantas, y una alma universal en el mundo, conservan el movimiento y la vida en todas partes. Estas inteligencias, cuya esencia consiste en un fuego purísimo y sutilísimo, están subordinadas al Ser supremo, como un coro de músicos lo está á su corifeo, y un ejército á su general; pero como emanan de

aquel Ser, la escuela de Pitágoras les da el nombre de sustancias divinas; y de aqui vienen aquellas expresiones que suelen usar: « que el « sabio es un Dios: que la divinidad es el espíritu « tu y el alma del mundo: que ella penetra la « materia, se incorpora con ella y la vivifica. » Guardaos de inferir de aqui que la naturaleza divina está dividida en una infinidad de partecillas; pues Dios es la misma unidad, y aunque se comunica, no se parte.

Dios reside en lo mas alto de los cielos; y como ministros de su voluntad, los dioses inferiores presiden á los astros, y los genios á la tierra, igualmente que al espacio que la rodea inmediatamente. En las esferas cercanas á la morada de Dios, todo está bien, todo está en el orden; porque los seres mas perfectos se hallan cerca de su trono, y obedecen ciegamente al destino, quiero decir, á las leyes que el mismo Dios ha establecido. El desorden se empieza á notar en los espacios intermedios; y en la region sublunar prevalece enteramente el mal sobre el bien, porque aqui es donde cayó el sedimento y la hez de todas aquellas sustancias que los choques multiplicados del odio y del amor, no pudieron perfeccionar. En esta region hay cuatro causas principales que influyen en nuestras acciones, y son Dios, nuestra voluntad, el destino y la fortuna: Dios, porque cuida de no-

sotros; nuestra voluntad, porque deliberamos antes de obrar; el destino y la fortuna, porque muchas veces los acontecimientos conformes ó contrarios, al parecer, á las leyes establecidas, trastornan nuestros proyectos.

Nosotros tenemos dos almas, una sensitiva, grosera, corruptible, perecedera, y compuesta de los cuatro elementos; y otra inteligente, indisoluble, y emanada de la misma divinidad. No hablaré sino de esta última, diciendo que establece las relaciones mas íntimas entre nosotros, los dioses, los genios, los animales, las plantas y todos los seres, cuyas almas tienen el mismo origen comun que las nuestras; de manera, que la naturaleza animada y viviente, no formamos que una misma familia, de que Dios es el jefe.

En esta afinidad se funda el dogma de la metempsicosis, que hemos recibido de los Egipcios; que algunos admiten con varias modificaciones, y al que Empédocles creyó conveniente mezclarle las ficciones de la poesía.

Esta opinion supone el pecado, el castigo, y el restablecimiento de las almas. El número de ellas es limitado; y su destino vivir felices en alguno de los planetas. Si cometen culpas, quedan proscriptas y desterradas á la tierra, donde condenadas á envolverse en una materia grosera, pasan continuamente de un cuerpo á otro, padeciendo las calamidades anexas á todas las

condiciones de la vida, sin poder sufrir su nuevo estado, y con la desgracia de no olvidar su dignidad primitiva. Luego que la muerte rompe los lazos que las unen á la materia, las toma uno de los genios celestiales, y las conduce á los infiernos: á las que se amancillaron con crímenes atroces, las entrega por cierto tiempo á las Furias; y á las que han permanecido en el camino de la justicia, las traslada á los astros. Pero muchas veces los decretos inmutables de los dioses, sujetan á unas y á otras á las mas duras pruebas, durando su destierro y peregrinaciones miles de años, hasta que por su conducta arreglada hayan merecido volver á reunirse á su autor, y participar en cierto modo con él de los honores de la divinidad.

Empédocles describía los tormentos, que decía haber experimentado él mismo, de esta manera: «Yo he aparecido sucesivamente en forma
« de un joven, de una muger, de una planta y
« de un pez. En una de estas trasmigraciones,
« anduve errante como un fantasma ligero por
« los espacios de los cielos; pero á poco caí precipitado al mar, fui arrojado á la tierra, lanzado al sol, y vuelto á lanzar á los torbellinos de los aires. Dando horror á los demas y á mí mismo, me arrojaban de sí los elementos,
« como un esclavo que se ha huido de la presencia de su señor.»

Concluyó Meton, diciendo que la mayor parte de estas ideas eran las mismas que tenían los discípulos de Pitágoras; pero que Empédocles había sido el primero que supuso la destrucción y reproducción alternativa del mundo: el que estableció los cuatro elementos como principios, y los puso en acción con la ayuda del amor y del odio.

Convengamos, me dijo entonces Anaxarco riéndose, en que Demócrito tenía razón de decir que la verdad está encerrada en un pozo de una profundidad inmensa. Convengamos también, le repliqué yo, en que la verdad se quedaría atónita si viniese á la tierra, y principalmente á la Grecia. En ese caso, añadió Euclides, se volvería á ir corriendo; pues nosotros la tomaríamos por el error.

Los sistemas mencionados son concernientes al origen del mundo; y por lo que hace al estado de nuestro globo después de su formación, y á las revoluciones que ha padecido hasta ahora, no están menos discordantes las opiniones. El mundo, dijo Anaxarco, estuvo mucho tiempo sumergido bajo las aguas, hasta que evaporándose parte de ellas por el calor del sol, se descubrió la tierra; quedando sobre su superficie el limo, del que puesto en fermentación por el mismo calor, sacaron su origen las diversas especies de animales y de plantas, de lo cual te-

nemos todavía un ejemplo notable en Egipto; donde después de la inundación del Nilo, las materias que quedan en los campos, producen una infinidad de animalillos. Yo dudo de eso, repliqué entonces: ese hecho me le contaron en la Tebaida, y nunca pude verificarlo. Nosotros, dijo Euclides, no tendríamos reparo en admitirle, pues no atribuimos otro origen á ciertas especies de peces, que el fango y arenas del mar.

Anaxarco continuó: he dicho que en la serie de los siglos se disminuyó por la acción del sol el volumen de las aguas que cubrían la tierra; y como subsiste siempre la misma causa; vendrá tiempo en que el mar se agote enteramente. Me parece seguramente, dijo Euclides, que oigo á Esopo contar á su piloto la fábula siguiente: Caribdis ha abierto dos veces su enorme boca, y dos veces se han precipitado en su seno las aguas que cubrían la tierra: la primera vez se descubrieron los montes, la segunda las islas, á la tercera desaparecerá el mar. ¿Cómo ha podido ignorar Demócrito que si el calor del sol atrae una gran cantidad de vapores, estos se convierten luego en lluvias, vuelven á caer sobre la tierra, y van con rapidez á restituir al mar lo que este había perdido? ¿No confesais vos, dijo Anaxarco, que los campos cargados hoy de mieses, estaban escondidos en otro tiem-

po debajo de las aguas? Pues una vez que el mar ha tenido que abandonar estos parages, sin duda habrá disminuido de volumen. Si en algunos lugares, respondió Euclides, la tierra ha quedado descubierta de las aguas, en otros ha sucedido lo contrario.

Iba á insistir Anaxarco; pero tomando yo la palabra dije á Euclides: ahora comprendo por qué se hallan conchas en los montes, y en el seno de la tierra, y peces petrificados en las canteras de Siracusa. El mar tiene un movimiento lento y sujeto á reglas, que le hace recorrer sucesivamente todas las regiones de nuestro globo; de manera que algun dia sumergirá sin duda á Atenas, á Lacedemonia, y á las mayores ciudades de la Grecia. Si esta idea no es lisonjera para las naciones que cuentan con la eternidad de su fama, á lo menos recuerda aquellas asombrosas revoluciones de los cuerpos celestes, de que me hablaban los sacerdotes egipcios. ¿Sabeis si está determinada la duracion de las del mar?

Vuestra imaginacion se acalora, me dijo Euclides: sosegaos. El mar y el continente, segun nosotros, son como dos grandes imperios, que nunca mudan de lugar, y solamente se disputan la posesion de algunos cortos paises limitrofes. Unas veces se ve precisado el mar á ceñir sus limites, á causa del limo y arenas que los rios

acarrear entre sus aguas; y otras los dilata por la accion de sus olas, y por otras causas que le son extrañas. Los terreros formados en las embocaduras de los rios, han prolongado el continente en la Acarnania, en la playa de Ilion, cerca de Efeso, y de Mileto.

Cuando yo pasé, le dije, por la laguna Meotis, me dijeron que los depósitos que deja diariamente el Tanais, habian levantado tanto el fondo de esta laguna, que los barcos que navegaban en ella de algunos años acá, eran menores que en otro tiempo. Yo, me respondió Euclides, puedo citaros un ejemplo mas patente: aquella parte de Egipto, que se extiende de norte á mediodia, desde el mar á la Tebaida, es obra y dádiva del Nilo. En aquel mismo sitio habia en tiempos antiguos un seno que se extendia en una direccion casi paralela á la del mar Bermejo, y el Nilo lo ha cegado con las capas de limo, que deja allí todos los años, de lo cual es facil convenirse, no solamente por las tradiciones de los Egipcios, por la naturaleza del terreno, por las conchas cual se hallan en los montes que hay mas arriba de Menfis*, sino tambien porque está probado que el suelo actual del Egipto, á pesar de estar mas levantado, no ha llegado todavia

* Los antiguos creian que una gran parte de Egipto era obra del Nilo. Los modernos están divididos en esto.

al nivel de las regiones vecinas. En efecto, Sesostris, Necos, Darío y otros principes que intentaron hacer canales de comunicacion entre el mar Bermejo y el Nilo, hallaron que la superficie de aquel mar estaba mas alta que la del terreno de Egipto.

Aunque el mar se deja tomar en sus fronteras, alguna porcion de sus dominios, tambien se indemniza de cuando en cuando con lo que usurpa á la tierra. Sus esfuerzos continuos le abren repentinamente paso al traves de los terrenos, que estaba minando ocultamente; y así es, como segun parece ha separado de la Italia la Sicilia, de la Beocia la Eubea; del continente vecino, otras muchas islas; y así es como la repentina irrupcion de sus olas ha tragado vastas regiones. Estas horrendas revoluciones no se encuentran en nuestros historiadores, porque la historia no contiene mas que algunos momentos de la vida de las naciones; pero á veces han dejado vestigios indelebles en la memoria de los pueblos.

Id á Samotracia, y sabreis que las aguas del Ponto Euxino, contenidas por largo tiempo en un lago sin salida, y acrecentadas continuamente con las de la Europa y el Asia, forzaron el paso del Bósforo y del Helesponto, y precipitándose impetuosamente en el mar Egeo, dilataron sus limites á expensas de las riberas que le rodeaban. Las fiestas establecidas en la isla,

atestiguan todavía la desgracia que amenazó á los antiguos habitantes, y el beneficio de los dioses en librarlos de ella. Consultad la mitologia: notad los trabajos de Hércules, que se han querido confundir con los de la naturaleza, y decidme: ¿si aquel Hércules, separando la Europa de la Africa, no da á entender que el mar Atlántico destruyó el istmo que unia estas dos partes de la tierra, y se derramó en el mar interior?

Otras causas han concurrido á multiplicar estos funestos y prodigiosos efectos. Mas allá del estrecho de que acabo de hablar, habia, segun dicen las tradiciones antiguas, una isla tan grande como el Asia y Africa, la que juntamente con sus infelices habitantes la sumergió un terremoto en los abismos profundos del mar Atlántico. ¡Qué de regiones sumergidas por las aguas del cielo! ¡Qué de veces los vientos impetuosos han trasportado montes de arena á llanuras fértiles! El aire, el agua y el fuego, parecen estar conjurados contra la tierra: sin embargo, estas terribles catástrofes que amenazan al mundo entero con una ruina próxima, apenas conmueven algunos puntos de la superficie de un globo, que no es mas que un punto del universo.

Acabamos de ver el mar y el continente despojándose uno á otro por derecho de conquista,

y por consiguiente á expensas de los desgraciados mortales. Las aguas, que corren ó están estancadas sobre la tierra, no alteran menos su superficie; pues sin hablar de los rios, que llevan alternativamente la abundancia y la desolacion á un pais, debemos observar, que en diversas épocas el mismo pais está sobrecargado, ó suficientemente provisto, ó absolutamente desprovisto de las aguas que necesita. En tiempo de la guerra de Troya, habia en las inmediaciones de Argos un terreno pantanoso, y pocos brazos para cultivarlo; mientras en el territorio de Micenas, que encerraba todavia todos los principios de la vegetacion, habia ricas cosechas, y una numerosa poblacion; pero habiendo el calor del sol absorbido por ocho siglos la humedad superflua del primero y la necesaria del segundo, ha esterilizado los campos de Micenas, y fecundado los de Argos.

Lo que la naturaleza ha hecho allí en pequeño, lo ejecuta en grande en toda la tierra, despojándola por medio del sol, y continuamente de los jugos que la fertilizan; y como al cabo la dejaria exhausta, envia diluvios de tiempo en tiempo, que al modo de los grandes inviernos, reponen en poco tiempo las pérdidas que ciertas regiones han tenido en una larga sucesion de siglos. Esto es lo que indican nuestros anales, donde vemos los hombres sin duda escapados

del naufragio de su nacion, establecerse en las alturas, construir diques, y dar salida á las aguas estancadas en las llanuras. Así es como en los tiempos mas remotos, un rey de Lacedemonia recogió en un canal las que cubrian la Laconia, é hizo correr el Eurotas.

Segun estas observaciones, podemos presumir que el Nilo, el Tanais, y todos los rios que se llaman eternos, eran al principio unos lagos que formaron en las llanuras estériles, las inundaciones repentinas; y despues los obligó la industria de los hombres, ó alguna otra causa, á abrirse un camino por entre las tierras. Debemos presumir tambien, que los rios dejaron sus madres, cuando algunas nuevas revoluciones los forzaron á difundirse por parages que hoy están áridos y desiertos. Tal es, segun Aristóteles, la distribucion de las aguas, que la naturaleza concede á las diferentes regiones de la tierra.

¿Pero en dónde las tiene depositadas antes de manifestarlas á nuestra vista? ¿En dónde ha puesto el origen de las fuentes y rios? Unos dicen que ha formado inmensos receptáculos en las entrañas de la tierra, adonde van á parar en gran parte las aguas del cielo; y de allí manan con mas ó menos abundancia y continuacion, segun la capacidad del vaso que las contiene. Pero responden otros, ¿qué espacio hay que

pueda contener jamas el volumen de agua que llevan en un año los rios caudalosos? Haya en hora buena concavidades soterraneas para el sobrante de las lluvias; pero como estas no serian suficientes para dar el agua que llevan los rios y las fuentes, reconocemos que en todo tiempo y lugar, el aire, ó mas bien los vapores de que está cargado, condensados por el frio, se convierten en agua en el seno de la tierra, y en su superficie, como se mudan en lluvia en la atmósfera. Esta operacion se hace todavía mas fácilmente sobre los montes, porque su superficie detiene una cantidad prodigiosa de vapores; y así se ha observado, que los mayores montes dan origen á los mayores rios.

Habiéndose despedido Anaxarco y Meton de Euclides, me quedé yo, y le supliqué me comunicase algunas de sus ideas sobre aquel ramo de fisica, que considera en particular la esencia, las propiedades, y la accion recíproca de los cuerpos. Esta ciencia, respondió Euclides, tiene alguna conexion con la adivinacion; pues la una se propone manifestar la intencion de la naturaleza en los casos ordinarios; y la otra la voluntad de los dioses en los sucesos extraordinarios; pero las luces de la primera disiparán tarde ó temprano las imposturas de survival. Vendrá tiempo en que los prodigios que asustan al pueblo, se pongan en la clase de las cosas natu-

rales, y en que su actual ceguedad será lo único que se mire como una especie de prodigio.

Siendo infinita la variedad de los efectos de la naturaleza, y sus causas infinitamente oscuras, la fisica no ha producido hasta ahora mas que opiniones; y acaso no hay verdad que no haya traslucido, ni absurdo que no haya dicho. Deberia pues ceñirse por ahora á la observacion, y dejar la decision á los siglos siguientes. Sin embargo apenas ha salido de la infancia, cuando muestra ya la indiscrecion y presuncion de una edad mas avanzada, corriendo por el campo en lugar de ir poco á poco; y á pesar de las reglas severas que ella misma se ha prescripto, todos los dias levanta sistemas, fundados en meras probabilidades, ó en frivolas apariencias.

No referiré lo que han dicho las escuelas acerca de cada fenómeno que llama nuestra atencion. Si me detengo en la teoria de los elementos, y en la aplicacion que se ha hecho de ella, es por parecerme que no hay nada que dé idea mas cabal de la sagacidad de los filósofos griegos. Importa poco que sus principios estén bien ó mal fundados; acaso algun dia serán notados de no haber tenido nociones exactas sobre la fisica, pero á lo menos no se negará que se han extraviado como hombres de ingenio.

¿Podian los primeros fisicos que se dedicaron

á conocer los principios constitutivos de los seres sensibles, lisonjearse del éxito? El arte no suministraba medio alguno para descomponer estos seres: pues la division, á cualquier punto que se lleve, no presenta á la vista, ó á la imaginacion del observador, mas que superficies de mayor ó menor extension: no obstante, al cabo de muchas tentativas se creyó percibir, que ciertas sustancias se resolvian en otras sustancias; y de aqui se fué deduciendo sucesivamente, que habia en la naturaleza cuerpos simples y mixtos: que los últimos eran el resultado de las combinaciones de los primeros; y por último, que los cuerpos simples conservaban en los mixtos las mismas propiedades que tenian antes. Con esto quedó abierto el camino, y pareció esencial estudiar ante todo la naturaleza de los cuerpos simples. Referiré algunas observaciones que se han hecho sobre esta materia, las que debo á Aristóteles.

La tierra, el aire, el agua y el fuego, son los elementos de todos los cuerpos; y así todo cuerpo puede resolverse en algunos de estos elementos.

Siendo los elementos cuerpos simples, no pueden dividirse en otros de distinta naturaleza; pero se engendran mutuamente, y se mudan continuamente el uno en otro.

No es posible determinar con puntualidad cuál

es la combinacion de estos principios constitutivos en cada cuerpo; y así no es mas que una conjetura lo que dijo Empédocles de que un hueso se compone de dos partes de agua, dos de tierra, y cuatro de fuego.

No conocemos mejor la figura de las partes integrantes de los elementos, habiendo salido vanos los esfuerzos de los que han intentado determinarla. Para explicar las propiedades del fuego, unos han dicho que sus partículas deben tener la figura piramidal, y otros que deben ser esféricas. La solidez del globo que habitamos, ha sido motivo de que hayan dado la figura cúbica á las partes del elemento terrestre.

Los elementos tienen en sí mismos un principio de movimiento y de quietud que está inherente á ellos: el cual principio obliga al elemento terrestre á reunirse hácia el centro del universo; al agua á elevarse sobre la tierra; al aire sobre el agua; y al fuego sobre el aire. Así es que la gravedad positiva, y sin mezcla de levedad, pertenece solamente á la tierra; y la levedad positiva, y sin mezcla de gravedad, al fuego solamente: los dos elementos intermedios, el aire y el agua, tienen con relacion á los otros, una gravedad ó levedad relativas, pues son mas leves que la tierra, y mas graves que el fuego. La gravedad relativa se desvanece cuando el elemento que la tiene baja á una region infe-

rior á la suya; y así es como el aire pierde su gravedad en el agua; y el agua en la tierra.

¿Segun eso, dije yo á Euclides, parece que creéis que el aire es grave? No se puede dudar, respondió, dado que un odre hinchado pesa mas que cuando está vacío.

Los cuatro elementos poseen cuatro propiedades esenciales, que son frío, calor, sequedad y humedad. Las dos primeras son activas; y las otras dos pasivas. Cada elemento tiene dos de ellas: la tierra es fría y seca; el agua fría y húmeda; el aire cálido y húmedo; el fuego seco y cálido. La oposición de estas calidades, ayuda á las miras de la naturaleza, que obra siempre por contrarios, y así es que son los únicos agentes que emplea para producir todos sus efectos.

Los elementos que tienen una propiedad común, se mudan fácilmente uno en otro, bastando para ello destruir en uno ó en otro la propiedad que los diferencia. Si una causa extraña despoja al agua de su frialdad, y le comunica el calor, el agua será cálida y húmeda; con lo que tendrá las propiedades características del aire, y no se distinguirá de este elemento; y esto es lo que hace que el agua hirviendo se evapore y suba á la region del aire. Si en los lugares altos la priva de su calor otra causa, y le vuelve su frialdad natural, tomará su primera

forma, y volverá á caer sobre la tierra; y esto es lo que sucede en las lluvias. Del mismo modo, si se le quita á la tierra su frialdad natural, se convertirá en fuego; y si se le quita su sequedad, se mudará en agua.

Los elementos que no tienen ninguna calidad común, se trasforman tambien reciprocamente; pero estas mudanzas son muy raras y muy lentas.

En vista de estas aserciones fundadas en hechos ó inducciones, se concibe fácilmente que los cuerpos mixtos deberán ser mas ó menos pesados, segun contengan mas ó menos partes de los elementos que tienen la gravedad positiva ó relativa. Tómense dos cuerpos de igual volumen; si el uno es mas grave que el otro, se inferirá que el elemento terrestre domina en el primero, y el agua ó el aire en el segundo.

El agua se evapora con el calor, y se hiela con el frío; y así, los líquidos sujetos á las mismas vicisitudes, se compondrán por la mayor parte de este elemento. El calor seca y endurece la tierra; y por tanto todos los cuerpos en que obra del mismo modo, estarán compuestos principalmente del elemento terrestre.

De la naturaleza de los elementos ó de sus propiedades esenciales, que, como he dicho, son el calor, el frío, le sequedad y humedad, se derivan, no solamente la gravedad y levedad,

sino tambien la densidad, raridad, la blandura y la dureza, la fragilidad, la flexibilidad, y todas las demas propiedades de los cuerpos mixtos. Por medio de ellas se puede dar razon de las mudanzas continuas de los cuerpos, y explicar los fenómenos del cielo, y las producciones de la tierra. En el cielo los meteoros, en el seno de nuestro globo los fósiles, los metales, etc., no son mas que el producto de las exhalaciones secas, y de los vapores húmedos.

El ejemplo siguiente manifestará mas claramente el uso que se hace de las nociones precedentes. Los físicos estaban discordes sobre la causa de los terremotos: Demócrito, entre otros, los atribuía á las lluvias abundantes, que penetran la tierra, y que en ciertas ocasiones, no pudiendo caber en los vastos receptáculos de agua que supone en lo interior del globo, hacen esfuerzos para salir. Aristóteles, conforme á los principios que he sentado, supone por el contrario que el agua de las lluvias, rarificada por el calor interno de la tierra, ó por el del sol, se convierte en un volumen de aire, que no hallando salida, conmueve y levanta las capas superiores del globo.

Los filósofos antiguos querian saber cómo habian sido hechas las cosas, antes de saber como son. Tenian abierto delante de los ojos el libro de la naturaleza; y en lugar de leerle intentaron

comentarle. Al cabo de largos é inútiles rodeos, se llegó á entender que para conocer los animales, las plantas y demas producciones de la naturaleza; era preciso estudiarlos con una constancia tenaz, de lo cual ha resultado un cuerpo de observaciones, una nueva ciencia, mas curiosa, mas fecunda y mas importante que la física antigua. Si el que se dedica á ella, quiere darme parte de sus vigiliass consagradas largos años al estudio de los animales, debe cumplir con dos obligaciones esenciales; primera la de historiador; segunda la de intérprete.

Como historiador, tratará de su generacion, tamaño, figura, color, alimento, caracter, y propiedades. Cuidará de hacer la descripción analómica de sus cuerpos, cuyas partes ha de conocer por medio de la diseccion.

Como intérprete debe hacerme admirar la sabiduria de la naturaleza en las relaciones de su organizacion con las funciones de su destino, con el elemento en que han de vivir, y con el principio de vida que los anima; debe mostrármela en el juego de los diversos resortes que producen el movimiento, como tambien en los medios empleados para conservar y perpetuar cada especie.

Por limitado que sea el estudio de los cuerpos celestes y eternos, nos embelesa mas que el de las sustancias terrestres y perecederas, y no

parece sino que el espectáculo del cielo hace en un físico la misma impresion que haria una beldad en un hombre, que por lograr el objeto que ama ciegamente, consentiria en no ver lo restante del mundo. Pero si la física, subiendo á las regiones superiores nos pasma con lo sublime de sus descubrimientos, á lo menos quedando sobre la tierra, nos atrae por la abundancia de luces que nos proporciona, y nos indemniza con usura de las dificultades que nos cuesta. En efecto, ¿qué deleite es comparable al que la naturaleza ha puesto en las tareas de un filósofo, que persuadido á que ella nada hace en vano, llega á descubrir el secreto de sus operaciones, halla en todo el sello de su grandeza, y no imita á esos espíritus puerilmente soberbios, que no se dignan bajar sus miradas para contemplar un insecto! Dos extrangeros que habian venido á consultar á Heráclito, le hallaron sentado al lado de un horno, adonde le habia obligado á refugiarse el rigor de la estación. « Entrad, les dijo; los dioses inmortales no se desdeñan de honrar estos sitios con su presencia. » La magestad de la naturaleza ennoblesce del mismo modo los seres mas despreciables á nuestros ojos: esta madre comun obra en todo con una sabiduría profunda, y por caminos seguros que la conducen á sus fines.

Cuando por primera vez se tiende la vista sobre el número infinito de sus producciones, se conoce al punto que para estudiarlas con fruto, distinguir sus relaciones, y describirlas exactamente, es preciso darles cierto orden y distribuirlas en clases, tales como las de animales, plantas y minerales. Si despues se examina cada una de estas clases, se halla que los seres que las componen tienen entre si ciertas semejanzas y diferencias mas ó menos sensibles, y es menester dividirlos y subdividirlos en muchas especies, hasta llegar á los individuos.

Esta especie de escalas serian fáciles de formar, si fuese posible conocer el paso de una especie á otra; pero como esta transicion se hace de un modo imperceptible, se arriesga á cada paso confundir lo que debe distinguirse, y distinguir lo que debe confundirse. Este es el defecto de los métodos publicados hasta ahora. En algunas de estas tablas de distribucion se maravilla uno de ver puestas ciertas aves entre los animales acuátiles, ó en otra especie igualmente extraña. Los autores de estas tablas se han engañado en el principio que han adoptado, y han juzgado del todo por una parte; así es que tomando las alas por una diferencia específica, han dividido todos los animales en dos familias principales: la una de los alados, y la otra de

los no alados; sin echar de ver, que entre los individuos de una misma especie, como por ejemplo, en las hormigas, las hay que tienen este órgano, y otras no.

La division de los animales en domésticos y silvestres, aunque adoptada por algunos naturalistas, es tambien defectuosa; porque el hombre y los animales que ha domesticado, no se diferencian específicamente del hombre, del caballo y del perro que viven en las selvas.

Para que sea exacta cualquier division, debe señalar una distincion real entre los objetos que separa: toda diferencia, para ser específica, debe reunir en una misma y sola especie, todos los individuos que le pertenecen; es decir, todos los que son absolutamente semejantes, ó no se diferencian sino en el mas y menos.

Como es dificultosísimo cumplir con todas estas condiciones, Aristóteles ha imaginado un plan, que reúne todas las ventajas sin ninguno de los inconvenientes de los métodos precedentes, segun lo expondrá en uno de sus tratados; el cual será seguramente la obra de un hombre laborioso, que no omite cosa alguna, y de un hombre de ingenio que lo ve todo*.

Entre las observaciones con que enriquecerá

* M. de Buffon ha explicado muy bien este plan en el prólogo del primer tomo de su historia natural.

su historia de los animales, hay algunas que me ha comunicado, y voy á referir para instruiros en el modo como se estudia ahora la naturaleza.

1º. Considerando los animales con relacion al pais que habitan, se ha hallado que los silvestres son mas feroces en Asia, mas fuertes en Europa, y mas variados en su figura en Africa; en donde, segun el proverbio, se descubre continuamente algun nuevo monstruo. Los que viven en los montes son mas dañinos que los de las llanuras. Pero yo no sé si esta diferencia viene de los lugares donde habitan, mas bien que de la falta de alimentos; porque en Egipto, donde se provee á la subsistencia de muchas clases de animales, los mas feroces, y los mas mansos viven juntos en paz, y el cocodrilo halaga la mano del sacerdote que le da de comer.

El clima influye sobremanera en sus propiedades. El exceso del frio y del calor los hace agrestes y crueles: los vientos, las aguas, y los alimentos bastan algunas veces para alterarlos. Las naciones del mediodia son timidas y cobardes: las del norte valientes y confiadas; pero las primeras son mas ilustradas, quizá porque son mas antiguas, y quizá tambien porque están mas afeminadas. En efecto, á las almas fuertes rara vez les atormenta el deseo inquieto de instruirse.

La misma causa que produce estas diferencias

morales entre los hombres, influye tambien en su organizacion. Entre otras pruebas, los ojos son por lo comun azules en los paises frios, y negros en los paises cálidos.

2º. Las aves son muy sensibles al rigor de las estaciones. Al acercarse el invierno ó el verano, unas bajan al llano, ó se retiran á los montes, y otras dejan sus moradas, y van lejos de ellas á respirar un aire mas templado. Así es como para evitar el exceso del frio y del calor, el rey de Persia traslada sucesivamente su corte al norte y al mediodia de su imperio.

El tiempo de su partida y de su vuelta es por los equinoccios. Abren la marcha las mas débiles, y casi todas marchan juntas y como por tribus; teniendo á veces que hacer largos viages para llegar á su destino: las grullas vienen de Escitia, y pasan á las lagunas que están mas arriba de Egipto, en donde nace el Nilo; y allí es donde habitan los Pigmeos. ¡Cómo! repliqué yo; ¿pues qué creéis que hay Pigmeos? ¿Están todavía en guerra con las grullas como en tiempo de Homero? — Esta guerra, respondió, es una ficcion del poeta, y no la adoptará el historiador de la naturaleza*; pero es cierto que hay Pigmeos; y son un linage de hombres muy pe-

* Aristóteles no refirió esta fábula, aunque algunos autores le hayan acusado sobre la fe de la traduccion latina.

queños, lo mismo que sus caballos; son negros, y viven en cavernas, al modo de los Trogloditas.

La misma causa, añadió Euclides, que obliga á ciertas aves á expatriarse todos los años, obra en el seno de las aguas. Desde Bizancio se ven, en ciertos y determinados tiempos, muchas especies de peces, ya subir hácia el Ponto Euxino, ya bajar al mar Egeo; los cuales van en cuerpo de nacion como las aves; y su camino, así como nuestra vida, está cubierto de celadas que los esperan al paso.

3º. Se ha procurado averiguar la duracion de la vida de los animales, y se cree que en muchas especies las hembras viven mas que los machos. Pero sin detenernos en esta diferencia, podemos decir que los perros viven ordinariamente catorce ó quince años, y algunas veces veinte; los bueyes lo mismo, poco mas ó menos; los caballos por lo comun diez y ocho ó veinte, y algunas veces treinta y aun cincuenta: los asnos mas de treinta*; los camellos mas de cincuenta**, y algunos ciento: los elefantes llegan, segun unos á doscientos, y segun otros á trescientos años. Antiguamente se decia que el ciervo vivia cuatro veces la vida de la corneja.

* Segun Buffon, los asnos y caballos viven veinte y cinco á treinta años.

** Segun el mismo cuarenta ó cincuenta.

y esta nueve veces tanto como el hombre. Lo que se sabe de cierto en el día, en cuanto al ciervo, es que el tiempo del preñado y la rapidéz con que crece, no permiten atribuirle tan larga vida.

Algunas veces pone la naturaleza excepciones á sus leyes generales. Los Atenienses os citarán el ejemplo de un mulo que murió á los ochenta años; al cual cuando se construyó el templo de Minerva, se le puso en libertad, porque era viejísimo; pero él continuó yendo á la cabeza de los demas, animándolos con su ejemplo, y procurando participar de sus fatigas. Un decreto del pueblo prohibió á los mercaderes espantarle, cuando se acercase á los granos ó frutos que traían á vender al mercado.

4º. Se ha notado, como os he dicho ya, que la naturaleza pasa de un género y de una especie á otra por grados imperceptibles, y que desde el hombre hasta los seres mas insensibles, todas sus producciones parece que están unidas con un lazo continuo.

Tomemos los minerales que forman el primer anillo de la cadena; en los cuales no veo mas que una materia pasiva, esteril, sin órganos, y por consiguiente sin necesidades ni funciones. Despues advierto en algunas plantas una especie de movimiento, de sensaciones oscuras, una chispa de vida, y en todas una reproduccion

constante, pero privada de los cuidados maternos que la ayudan. Voy á las orillas del mar, y casi estoy dudando, si sus conchas ó mariseos pertenecen al género animal ó al vegetal. Vuelvo atras, y se multiplican á mis ojos las señales de vida, viendo seres que se mueven, respiran, y tienen apetitos y deberes. Si hay algunos, que como las plantas de que acabo de hablar, fueron abandonados al acaso desde su origen, tambien los hay con cierta educacion mas ó menos atendida. Unos viven en sociedad con el fruto de sus amores, y otros se han extrañado de sus familias. Muchos ofrecen á mi atencion un bosquejo de nuestras costumbres: hallo entre ellos caracteres apacibles; los hallo indomables; veo rasgos de dulzura, de valor, de audacia, de barbarie, de temor, de cobardía, y algunas veces hasta la imagen de la prudencia y de la razon. Nosotros tenemos la inteligencia, la sabiduria y las artes; y ellos tienen facultades que suplen estas ventajas.

Esta serie de analogias nos conduce por fin á la extremidad de la cadena, donde está colocado el hombre. Entre las calidades que le dan el lugar supremo, observo dos esenciales; la primera es aquella inteligencia, que durante su vida, le eleva á la contemplacion de las cosas celestiales, y la segunda es su preciosa organizacion, y sobre todo aquel tacto que es el primero, el

mas necesario y exquisito de nuestros sentidos, la fuente de la industria, y el instrumento mas á propósito para auxiliar las operaciones del entendimiento. La mano, decia el filósofo Anaxágoras, es á la que el hombre debe una parte de su superioridad.

¿Por qué, dije yo entonces, poneis al hombre en la extremidad superior de la cadena? ¿No será mas que un vasto desierto el espacio inmenso que le separa de la divinidad? Los Egipcios, los magos de Caldea, los Frigios, y los Tracios lo llenan de habitantes tan superiores á nosotros, como nosotros lo somos á los brutos.

Yo hablaba, respondió Euclides, solo de los seres visibles. Es de presumir que haya una infinidad de otros seres superiores á nosotros que no podemos ver. Desde el ser mas tosco hemos subido, por grados imperceptibles, hasta nuestra especie; y para llegar desde aquí hasta la divinidad, será menester sin duda pasar por diversos órdenes de inteligencias, tanto mas excelsas y mas puras, cuanto mas se acerquen al trono del Eterno.

Esta opinion, tan conforme á la conducta de la naturaleza, es tan antigua como general entre las naciones. De ellas la hemos tomado nosotros, poblando la tierra y los cielos de genios, á quienes ha confiado el Ser supremo el gobierno del universo; y los distribuimos por donde quiera

que la naturaleza parece animada; pero principalmente en las regiones que se extienden al rededor y encima de nosotros, desde la tierra hasta la esfera de la luna, desde donde, usando de su inmensa autoridad, dispensan la vida y la muerte, los bienes y los males, la luz y las tinieblas.

Cada pueblo, cada particular halla en estos agentes invisibles un amigo eficaz en protegerle, y un enemigo no menos eficaz en perseguirle. Tienen un cuerpo aereo: su esencia es un medio entre la naturaleza divina y la nuestra; son superiores á nosotros en inteligencia; algunos están sujetos á nuestras pasiones, y la mayor parte á mudanzas que los hacen pasar á una clase superior; pues el pueblo innumerable de espíritus, está dividido en cuatro clases principales; la primera es la de los dioses que el pueblo adora, y residen en los astros; la segunda la de los que propiamente se llaman genios; la tercera, la de los heroes que durante su vida hicieron grandes servicios á la humanidad; y la cuarta, la de nuestras almas despues de separadas de los cuerpos. A las tres primeras clases tributamos honores, que serán algun dia patrimonio de la nuestra, y nos elevarán sucesivamente á la dignidad de los heroes, de los genios y de los dioses.

Euclides, que no comprendia mejor que yo

los motivos de estas promociones, añadió, que ciertos genios estaban como nosotros devorados de pesares, y destinados á la muerte. Yo le pregunté, qué termino se les daba de vida. Segun Hesiodo, me respondió, las Ninfas viven miles de años; segun Pindaro, una Hamadriada muere con el arbol que la encierra dentro de él.

Me parece, repliqué yo, que no se ha pensado lo bastante sobre un objeto tan importante; y que seria esencial conocer la especie de autoridad que estas inteligencias ejercen sobre nosotros; quizá se les deben atribuir muchos efectos, cuya causa ignoramos: acaso serán ellas las que producen los sucesos imprevistos, sea en los juegos de suerte, sea en los de la política. Os lo confesaré; estoy harto de la historia de los hombres; y quisiera que se escribiese la de los seres invisibles. Veís aquí, dijo Euclides, quien podrá daros excelentes materiales para ella.

Diciendo esto, entró el pitagórico Telesicles, quien preguntó, cuál era el asunto de nuestra conversacion, y quedó como maravillado de que nunca hubiésemos visto genios. Es verdad, dijo, que no se comunican mas que á las almas puras, que se han preparado muy de antemano con la meditacion y la oracion. Tras esto añadió, que el suyo le favorecia algunas veces con su presencia, y que cediendo un dia á sus instancias reite-

radas, le llevó al imperio de los espíritus. Dignaos, le dije yo, contarnos vuestro viage; y os lo pido en nombre del que os enseñó la virtud de los números, 1, 2, 3, 4, *. No se resistió Telesicles, y empezó de esta manera:

Luego que llegó el momento de la partida, sentí que mi alma se desataba de los lazos que la unian al cuerpo, y me hallé en medio de otro mundo de sustancias animadas, buenas ó malélicas, alegres ó tristes, juiciosas ó acaloradas, con las cuales estuvimos algun tiempo; y segun vi, ellas dirigen los intereses de los Estados, y los de los particulares, las investigaciones de los sabios, y las opiniones de la muchedumbre.

A poco una muger de estatura gigantesca extendió un velo negro sobre la bóveda de los cielos; y habiendo bajado lentamente á la tierra, dió sus órdenes á la comitiva que la acompañaba. Nosotros nos metimos en varias casas, donde el Sueño y sus ministros esparcian adormideras á manos llenas; y mientras el Silencio y la Paz se sentaban suavemente al lado del hombre virtuoso, los Remordimientos y los espectros horrendos sacudian con violencia el lecho del

* Es decir, en nombre de Pitágoras. He referido la fórmula del juramento que usaban los discípulos de este grande hombre, quien habia descubierto las proporciones armónicas en estos números.

malvado. Platon escribia lo que le dictaba el genio de Homero, y los sueños risueños revoloteaban en torno de la bella Licoris.

La Aurora y las Horas van á abrir las barreras del día, me dijo mi guia; ya es tiempo de remontarnos por los aires. Mirad los genios tutelares de Atenas, de Corinto, y de Lacedemonia, como se ciernen circularmente sobre estas ciudades, á fin de desviar cuanto pueden los males que las amenazan; sin embargo sus campos van á ser asolados, porque los genios del mediodia, envueltos en nubes sombrías, se adelantan rugiendo contra los del norte. Las guerras son tan frecuentes en estas regiones como en las vuestras, y así el combate de los Titanes y de los Tifones no fué otra cosa que el de dos colonias de genios.

Notad ahora esos agentes solícitos, que con vuelo tan rápido y tan inquieto como el de la golondrina, van rasando la tierra, y vuelven á todas partes sus miradas ansiosas y perspicaces; esos son los inspectores de las cosas humanas, de los cuales unos derraman su dulce influjo sobre los mortales á quienes protegen; y otros destacan contra las maldades á la implacable Némesis. Veis esos mediadores, esos intérpretes que suben y bajan sin cesar; esos son los que llevan á los dioses vuestros votos y ofrendas; y los que os llevan los sueños felices ó funestos, y

los secretos de lo futuro, que despues os revela la boca de los oráculos.

¡O protector mio! exclamé yo en este instante: mirad esos seres, de una estatura y aspecto siniestro, que causan terror, y vienen hácia nosotros. Huyamos, me dijo él; esos son malaventurados, á quienes irrita la felicidad de los demas, y no perdonan sino á los que pasan la vida en tormentos y llantos.

Libres de su furor, hallamos otros objetos que no afligian menos. Até, la detestable Até, origen eterno de las disensiones que atormentan á los hombres, andaba arrogante por cima de sus cabezas, é inspiraba en sus corazones el ultraje y la venganza. Las Súplicas seguian sus huellas con paso tímido, y con los ojos bajos, procurando volver el sosiego donde se acababa de mostrar la Discordia. La gloria iba perseguida de la Envidia, que se despedazaba con sus propias manos; á la Verdad la perseguia la Impostura, que á cada instante mudaba de máscara; y á cada virtud otros muchos vicios que iban con lazos ó puñales.

Repentinamente se apareció la Fortuna, á quien di el parabien por los dones que distribuia á los mortales. Yo no doy, me respondió con tono severo, sino que presto á muy alta usura. Pronunciando estas palabras, estaba mojado las flores y frutas que tenia en una mano, en

una copa emponzoñada que tenia en la otra.

A este tiempo pasaron por junto á nosotros dos poderosas divinidades, que dejaban tras sí dilatadas ráfagas de luz. Esos son, me dijo mi guia, el impetuoso Marte, y la sábia Minerva, quienes con motivo de que se aproximan dos ejércitos en la Beocia, la diosa va á ponerse de parte de Epaminondas, gefe de los Tebanos, y el dios va á unirse á los Lacedemonios, que quedarán vencidos; porque la sabiduría triunfará del valor.

Mirad tambien como se precipitan sobre la tierra aquellos dos genios, el uno bueno y el otro malo, que van á posesionarse de un niño que acaba de nacer, y á quien acompañarán hasta el sepulcro: en este primer momento procurarán á porfía dotarle de todas las ventajas, ó de todas las deformidades de la voluntad y del entendimiento; y en el discurso de su vida, inclinarle al bien ó al mal, segun prevalezca el influjo del uno ó del otro.

Entre tanto veia yo subir y bajar ciertos seres cuyas facciones me parecian mas toscas que las de los genios; y supe que eran almas que iban á unirse á cuerpos mortales, ó acababan de dejarlos. En un instante aparecieron infinitos enjambres de ellas, y de rato en rato venian otros, los que se difundian por los espacios aereos, como aquellos montones de polvo blanquecino que se

ven en torbellinos en nuestros campos. Ya se ha empezado la batalla, me dijo el genio, ya corren rios de sangre. ¡O ciegos y desdichados mortales! Mirad allí las almas de los lacedemonios y de los tebanos que han perecido ahora en los campos de Leuctres. ¿Adónde van? le dije yo. Seguidme, dijo, y lo sabreis.

Traspasamos los limites del imperio de las tinieblas y de la muerte; y habiéndonos lanzado mas allá de la esfera de la luna, llegamos á las regiones que alumbra un dia eterno. Detengámonos un instante, me dijo mi guia: mirad el magnífico espectáculo que nos rodea: oid la armonía divina que produce el movimiento arreglado de los cuerpos celestes; notad como cada planeta, cada estrella tiene un genio que dirige su curso. Estos astros están poblados de inteligencias sublimes, y de una naturaleza superior á la nuestra.

Mientras puestos los ojos en el sol, contemplaba yo extático el genio, que con brazo poderoso impelia aquel globo luminoso por el camino que describe, le ví apartar con furor la mayor parte de las almas que habiamos encontrado, y no permitir sino á muy pocas sumergirse en las ondas espumosas de este astro. Estas últimas, menos culpadas que las otras, decia mi guia, quedarán purificadas con las llamas, y despues irán volando á los respectivos astros, que les es-

tán señalados, cuando se formó el universo; donde estarán depositadas hasta que las leyes de la naturaleza las vuelvan á llevar á la tierra para animar otros cuerpos. Pero esas que el genio ha ahuyentado, pregunté yo, ¿cuál es la suerte que les espera? — Esas, me respondió, van al campo de la verdad, donde unos jueces integros condenarán á las penas del Tártaro, las que fueron mas criminales; y las otras á largas y penosas peregrinaciones. Diciendo esto, me mostró millones de almas, que millares de años hacia andaban errantes tristemente por los aires, haciendo penosos é inútiles esfuerzos para obtener un asilo en alguno de los globos celestes; y me dijo: aquellas no llegarán al lugar de su origen, como las primeras, hasta haber pasado por estas rigurosas pruebas.

Lastimado de su desgracia, le supliqué que me las quitase de la vista, y me llevase mas allá, hácia un recinto de donde salian rayos de una luz mas resplandeciente, con la esperanza de vislumbrar al Soberano del universo, rodeado de los asistentes de su trono, de aquellos seres puros, que nuestros filósofos llaman números, ideas eternas, ó genios inmortales. Ese, me dijo el genio, habita unos lugares inaccesibles á los mortales, ofrecedle vuestro respeto, y bajemos á la tierra.

Luego que se fué Telesicles, dije yo á Eucli-

des: ¿qué nombre daremos á la relacion que acabamos de oír? ¿Será un sueño, ó será una ficcion? uno y otro, respondió Euclides; pero á lo menos casi nada ha dicho Telesicles que no sea conforme á las opiniones de los filósofos, y debemos hacerle justicia; porque adoptando las de la muchedumbre, podía aumentar considerablemente la poblacion de los aires, y habernos hablado de las sombras que el arte de los adivinos ó de los hechiceros evoca del fondo de los sepulcros; de aquellas almas desventuradas que andan agitadas en torno de sus cuerpos, privados de sepultura, y de aquellos dioses y fantasmas que van de noche por las calles para espantar á los niños ó para comérselos.

Le agradezco mucho la moderacion, repuse yo, pero hubiera deseado que se extendiese un poco mas sobre la naturaleza del ser benéfico á que pertenezco yo. Segun se pretende, Dios le ha dado la comision de velar sobre mis pensamientos y acciones; ¿pues por qué no se me ha permitido conocerle y amarle? Telesicles os respondió de autemano, dijo Euclides, diciendo que la dicha de ver los genios está reservada para las almas puras.—Sin embargo de eso, yo he oído citar apariciones de que fué testigo un pueblo entero.—Es cierto; y tal es aquella, cuya tradicion se conserva en Italia, y aun se representó en otro tiempo en una pintura que yo he

visto. Vais á ver un tejido de absurdos; pero ellos os harán ver el exceso á que han llegado algunas veces la impostura y la credulidad.

Habiendo abordado Ulises á Temesa, ciudad de los Brutios, uno de sus compañeros, llamado Pólites, fué asesinado por los habitantes, quienes á poco experimentaron todas las plagas de la venganza del cielo. Consultado el oráculo, les mandó que aplacasen el genio de Pólites, levantando en honra suya un edificio sagrado, y que le ofreciesen todos los años la doncella mas hermosa del país. Obedecieron; y con esto gozaron del mayor sosiego, hasta que hácia la olimpiada sesenta y seis, llegó un famoso atleta, llamado Eutimes, en el momento en que acababa de entrar en el templo una de estas víctimas desgraciadas; el cual logró el permiso de acompañarla, y enamorado de su belleza, le preguntó si consentía en casarse con él, luego que la pusiese en libertad. Vino en ello la doncella, y entonces se apareció el genio; pero quedó vencido por el atleta, y renunció el tributo que se le ofrecia siete ú ocho siglos hacia, yendo á sumergirse en el mar vecino.

✱

CAPITULO LXV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. HISTORIA.

Viéndome Euclides ir muy temprano al día siguiente, me dijo: me sacais de un cuidado; pues temia que os hubiese fastidiado la conversacion tan larga que tuvimos últimamente; hoy vamos á tratar de los historiadores, y no nos detendrán ni opiniones ni preceptos. Muchos han escrito historia, pero ninguno ha tratado del modo de escribirla, ni del estilo que le conviene.

Pondremos al frente de todos á Cadmo, que

visto. Vais á ver un tejido de absurdos; pero ellos os harán ver el exceso á que han llegado algunas veces la impostura y la credulidad.

Habiendo abordado Ulises á Temesa, ciudad de los Brutios, uno de sus compañeros, llamado Pólites, fué asesinado por los habitantes, quienes á poco experimentaron todas las plagas de la venganza del cielo. Consultado el oráculo, les mandó que aplacasen el genio de Pólites, levantando en honra suya un edificio sagrado, y que le ofreciesen todos los años la doncella mas hermosa del país. Obedecieron; y con esto gozaron del mayor sosiego, hasta que hácia la olimpiada sesenta y seis, llegó un famoso atleta, llamado Eutimes, en el momento en que acababa de entrar en el templo una de estas víctimas desgraciadas; el cual logró el permiso de acompañarla, y enamorado de su belleza, le preguntó si consentía en casarse con él, luego que la pusiese en libertad. Vino en ello la doncella, y entonces se apareció el genio; pero quedó vencido por el atleta, y renunció el tributo que se le ofrecia siete ú ocho siglos hacia, yendo á sumergirse en el mar vecino.

✱

CAPITULO LXV.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. HISTORIA.

Viéndome Euclides ir muy temprano al día siguiente, me dijo: me sacais de un cuidado; pues temia que os hubiese fastidiado la conversacion tan larga que tuvimos últimamente; hoy vamos á tratar de los historiadores, y no nos detendrán ni opiniones ni preceptos. Muchos han escrito historia, pero ninguno ha tratado del modo de escribirla, ni del estilo que le conviene.

Pondremos al frente de todos á Cadmo, que

vivia cerca de dos siglos ha, y se propuso ilustrar las antigüedades de Mileto su patria: Bion de Proconesa hizo un compendio de esta obra.

Desde Cadmo tenemos una sucesion continua de historiadores, y entre los mas antiguos citaré á Eugeon de Samos, á Deyoco de Proconesa, á Eudemo de Paros, y á Democles de Pigela. Cuando lei estos autores, dije yo entonces, no solamente me irritaron las fábulas absurdas que cuentan, sino que exceptuando los hechos de que fueron testigos, no creí en nada de lo demas; porque á la verdad, si ellos han sido los primeros que nos los han trasmitido, ¿de dónde los tomaron?

Euclides me respondió: todo ello se conservaba en la tradicion que perpetúa de edad en edad, las revoluciones que han afligido la humanidad: en los escritos de los poetas, que han conservado la gloria de los heroes, las genealogías de los soberanos, y el origen y trasmigraciones de muchos pueblos; en las largas inscripciones que contienen los tratados ajustados entre las naciones y el orden sucesivo de los templos principales de la Grecia*; y en las fiestas, altares, estatuas y edificios erigidos con motivo de ciertos acontecimientos, que la vista

* Véase en el capítulo xli de esta obra el artículo de Amiclas, y en el capítulo liii el de Argos.

de los sitios y ceremonias parecia renovar todos los años.

Es verdad que la relacion de estos sucesos se fué cargando poco á poco de circunstancias maravillosas, y que nuestros primeros historiadores adoptaron sin examen este conjunto confuso de verdades y de errores; pero despues manifestaron mas crítica Acusilao, Ferécides, Hecateo, Xanto, Helánico y otros; y si no desembrollaron enteramente el caos, á lo menos dieron ejemplo del desprecio que merecen las ficciones de los primeros siglos.

Aquí teneis la obra en que Acusilao, refiriendo las genealogías de las antiguas familias reales, empieza desde los siglos anteriores á la guerra de Troya, y aun desde Foroneo, rey de Argos. Ya lo sé, le respondi yo, y me reí muy bien al ver que este autor, y los que le han seguido, llaman á Foroneo el primer hombre. Sin embargo Acusilao es digno de indulgencia; pues si aproxima demasiado á nosotros el origen del género humano, tambien ensalza el del Amor, dándolo por uno de los dioses mas antiguos, y como nacido con el mundo.

Poco tiempo despues de Acusilao, dijo Euclides, floreció Ferécides de Atenas, ó mas bien de Leros, una de las islas Esporades, el cual recopiló las tradiciones relativas á la historia antigua de Atenas, y al mismo tiempo las de los pueblos

vecinos. Esta obra es de mucha importancia por los hechos que contiene, como son la fundacion de muchas ciudades, y las emigraciones de los primeros habitantes de la Grecia. Las genealogias que trae, tienen aquel defecto, que en el origen de las sociedades, aseguraba la gloria de una familia; y así en llegando á los siglos mas remotos, se desenlazan por medio de alguna divinidad, como por ejemplo se ve en ellas, que Orion era hijo de Neptuno y Euriala, y Triptolemo hijo del Oceano y de la Tierra.

Del mismo tiempo son Hecateo de Mileto, y Xanto de Lidia: ambos gozaron de una reputacion, que han disminuido, mas no extinguido las tareas de sus sucesores. El primero se propuso tambien aclarar en su historia y genealogias, las antigüedades griegas, atendiendo á veces á examinarlas, y descartar lo maravilloso. « Veis aquí, » dice en el principio de su historia, lo que refiere « Hecateo de Mileto; yo escribo lo que me parece verdadero. Los Griegos han escrito, á mi parecer, muchas cosas contradictorias y ridiculas. » En vista de esta promesa, ¿quién creyera que concederia el don de la palabra al carnero que trasportó á la Cólquide á Frixo?

La historia no habia tratado todavia mas que de la Grecia, hasta que Hecateo extendió sus limites, recorriendo al Egipto y otros países desconocidos hasta entonces. Su descripcion de la

tierra añadió nuevas luces á la geografia, y suministró materiales á los historiadores que han venido despues.

Aquí teneis la historia de Lidia, escrita por Xanto, autor exacto y muy instruido en las antigüedades de su país, y la acompañan muchas obras que Helánico de Lesbos publicó sobre las diferentes naciones de la Grecia. Este autor, que murió en el año veinte y uno de la guerra del Peloponeso*, está falto de orden y diminuto; pero termina con honor la clase de nuestros primeros historiadores.

Todos ellos se habian limitado á exponer la historia de una ciudad ó de una nacion; pero todos ignoraron el arte de enlazar los sucesos que interesan á todos los pueblos de la tierra, y de formar un todo arreglado con tantas partes sueltas. Heródoto tuvo el mérito de concebir y ejecutar esta idea grande, poniendo á la vista de los Griegos los anales del mundo conocido, y presentándoles, bajo un punto de vista, cuantos sucesos memorables habian ocurrido en casi doscientos cuarenta años. Entonces se vió, por la primera vez, un conjunto de pinturas, que puestas unas al lado de otras, se hacian mas espantosas; vióse en ellas las naciones siempre inquietas y en movimiento, aunque anhelando su re-

* Hacia el año 410 antes de J. C.

poso; desunidas por el interes, y reunidas por la guerra; suspirando por la libertad, y gimiendo bajo la tiranía, el crimen triunfante por todas partes, la virtud perseguida, la tierra regada con sangre, y el imperio de la destruccion establecido de un cabo del mundo al otro. Pero la mano que pintó estas perspectivas, suavizó de tal modo el horror de ellas con lo bello del colorido, y con imágenes agradables; juntó á la belleza de su plan tantas gracias, armonía y variedad, y excitó tan continuamente aquella dulce sensibilidad que se regocija del bien, y se affige del mal, que su obra se tuvo por una de las mas insignes producciones del espíritu humano.

Permitidme aventurar aqui una reflexion; y es, que parece que tanto en las ciencias como en las artes, los talentos entran al principio en la carrera y luchan con las dificultades por algun tiempo. Despues que han apurado sus esfuerzos, viene un hombre de ingenio eminente, que pone el modelo mas allá de los limites conocidos. Esto es lo que hizo Homero con el poema épico; y esto lo que ha hecho Heródoto con la historia general. Los que vengan despues de él, podrán distinguirse por la belleza de las descripciones, y por una critica mas ilustrada; pero en quanto á seguir el bello plan de la obra, y el encadenamiento de los hechos, intentarán mas bien igualarle que excederle.

Por lo que hace á su vida, bastará decir, que nació en la ciudad de Halicarnaso en Caria, por el año cuarto de la olimpiada setenta y tres*; que viajó por la mayor parte de los paises de que queria escribir la historia; que leida su obra en la junta de los juegos olimpicos, y despues en la de Atenas, recibió generales aplausos; y que obligado á dejar su patria, despedazada por facciones, fué á acabar sus dias á una ciudad de la Grecia mayor.

En el mismo siglo vivia Tucídides, cerca de treinta años mas joven que Heródoto, y de una de las primeras familias de Atenas: puesto al frente de un cuerpo de tropas, contuvo por algun tiempo las de Brasidas, el general mas habil de Lacedemonia; pero habiendo este último sorprendido la ciudad de Anfipolis, Atenas tomó venganza en Tucídides, de un revés que este no podia precaver.

En su destierro, que duró veinte años, juntó materiales para la guerra del Peloponeso, y no perdonó ni desvelos ni gastos para averiguar, no solamente las causas que la produjeron, sino tambien los intereses particulares que la prolongaron; con cuya mira fué á diferentes naciones enemigas, consultó en todas á los gefes del gobierno, á los generales, á los soldados, y él mis-

* Hacia el año 484 antes de J. C.

mo fué testigo de la mayor parte de los acontecimientos que tenia que describir. Su historia, que comprende los veinte y un años primeros de esta guerra fatal, se resiente de su amor excesivo á la verdad, y de su caracter, que le llevaba á la reflexion. Algunos atenienses que le vieron despues que volvió del destierro, me han asegurado que era muy serio, que pensaba mucho y hablaba poco.

Tucidides queria mas instruir que agradar; llegar á su fin, que pararse en digresiones; y así es, que su obra no es como la de Heródoto una especie de poema, en donde se hallan las traçiones de los pueblos sobre su origen, la analisis de sus usos y costumbres, la descripción del pais que habitan, y los sucesos maravillosos, que casi siempre estimulan la imaginacion, sino mas bien son unos anales, ó si se quiere unas memorias de un militar, que al mismo tiempo estadista y filósofo, ha mezclado en sus relaciones y arengas, los principios de sabiduria que habia recibido de Anaxágoras, y las lecciones de elocuencia que le habia dado el orador Antifon. Sus reflexiones son por lo comun profundas, y siempre atinadas; su estilo enérgico, conciso, y por esto mismo oscuro algunas veces, y ofende el oido por intervalos; pero fija sin cesar la atencion, y se diria que su dureza constituye su magestad. Si este autor estimable emplea ex-

presiones anticuadas, ó palabras nuevas, es porque un ingenio como el suyo, rara vez se acomoda á la lengua que hablan todos. Hay quien diga que Heródoto, por motivos personales, refirió tradiciones injuriosas á ciertos pueblos de la Grecia. Tucídides no dijo mas que una palabra de su destierro, sin defenderse, ni quejarse, y ha representado como un hombre grande á Brasidas, cuya gloria eclipsó la suya, y cuya fortuna causó su desgracia. Xenofonte, á quien habeis conocido, continuó, felizmente la historia de Tucídides.

Heródoto, Tucídides y Xenofonte serán sin duda mirados en adelante como nuestros principales historiadores, aunque se diferencian esencialmente en el estilo. Y sobre todo, dije yo entonces, en el modo como comunmente miran los objetos. Heródoto ve en todo una divinidad envidiosa, que está aguardando á los hombres y los imperios, que lleguen al punto de su elevacion, para precipitarlos en el abismo: Tucídides no descubre en los reveses, mas que los yerros de los que gobiernan el Estado ó mandan los ejércitos: Xenofonte atribuye casi siempre al auxilio ó á la ira de los dioses el buen ó mal éxito de las cosas. Así cuanto hay en el mundo pende del fatalismo, segun el primero: de la prudencia, segun el segundo; del respeto á los dioses, segun el tercero. Tan cierto es que estamos natu-

ralmente propensos á atribuirlo todo á un corto número de principios favoritos!

Euclides prosiguió diciendo: Heródoto bosquejó la historia de los Asirios y de los Persas; pero un autor que conocia mejor que él estas dos célebres naciones ha manifestado sus errores. Este es Ctesias de Gnido, que ha vivido en nuestro tiempo. Fué médico del rey Artaxerxes, é hizo una larga mansion en la corte de Suzanos ha comunicado lo que halló en los archivos del imperio; lo que vió, y lo que le dijeron testigos de vista; pero si es mas exacto que Heródoto, es inferior en el estilo, aunque no carece de gracias, y sobre todo se distingue por su grandísima claridad. Entre otras muchas obras, nos dejó Ctesias una historia de las Indias, en la que trata de los animales y producciones naturales de aquellos climas remotos; pero como los informes que le dieron no eran fieles, se empieza á dudar de la verdad de sus relaciones.

Aquí veis las antigüedades de Sicilia, la vida de Dionisio el viejo, y el principio de la de su hijo, escrito todo por Filisto, que murió pocos años ha, despues de haber visto desaparecer la armada que él mandaba á nombre del mas joven de estos principes. Filisto tenia talentos, que en algun modo le han puesto á la par de Tucídides; pero no tenía las virtudes de Tucídides; antes bien es un esclavo que solo escribe para adular

á los tiranos, y descubre á cada instante que es todavia mas amigo de la tiranía que de los tiranos mismos.

Con esto pongo fin á esta enumeracion, en que me he alargado demasiado. Acaso no hallareis un pueblo, una ciudad, un templo célebre que no tenga su historiador. Actualmente se emplean muchos escritores en este género, como son Eforo y Teopompo, que se han distinguido ya; dos beocios llamados Anaxis y Dionisiodoro, que acaban de publicar la historia de la Grecia; y Anaximenes de Lámpsaco, que nos ha dado la de los Griegos y la de los bárbaros, desde el origen del género humano, hasta la muerte de Epaminondas.

Un título tan pomposo, le dije yo, no me da buena idea de la obra; porque vuestra cronología va á duras penas hasta cinco ó seis siglos mas allá de la guerra de Troya, y allí se acaba el tiempo para vosotros; ademas si se exceptuan unos cuantos pueblos extranjeros, os es desconocido el resto de la tierra; de manera que no percibis mas que un punto, tanto en la duracion como en el espacio; ¡y vuestro autor pretende decirnos lo que sucedió en los siglos y países mas remotos!

Quando se conocen los títulos de antigüedad que los Egipcios y los Caldeos alegan en su favor, ¡con qué compasion se mira la imperfec-

cion y novedad de los vuestros! ¡Bien maravillados quedaron los sacerdotes de Sais, cuando oyeron á Solon hacer ostentacion de vuestras tradiciones, hablarles del reino de Foroneo, del diluvio de Deucalion, y de tantas épocas, que le parecian tan antiguas, y eran muy recientes para ellos! « ¡Solon, Solon, le dijo uno de los sacerdotes, vuestros Griegos son unos niños!»

Despues de esto no han dejado de serlo nunca. Unos no buscan en la historia mas que lo ameno del estilo; otros solamente aventuras sobrenaturales y pueriles, y otros devoran con interes aquellas listas insoportables de nombres desconocidos, y de hechos estériles, que apuntalados con un monton de fábulas y prodigios, llenan casi toda vuestra historia antigua, esa historia á que dió Homero un lustre inmortal, y á la que vuestros cronistas no han añadido mas que el fastidio mas excesivo.

Quisiera yo que en adelante no se ocupasen vuestros autores sino de los dos ó tres últimos siglos, dejando para pasto de los poetas los tiempos anteriores. De esa manera, me dijo Euclides, habeis interpretado el pensamiento de Isócrates, quien aconsejó á dos de sus discípulos, Eforo y Teopompo, á que se dedicasen enteramente á la historia. Eforo es tardo, é incapaz de investigaciones laboriosas; Teopompo activo, eficaz, y dado á discusiones; ¿qué hizo Isócrates?

tes? Echó el primero á la historia antigua, y destinó el segundo á la moderna.

A este tiempo, entraron Eforo y Teopompo; y Euclides que los esperaba, me dijo aparte, que venian á leernos algunos fragmentos de las obras que estaban trabajando. Traian consigo dos ó tres amigos, y Euclides por su parte habia convidado á algunos de los suyos. Antes de reunirse todos, declararon los dos historiadores, que no habian gastado el tiempo en aclarar las ficciones de los siglos anteriores á la guerra de Troya, y haciendo profesion de un amor grande de la verdad, añadieron que seria de desear que todo autor hubiera presenciado los hechos que refiere.

Yo me he propuesto, dijo despues Eforo, escribir todo lo que pasó entre los Griegos y los bárbaros desde la vuelta de los Heraclides hasta nuestros dias, en el espacio de ochocientos cincuenta años. En esta obra, dividida en treinta libros, precedidos cada uno de un prólogo, se hallará el origen de los pueblos, la fundacion de las principales ciudades, sus colonias, sus leyes, sus costumbres, la naturaleza de sus climas, y los hombres grandes que han producido. Concluyó Eforo confesando, que las naciones bárbaras eran mas antiguas que las de Grecia, y esta confesion me previno en su favor.

Siguióse á este preámbulo la lectura de un

trozo sacado del libro onces de su historia, y que contenia una descripcion del Egipto. Aqui es donde á varias opiniones aventuradas sobre las crecientes del Nilo, sustituye otra que no conviene, ni con las leyes de la fisica, ni con las circunstancias de este fenómeno. Estaba yo cerca de Euclides, y le dije: Eforo no sabe lo que es el Egipto, ni ha consultado á los que lo saben.

A poco quedé convencido de que el autor no se preciaba de exactitud, y que, imitador puntual de los que le habian precedido, se esmeraba en condimentar su narracion con las fábulas consignadas en las tradiciones de los pueblos, y en las relaciones de los viajeros. Tambien me pareció que gustaba mucho de las formas oratorias. Como muchos escritores ponen al orador sobre el historiador, creyó Eforo que no podia responderles mejor, que esforzándose á sobrepasar en los dos géneros.

A pesar de estos defectos, será su obra mirada siempre como un tesoro, tanto mas precioso, quanto cada nacion hallará en ella separadamente y en buen orden todo lo que puede interesarle: el estilo es puro, elegante y florido, aunque por lo comun sujeto á ciertas armonías, y casi siempre falto de elevacion y de fuego.

Acabada esta lectura, se volvieron todos á mirar á Teopompo, que empezó hablándonos de sí

mismo. Desterrado mi padre Damostrato, nos dijo, de la isla de Quio su patria, por haber manifestado mucha adhesion á los Lacedemonios, me trajo á Grecia, y algun tiempo despues vine á esta ciudad, donde me apliqué sin intermision al estudio de la filosofía y la elocuencia.

Compuse muchos discursos; viajé por diferentes pueblos; hablé en sus juntas; y despues de tantos aplausos como he logrado, creo que puedo ponerme entre los hombres mas elocuentes de este siglo, y reputarme superior á los que mas lo fueron en el pasado; porque el que entonces gozaba del primer lugar, no lograria ahora el segundo.

Isócrates me hizo pasar de la carrera lucida en que me habia distinguido, á la que habian ilustrado los talentos de Heródoto y de Tucídides; he continuado la obra de este último, y ahora estoy trabajando la vida de Filipo, rey de Macedonia; pero lejos de limitarme á describir las acciones de este príncipe, cuido de enlazarlas con la historia de casi todos los pueblos, refiriendo las costumbres y leyes de ellos. Abrazo un objeto tan vasto como el de Eforo; bien que mi plan es diferente del suyo.

A imitacion de Tucídides, nada he omitido para cerciorarme de los hechos: muchos de los sucesos que refiero, han pasado á mi vista; en quanto á los demas he consultado á los que fue-

ron ó actores ó festigos: no hay pais en la Grecia que no haya andado; no le hay donde no haya contraido amistad con los que dirigian las operaciones políticas ó militares. Soy bastante rico para no temer gastos, y demasiado amante de la verdad, para temer las fatigas.

Esta vanidad tan necia nos indispuso contra el autor; pero al punto se puso en un camino tan luminoso, desplegó tan grandes conocimientos sobre los asuntos de la Grecia, y de otros pueblos, tanta inteligencia en la distribucion de los hechos, tanta sencillez, claridad, nobleza y armonia en el estilo, que nos vimos forzados á colmar de elogios al hombre que merecia ser mas humillado.

Entre tanto que continuaba leyendo, empezaba á resfriarse nuestra admiracion viendo otra vez fábulas, y oyendo contar cosas increíbles. Nos dijo que un hombre, que, contra la prohibicion de los dioses, pudo entrar en un templo de Júpiter en Arcadia, gozó por toda su vida el privilegio singular, de que su cuerpo, dándole los rayos del sol, no hacia sombra. Tambien nos dijo que en los primeros años del reinado de Filipo, sucedió que en algunas ciudades de Macedonia, y en medio de la primavera, las higueras, las viñas, y los olivos, dieron fruto maduro de repente; y que desde esta época no dejaron de prosperar los negocios de este principe.

Sus digresiones son tan frecuentes, que casi llenan las tres cuartas partes de su obra, y á veces tan largas, que cuando se acaban, se ha olvidado el motivo de ellas. Las arengas que pone en boca de los generales, á la hora del combate, impacientan al lector, como hubieran causado á las tropas.

Su estilo mas propio del orador que del historiador, tiene grandes bellezas, y grandes defectos: no es demasiado desaliñado cuando se trata de la colocacion de las palabras; y lo es mucho en la eleccion de ellas. Veis al autor dar algunas veces tormento á sus periodos para redondearlos, ó para evitar el conflicto de las vocales; y otras veces desfigurarlos con expresiones bajas, y adornos impertinentes.

En estas lecturas tuve muchas ocasiones de conocer el desprecio ó la ignorancia que tienen los Griegos en razon de los pueblos distantes. Eforo tomó la Iberia * por una ciudad, sin que nadie advirtiese este error. Yo tenia noticia por un mercader fenicio, cuyo comercio se extendia hasta Gadir, de que la Iberia es una region vasta y poblada. Habiendo Teopompo citado poco despues la ciudad de Roma, se le preguntó acerca de ella, y solo respondió: está en Italia,

* La España.

y todo lo que sé de ella es, que una vez la tomó un pueblo de las Galias.

Habiéndose retirado estos dos autores, se les dieron los elogios que merecian por muchos títulos. Uno de los circunstantes, que traía un manto de filósofo, dijo con tono grave: Teopompo es el primero que ha citado el corazón humano al tribunal de la historia: notad con qué superioridad de luces entra en este abismo profundo, y con qué impetuosa elocuencia pone á nuestra vista sus horribles descubrimientos. Siempre con recelo de las buenas acciones, trata de sorprender los secretos del vicio, disfrazado con la máscara de la virtud.

Temo mucho, le dije yo, que algun dia se descubra en sus escritos la ponzoña de la malignidad, escondida bajo las exterioridades de la franqueza y de la probidad. Yo no puedo tolerar aquellos hombres mohinos, que no hallan en los demas nada puro é inocente. El que continuamente desconfia de las intenciones de los demas, me enseña á desconfiar de las suyas.

Un historiador ordinario, me respondió, se contenta con exponer los hechos; pero un historiador filósofo va á buscar sus causas. Por lo que hace á mí, aborrezco el crimen, y gusto de conocer al criminal para aborrecerle. Pero á lo menos, dije yo, será preciso que se le convenza. Es culpable, me dijo mi contrario, si tenia in-

teres en serlo. Déseme un ambicioso, yo debo reconocer en todas sus operaciones, no lo que hizo, sino lo que quiso hacer, y daré gracias al historiador que me revele los odiosos misterios de esta pasion. ¿Y cómo, le dije yo, cómo una mera presuncion, que no se alega ante los jueces sino apoyándola en otras pruebas mas fuertes, y exponiéndola á la contradiccion, bastará en la historia para imprimir un oprobio eterno en la memoria de un hombre?

Teopompo parece bastante exacto en sus relaciones; pero no es mas que un declamador, cuando distribuye á su arbitrio el vituperio ó la alabanza. Si habla de una pasion, debe ser atroz y consiguiente. Si habla de un hombre contra quien está prevenido, juzga de su caracter por algunas acciones, y del resto de su vida por su caracter. Seria cosa bien desgraciada que semejantes impostores pudiesen disponer de las reputaciones de los hombres.

Peor seria, me replicó alterado, que no se permitiese tocar á las reputaciones usurpadas. Teopompo es como aquellos jueces del infierno, que leen claramente en el corazón de los culpados; y como aquellos médicos que aplican el hierro y el fuego al mal, sin ofender las partes sanas. No se detiene en el manantial de los vicios, sino despues de estar seguro de que está envenenado. ¿Y por qué se contradice? respon-

di yo. Al principio de su obra nos anuncia que no la emprende sino para tributar á Filipo el homenaje debido al mayor hombre que ha habido en la Europa; y luego lo representa como el mas disoluto, el mas injusto y el mas pérfido. Si este príncipe se dignase de echar una mirada sobre él, le veria arrastrarse vilmente á sus pies. Al oír esto hicieron ademán de admirarse, y yo añadí: sabed pues, que ahora mismo está componiendo Teopompo un elogio lleno de adulacion, en honor de Filipo. ¿A quien creeremos sobre este punto; al historiador, ó al filósofo?

Ni al uno ni al otro, respondió Leócrates, amigo de Euclides; el cual era un literato que se habia aplicado al estudio de la política y de la moral, y despreciaba el de la historia. Acusilao, prosiguió, ha sido convencido de embustero por Helánico, y este por Eforo, que lo será luego por otros. Cada dia se descubren nuevos errores en Heródoto, y el mismo Tucídides no está exento de ellos. Escritores ignorantes ó preocupados, hechos inciertos en sus causas, y en sus circunstancias, veis ahí algunos de los vicios inherentes á este género.

Peró veis aquí sus ventajas, respondió Euclides: grandes autoridades para la política, y grandes ejemplos para la moral. A la historia tienen que recurrir continuamente las naciones de la Grecia, para conocer sus respectivos de-

rechos, y terminar sus desavenencias: en ella es donde cada república encuentra los títulos de su poder y de su gloria: á su testimonio en fin se remiten nuestros oradores para darnos á conocer nuestros intereses. En cuanto á la moral, los repetidos preceptos de esta sobre la justicia, la sabiduría y el amor de la patria, ¿pueden compararse á los ejemplos grandes de Aristides, Sócrates y Leonidas?

Nuestros autores no están siempre acordes cuando se trata de nuestra antigua cronología, ó cuando hablan de las naciones extranjeras; y así no haremos caso de ellos, si quereis, en estos artículos; pero desde nuestras guerras con los Persas, donde empieza realmente nuestra historia, es esta un depósito precioso de la experiencia que cada siglo deja á los siglos siguientes. La paz, la guerra, los impuestos, todos los ramos del gobierno se controvierten en las juntas generales; y las deliberaciones se hallan consignadas en los registros públicos: la relacion de los grandes sucesos está en todos los escritos y en todas las bocas; nuestros triunfos, nuestros tratados están grabados en los monumentos que están á nuestra vista. ¿Quien seria el escritor que se atreviese á contradecir á testigos tan auténticos y visibles?

¿Direis que están discordes, á veces sobre las circunstancias de un hecho? ¿Y qué importa

que los Corintios se portasen bien ó mal en la batalla de Salamina? No por eso es menos verdad que en Salamina, en Platea, y en las Termópilas algunos miles de griegos resistieron á millones de persas, y que entonces se hizo patente, acaso por la primera vez, esta grande é insigne verdad, que el amor de la patria es capaz de hacer cosas que parecen superiores á las fuerzas humanas.

La historia es un teatro, en que se ponen en accion la política y la moral: los jóvenes reciben en ella las primeras impresiones, que deciden algunas veces de su destino; es, pues, preciso presentarles buenos modelos que seguir, é inspirarles horror al falso heroísmo. Los soberanos y las naciones pueden tomar en ella lecciones importantes; es pues preciso que el historiador sea impasible como la justicia, cuyos derechos tiene que sostener, y sincero como la verdad, de quien se propone ser el órgano. Su ministerio es tan augusto, que solo deberían ejercerlo hombres de conocida probidad, y bajo la inspeccion de un tribunal tan severo como el areopago. En una palabra, dijo Eulides para acabar, la utilidad de la historia no la disminuyen sino los que no saben escribirla, y no la desconocen sino los que no saben leerla.

CAPITULO LXVI.

DE LOS NOMBRES PROPIOS USADOS ENTRE LOS GRIEGOS.

Platon ha compuesto un tratado, en que trae muchas etimologías de los nombres de los heroes, de los genios y de los dioses, tomándose aquella licencia, que es tan propia de esta especie de trabajo. Animado de su ejemplo, sin tomarme tanta libertad, pondré aquí algunas observaciones sobre los nombres propios que usan los Griegos, hechas por casualidad en las dos conversaciones que acabo de referir. En ellas mismas ocurrieron mas de una vez varias digre-

que los Corintios se portasen bien ó mal en la batalla de Salamina? No por eso es menos verdad que en Salamina, en Platea, y en las Termópilas algunos miles de griegos resistieron á millones de persas, y que entonces se hizo patente, acaso por la primera vez, esta grande é insigne verdad, que el amor de la patria es capaz de hacer cosas que parecen superiores á las fuerzas humanas.

La historia es un teatro, en que se ponen en accion la política y la moral: los jóvenes reciben en ella las primeras impresiones, que deciden algunas veces de su destino; es, pues, preciso presentarles buenos modelos que seguir, é inspirarles horror al falso heroísmo. Los soberanos y las naciones pueden tomar en ella lecciones importantes; es pues preciso que el historiador sea impasible como la justicia, cuyos derechos tiene que sostener, y sincero como la verdad, de quien se propone ser el órgano. Su ministerio es tan augusto, que solo deberían ejercerlo hombres de conocida probidad, y bajo la inspeccion de un tribunal tan severo como el areopago. En una palabra, dijo Eulides para acabar, la utilidad de la historia no la disminuyen sino los que no saben escribirla, y no la desconocen sino los que no saben leerla.

CAPITULO LXVI.

DE LOS NOMBRES PROPIOS USADOS ENTRE LOS GRIEGOS.

Platon ha compuesto un tratado, en que trae muchas etimologías de los nombres de los heroes, de los genios y de los dioses, tomándose aquella licencia, que es tan propia de esta especie de trabajo. Animado de su ejemplo, sin tomarme tanta libertad, pondré aquí algunas observaciones sobre los nombres propios que usan los Griegos, hechas por casualidad en las dos conversaciones que acabo de referir. En ellas mismas ocurrieron mas de una vez varias digre-

siones de otra especie, en que se habló de la filosofía y muerte de Sócrates; y en ellas adquiri varias noticias, de que haré uso en el capítulo siguiente.

Se distinguen dos suertes de nombres; unos simples y otros compuestos. Entre los primeros los hay que traen su origen de cierta semejanza, que se notó entre tal hombre y tal animal. Por ejemplo, Leo, *el leon*; Licos, *el lobo*; Moscos, *el becerro*; Corax, *el cuervo*; Sauros, *el zorro*; Batracos, *la rana*; Alecrion, *el gallo*; etc. Los hay tambien que parecen tomados del color del rostro: Argos, *el blanco*; Melas, *el negro*; Xantos, *el rubio*; Pirros, *el bermejo* *.

Algunas veces ponen á un niño el nombre de alguna divinidad, dándole una ligera inflexion. Así es, como Apolonios, viene de Apolo; Poseidonios, de Poseidon ó Neptuno; Demetrios, de Demetro ó Ceres; Ateneo, de Atené ó Minerva.

Los nombres compuestos son muchos mas que los simples. Si dos esposos creen haber alcanzado con sus oraciones el nacimiento de un niño, que es la esperanza de su familia, entonces, en señal de reconocimiento, se añade con una leve

* Argos es lo mismo que Argus; Pirros que Pirrus, etc., porque los Latinos terminaron en us, los nombres propios que los Griegos terminaban en os.

mudanza, la palabra doron, que significa *dádica*, al nombre de la divinidad protectora. De aquí vienen los nombres de Teodoro, Diodoro, Olimpiodoro, Hipatodoro, Herodoro, Atenodoro, Hermodoro, Hefestiodoro, Heliodoro, Asclepiodoro, Cefisodoro, etc., es decir, *dádica* de los dioses, de Júpiter, del dios de Olimpia, del Altísimo, de Juno, de Minerva, de Mercurio, de Vulcano, del Sol, de Esculapio, del rio Cefiso, etc.

Hay algunas familias que pretenden descender de los dioses, y de aquí vienen los nombres de Teógenes ó Teágenes, *hijo de los dioses*; Diógenes, *hijo de Júpiter*; Hermógenes, *hijo de Mercurio*, etc.

Es digno de notarse, que la mayor parte de los nombres que menciona Homero, son títulos de distincion; los cuales se concedieron como recompensa á las calidades mas apreciadas en los tiempos heroicos, tales como el valor, la fuerza, la ligereza en la carrera, la prudencia y otras virtudes. De la palabra polemos, que significa *la guerra*, se formó Tlepolemo, es decir, *propio para sufrir las fatigas de la guerra*; Arquepolemo, *propio para dirigir las operaciones de la guerra*.

Juntando á la palabra maco, *combate*, algunas preposiciones, y diversas partes de oracion, que modifican el sentido de una manera honrosa,

se componen los nombres de Anfimaco, Antimaco, Prómaco, y Telémaco. Haciendo lo mismo con la palabra hénorea, fuerza, intrepidez, se formó Agapenor, *el que estima el valor*: Agenor, *el que lo dirige*; Protoenor, *el primero por su valor*; y otros muchos, como Alegenor, Anlenor, Elefenor, Euquenor, Pesenor, Hipsenor, Hiperenor, etc. De la palabra damao, *yo domo*, yo sujeto, se formó Damastor, Anfidamas, Quersidamas, Ifidamas, Polidamas, etc.

De toos, *ligero en el correr*, se derivaron los nombres de Areitoo, Alcatoo, Pantoo, Piritoo, etc. De noos, *espíritu, inteligencia*, los de Astinoo, Arsinoo, Autonoo, Ifinoo, etc. De medos, *consejo*, los de Agámedes, Eúmedes, Licómedes, Perimedes, Trasimedes. De cleos, *gloria*, los de Anficles, Agacles, Baticles, Doriclos, Equeclos, Ificlos, Patroclo, Cleóbulo, etc.

De aquí se sigue, que muchos particulares tenían entonces dos nombres, el que le habían dado sus padres, y el que merecieron por sus acciones; pero el segundo dejó luego al otro en el olvido.

Los títulos de honor, que he mencionado, y otros muchísimos que suprimo, como los de Ormenos, *el impetuoso*, y Asteropeos, *el que arroja rayos*, se trasmitían á los hijos, para recordarles las acciones de sus padres, é incitarlos á que los imitasen; por lo cual han llegado

hasta estos tiempos; y como han pasado á toda clase de ciudadanos, no imponen obligación alguna, antes bien, á veces resulta de ellos un contraste singular con el estado ó el caracter de los que los han recibido en su infancia.

Vino á Atenas un persa, que fundaba todo su mérito en el lustre de su nombre, y á quien yo había conocido en Suza: fui un día con él á la plaza pública, y habiendonos sentado cerca de unos atenienses que estaban en conversacion, me preguntó por sus nombres, y me pidió que se los explicase. El primero, le dije yo, se llama Eudoxio, esto es, *ilustre, honorable*; y veis aquí que mi persa se inclina ante Eudoxio. El segundo, añadí yo, se llama Policeto, que significa *muy célebre*: otra reverencia mas profunda. Sin duda, me dijo, estos dos personajes estarán á la cabeza de la república. Nada de eso, le respondí: esos son hombres comunes, apenas conocidos. El tercero, que parece tan endeble, se llama Agástenes, ó Megástenes, que significa *el fuerte*, y aun *el fortísimo*. El cuarto, que es tan gordo y pesado, se llama Protoo, palabra que significa *el ligero*, *el que lleva la delantera en la carrera*. El quinto, que os parece tan triste, se llama Epicaris, *el alegre*. ¿Y el sexto, me dijo el persa impacientado? El sexto es Sostrato, es decir, *el salvador del ejército*. — ¿Con que habrá tenido mando? — No; nunca ha servido.

El séptimo, que se llama Clitómaco, *ilustre guerrero*, siempre ha huido, y se le ha declarado infame. El octavo se llama Diceo, *el justo*.— ¿Y qué? — ¡Y qué! Que es el mayor pícaro que hay, iba á citarle todavía el nono que se llamaba Evelton, *el bien venido*, cuando el extranjero se levantó, y me dijo: estas gentes deshonran sus nombres. Pero á lo menos, le respondí, estos nombres no les inspiran vanidad.

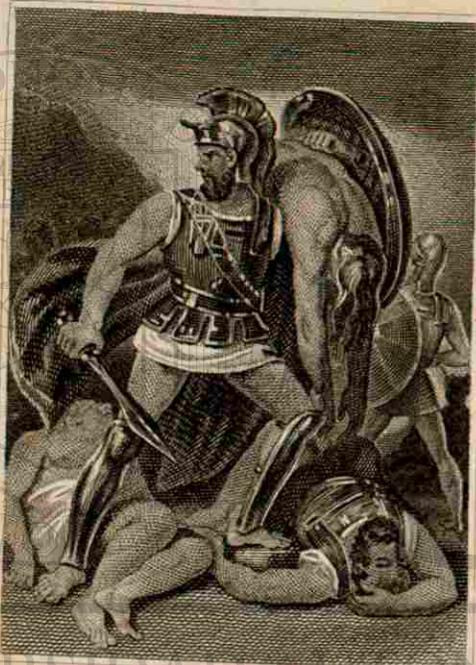
Casi no se halla en Homero denominacion alguna afrentosa. Hoy día son muy ordinarias; pero mucho menos de lo que se debería esperar de un pueblo, en quien hace fácilmente impresion lo ridiculo y lo defectuoso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Diseño del

Cacho, del Sr.

SÓCRATES
en el cerco de Potidea.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXVII.

SOCRATES.

Sócrates era hijo de un escultor llamado Sofrónico, y de Fenareta, que era partera. Siguió la profesión de su padre, sobresaliendo en ella, pero la dejó al cabo de algun tiempo*.

Aquellas proporciones bellas, aquellas formas elegantes que el marmol recibe del cincel, die-

* Sócrates hizo las estatuas de las tres Gracias que estaban en la puerta de la ciudadela de Atenas; las cuales estaban cubiertas con un velo, segun se hacian en aquel tiempo.

ron á Sócrates la primera idea de la perfeccion; y con el tiempo, ampliada mas esta idea; vino á pensar que debia de reinar cierta armonía general entre las partes del universo, y una conexion exacta entre las acciones y los deberes del hombre.

Con la mira de poner en claro estas primeras nociones, se dedicó á todo género de estudios con el ardor y teson de un alma fuerte y ansiosa de saber, fijando su atencion sucesivamente en el examen de la naturaleza, en las ciencias exactas y en las artes de gusto. Vivía en un tiempo en que parecia que el espíritu humano hallaba cada día nuevos manantiales de luces. Dos clases de hombres habian tomado á su cargo el recogerlas ó el difundirlas: unos eran los filósofos, que los mas pasaban la vida en meditar sobre la formación del universo, y sobre la esencia de los seres: otros eran los sofistas, quienes con el auxilio de algunas nociones superficiales, y de cierta elocuencia pomposa, se entretenian en discurrir sobre todos los objetos de la moral y de la política, sin aclarar ninguno.

Sócrates asistió á oír á unos y otros, admiró el talento que mostraban, y se instruyó con los extravíos de ellos. Oyendo á los primeros, advirtió que al paso que adelantaba en la carrera, se condensaban mas las tinieblas en torno de él, cono-

ciendo entonces que la naturaleza nos concede sin dificultad los conocimientos de primera necesidad; pero que hay que sacarle con violencia los que son menos útiles, y nos niega rigurosamente todos los que no servirian sino para satisfacer la inquietud de nuestra curiosidad. Juzgando pues de la importancia de ellos por el grado de evidencia ó de oscuridad que los acompaña, tomó la determinacion de renunciar al estudio de las causas primeras, y dejar á un lado esas teorías abstractas, que solo sirven para martirizar ó extraviar el entendimiento.

Si tuvo por inútiles las meditaciones de los filósofos, todavía le parecieron mas dañosos los sofistas, en cuanto defendiendo cualquier doctrina sin adoptar ninguna, introducian la libertad de dudar en las verdades mas esenciales al sosiego de las sociedades.

De sus indagaciones infructuosas sacó por consecuencia, que el único conocimiento necesario á los hombres, era el de sus deberes, y la única ocupacion digna del filósofo, la de instruirlos en ellos; y sujetando al examen de la razon las relaciones que tenemos con los dioses y nuestros semejantes, se atuvo á aquella teología sencilla, cuya voz habian escuchado tranquilamente las naciones por una larga sucesion de siglos.

Veis ahora los principios que adoptó Sócrates.

La sabiduría suprema conserva en eterna juventud el universo que ha formado: invisible en sí misma la anuncian con magnificencia las maravillas que produce: los dioses extienden su providencia á toda la naturaleza, y estando presentes en todo lugar, lo ven todo y lo oyen todo. Entre la infinidad de seres que han salido de sus manos, el hombre, que se distingue de los demás animales por ciertas calidades eminentes, y sobre todo por aquella inteligencia capaz de concebir la idea de la divinidad; el hombre, repito, fué siempre el objeto de su amor y de su predilección, y continuamente le están hablando en boca de estas leyes soberanas, que han grabado en su corazón: « prosternaos delante de los dioses: honrad vuestros padres: haced bien á los que os hacen bien. » Igualmente le hablan por medio de los oráculos esparcidos por la tierra, y valiéndose de una multitud de prodigios y presagios, que son indicios de su voluntad.

No se queje pues nadie del silencio de los dioses, ni diga que su grandeza no les deja bajarse hasta nuestra flaqueza, pues si su poder los pone tan distantes de nosotros, su bondad los aproxima á ellos. ¿Y qué es lo que exigen? El culto establecido en cada comarca: las oraciones, que han de ceñirse á pedirles su protección de un modo general: ofrecer sacrificios en que la pureza del corazón esmas esencial que la mag-

nificencia de las ofrendas, pues seria menester renunciar á la vida, si los sacrificios de los malos les fuesen mas gratos que los de los hombres de bien. Todavía exigen mas: los honra el que los obedece; y los obedece el que es útil á la sociedad. El hombre que se desvela por la felicidad del pueblo; el labrador que hace la tierra mas fértil, y todos los que cumplen puntualmente sus obligaciones, rinden á los dioses la ofrenda mas grata; pero es menester que sea continua, pues su patrocinio es el premio de la piedad fervorosa, acompañada de esperanza y confianza. No debemos emprender ninguna cosa de importancia sin consultar á los dioses; no hagamos nada que sea contrario á sus órdenes, y tengamos en la memoria, que la presencia de los dioses alumbra y ocupa los parages mas oscuros y mas solitarios.

Sócrates no declaró su modo de pensar acerca de la naturaleza de la divinidad; pero se explicó siempre con claridad acerca de su existencia y su providencia: verdades de que estaba intimamente convencido, y las únicas que le fué posible é importante alcanzar. Reconoció un Dios único, autor y conservador del universo, y otros dioses inferiores al primero, formados por su mano, dotados con parte de su poder, y dignos de nuestra veneración. Penetrado del mas profundo respeto al Soberano del universo, se hu-

biera prosternado donde quiera ante él, y donde quiera hubiera reverenciado á sus ministros, bajo cualquier nombre que se les invocase, con tal que no se les atribuyese ninguna de nuestras flaquezas, se desviasen de su culto las supersticiones que lo desfiguran, y se despojase á la religion de las fábulas que autoriza, segun parece, la filosofia de Pitágoras y de Empédocles. Creia que las ceremonias podian variar en distintos pueblos; pero debian estar autorizadas por las leyes, y acompañarlas la pureza de la intencion.

Sócrates no se dedicó á indagar el origen del mal que se descubre, así en lo moral como en lo físico; pero conoció los bienes y los males que constituyen la felicidad é infelicidad del hombre, y en este conocimiento fundó su moral.

El verdadero bien es permanente é inalterable: llena el alma sin extenuarla, y la pone en profunda tranquilidad respecto á lo presente, y en plena seguridad respecto á lo futuro. Así pues no consiste este bien en el deleite, ni en el poder, ni en la salud, la riqueza, ni los honores; porque estas ventajas, y todas las que mas incitan nuestros deseos, no son bienes por sí mismas, dado que pueden ser útiles ó nocivas, segun el uso que se hace de ellas, ó segun los efectos que traen consigo; viniendo unas acompañadas de dolores, otras seguidas de sinsabores

y remordimientos; y todas se desvanecen desde el punto en que se abusa de ellas, como tambien cesa el gozar de ellas desde el instante en que se teme perderlas.

Tampoco tenemos ideas mas exactas de los males que tememos; y así es que hay algunos como el descrédito, las enfermedades y la pobreza, que no obstante el terror que causan, traen á veces mas utilidad que la reputacion, las riquezas y la salud. De esta manera se halla nuestra alma en medio de objetos, de que no conoce la naturaleza; anda vacilante é incierta, sin poder discernir sino con la ayuda de alguna débil y escasa luz, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo honesto y lo deshonesto; y como todas nuestras acciones dimanen de la deliberacion, y esta es mas ciega en razon de su importancia, estamos continuamente expuestos á caer en los lazos que nos rodean; de lo cual vienen tantas contradicciones en nuestra conducta, tanta fragilidad en las virtudes, y tantos sistemas de felicidad como han venido al suelo.

Sin embargo de esto, los dioses nos han dado una guia para que nos dirija por estos caminos inciertos: esta guia es la sabiduria, que es el mayor bien, así como la ignorancia es el mayor mal. La sabiduria es una razon clara, que nos muestra los objetos de nuestros temores, y de nuestras esperanzas, como ellos son en sí, des-

nudos de los colores falsos, y ademas de dar estabilidad á nuestros juicios, determina nuestra voluntad por sola la fuerza de la evidencia.

Con la ayuda de esta luz viva y pura es justo el hombre, porque está íntimamente persuadido de que su interes es obedecer á las leyes, y no hacer daño á nadie: es frugal y templado, porque ve claramente que el exceso de los placeres ocasiona el perdimiento de la hacienda y de la reputacion juntamente con la salud: es animoso, porque conoce el peligro, y que es menester arrojárselo. Del mismo principio dimanar sus demas virtudes, ó por mejor decir todas ellas no son otra cosa que la sabiduría aplicada á las diferentes circunstancias de la vida.

De esto se sigue que toda virtud es una ciencia, que se aumenta con el ejercicio y la meditacion: todo vicio es un error, que por su propia naturaleza, debe producir todos los demas vicios.

Este principio, materia de disputas aun en nuestros dias, tenia contrarios en tiempo de Sócrates. Veis aqui lo que le decian: debemos quejarnos de nuestra flaqueza, y no de nuestra ignorancia, y si obramos mal no es por falta de conocerlo. A esto respondia Sócrates: no lo conocéis; y seguramente huiriais del mal si lo creyeseis tal; pero lo preferis al bien, porque os parece un bien mayor.

A esto replicaban diciendo: esa preferencia la

condenamos antes y despues de la acción; pero hay momentos en que el atractivo del deleite nos hace olvidarnos de nuestros principios, y no nos deja ver lo venidero. Y sobre todo, ¿podemos extinguir las pasiones que nos esclavizan contra nuestra voluntad?

Si sois esclavos, respondia Sócrates, no teneis que contar con la virtud, ni por consiguiente con la felicidad. La sabiduría, que es lo único que puede proporcionarla, no deja oír su voz sino á hombres libres ó que se esfuerzan por serlo. No exige, para restituiros la libertad, mas que el sacrificio de las necesidades que no ha dado la naturaleza: al paso que uno recibe y medita sus lecciones, sacude mas facilmente todas esas servidumbres, que ofuscan y oscurecen el entendimiento; porque la tiranía de las pasiones no es lo que se debe temer, sino la de la ignorancia, que es quien os entrega en manos de ellas exagerando su poderio; y así en destruyendo su imperio, vereis desaparecer esas ilusiones que os deslumbran, y esas opiniones confusas y veleidosas que tomáis por principios. Entonces es cuando el lustre y belleza de la virtud, hacen en nuestras almas tal impresion, que no pueden resistir al atractivo imperioso que las violenta, pudiendo entonces decirse que no tenemos la facultad de ser malos, porque jamas tendremos la de preferir, á sabiendas, el

mal al bien, ni aun el provecho menor á otro mayor.

Imbuido Sócrates de esta doctrina, concibió el designio, tan extraordinario como importante, de destruir, si todavía era tiempo, los errores y preocupaciones, que son la desdicha y el oprobio de la humanidad. Vióse pues un simple particular, sin nacimiento, sin nombre, sin mira ninguna de interes, ni deseo ninguno de gloria, tomar sobre sí el duro y peligroso cuidado de instruir á los hombres, y llevarlos á la virtud por medio de la verdad: viósele consagrar su vida, todos los instantes de ella, á este glorioso ministerio, practicarlo con la eficacia y la moderacion que inspira el amor ilustrado del bien público, y mantener, del modo que le era posible, el imperio vacilante de las leyes y las costumbres.

Sócrates no pensó en entrometerse en los negocios del gobierno: mas nobles funciones eran las que tenía que desempeñar. Formando buenos ciudadanos, decia, multiplico los servicios que debo á mi patria.

No siendo su objeto, ni anunciar su proyecto de reforma, ni acelerar la ejecucion de él, no compuso obra ninguna, ni hizo alarde de reunir á sus oyentes en horas señaladas; sino que en las plazas, en los paseos públicos, en las concurrencias distinguidas, y en medio del pueblo,

aprovechaba cualquier ocasion para instruir en sus verdaderos intereses al magistrado, al artesano, al labrador, y en una palabra á todos sus hermanos; pues bajo este aspecto miraba á todos los hombres*. La conversacion empezaba por cosas indiferentes; pero paulatinamente y sin advertirlo, le daban cuenta de su conducta, y los mas aprendian con admiracion, que en cada estado consiste la felicidad en ser buen padre, buen amigo y buen ciudadano.

Sócrates no se lisonjaba de que los Atenien- ses gustasen de su doctrina, en tiempo que la guerra del Peloponeso traia inquietos los ánimos y los habia hecho en extremo licenciosos; pero presumia que sus hijos serian mas dóciles, y la trasmitirian á la generacion siguiente.

Sócrates procuraba atraerlos con lo sabroso de su conversacion, y á veces acompañándolos en sus diversiones, bien que sin tomar parte en sus excesos. Uno de ellos, llamado Esquines, despues que lo hubo oído, exclamó: «Sócrates, «yo soy pobre, pero me entrego enteramente «á vos; y esto es lo que puedo ofrecer. — No «sabeis, le respondió Sócrates, cuán bello es el «don que me haceis.» Su primera diligencia era

* Sócrates decia: yo soy ciudadano del universo. Aristipo: yo soy forastero en todas partes. Estas dos proposiciones bastan para caracterizar al maestro, y al discípulo.

descubrirles el genio : ayudáales con sus preguntas á dar á luz sus ideas, y con sus respuestas los obligaba á desecharlas. Las definiciones exactas disipaban poco á poco los conocimientos falsos que habian adquirido en la primera enseñanza; y las dudas presentadas con maña, les aumentaban la inquietud y la curiosidad; porque lo principal de su arte fué siempre traerlos al punto de no poder sufrir ni su ignorancia, ni sus flaquezas.

Muchos de ellos no pudieron aguantar esta prueba, y avergonzados de su situacion, sin tener valor para salir de ella, dejaron á Sócrates, quien no se tomó la molestia de buscarlos. Los demas aprendieron en su humillacion á desconfiar de si mismos; y desde aquel mismo instante no volvió á poner lazos á su vanidad. No les hablaba con la rigidez de censor, ni con la altivez de un sofista : nunca les reprendia con amargura, ni les daba quejas importunas, y siempre oian el lenguaje de la razon y la amistad en la boca de la virtud.

Ponia mucho estudio en formarles el entendimiento, porque cada precepto debia estribar en algun principio : ejercitábalos en la dialéctica porque tenian que rebatir los sofismas del deleite y de las demas pasiones.

Nunca hubo un hombre menos sujeto á la envidia. Si algunos querian tomar una ligera tui-

tura de las ciencias exactas, les indicaba cuáles eran los maestros que juzgaba mas inteligentes que él. Si deseaban asistir á otras escuelas, él mismo los recomendaba á los filósofos, á quienes daban la preferencia.

Sus lecciones venian á ser unas conversaciones familiares, en que las circunstancias suministraban la materia : unas veces leia con sus discipulos los escritos de los sabios que le habian precedido; volviéndolos á leer porque sabia que para perseverar en el amor del bien, suele ser menester convencerse de nuevo de las verdades de que está uno convencido : otras veces discurria sobre la naturaleza de la justicia, de la ciencia y del verdadero bien. ¡Pereza, exclamaba entonces, la memoria del primero que se atrevió á hacer distincion entre lo justo y lo util ! Otras veces les explicaba mas á la larga las relaciones que unen entre si á los hombres, y las que tienen con los objetos que los rodean. Sumision á la voluntad de los padres, por mas dura que sea; sumision mas completa á las órdenes de la patria por severas que sean; igualdad de ánimo en la prosperidad y en la adversidad; obligacion de ser útiles á los hombres; necesidad de mantenerse en estado de guerra con las pasiones propias, y en estado de paz con las ajenas; estos puntos de doctrina los exponia Sócrates con tanta claridad como exactitud.

De aquí resultaba la exposicion de una multitud de ideas nuevas para los oyentes; y de ahí nacieron varias máximas que nos han quedado de él; y veis aquí algunas de ellas, las primeras que me ocurren: mientras menos necesidades tiene uno, mas se aproxima á la divinidad: la ociosidad envilece, y no el trabajo: una mirada que se detiene con gusto en la belleza, introduce en el corazon un veneno mortal: la gloria del sabio consiste en ser virtuoso sin hacer alarde de parecerlo, y su deleite en serlo todos los días cada vez mas: mejor es morir con honor, que vivir con ignominia: no se debe dar mal por mal. Finalmente, una de las verdades mas espantosas, en que Sócrates insistia mas, es que la mayor impostura es el pretender gobernar y regir á los hombres, sin tener los conocimientos necesarios.

Y en efecto, ¿cómo no habia de escandalizar la presuncion de la ignorancia á un hombre que á fuerza de conocimientos y de tareas, apenas se creia con el derecho de confesar que no sabia nada: á un hombre, que veia conseguir los empleos mas importantes por el favor ó la maña, y confiarlos á gentes sin luces, ni probidad; que veia en la sociedad, y en lo interior de las familias, oscurecidos todos los principios, y olvidados todos los deberes; y en la juventud de Atenas veia la altivez y la frivolidad, con una presun-

cion sin limites, y una incapacidad igual al orgullo?

Sócrates, siempre atento á desbaratar la alta opinion que tenian los mozos de si mismos, leia en el interior de Alcibiades el deseo de estar cuanto antes al frente de la república; y en el de Critias la ambicion de subyugarla algun dia. Ambos, distinguidos por su nacimiento y riquezas, procuraban instruirse para poder mas adelante hacer ostentacion de su saber á los ojos del pueblo; pero el primero era mas de temer por cuanto reunia á estas ventajas otras prendas muy amables. Sócrates, luego que logró la confianza de él, le hacia llorar, ora por su ignorancia, ora por su vanidad; y en tal confusion de pensamientos, confesaba el discípulo, que no podia ser dichoso con tal maestro, ni sin tal amigo. Para librarse de la seduccion, determinaron al fin Alcibiades y Critias de retirarse de la presencia de Sócrates.

Otros triunfos de menos lustre, pero de mas duracion, aunque no le aliviaban esta pena, le indemnizaban de sus desvelos. Desviar de los empleos á los discípulos, que todavía no tenían bastante experiencia; inclinarlos á ellos cuando no los solicitaban por indiferencia, ó por modestia; reunir á los que estaban enemistados; poner paz en las familias, y orden en sus casas; hacerlos mas religiosos, mas justos y mas mode-

rados; tales eran los efectos de aquella persuasión suave que introducía en los ánimos, y tal era el deleite que enagenaba el suyo.

Todo ello no lo debió tanto á sus lecciones como á su ejemplo; pues era difícil que ninguno le tratase sin hacerse mejor, como lo prueban los hechos siguientes en razon del caracter y costumbres de Sócrates. Nacido con suma propension al vicio, fué su vida el modelo de todas las virtudes; y sea que la violencia del caracter parezca lo mas difícil de corregir, ó que se lo disimule uno mas fácilmente, lo cierto es que le costó mucho reprimir este defecto, aunque mas adelante tuvo una paciencia invencible. El mal genio de su muger Xantipa no alteró nunca la quietud de su alma, ni la serenidad que se descubria en su frente. Un dia levantó la mano á un esclavo; pero se detuvo diciéndole: ¡si no fuera porque estoy enfadado...! Tenia pedido á sus amigos que le avisasen si le notaban alguna alteracion en el semblante ó en la voz.

No obstante el ser muy pobre, no recibió estipendio ninguno por la enseñanza, ni aceptó nunca las ofertas de sus discípulos. Algunas personas ricas de la Grecia, le instaron para que se viniese á sus casas, pero no lo admitió; y cuando Arquelao, rey de Macedonia, le ofreció destino en su corte, tampoco lo recibió, pre-

textando que no podía volverle beneficio por beneficio.

Sin embargo de eso, no andaba desaliñado en lo exterior, aunque siempre daba indicios de la mediania de su suerte. Este aseo era correspondiente á las ideas de orden y decencia que dirigian sus acciones; y el cuidado que tenia de su salud, lo era al deseo que tenia de conservar el ánimo desembarazado y tranquilo.

En aquellas comidas en que la diversion llega á veces á ser licencia, admiraron sus amigos su frugalidad; y en su conducta respetaron sus enemigos la pureza de sus costumbres.

Sócrates sirvió en varias campañas, y en todas dió ejemplo de valor y de obediencia. Endurecido de largo tiempo á las necesidades de la vida, y á la intemperie de las estaciones, se le vió en el cerco de Potidea, mientras el rigor del frio tenia á las tropas metidas en sus tiendas, salir de la suya con el mismo vestido que llevaba en todo tiempo, y sin tomar ninguna precaucion andar descalzo por el hielo. Los soldados le imputaron la intencion de motejarlos de delicados; pero Sócrates hubiera hecho lo mismo aun cuando no hubiese habido quien le mirase.

En aquel mismo cerco, habiendo hecho una salida la guarnicion, encontró Sócrates á Alcibiades, lleno de heridas, le sacó de las manos del enemigo, y algun tiempo despues hizo darle

el premio del valor , á que él mismo se habia hecho acreedor.

En la batalla de Delio fué de los últimos á retirarse , viniendo al lado del general , á quien ayudaba con sus consejos , y andando poco á poco siempre defendiéndose , hasta que viendo á Xenofonte , mozo todavía , cansado en extremo , y caido del caballo , se le echó al hombro , y le puso en salvo. Laques , que este era el nombre del general , confesó despues que estaba cierto de haber ganado la victoria , si todos se hubiesen portado como Sócrates.

Este brio mismo le acompañaba en otras ocasiones tal vez mas peligrosas. Hallábase de senador , cuya dignidad debió á la suerte , y como tal presidia con algunos otros individuos del senado , el congreso del pueblo donde se habia presentado cierta acusacion contra unos generales que habian alcanzado una victoria señalada , y se habia propuesto seguir el juicio de un modo tan defectuoso por su irregularidad , como funesto á la causa de la inocencia. La multitud se sublevaba á la menor contradiccion , y pidió que los que se opusieran , se tuviesen y pusiesen entre los acusados. Intimidados todos los presidentes aprobaron este decreto , solo Sócrates , intrépido en medio de los clamores y las amenazas , protestó que habiendo hecho juramento de juzgar conforme á las leyes , ninguno

le forzaria á violarlo ; y en efecto no lo hizo.

Sócrates solia divertirse hablando de la semejanza que tenia con el dios Sileno. Era de ingenio ameno y jovial ; de caracter sólido y firme ; y dotado de particular habilidad para hacer sensible é interesante la verdad : no gastaba adornos en sus discursos ; pero solia haber elevacion en ellos , y siempre propiedad en las palabras , como tambien enlace y exactitud en las ideas. Decia que Aspasia le habia dado lecciones de retórica ; con lo cual queria acaso dar á entender , que habia aprendido al lado de ella á producirse con mas gracia. Tuvo en efecto amistad con esta muger célebre , y tambien con Pericles , Eurípides , y los hombres mas sobresalientes de aquel siglo ; pero sus verdaderos amigos fueron sus discípulos : ellos eran los que le adoraban , y yo he visto algunos , mucho despues de la muerte de su maestro , que se enternecian al oír su nombre.

Cuando Sócrates conversaba con sus discípulos , les solia hablar de cierto genio que le acompañaba desde su infancia , y sus inspiraciones no le inducian jamas á emprender nada , antes bien le solian detener cuando estaba á punto de ejecutar. Si le consultaban sobre alguna cosa que habia de tener mal fin , oía la voz interior ; pero si habia de salir bien , entonces guardaba silencio. Uno de sus discípulos , maravillado de oír este lenguaje tan nuevo , le instó á que se

explicase acerca de la naturaleza de esta voz celestial, pero no recibió respuesta: otro se dirigió para el mismo efecto al oráculo de Trofonio, y no quedó mas satisfecha su curiosidad. ¿Hubiera Sócrates dejado en duda á sus discípulos, si por este genio entendia aquella prudencia consumada, que habia adquirido con la experiencia? ¿Quería inducirlos en error, é inspirarles respeto, mostrándose á ellos como un hombre inspirado? No, me respondió Xenofonte, á quien cierto dia propuse yo estas dudas: nunca Sócrates ocultó la verdad, ni nunca fué capaz de impostura: tampoco era tan vano, ni tan fatuo que diese unas meras conjeturas por verdaderas predicciones; sino que estaba convencido de ello; y cuando nos hablaba en nombre de su genio, no hay duda en que sentia interiormente su influjo.

Otro discípulo de Sócrates, llamado Simias, á quien conocí en Tebas, me aseguró que su maestro, persuadido á que los dioses no se dejan ver á los mortales, no daba crédito á las apariciones que le contaban; pero escuchaba y preguntaba con la mayor atencion á las personas que creian oír en su interior los acentos de una voz divina.

Si á estos formales testimonios se añade que Sócrates ha insistido hasta la hora de su muerte, en que los dioses se dignaban algunas veces

de comunicarle una parte de su prescencia; que contaba, é igualmente sus discípulos, muchas predicciones que se habian cumplido; que algunas de ellas metieron mucho ruido en Atenas, y él no cuidó de desmentirlas; se verá claramente que procedia de buena fe cuando hablando de su genio, decia que experimentaba en sí mismo lo que tal vez no le habia nunca sucedido á nadie.

Examinando sus principios y su vida, se descubre algo del modo como llegó progresivamente á atribuirse semejante prerogativa. Siguiendo la religion dominante, creia, con arreglo á las tradiciones antiguas adoptadas por varios filósofos, que los dioses, condolidos de las necesidades y enternecidos con las súplicas del hombre de bien, le descubren algunas veces lo venidero por medio de ciertas señales. A consecuencia de esto exhortaba á sus discípulos, ya á consultar á los oráculos, ya á aplicarse al estudio de la adivinacion; y aun el mismo Sócrates, docil á la opinion de la mayor parte, ponía mucha atencion en los sueños, y los obedecía como unos avisos del cielo. Todavía hay mas, y es que sumido á veces horas enteras en la contemplacion, su alma pura y suelta de los sentidos, se remontaba insensiblemente hasta el manantial de los deberes y las virtudes; y es difícil mantenerse largo tiempo en la presencia de la

divinidad, sin atreverse á hacerle alguna pregunta, sin oír su respuesta, y sin familiarizarse con las ilusiones que suele producir la intension del ánimo. En vista de esto, ¿será extraño que algunas veces tomase Sócrates sus presentimientos por inspiraciones divinas, y atribuyese á una causa sobrenatural los efectos de la prudencia ó de la casualidad?

Esto no obstante, hay en la historia de su vida ciertos hechos que pudieran hacer sospechosa la rectitud de sus intenciones. En efecto, ¿qué se ha de pensar de un hombre, que yendo acompañado de sus discípulos, se para de improviso, se recoge por largo rato en su interior, escucha la voz del genio, y les manda tomar distinto camino, aunque nada arriesgaban en ir por el primero*?

Citaré otro ejemplo. En el cerco de Potidea notaron algunos que desde el amanecer estaba fuera de su tienda, inmovil, sumergido en profunda meditacion, y expuesto á los rayos ardientes del sol, pues esto pasaba en el verano. Los soldados se juntaron al rededor de él, y

* Algunos de los discípulos siguieron su camino, á pesar del aviso del genio, y se encontraron con una plara de cerdos que los llenaron de lodo. Este suceso lo cuenta Teócrito, discípulo de Sócrates, en Plutarco, y pone por testigo á Simias, que era otro discípulo de Sócrates.

admirados se le enseñaban unos á otros. Llegada la tarde, resolvieron algunos de ellos pasar la noche para observar lo que hacia, y le vieron mantenerse en la misma postura hasta el dia siguiente, que rindió su adoracion al sol, y se retiró pausadamente á su tienda.

¿Quería Sócrates servir de diversion al ejército? ¿Podía su mente seguir tan largo tiempo el hilo de una verdad? ¿Habrán sus discípulos alterado las circunstancias del hecho al contarlo? Mejor será que confesemos que en la conducta de los hombres mas sabios y virtuosos, suele haber cierta oscuridad impenetrable.

Como quiera que sea, y á pesar de las predicciones que se atribuian á Sócrates, nunca tuvieron con él los Atenienses la consideracion que por tantos titulos merecia. El método suyo era suficiente para enagenarlos ú ofenderlos. Los unos no podian disimularle el tedio de una discusion, que no eran capaces de seguir; los otros no le perdonaban el hacerles confesar su ignorancia.

Siendo la intencion de Sócrates que en la indagacion de la verdad se procediese lo primero, dudando y desconfiando de las luces adquiridas antes; y como para disgustar á sus nuevos discípulos de las ideas falsas que habian recibido, los llevaba de consecuencia en consecuencia, hasta que confesaban que segun aquellos prin-

cipios, la sabiduría misma podría ser nociva; los oyentes que no comprendían el objeto de ello, le acusaban de que inducía á sus discípulos á dudar, de que defendía el pro y el contra, y de destruirlo todo sin edificar nada.

Como siempre que se hallaba en compañía de personas que no le conocían, afectaba no saber nada, y disimulaba al principio sus fuerzas, para emplearlas después con más fruto, decían muchos que esto era una ironía con que los insultaba, sin proponerse más que echar zancadillas á la sencillez de los demás*.

Como la juventud de Atenas, que presenciaba los combates de los hombres de ingenio, con el mismo gusto que veía los de los animales feroces, aplaudía las victorias de Sócrates, y cuando se presentaba la ocasión, se valía de las armas con que aquel las había conseguido; inferían de esto muchos que de su compañía no sacaban los mozos más que aficionarse á disputar y contra-

* No me he dilatado sobre la ironía de Sócrates, persuadido á que no hacía un uso tan frecuente y amargo de esta figura, como Platon supone. Para convencerse de ello, no hay más que leer las conversaciones de Sócrates, referidas por Xenofonte, y las que le atribuye Platon. En las primeras se explica Sócrates con cierta gravedad, que se desearía hallar en las segundas. Los dos discípulos han puesto á su maestro á disputar con el sofista Hippias; compárense los diálogos, y se verá la diferencia. Además de esto Xenofonte se halló presente al que nos ha conservado.

decir. Los más indulgentes solo decían que tenía talento lo bastante para inspirar á sus discípulos el amor de la virtud, y no el suficiente para facilitarles la práctica de ella.

Rara vez asistía Sócrates á los espectáculos, y por vituperar la suma licencia que en aquel tiempo reinaba en las comedias, incurrió en el odio de sus autores.

Viendo que no concurría casi nunca á la junta del pueblo, y que no tenía ni crédito, ni medio alguno de comprar ó vender los votos, se contentaron muchos con tenerle por un hombre ocioso é inútil, que solo anunciaba reformas, y prometía virtudes.

De toda esta multitud de preocupaciones y pareceres, resultó la opinión casi general, de que Sócrates no era más que un sofista más hábil, más honrado, pero tal vez más vano que los otros. Yo he visto algunos atenienses de mucho juicio, darle este título mucho después de su fallecimiento; y en vida suya lo usaron algunos autores con malicia para vengarse del desprecio en que los tenía.

Aristófanes, Eúpolis y Amipsias le ridiculizaron sacándole al teatro, lo mismo que tuvieron el descaro de hacer con Pericles y Alcibiades, y con casi todos los que estuvieron al frente del gobierno; y lo mismo que otros autores dramáticos hicieron con otros filósofos; porque en

aquel tiempo estaban desavenidas estas dos clases de hombres de letras.

Tratábase de ridiculizar el genio que se decia de Sócrates y sus largas meditaciones, para lo cual le representó Aristófanes, suspendido sobre el suelo, asimilando sus pensamientos al aire sutil y ligero que respiraba, invocando las diosas tutelares de los sofistas, los Nublados, de quienes creia oír la voz en medio de las nieblas y tinieblas que le rodeaban. Tratábase de desconceptuarle en el pueblo; y para ello le acusa de que enseña á los jóvenes á despreciar á los dioses, y á engañar á los hombres.

Aristófanes presentó al concurso su comedia, que fué aplaudida, mas no coronada: el año siguiente la dió al teatro, y no tuvo mejor suerte: volvió á retocarla, pero las circunstancias no le dejaron que se representase la tercera vez. Sócrates, segun dicen, no se desdeñó de asistir á la primera representacion, ni de mostrarse á los forasteros que andaban buscándole con los ojos por todo el concurso. Semejantes insultos no alteraban su constancia, ni mas, ni menos que los demas acontecimientos de la vida. « Yo debo corregirme, decia, si las reprensiones de estos autores son fundadas; y si no lo son despreciarlas. » Diciéndole un dia que cierto hombre hablaba mal de él, respondió: « eso es que no ha aprendido á hablar bien. »

Habian ya corrido veinte y cuatro años desde la representacion de *los Nublados*, pareciendo que habia pasado el tiempo de la persecucion, cuando tuvo la inesperada noticia de que un mozo habia presentado al arconte segundo una delacion concebida en estos términos: « Mérito, « hijo de Mérito, natural del lugar de Pitos, intenta acusacion criminal contra Sócrates, hijo « de Sofrónisco, del lugar de Alopeces. Sócrates es reo de no creer en nuestros dioses, y de « introducir entre nosotros nuevas divinidades « con el nombre de Genios. Sócrates es reo, porque perversa la juventud de Atenas, y en pena de ello, la muerte. »

Este Mérito era un poeta frio é insulso, el cual compuso unas tragedias, de que solo quedará memoria por los chistes de Aristófanes. Sirvióronse de él, como instrumento de su odio, otros dos acusadores mas poderosos, cuales eran Anito y Licon; el último de los cuales era uno de estos oradores públicos, que en las asambleas del senado y del pueblo, hablan de los intereses de la patria, y disponen de la opinion de la muchedumbre, como esta dispone de todo. Este Licon fué quien dirigió el proceso.

Riquezas considerables y servicios señalados hechos á la patria, ponian á Anito entre los ciudadanos que tenian mayor crédito. Ocupó sucesivamente las primeras dignidades de la repú-

blica. Partidario celoso de la democracia, le persiguieron los treinta tiranos, y fué de los que contribuyeron á la expulsion de ellos, y al restablecimiento de la libertad.

Anito habia vivido en buena armonia con Sócrates; y aun en cierta ocasion le pidió que diese algunas reglas á un hijo suyo, á quien habia encargado el manejo de una fábrica que le producía grandes ganancias. Sócrates le manifestó, que este ejercicio deshonesto no era correspondiente, ni á la dignidad del padre, ni á las disposiciones del hijo; de lo cual se ofendió Anito, y prohibió al hijo todo trato y comunicacion con su maestro.

Poco despues, estando Sócrates examinando con uno de sus amigos, llamado Menon, si la educacion podia dar al entendimiento y á la voluntad las calidades que le ha negado la naturaleza, llegó Anito, y se mezcló en la conversacion. Empezaba ya á darle cuidado la conducta del hijo, en cuya educacion no ponía la debida atencion. Sócrates en el discurso de la conversacion, hizo la observacion de que los hijos de Temistocles, de Aristides y de Pericles, que estuvieron rodeados de maestros de música, de equitacion y de gimnástica, sobresalieron en estos ramos, pero nunca fueron tan virtuosos como sus padres: prueba cierta, añadía Sócrates, que estos últimos no encontraron ningun-

preceptor capaz de dar á sus hijos el mérito que ellos tenían. Anito, que se creía igual á estos hombres grandes, conoció la alusion, ó la suposición, y así respondió encolerizado: « la libertad con que habláis de todos, es intolerable: yo os aconsejo de ser mas cauto; pues no ignorais que aquí, mas que en cualquiera otra parte, es muy facil hacer bien ó mal á quien quiera. »

A estas quejas personales se juntaron otras, que exasperaban á Anito no menos que á la mayor parte de la nacion, y es preciso explicarlas para venir en conocimiento de la causa principal de la acusacion de Sócrates.

Entre los Atenienses ha habido siempre dos bandos, uno de los partidarios de la aristocracia, y otro de la democracia. Los primeros, casi siempre abatidos, se contentaban, en los tiempos mas prósperos, con sus habillitas privadas: y cuando sobrevenian desgracias al Estado, especialmente hácia el fin de la guerra del Peloponeso, hicieron algunas tentativas para acabar con el excesivo poder del pueblo. Despues de la toma de Atenas, permitieron los Lacedemonios á los moradores nombrar treinta magistrados, á quienes confiaron el gobierno de la ciudad, y eran los mas de ellos partidarios de la aristocracia, teniendo á su frente á Critias, que era discípulo de Sócrates. Estos, en el espacio

de ocho meses, cometieron mas crueldades, que el pueblo no habia cometido en muchos siglos. Muchos ciudadanos, que se vieron precisados á ponerse en salvamento, se reunieron por fin á las órdenes de Trasíbulo y de Anito. La oligarquía quedó destruida *, restablecida la antigua forma de gobierno; y para precaver en lo sucesivo toda disension, hubo una amnistia casi general, en que se concedió el perdon, y se mandó olvidar lo pasado, la cual se publicó, y se afianzó en la fe del juramento, tres años antes de la muerte de Sócrates.

El pueblo prestó el juramento; pero andaba asustado acordándose de que le habian despojado de su autoridad; que cualquier dia podia volverla á perder; que estaba dependiente de aquella Lacedemonia, tan amiga de establecer en todas partes la oligarquía, y que los principales ciudadanos de Atenas procedian de acuerdo con ella, y estaban animados de los mismos pensamientos. ¿Y qué no haria esta faccion cruel en otras circunstancias, pues en medio de las ruinas de la república fué menester tanta sangre para saciar su furor?

Los aduladores del pueblo daban pábulo á sus temores, con decir que habia ciertos hombres enardecidos, que andaban hablando con escan-

* Véase esta revolucion hácia el fin del tomo I de esta obra.

dalosa temeridad, contra la naturaleza del gobierno popular: que Sócrates, mas temible que otros por lo mismo que sabia mas, no cesaba de inficionar la juventud de Atenas, con máximas contrarias á la constitucion establecida; y aun se le habia oido decir mas de una vez, que solo un insensato podia confiar los empleos y el mando del pueblo, á unos magistrados nombrados por la suerte ciega entre el mayor número de ciudadanos: que Alcibiades, por haber sido docil á sus lecciones, ademas de haber afilido á la república con los males que eran notorios, habia llegado por último á conspirar contra la libertad de ella: que por el mismo tiempo, Critias y Terámenes habian tenido el descaro de ponerse al frente de los treinta tiranos; y por último, que era preciso reprimir esta licencia, que podia tener resultas difíciles de prever, é imposibles de evitar.

¿Pero cuál es la demanda que se habia de poner contra Sócrates? De nada se le podia acusar sino de discursos en que las leyes guardaban silencio, y que de suyo no formaban cuerpo de delito, puesto que no tenian inmediata connexion con las desgracias que daban motivo para quejarse; fuera de que presentados como la única basa de la acusacion, se daba margen á que reviviese el encono de ambos partidos, y sería preciso reproducir ciertos acaecimientos so-

bre que la amnistía imponía perpetuo silencio.

La trama que había urdido Anito, remediaba estos inconvenientes, y era muy acomodada, tanto á su odio personal, como á la venganza del pueblo. El acusador, con solo demandar á Sócrates como impío, debía lisonjearse de perderle; porque el pueblo recibía siempre con ardor las acusaciones de esta especie, y sin hacer distinción entre Sócrates y los demás filósofos, estaba persuadido de que ninguno podía ocuparse en el estudio de la naturaleza, sin negar la existencia de los dioses. Además de esto, los mas de los jueces habían asistido antes á la representación de *los Nublados* de Aristófanes, y conservaban contra Sócrates aquella impresión sorda, tan fácil de recibir, como difícil de desvanecer en una ciudad populosa.

Por otro lado, veía Mérito que acusando á Sócrates de corruptor de la juventud, podía, al abrigo de lo ambiguo de las palabras, reproducir por incidencia, y sin ningun riesgo, ciertos sucesos muy propios para excitar la indignación de los jueces, y asustar á los partidarios del gobierno popular.

La intención con que se procedió entonces, no se ha ocultado á la posteridad: cincuenta años después de la muerte de Sócrates, el orador Esquines, con quien yo tenía mucha intimidad, decía en presencia del mismo tribunal, donde se vió la

causa de aquel filósofo: «vosotros, que sentenciasteis á muerte al sofista Sócrates, convencido de haber dado lecciones á Critias, uno de los treinta magistrados que destruyeron la democracia.»

En los primeros días de seguirse la causa, se mantuvo Sócrates quieto, no obstante que sus discípulos le instaban á que disipase la tempestad. El célebre Lisias compuso un discurso en su favor, muy tierno, y capaz de mover á los jueces, en el cual alabó Sócrates el talento del orador, pero no halló el idioma enérgico de la inocencia.

Uno de sus amigos llamado Hermógenes, le pedía un día que trabajase en su defensa; á lo que Sócrates le respondió: «no he hecho otra cosa desde que respiro: examínese toda mi vida, y veis ahí mi apología.»

«Sin embargo de eso, replicó Hermógenes, la verdad necesita de apoyo, y no ignorais que en nuestros tribunales ha perdido la elocuencia muchos inocentes, y salvado muchos delincuentes.—Lo sé muy bien, respondió Sócrates, y aun por dos veces he querido poner en orden mis medios de defensa; pero por dos veces el genio que me ilumina me ha disuadido de ello, y yo he conocido la sabiduría de sus consejos.»

«Hasta ahora he vivido siendo el mortal mas

« feliz : he comparado mi situacion con la de
 « otros hombres, y no he tenido envidia á la
 « suerte de nadie. ¿ He de esperar á que los
 « achaques de la vejez me priven del uso de mis
 « sentidos, y debiliten mis potencias, para pa-
 « sar una vida inútil, ó destinada á la amargura ?
 « Los dioses, segun parece, me tienen dispues-
 « ta una muerte sosegada, y exenta de dolor, la
 « única que yo podia desear. Mis amigos pre-
 « senciaron mi muerte sin causarles impresion,
 « ni el horror del espectáculo, ni las flaquezas
 « de la humanidad; y en mis últimos instantes
 « tendré todavía bastante fuerza para volver á
 « ellos los ojos, y darles á conocer los senti-
 « mientos de mi corazon.

« La posteridad nos juzgará á mis jueces y á
 « mí; y vinculando el oprobio en la memoria de
 « ellos, tendrá algun miramiento con la mia, y
 « me hará la justicia de creer que lejos de pen-
 « sar en pervertir á mis compatriotas, me he fa-
 « tigado únicamente por hacerlos mejores.»

Tales eran sus pensamientos cuando le citaron para comparecer ante el tribunal de los helias-
 tas, adonde el arconte rey habia remitido la
 causa, y adonde en esta ocasion se reunieron
 cerca de quinientos jueces.

Mélito, y los demas acusadores habian con-
 certado á su espacio el cómo habian de proce-
 der, y en sus arengas, revestidas con todos los

prestigios de la elocuencia, habian reunido con
 mucho estudio todas las circunstancias que po-
 dian contribuir á preocupar los jueces. Pondré
 aqui algunos de los capítulos que hacian á Só-
 crates, y las respuestas á que dieron lugar.

Primer delito de Sócrates : *que no admite las
 divinidades de Atenas, no obstante que, segun la
 ley de Dracon, está obligado todo ciudadano á
 honrarlas.*

La respuesta era muy obvia; porque Sócrates
 ofrecia sacrificios frecuentemente delante de su
 casa; á veces los ofrecia, en tiempo de las fies-
 tas, en los altares públicos, y de ello podian to-
 dos ser testigos, incluso el mismo Mélito, si se
 habia dignado de repararlo; pero como el acu-
 sado vituperaba las ceremonias supersticiosas
 que se habian introducido en la religion, y no
 podia tolerar las enemistades, y demas pasiones
 vergonzosas que se atribuian á los dioses, era
 muy facil denigrarle á los ojos de tantos á quie-
 nes es sospechosa la piedad ilustrada.

Mélito añadía que con el nombre de genios
 aspiraba Sócrates á introducir entre los Ate-
 nienses divinidades extrañas, y que semejante
 audacia debia castigarse conforme á las leyes.
 Sobre esto, el orador se propasó á hacer burla
 de aquel espíritu, de que el filósofo se jactaba
 sentir la inspiracion secreta.

Esta voz, respondió Sócrates, no es de ninguna

divinidad nueva, sino la de los dioses que adoramos. Todos estais acordados en que los dioses preven lo futuro, y pueden dárnoslo á conocer: á unos les hablan por boca de la Pitia; á otros por medio de ciertas señales; y á mí por medio de un intérprete, cuyos oráculos son preferibles á las indicaciones que se sacan del vuelo de las aves; pues mis discípulos declararán que nada les he predicho que no les haya sucedido.

A estas palabras se oyó un rumor que manifestaba el descontento de los jueces. Mérito lo habria aumentado, si hubiera notado que autorizando las revelaciones de Sócrates, se introduciria tarde ó temprano el fanatismo en un pais donde es tan facil de perturbarse la imaginacion, y habia muchos que tendrian por deber el obedecer las órdenes de un espíritu particular, mas bien que las de los magistrados. Parece que Mérito no reparó en este riesgo.

Segundo delito de Sócrates. *Que perverte la juventud de Atenas.* No se hablaba de las costumbres del acusado, sino de su doctrina; diciendo que sus discípulos no aprendian con él mas que á romper los vínculos de la sangre y de la amistad. Este cargo, fundado únicamente en algunas expresiones maliciosamente interpretadas, no produjo mas efecto que descubrir la mala fe del acusador; pero Mérito enmendó su descuido, insinuando que Sócrates era enemigo del pueblo,

con lo que recobró su confianza. Habló de la amistad que Sócrates habia tenido con Alcibiades y Critias; á lo que le respondieron, que habian dado pruebas de virtud mientras estuvieron bajo su direccion: que en todos tiempos habia desaprobado su maestro los excesos del primero; y que durante la tiranía del segundo, él fué el único que resistiese sus mandatos.

Finalmente, decia Mérito á los jueces, vosotros estais autorizados para administrar justicia, por medio del sorteo, y en fuerza de él habeis desempeñado magistraturas importantes. Pues esta forma tan esencial, como que es la única que puede conservar una especie de igualdad entre los ciudadanos, la sujeta Sócrates á la censura, dando con ello ejemplo á la juventud de Atenas, para que no siga respetando este principio fundamental de la constitucion.

Sócrates cuando hablaba de un abuso, que confiaba á la casualidad la suerte de los particulares y el destino del Estado, no hacia mas que decir lo que pensaban los Atenienses mas ilustrados. Ademas que semejantes discursos, como ya queda dicho mas arriba, no podian hacerle incurrir en la pena de muerte que pedia el acusador.

Varios amigos de Sócrates se presentaron á hablar en su defensa, y otros escribieron á favor de él, de manera que Mérito hubiera quedado

vencido, si no hubiesen acudido en ayuda suya Anito y Licon. Todavía hay memoria de que el primero de estos tuvo la audacia de hacer presente á los jueces, que ó no se debía haber remitido el acusado á su tribunal, ó debían sentenciarle á muerte, en atencion á que si salia absuelto, los mozos serian mas adictos á su doctrina.

Sócrates se defendió por obedecer á la ley; pero lo hizo con la entereza de la inocencia, y con la dignidad de la virtud. Anadiré aqui algunos pasages del discurso que sus apologistas, y en especial Platon, ponen en su boca, que servirán para dar mejor á conocer su caracter.

« Comparezco ante este tribunal, por la primera vez de mi vida, aunque ya tengo mas de setenta años; ante un tribunal, donde el estilo, los usos, todo es nuevo para mí. Voy pues á hablar una lengua extranjerá; y la única gracia que pido, es el que atendais á mis razones mas que á mis palabras; porque vuestro deber es el discernir la justicia, y el mio el deciros la verdad.»

Despues de responder á la acusacion del crimen de impiedad, pasó al segundo capítulo, y dijo: « me imputan que yo pervierto la juventud de Atenas; pero que me citen un discípulo mio á quien yo haya inducido al vicio. En esta asamblea estoy viendo á muchos de ellos: que

« se levanten y depongan contra quien los ha « pervertido; y si los detiene el respeto que « todavía les queda, ¿ por qué los padres, los « hermanos, los parientes no invocan en esta « ocasion, la severidad de las leyes? ¿ Por qué « no se ha valido Mérito del testimonio de ellos? « Porque, lejos de acusarme, ellos mismos han « acudido á mi defensa.

« Las calumnias de Mérito y de Anito no son « las que me costarán la vida; sino el odio de « esos hombres vanos ó injustos, á quienes he « quitado la máscara con que encubrian la ignorancia ó los vicios: odio que ha hecho perecer « tantas gentes de bien, y hará perecer muchas « mas; pues no debo lisonjearme de que mi suplicio pueda extinguirlo.

« Yo he merecido este odio por querer penetrar el sentido de la respuesta que dió la Pitia, « declarándome el mas sabio de los hombres*.» Al oír esto los jueces dieron muestras de indignacion, y Sócrates prosiguió: « maravillado « de este oráculo, busqué en las diversas clases « de ciudadanos, los que gozaban de mejor reputacion, y no encontré mas que presuncion « é hipocresia. Procuré hacerles dudar de su

* La respuesta, segun el Escoliador de Aristófanes, fué esta: « Sófo'es es sabio, Eurípides es sabio; pero Sócrates es el mas sabio de todos los hombres.»

« mérito, con lo cual se volvieron enemigos irreconciliables : de lo que inferí, que la sabiduría pertenece solamente á la divinidad; y que citándome el oráculo por ejemplo de ella, ha querido dar á entender, que el mas sabio de los hombres, es el que menos cree serlo.

« Si alguno me hace cargo de haber consagrado tantos años á unas indagaciones de tanto peligro, responderé que ninguno debe tener en nada, ni la vida ni la muerte, siempre que pueda ser util á los hombres. Yo me he creído destinado á instruirlos, yo he creído que el cielo mismo me habia dado esta mision: yo guardé, con riesgo de mi vida, los puestos que me señalaron nuestros generales en Anfipolis, en Potidea y en Delio: yo debo guardar con mucho mayor brio el que los dioses me han señalado entre vosotros; y no podria desampararlo, sin desobedecer á sus órdenes, y enviarme á mis ojos.

« Todavía diré mas; y es que si en este dia tomaseis la determinacion de absolverme, con la condicion de que guardase silencio, os diria: ¡ó jueces míos! yo os amo y os respeto sin duda alguna; pero primero debo obedecer á Dios que á vosotros; y mientras yo respire, no cesaré de alzar la voz como hasta aquí, diciendo á todos cuantos se presenten á mi vista: ¿no teneis vergüenza de andar afanados

« tras las riquezas y los honores, al tiempo mismo que no haceis caso de los tesoros de sabiduría y de verdad que hermosarán y perfeccionarán vuestra alma? Yo los atormentaria á fuerza de súplicas y de preguntas; les haria avergonzarse de su ceguedad ó de sus virtudes simuladas, y les probaria que dan el primer lugar en su estimacion, á unos bienes que solo merecen el desprecio.

« Esto es lo que la divinidad me prescribe que anuncie á jóvenes y viejos, á ciudadanos y extrangeros; y como mi sumision á sus órdenes es para vosotros el mayor beneficio que os puede hacer, si me sentenciáis á muerte, menospreciareis el don de Dios, y no encontrareis ninguno que esté animado de igual celo. Así es que en este dia patrocino vuestra causa, cuando parece que defendo la mia; porque al cabo Anito y Mélito pueden calumniarme, desterrarme y quitarme la vida, pero no pueden dañarme; y son mas dignos de compasion que yo, porque son injustos.

« Para eludir sus tiros no me he valido, como hacen otros acusados, ni de medios clandestinos ni de solicitudes ingenuas. El respeto que os debo, no me ha permitido que intentase enternecer vuestros ánimos con mis lágrimas, ó con las de mis hijos y amigos que pudieran acompañarme. En el teatro es donde se ha de

« excitar la conmiseracion con imágenes lasti-
 « meras; aquí no se debe oír mas que la voz de
 « la verdad, Vosotros habeis jurado solemne-
 « mente de juzgar conforme á las leyes; y así, si
 « yo os indujera á ser perjuros, sería real y ver-
 « daderamente reo de impiedad; mas persuadi-
 « do que mis contrarios, de la existencia de la
 « divinidad, me pongo sin temor en manos de
 « su justicia, igualmente que de la vuestra.»

Los jueces de Sócrates eran los mas gentes ordi-
 narias, sin luces ni principios; unos calificaron
 de insulto su entereza, y otros se ofendieron de
 los elogios que se daba á sí propio. Procedióse á
 dar la sentencia, y se le declaró reo y convicto.
 Sus enemigos ganaron por la diferencia de muy
 pocos votos; y todavía hubieran sido estos me-
 nos, y habrían sido castigados aquellos, si Só-
 crates hubiese hecho cualquier leve esfuerzo
 para mover á los jueces.

Segun la jurisprudencia de Atenas, se requería
 segunda sentencia para imponer la pena. Mérito,
 en su acusacion, pedía la pena de muerte; y Só-
 crates podia elegir ó una multa, ó el destierro, ó
 carcel perpetua; pero tomando otra vez la pala-
 bra, dijo: que sería declararse delincuente, si
 se imponía cualquier castigo; siendo así que ha-
 biendo hecho grandes servicios á la república,
 era acreedor á que se le mantuviese en el Prita-
 neo á expensas del público. Al oír esto, ochenta

de los jueces que antes votaron á su favor, se pu-
 sieron de parte del acusador; y se falló la sen-
 tencia de muerte*; expresando que el veneno
 terminase la vida del reo.

Sócrates oyó la sentencia con la tranquilidad
 de un hombre, que toda su vida habia estado
 aprendiendo á morir. En otro discurso que pro-
 nunció, consolaba á los jueces que le habian ab-
 suuelto, diciéndoles que no podia suceder nada
 malo al hombre de bien, ni durante su vida, ni
 despues de su muerte; y á los que le habian acu-
 sado ó condenado, les hizo presente que expe-
 rimentarian continuamente los remordimientos
 de su conciencia, y la desaprobacion de los
 hombres; pero que siéndole el morir una gana-
 cia real, no estaba enojado con ellos, aunque
 debía quejarse de su odio. Concluyó diciendo
 estas palabras: « ahora es tiempo de retirarnos,
 « yo para morir, y vosotros para vivir. ¿ Quién
 « de nosotros gozará de mejor suerte? La divi-
 « nidad sola lo sabe.»

Salió del palacio para irse á la carcel, sin que
 se notase mudanza ninguna, ni en su semblante

* Segun Platon, consintió Sócrates en proponer una corta mul-
 ta, saliendo á ella algunos discípulos suyos, y entre ellos Platon;
 y lo mismo dicen otros autores. Sin embargo, Xenofonte le hace
 decir que no podia condenarse á pena ninguna sin reputarse delin-
 quente. ®

ni en su andar. Viendo que sus discípulos iban llorando á su lado, les dijo: «¿pero por qué no habeis llorado hasta hoy? ¿No sabiais que cuando la naturaleza me concedió la vida, me condenó á perderla? — Lo que mas siento, decia el joven Apolodoro, á quien la afliccion tenia fuera de si; lo que mas siento es que moris inocente. — ¿Pues qué, le dijo Sócrates sonriéndose, os alegraríais de que muriese culpado?» Viendo á Anito, que pasaba cerca de allí, dijo á sus amigos: «¡mirad que vano va con su triunfo! pero no sabe que la victoria queda siempre por el hombre virtuoso.»

El día que siguió al de su sentencia, puso el sacerdote de Apolo una corona en la popa de la galera que lleva todos los años á Delos las ofrendas de los Atenienses; desde cuya ceremonia hasta que vuelve la nave, está prohibido por la ley ejecutar ninguna sentencia que imponga pena de muerte.

Sócrates pasó treinta dias en la carcel, sin hacer novedad en su manera de vivir, acompañándole sus discípulos, que venian continuamente á recibir sus miradas y sus palabras, para dar treguas al dolor, creyendo siempre que era la última vez que las recibian.

Un día, al despertarse, vió sentado junto á su cama á Criton, que era uno de los que mas amaba. «Paréceme, le dijo, que habeis venido

« hoy mas antes que soleis: creo que todavia es muy temprano. — Si, respondió Criton, apenas amanece. . . . Sócrates. Extraño mucho que el alcaide de la carcel os haya dejado entrar. Criton. Me conoce; y ademas le he hecho algun agasajo. Sócrates. ¿Hace mucho que habeis venido? Criton. Ya hace rato. Sócrates. ¿Y por qué no me habeis despertado? Criton. Teniais un sueño tan sosegado, que no me atrevi á interrumpirlo. Siempre he admirado el sosiego de vuestra alma; pero ahora me maravillaba mas que nunca. Sócrates. Vergüenza fuera que un hombre de mi edad se sobresaltase porque se acercaba la muerte. ¿Pero qué es lo que os hace venir tan de mañana? Criton. Una novedad fatal, no para vos, sino para mi y vuestros amigos: la novedad mas cruel y mas horrible que puede haber. Sócrates. ¿Ha llegado ya la nave? Criton. Ayer tarde la han visto en Sunio; y hoy deberá llegar sin falta, con lo que mañana será el día de vuestra muerte. Sócrates. Sea en buen hora, pues así es la voluntad de los dioses*.»

Entonces Criton le participó, que no pudiendo soportar la idea de perderle, habia tomado la

* Criton creía que la nave llegaría en aquel día á Pireo; pero no llegó hasta la mañana siguiente, por lo cual se dilató un dia mas la muerte de Sócrates.

resolucion, ayudado de algunos amigos, de sacarle de la carcel, y al efecto estaba todo dispuesto para verificarlo aquella misma noche: que con una corta cantidad se sobornarian los guardas, y se impondria silencio á los que los acusasen: que se le proporcionaria en Tesalia una morada decente donde retirarse y vivir tranquilamente; á lo cual no podia negarse, desentendiéndose de lo que le suplicaba, sin faltar á sí mismo, sin faltar á lo que debía á sus hijos, que quedarian en la indigencia, y á lo que debía á sus amigos, á quienes toda la vida les echarian en cara el no haber sacrificado todos sus bienes por salvarle la vida.

« ¡O querido Criton! respondió Sócrates; ese
« celo no es conforme á los principios que siem-
« pre he profesado, y de que jamas me aparta-
« rán los mas rigurosos tormentos. Primeramen-
« te debo desvanecer la censura que temeis de
« parte de los hombres; sobre lo cual ya sabeis
« que no debe uno guiarse por la opinion del
« mayor número, sino por la decision del que
« discierne lo justo de lo injusto, y que no es mas
« que la verdad. Tambien es menester disipar la
« inquietud que quereis inspirarme en razon de
« mis hijos; pero en esta parte, ellos recibirán
« de mis amigos los favores que ahora me ofre-
« ce su generosidad. Así pues, todo se reduce á
« saber, si el irme yo de aqui sin el permiso

« de los Atenienses, es conforme á justicia.
« Pues ahora, ¿ no hemos convenido repetidas
« veces, en que no hay circunstancia ninguna de
« la vida, en que sea licito retribuir injusticia
« por injusticia? ¿ No hemos tambien sentado
« que el primer deber del ciudadano es la obe-
« diencia á las leyes, sin que haya pretexto al-
« guno que pueda dispensarle de ella? ¿ Y el
« oponerse á su ejecucion no seria quitarles to-
« da su fuerza, y dejarlas nulas? Si yo hubiera
« estado descontento de ellas, libre era, y á mi
« arbitrio estaba el pasar á otros climas; pero
« hasta ahora he llevado gustoso su yugo: he
« experimentado mil veces los efectos de su pro-
« teccion y su beneficencia; y porque hay hom-
« bres que hayan abusado de ellas para mi per-
« dicion, ¿ quereis que por vengarme de ellos,
« prescinda yo de las leyes, y conspire contra
« mi patria, pues son el apoyo de ella!
« Fuera de que las leyes me proporcionaban
« un efugio; puesto que dada la primera senten-
« cia, no tenia mas que condenarme al destier-
« ro; pero yo quise sujetarme á la segunda, de-
« clarando resueltamente, que preferia la muerte
« al destierro. ¿ Y iria yo ahora, infiel á mi pa-
« labra, no menos que á mi deber, á poner de-
« lante de las naciones distantes, á Sócrates
« proscripto, humillado, trocado en un corruptor
« de las leyes, y enemigo de la autoridad, por

« conservar algunos dias de vida entre pesares y
 « deshonor? ¿Iria yo á perpetuar la memoria de
 « mi flaqueza y mi delito, sin atreverme á pronun-
 « ciar las palabras de justicia y de virtud, sino
 « con rubor, y haciéndome acreedor á las mas
 « atroces injurias? No, querido amigo, no teneis
 « que hacer nada sino dejarme ir por el camino
 « que me han señalado los dioses. »

Pasados dos dias despues de esta conversacion,
 los once magistrados que están encargados de la
 ejecucion de las sentencias en los criminales,
 pasaron temprano á la carcel, le quitaron las
 cadenas, y le notificaron la hora de su muerte.
 Despues de esto vinieron muchos de sus disci-
 pulos, que serian como unos veinte, y hallaron
 que estaba á su lado Xantipa su esposa, con el
 menor de sus hijos en brazos; la cual asi que los
 vió, exclamó interrumpiéndole los sollozos:
 « ¡ay, veis ahí vuestros amigos, y esta es la últi-
 « ma vez! » Sócrates rogó á Criton que la lleva-
 sen á su casa, y en efecto la sacaron de allí des-
 pidiendo ayes doloridos, y arañándose la cara.

Nunca se habia mostrado á sus discípulos con
 tanta paciencia y valor; pero ellos no podian mi-
 rarle sin que les oprimiese el dolor, ni escu-
 charle sin quedar absortos de placer. En su
 última plática les dijo, que á nadie era licito
 quitarse la vida; porque estando en la tierra
 como colocados en un puesto, no debemos de-

jarle sin el permiso de los dioses; y que en
 cuanto á él, se resignaba en su voluntad, sus-
 pirando por el momento que le habia de poner
 en posesion de la felicidad, á que habia procu-
 rado hacerse acreedor con su conducta. Pasando
 de esto al dogma de la inmortalidad del alma,
 lo corroboró con muchas pruebas que daban
 fuerza á sus esperanzas. « Y aun cuando diése-
 « mos, añadió, que estas esperanzas no fueran
 « fundadas, ademas de que los sacrificios que
 « exigen no me han estorbado para ser el mas
 « dichoso de los hombres, ahora desvian de mi
 « las amargas de la muerte, y esparcen sobre
 « estos últimos instantes una alegría pura y de-
 « liciosa.

« Así pues, prosiguió, todo hombre que ha re-
 « nunciado á los deleites, y ha cuidado de her-
 « mosear su alma, no con adornos extraños,
 « sino con los que son propios de ella, como la
 « justicia, la templanza y demas virtudes, debe
 « tener entera confianza, y esperar pacífica-
 « mente la hora de su muerte. Vosotros vendreis
 « tras mí, cuando llegue la vuestra: la mia se
 « acerca, y valiéndome de la expresion de un
 « poeta nuestro, ya oigo su voz que me llama. »

Criton le preguntó si tenia alguna cosa que
 prevenir acerca de sus hijos ó de sus negocios
 á lo que Sócrates le respondió: « os reitero el
 « consejo, que tantas veces os he dado, de enri-

« queceros de virtudes. Si lo seguís, no necesito
« de vuestras promesas; y si no haceis caso de
« él, serian inútiles á mi familia. »

Despues de esto se entró en un cuarto pequeño para bañarse, adonde le acompañó Criton, y los demas amigos se quedaron hablando de lo que le acababan de oír, y de la situacion á que los reduciria su muerte, contemplándose ya como huérfanos que han perdido tan buen padre, y llorando sobre sí mas que sobre él. Presentáronle sus tres hijos, dos de ellos de tierna edad; y habiendo hecho algunas prevenciones á las mugeres que los traian, las despidió, y se volvió á la compañía de sus amigos.

Poco despues de esto, entró el guarda de la carcel, y le dijo, « Sócrates, vengo seguro de
« no oír las maldiciones que me echan las personas á quienes vengo á decir que es hora de tomar el veneno. Nunca he visto aqui ninguno
« que tuviese tanta fortaleza y mausedumbre como vos; y así estoy cierto de que no os enojareis conmigo, ni me atribuireis vuestro infortunio, y mas cuando conoceis muy bien los
« que le han motivado. Quedad con Dios, y
« someteos á la necesidad. » Las lágrimas no le dejaban acabar, y así se retiró á un rincon de la carcel, para darles libre curso. « Id con Dios,
« le respondió Sócrates, que yo seguiré vuestro consejo. » Y volviéndose á sus amigos, les di-

jo: « ¡qué buen corazon el de este hombre!
« Mientras he estado aquí, ha venido varias veces á darme conversacion.... Mirad como llora... Criton, es menester obedecerle: que traigan el veneno, si está dispuesto, y sino que lo dispongan al instante. »

Criton le hizo presente que el sol no se habia puesto todavía, y que otros habian tenido la libertad de prolongar su vida algunas horas mas á lo que Sócrates le respondió: « ellos tendrian
« sus razones, y yo tengo las mías para obrar de
« distinto modo. »

Criton dió sus órdenes, y luego que se cumplieron, vino un criado con la copa fatal; al cual preguntó Sócrates, ¿qué era lo que tenia que hacer? « Pasearos despues de haber tomado
« la pócima, respondió el hombre, y echaros boca arriba, cuando sintais que las piernas
« empiezan á entorpecerse. » Entonces sin inmutarse, y con mano firme, tomó la copa, y despues de haber dirigido sus oraciones á los dioses, la llegó á la boca.

En aquel momento terrible quedaron los ánimos de todos suspensos y horrorizados; y las lágrimas brotaron espontáneamente de los ojos de todos: unos procuraban ocultarlas, echándose el manto por la cabeza; otros se levantaron sobresaltados para apartar de allí la vista; pero volviendo luego los ojos á él, y viendo que ya

había encerrado en su pecho la muerte, tuvo que salir afuera el dolor, por largo tiempo reprimido, y se aumentaron los sollozos al oír los gritos del joven Apolodoro, quien habiendo llorado todo el día, andaba por la carcel dando alaridos espantosos. « ¿Qué es lo que haceis, amigos míos? les dijo Sócrates sin alterarse. « Yo mandé salir de aquí esas mugeres, para no presenciar semejantes flaquezas. Cobrad ánimo; pues siempre he oído decir que la muerte debía ir acompañada de buenos agüeros. »

En tanto continuaba paseándose; pero luego que sintió pesadez en las piernas, se echó en la cama, y se tapó con el manto. El criado mostraba á los circunstantes el progreso del veneno: un frío mortal le había ya dejado yerto de pies y manos, y se acercaba á insinuarse en el corazón, á cuyo tiempo levantó Sócrates el manto, y dijo á Criton: « debemos un gallo á Esculapio: no os olvideis de cumplir esta promesa. — Así se hará, respondió Criton; ¿pero no tenéis otra cosa que prevenirnos? » Nada respondió; y poco despues hizo un leve movimiento: el criado le destapó, recibió su última mirada, y Criton le cerró los ojos.

De esta manera murió el hombre mas religioso, mas virtuoso, y mas feliz; el único tal vez,

* Sacrificaban esta ave á Esculapio.

que sin temor de que le desmintieran, pudo decir en alta voz: nunca cometi la mas leve injusticia, ni con mis palabras, ni con mis obras*.

* Algunos autores posteriores á Sócrates muchos siglos, aseguran que inmediatamente despues de la muerte de este, afligidos los Atenienses de una enfermedad contagiosa, reconocieron su injusticia: que le levantaron una estatua; que, sin dignarse de oír á sus acusadores, dieron muerte á Mélito, y desterraron á los demas; que Anito fué apedreado en Heraclea, donde se conservó por mucho tiempo su sepulcro. Otros han dicho, que no pudiendo los acusadores de Sócrates sufrir el odio público, se ahorcaron de desesperacion. Estas tradiciones no pueden conciliarse con el silencio de Xenofonte y Platon, que fallecieron mucho tiempo despues de su maestro, y en ninguna parte hablan ni del arrepentimiento de los Atenienses, ni del suplicio de los acusadores. Fuera de esto, Xenofonte, que sobrevivió á Anito, asegura positivamente, que no estaba en buena opinion entre los Atenienses la memoria de este último, ya sea por los desórdenes de su hijo, cuya educacion habia descuidado, ó ya por sus extravagancias particulares. Este pasage prueba incontrastablemente, si no me engaño, que jamas vengó el pueblo de Atenas en Anito la muerte de Sócrates.

de todos, debe perpetuar tambien la memoria del crimen y del castigo.

De todos los misterios establecidos en honor de diferentes divinidades, no hay ningunos tan célebres como los de Ceres; y aun se dice que ella misma arregló las ceremonias. En el tiempo que recorria la tierra en busca de Proserpina, robada por Pluton, llegó á la llanura de Eleusis; y muy pagada del acogimiento que le hicieron aquellos habitantes, les concedió dos señalados beneficios, á saber, la agricultura, y el conocimiento de la doctrina sagrada. Añaden que los misterios menores, que sirven de preparacion á los mayores, fueron instituidos en favor de Hércules.

Pero dejemos al vulgo tan vanas tradiciones; pues menos importaria conocer los autores de este sistema religioso, que descubrir su objeto. Se pretende que ha difundido el espíritu de union y humanidad en donde quiera que le han introducido los Atenieses, que purifica el alma de su ignorancia y de sus manchas; que proporciona una asistencia particular de los dioses; los medios de llegar á la perfeccion de la virtud, las dulzuras de una vida santa, la esperanza de una muerte sosegada, y de una felicidad sin límites. Los iniciados ocuparán un lugar distinguido en los campos Eliseos, gozarán de una luz pura, y vivirán en el seno de la divinidad; mien-

CAPITULO LXVIII.

FIESTAS Y MISTERIOS DE ELEUSIS.

Voy á hablar del punto mas importante de la religion de los Atenieses; de aquellos misterios, cuyo origen se pierde en la noche del tiempo, cuyas ceremonias no inspiran menos terror que veneracion, y cuyo secreto no ha sido revelado nunca sino por algunas personas, que al punto cayó sobre ellas la muerte y la execracion pública; porque no queda satisfecha la ley con la muerte y confiscacion de bienes, sino que una columna expuesta á los ojos

tras los demas habitarán despues de la muerte, en lugares de horror y de tinieblas.

Para evitar semejante alternativa, vienen los Griegos de todas partes á mendigar la prenda de la felicidad que se les anuncia. Los Atenienses son admitidos á las ceremonias de la iniciacion desde la mas tierna edad; y los que no han sido iniciados nunca, las piden á la hora de la muerte; porque las amenazas y pinturas de las penas de la otra vida, miradas antes como materia de irrision, hacen entonces mas profunda impresion en los ánimos, y los llenan de tal temor, que algunas veces llega á debilidad.

Sin embargo, algunas personas ilustradas no creen tener necesidad de semejante asociacion para ser virtuosos. Sócrates no quiso nunca hacerse agregar á ella, y esta repulsa dejó dudas sobre su religion. Un dia exhortaban á Diógenes en mi presencia á que entrase en ella, y respondió: «Patecion, aquel ladrón famoso, logró la iniciacion; Epaminondas y Agesilao no la solicitaron nunca; ¿y creeré yo que el primero será feliz en los campos Eliseos, mientras los segundos serán arrastrados por los lodazales de los infiernos?»

Todos los Griegos pueden aspirar á la participacion de estos misterios; pero una ley antigua excluye á los demas pueblos. A mí me prometieron moderarla en mi favor; porque tenia el títu-

lo de ciudadano de Atenas, y la poderosa autoridad de los ejemplos; pero como era preciso obligarme á prácticas y abstinencias que hubieran perjudicado á mi libertad, me contenté con hacer algunas averiguaciones sobre esta institucion, y supe algunas cosas que puedo declarar sin ser perjuro. Voy á incluirlas en la relacion del último viage que hice á Eleusis, con motivo de los grandes misterios que se celebran allí todos los años el 15 del mes boedromion*. La fiesta de los misterios menores es tambien anual, y cae seis meses antes.

En el tiempo que se solemniza la primera, está vedado severamente todo procedimiento judicial, y se suspende la ejecucion de todo deudor que está ya sentenciado. El dia siguiente á las fiestas, hace el senado pesquisas severas contra los que han turbado el orden de las ceremonias con actos de violencia ó de otros modos, imponiendo pena de muerte ó una grave multa contra los reos. Acaso es necesario todo este rigor para conservar el orden entre aquella inmensa multitud que va á Eleusis. En tiempo de guerra los Atenienses envian diputados á todas partes, para ofrecer salvoconducto á cuantos

* En el ciclo de Meton, el mes boedromion empezaba en uno de los dias comprendidos entre el 25 del mes de agosto y el 21 del mes de setiembre.

quieran venir, sea á título de iniciados, ó sea como meros espectadores.

Yo salí con algunos de mis amigos el 14 de boedromion, en el año segundo de la olimpiada ciento y nueve *. La puerta por donde se sale de Atenas se llama la puerta Sacra; el camino que desde ella va á Eleusis, se llama la via Sacra. El espacio que hay entre estas dos poblaciones, es como de cien estadios **. Pasada una colina muy alta y cubierta de adelfas, entramos en el término de Eleusis, y llegamos á las orillas de dos arroyuelos, consagrados uno á Ceres y otro á Proserpina. Hago mención de ellos, porque los sacerdotes del templo son los únicos que tienen derecho de pescar; y porque las aguas son salobres, y se hace uso de ellas en las ceremonias de la iniciación.

Mas adelante, sobre el puente de un río que se llama Cefiso, como el que corre por cerca de Atenas, sufrimos burlas groseras de un numeroso populacho. Durante las fiestas se ponen en emboscada para divertirse á costa de los pasajeros, y principalmente de las personas mas dis-

* En aquel año, el 1º de boedromion concurrió con el 20 de nuestro mes de setiembre; y el 14 de boedromion con el 4 de nuestro mes de octubre. Las fiestas comenzaron en 3 de octubre del año 545 antes de J. C.

** Cerca de tres leguas y tres cuartos: (algo mas de 5 leguas y cuarto de España.)

tinguidas de la república. De esta manera dicen que fué recibida Ceres cuando llegó á Eleusis, por una vieja llamada Yambé.

A corta distancia del mar se prolonga en la llanura de noroeste á sudeste una gran colina, en cuya falda á la extremidad oriental, está el famoso templo de Ceres y de Proserpina, y mas abajo la pequeña ciudad de Eleusis. En las inmediaciones, y sobre la misma colina se han erigido muchos monumentos sagrados, como capillas y altares: algunos particulares ricos de Atenas tienen allí hermosas casas de campo.

El templo, debido á la diligencia de Pericles, es de marmol pentélico, y está edificado sobre la roca misma que se allanó, mirando hácia el oriente. Es tan espacioso como magnífico; el recinto que le rodea tiene cerca de trescientos ochenta y cuatro pies de norte á mediodia, y cerca de trescientos veinte y cinco * de oriente á poniente. Se encargó la perfección de esta obra á los artistas mas célebres.

Entre los ministros del templo hay cuatro principales. El primero es el hierofanta, cuyo nombre significa el que revela las cosas santas, y su principal función es iniciar en los misterios. Se presenta con una vestidura distinguida, la

* Largo cerca de 563 pies de rey; ancho 507 pies: (largo 425 pies, y ancho 338 pies de España.)

frente adornada con una diadema, y los cabellos sueltos sobre los hombros: ha de ser de edad bastante madura, para que corresponda á la gravedad de su ministerio, y ha de tener voz sonora, para que se le oiga con gusto. Su sacerdocio es de por vida: desde el momento en que entra en él, está obligado al celibato; y dicen que las fricciones con la cicuta le ponen en estado de observar esta ley.

El segundo de los ministros está encargado de llevar el hacha sagrada en las ceremonias, y de purificar á los que se presentan á la iniciación. Tiene derecho de ceñirse la diadema como el hierofanta. Los otros dos son el heraldo sagrado, y el asistente al altar: al primero toca alejar los profanos, y mantener el silencio y recogimiento entre los iniciados, y el segundo debe ayudar á los otros en sus funciones.

El brillo del nacimiento da tambien realce á la santidad de este ministerio. Se elige al hierofanta en la casa de los Eumolpides, una de las mas antiguas de Atenas; el heraldo sagrado en la de los Cérices, que es una rama de los Eumolpides: los otros dos son de familias igualmente ilustres. Todos cuatro tienen otros ministros subalternos, como son los intérpretes, los cantores y los dependientes encargados del detalle de las procesiones y diferentes especies de ceremonias.

Tambien hay en Eleusis sacerdotisas consagradas á Ceres y Proserpina, que pueden iniciar á ciertas personas, y en ciertos dias del año ofrecer sacrificios por los particulares.

El arconte segundo tiene el encargo de presidir á las fiestas, de mantener en ellas el buen orden, é impedir que no se falte al culto en la menor cosa. Estas fiestas duran muchos dias. Algunas veces interrumpen el sueño los iniciados para continuar sus ejercicios: nosotros los vimos salir, por la noche, del recinto sagrado, yendo en silencio de dos en dos, cada uno con una hacha en la mano. Al volver al asilo sagrado, aceleraban el paso, y supe que iban á figurar las carreras de Ceres y Proserpina, y que en sus evoluciones rápidas sacudían las hachas, y se las trasmitían frecuentemente unos á otros. La llama que hacen saltar, sirve, segun dicen, para purificar las almas, y es el simbolo de la luz que ha de alumbrarles.

En uno de los dias, hubo juegos en honor de las diosas. Habian venido á las fiestas atletas famosos de todos los paises de la Grecia; y el premio del vencedor fué una cierta medida de la cebada cogida en la llanura inmediata, cuyos habitantes instruidos por Ceres fueron los primeros que cultivaron esta especie de grano.

En el sexto dia, que fué el mas brillante de todos, los ministros del templo y los iniciados

condujeron de Atenas á Eleusis la estatua de Iaco , que se dice ser hijo de Ceres ó de Proserpina. El dios coronado de mirto , tenia un hacha en la mano ; le acompañaban cerca de treinta mil personas ; y el aire resonaba á lo lejos con el nombre de Iaco. Algunas veces los sacrificios y las danzas suspendian la marcha , que iba al compas del son de los instrumentos y cántico de los himnos. Entraron la estatua en el templo de Eleusis , y luego la volvieron al suyo con el mismo aparato y ceremonias.

Muchos de los que iban en la procesion no habian sido iniciados sino en los misterios menores , que se celebran todos los años en un templecillo situado cerca del Hiso , á las puertas de Atenas. Aquí es donde uno de los sacerdotes del segundo orden está encargado de examinar y preparar á los candidatos ; el cual excluye á los que están implicados en sortilegios , á los que han cometido delitos atroces , y sobre todo , si han hecho algun homicidio , aunque sea involuntario ; y á los demas los sujeta á frecuentes purificaciones ; y haciéndoles conocer la necesidad de preferir la luz de la verdad á las tinieblas del error , va echando en sus ánimos las semillas de la doctrina sagrada , y los exhorta á reprimir toda pasion violenta , y á merecer el inefable beneficio de la iniciacion por la pureza de espíritu y de corazon.

El noviciado dura algunas veces muchos años y á lo menos no debe bajar de un año entero. En este tiempo de sus pruebas , van á las fiestas de Eleusis ; pero se quedan á las puertas del templo , suspirando por el momento en que se les permita participar de los misterios.

Habia al fin llegado este momento : estaba señalada la iniciacion en los misterios mayores para la noche siguiente ; á la que se estaban preparando con sacrificios y votos que el arconte segundo , acompañado de cuatro asistentes nombrados por el pueblo , ofrecia por la prosperidad del Estado. Los novicios estaban coronados de mirto.

La túnica que llevan contrae , segun parece , en esta ocasion tal santidad , que la mayor parte de ellos la llevan hasta que está muy usada , y otros hacen de ella mantillas para sus hijos , ó la cuelgan en el templo. Nosotros los vimos entrar en el recinto sagrado ; y al dia siguiente uno de los iniciados nuevos , que era amigo mio , me hizo la relacion de algunas ceremonias de que habia sido testigo.

Hallamos , me dijo , á los ministros del templo revestidos con sus vestiduras pontificales. El hierofanta , que en esta ocasion representa al autor del universo , tenia ciertos simbolos que significaban la potestad suprema ; el portabacha y el asistente del altar se presentan con los atri-

butos del sol y de la luna; y el heraldo sagrado con los de Mercurio.

Apenas habiamos ocupado nuestro lugar cuando el heraldo dijo en alta voz: «lejos de aquí «los profanos, los impíos y todos aquellos que «tienen el alma amancillada con crímenes.» Hecha esta advertencia, se impondria la pena de muerte á los que tuviesen la temeridad de quedarse en la junta sin tener derecho. El ministro segundo mandó tender debajo de nuestros pies las pieles de las víctimas sacrificadas, y nos purificó de nuevo. Se leyeron en alta voz los rituales de la iniciación, y se cantaron himnos en honor de Ceres.

Al punto se oyó un ruido sordo, que parecía que bramaba la tierra debajo de nuestros pies; y el rayo y los relámpagos no dejaban vislumbrar mas que fantasmas y espectros errantes en las tinieblas, los cuales llenaban los lugares santos de ahullidos, que nos dejaban yertos de susto, y de gemidos que despedazaban nuestras almas. El dolor mortal, los devoradores cuidados, la pobreza, las enfermedades y la muerte se presentaban á nuestros ojos en figuras horribles y fúnebres. El hierofanta explicaba estos diversos emblemas, y sus pinturas vivas aumentaban nuestra inquietud y nuestro susto.

Entre tanto, á la claridad de una luz debil, íbamos acercándonos á aquella region de los

infiernos donde se purifican las almas hasta que llegan á la mansion de la bienaventuranza. En medio de muchas voces doloridas, oimos las amargas quejas de los homicidas de si mismos: «estos reciben el castigo, decia el hierofanta, «por haber dejado el puesto que los dioses les «habian señalado en este mundo.»

Apenas pronunció estas palabras cuando abriéndose unas puertas de bronce con ruido espantoso, presentaron á nuestros ojos los horrores del Tártaro. Allí no se oía mas que ruido de cadenas, y alaridos de los desventurados; y de entre estos alaridos lúgubres y agudos salian de cuando en cuando estas terribles palabras: «aprended, en este ejemplo, á respetar á los «dioses, á ser justos y agradecidos.» Porque la dureza de corazon, el abandono de los padres, y toda especie de ingratitud, están sujetas á castigos, como tambien los crímenes que se libran de la justicia de los hombres, ó destruyen el culto de los dioses. Vimos las Furias armadas de látigos encarnizarse desapiadadamente en los culpables.

Estas pinturas horrosas, animadas continuamente por la voz sonora y penetrante del hierofanta, que parecía ejercer el ministerio de la venganza divina, nos llenaban de espanto, y apenas nos dejaban tiempo para respirar, cuando nos hicieron pasar á unos bosquecillos deli-

ciosos, y á unas risueñas praderas, mansion afortunada, imagen de los campos Eliseos, donde brillaba una luz pura, y se oían unas voces deleitosas; cuando introducidos despues en el lugar santo, echamos la vista á la estatua de la diosa, resplandeciente, y ricamente adornada. Aquí era donde debían acabarse nuestras pruebas, y aquí es donde hemos visto y oído cosas, que no es permitido revelar *. Solamente confe-

* Sobre esta cuestion son muy pocas las luces que puedo dar. Los autores antiguos dan á entender, que algunas veces asistian á las fiestas de Eleusis treinta mil asociados; sin contar los que concurrían por mera curiosidad. Estos treinta mil asociados no presenciaban todas las ceremonias; y parece que no eran admitidos á los mas secretos, mas que el corto número de novicios, que todos los años recibían el último sello de la iniciacion, y alguno de los que le habían recibido mucho tiempo antes.

El templo, uno de los mayores de la Grecia, estaba edificado en medio de un patio, cercado de una pared, que tenía trescientos sesenta y tres pies de norte á mediodía, y trescientos siete de oriente á poniente. Si no me engaño, aquí es donde los mistas ó iniciados tenían sus danzas y evoluciones, llevando una hacha en la mano.

Detras del templo, al lado del poniente, se ve todavía una especie de terrado abierto en la peña, ocho ó nueve pies mas alto que el piso del templo: su largo es de cerca de doscientos setenta pies, y su ancho por partes de cuarenta y cuatro. A su parte setentrional se hallan vestigios de una capilla, adonde se subía por varias gradas.

Supongo yo que este terrado servía para los espectáculos de que hablo en este capítulo; que lo largo de él estaba dividido en tres largas galerías: que las dos primeras representaban la re-

saré, que enagenados con una santa alegría, hemos cantado himnos para darnos el parabien de nuestra felicidad *.

gion de las pruebas, y la de los infernos; que la tercera, cubierta de tierra, ofrecía á la vista bosquillos y praderas; que desde allí se subía á la capilla, donde se hallaba la estatua cuyo resplandor deslumbraba á los iniciados.

* Meursio ha pretendido que para despedir á los concurrentes, se usaba de estas palabras: *κονω, ομπαρ*. Hesiquio que nos las ha trasmitido, dice solamente, que esta era una aclamacion á los iniciados. Yo no he hecho mencion de ellas, por no saber sise pronunciaban al principio, en el medio, ó al fin de la ceremonia.

Le Clerc ha pretendido que significaban: *velar y no hacer mal*. En lugar de refutar directamente esta explicacion, me contentaré con copiar la respuesta que di en el año de 1766 á mi sabio compañero M. Larcher, que me hizo el honor de preguntarme lo que yo pensaba acerca de esta fórmula. « Es patente que « las dos palabras *Κόνη, ομπαρ*, son extrañas á la lengua griega; « pero en cuál las hemos de buscar? Yo me inclinaria á creer « que son egipcias, porque los misterios de Eleusis me parecen « venidos de Egipto. Para conocer su valor seria necesario, « 1º que estuviéramos mejor instruidos en la lengua antigua de « los Egipcios, de la cual nos queda muy poco en la lengua cofta; 2º que las dos palabras de que se trata, pasando de una lengua á otra, no hubiesen perdido cosa alguna de su pronunciacion, « y pasando por manos de muchos copiantes, nada hubiesen perdido de su ortografía primitiva.

« Absolutamente hablando se podria recurrir á la lengua fenicia, que tenía mucha conexion con la egipcia. Este es el partido que ha tomado Le Clerc, quien como Bochart, lo veía todo en el fenicio. Pero se darían diez explicaciones de estas « palabras, todas igualmente probables; es decir, todas igualmente inciertas. No hay cosa que mas acomodada sea á los amantes

Esta fué la relacion del nuevo iniciado. Otro me dijo una circunstancia que se habia olvidado al primero. En uno de los dias de las fiestas, el hierofanta descubrió uno de los canastillos misteriosos que llevan en las procesiones, y son objeto de la veneracion pública; los cuales contienen los simbolos sagrados, que no se permite ver á los profanos, no obstante que no son mas que tortas de varias figuras, granos de sal, y otros objetos relativos ya á la historia de Ceres, ya á los dogmas que se enseñan en los misterios. Los iniciados, despues de trasladarlos de un canastillo á otro, afirman que han ayunado y bebido el ciceon*.

Entre las personas que no estaban iniciadas, he visto muchas veces que algunos hombres de talento se comunicaban sus dudas sobre la doctrina que se enseña en los misterios de Ceres. ¿Estará reducida á la historia de la naturaleza y de sus revoluciones? ¿No tiene otro fin que

* de las etimologías, que las lenguas orientales, y esto es puntualmente lo que ha hecho extraviar á los que se han dedicado á este trabajo.

« Ya ve vm. cuán lejos estoy de decir una cosa positiva, y que correspondo muy mal á la confianza con que me honra. No puedo pues ofrecer á vm. mas que la confesion de mi ignorancia, etc. »

* Especie de bebida, ó mas bien de caldo, que se habia ofrecido á Ceres.

mostrar que á favor de las leyes y de la agricultura, ha pasado el hombre del estado salvaje al de civilizacion? ¿Pero para qué se cubirian con un velo estas nociones? Un discípulo de Platon proponia con modestia una conjetura que voy á referir*.

* Warburton ha pensado, que el secreto de los misterios no era otra cosa que el dogma de la unidad de Dios; y para apoyar su dictamen se vale de un fragmento de poesia, citado por muchos Padres de la Iglesia, y conocido con el título de Palinodia de Orfeo. Este fragmento empieza con una fórmula usada en los misterios: *Lejos de aquí los profanos!* En él se declara que no hay mas de un Dios, el cual existe por sí, es la fuente de toda existencia, y se oculta á nuestras miradas, aunque nada se oculta á las suyas.

Si estuviera probado que el hierofanta anunciaba esta doctrina á los iniciados, no quedaria duda alguna acerca del objeto de los misterios; pero se ofrecen muchas dificultades sobre esto.

Importa poco que estos versos sean de Orfeo ó de otro. Se trata de saber, si son anteriores al cristianismo, y si los decian en la iniciacion.

4º Eusebio los ha citado, tomándolos de un judío llamado Aristóbulo, que vivia en tiempo de Ptolemeo Filopator, rey de Egipto, es decir, doscientos años antes de J. C.; pero la leccion que nos ha conservado se diferencia esencialmente de la que se halla en las obras de S. Justino. En esta última se anuncia un Ser único, que lo ve todo, que es el autor de todas las cosas, y al cual se da el nombre de Júpiter. La leccion que trae Eusebio, contiene la misma profesion de fe, con alguna diferencia en las expresiones; pero se habla en ella de Moises y de Abraham. De aquí infieren algunos sabios críticos; que esta pieza poética la habia forjado, ó á lo menos interpolado Aristóbulo ó algun otro judío. Quitemos la interpolacion, y demos la preferencia á la leccion de S.

Parece cierto, decia, que en los misterios se sienta la necesidad de las penas y recompensas

Justino; ¿qué se seguiria? Que el autor de estos versos, hablando del Ser supremo, se expresó con corta diferencia como muchos escritores antiguos. Se debe notar, sobre todo, que los principales artículos de la doctrina anunciada en la palinodia, se hallan en el himno de Cleanto, contemporaneo de Aristóbulo, y en el poema de Arato, que vivia por el mismo tiempo, cuyo testimonio parece que citó S. Pablo.

2.º ¿Se cantaba mientras la iniciacion la palinodia de Orfeo? Taciano y Atenágoras parece á la verdad que la asocian á los misterios; sin embargo no la refieren mas que para contraponerla á los absurdos del politeismo. ¿Cómo estos dos autores y los demas Padres de la Iglesia, que querian probar que el dogma de la unidad de Dios habia sido conocido de todas las naciones, hubieran dejado de advertir que esta era la profesion de fe, que se hacia en los misterios de Eleusis?

Quitando á Warburton este medio tan victorioso, no pretendo refutar su opinion acerca del secreto de los misterios, antes me parece muy verosimil. En efecto, es difícil suponer que una sociedad religiosa que destruya los objetos del culto recibido, que mantenía el dogma de las recompensas y penas de la otra vida, que exigía de sus individuos tantas preparaciones, oraciones, abstinencias, juntas á tanta pureza de corazón, no hubiera tenido otro objeto que cubrir con un denso velo las tradiciones antiguas sobre la formacion del mundo, sobre las obras de la naturaleza, sobre el origen de las artes, y sobre otros objetos que no podian tener mas que una ligera influencia sobre las costumbres.

¿Se dirá que se limitaba á explicar el dogma de la metempsicosis? Pero este dogma que los filósofos no temian exponer en sus obras, suponía un tribunal que despues de nuestra muerte señalaba á nuestras almas los destinos buenos ó malos que tenian que cumplir.

que nos esperan despues de la muerte, y que se representan á los novicios los diferentes destinos que tienen los hombres en este mundo y en el otro. Parece tambien que el hierofanta les enseña, que entre el gran número de divinidades que adora la muchedumbre, unas son meros genios, que como ministros de la voluntad del Ser supremo, rigen bajo sus órdenes los movimientos del universo; y las otras fueron simples mortales, cuyos sepulcros se conservan todavia en muchos parages de la Grecia.

Segun estas nociones, ¿no es natural pensar que para dar una idea mas exacta de la divinidad, los institutores de estos misterios se esforzaron á mantener y conservar un dogma de que hay vestigios mas ó menos sensibles en las opiniones de casi todos los pueblos, el de un Dios, principio y fin de todas las cosas? Este es á mi pa-

Añado á esto una reflexion. Segun Eusebio, en las ceremonias de la iniciacion se presentaba el hierofanta con los atributos del demiurgo, es decir, del autor del universo. Tres sacerdotes tenían los del sol, de la luna, y de Mercurio; quizá los ministros subalternos representaban los otros cuatro planetas. Sea lo que fuese, ¿no se reconoce aquí al demiurgo sacando el universo del caos? ¿No es esta la pintura de la formacion del mundo tal cual la presenta Platon en su *Timeo*?

La opinion de Warburton es ingeniosa, y no se podria exponer con mas ingenio y sagacidad; sin embargo, como ofrece grandes dificultades, he tomado el partido de proponerla como mera conjetura. ®

recer el secreto augusto que se revela á los iniciados.

Otras miras políticas favorecieron tambien el establecimiento de esta asociacion religiosa. El politeismo era general, cuando se notaron los funestos efectos que resultaban á la moral, de un culto, en que se habian multiplicado los objetos para autorizar todas las especies de injusticias y de vicios; pero siendo grato al pueblo este culto tanto por su antigüedad como por sus mismas imperfecciones, lejos de pensar vanamente en destruirlo, se procuró balancearlo con una religion mas pura, que remediase los perjuicios que el politeismo hacia á la sociedad. Como la muchedumbre se contiene mas bien con las leyes, que con las costumbres, se creyó conveniente abandonarla á las supersticiones, cuyo abuso era facil contener: asi como debiendo los ciudadanos ilustrados ser conducidos mas bien por las costumbres que por las leyes, se creyó oportuno comunicarles una doctrina propia para inspirar virtudes.

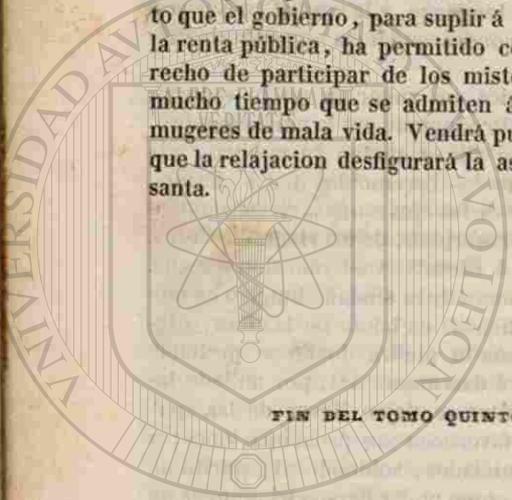
Con esto, añadia este discípulo de Platon, comprendeis ya, por que sacan á los dioses al teatro de Atenas; y es que los magistrados, libres de las falsas ideas del politeismo, están muy lejos de reprimir una licencia, que no puede chocar sino al pueblo, y este la toma á diversion.

Tambien comprendeis como dos religiones tan opuestas en sus dogmas, subsisten tanto tiempo en un mismo lugar sin desorden ni rivalidad; y es porque con dogmas diferentes, tienen el mismo language, y la verdad conserva al error aquella condescendencia que deberia exigir para sí.

Los misterios no anuncian en lo exterior mas que el culto adoptado por la muchedumbre: los himnos que allí se cantan en público, y la mayor parte de las ceremonias que se hacen, ponen delante de los ojos muchas circunstancias del rapto de Proserpina, de los viages de Ceres, de su llegada á Eleusis, y su mansion en ella. Las inmediaciones de la ciudad abundan en monumentos edificados en honor de la diosa, y todavía se enseña la piedra donde se pretende que se sentó á descansar. Así, por un lado las gentes ignorantes se dejan llevar de las apariencias que favorecen sus preocupaciones; y por otro los iniciados, subiendo al espíritu de los misterios, creen poder fiarse en la pureza de sus intenciones.

Sea lo que fuere la conjetura que acabo de referir, la iniciacion casi no es mas que una vana ceremonia; y así es que los que la han recibido no son mas virtuosos que los demas: todos los dias quebrantan la promesa que han hecho de abstenerse de volateria, pesca, granadas, ha-

bas, y de algunas otras especies de legumbres y frutas. Muchos de ellos han contraido esta obligacion sagrada por medios poco conformes á su objeto; pues casi en nuestros dias se ha visto que el gobierno, para suplir á los apuros de la renta pública, ha permitido comprar el derecho de participar de los misterios; y hace mucho tiempo que se admiten á la iniciacion mugeres de mala vida. Vendrá pues tiempo en que la relajacion desfigurará la asociacion mas santa.



FIN DEL TOMO QUINTO.

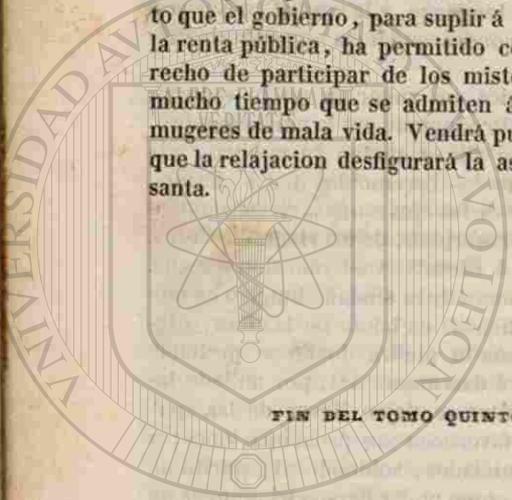
INDICE

DEL TOMO QUINTO.

CAP. LIX. Viage á la Atica. Agricultura. Minas de Sunio. Discurso de Platon sobre la formacion del mundo. 1

CAP. LX. Sucesos notables de la Grecia y de Sicilia, desde el año 357 hasta el de 354 antes de Jesucristo. Expedicion de Dion. Juicio de los generales Timoteo é Ificrates. Fin de la guerra social. Principio de la sagrada. 48

bas, y de algunas otras especies de legumbres y frutas. Muchos de ellos han contraido esta obligacion sagrada por medios poco conformes á su objeto; pues casi en nuestros dias se ha visto que el gobierno, para suplir á los apuros de la renta pública, ha permitido comprar el derecho de participar de los misterios; y hace mucho tiempo que se admiten á la iniciacion mugeres de mala vida. Vendrá pues tiempo en que la relajacion desfigurará la asociacion mas santa.



FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

DEL TOMO QUINTO.

CAP. LIX. Viage á la Atica. Agricultura. Minas de Sunio. Discurso de Platon sobre la formacion del mundo. 1

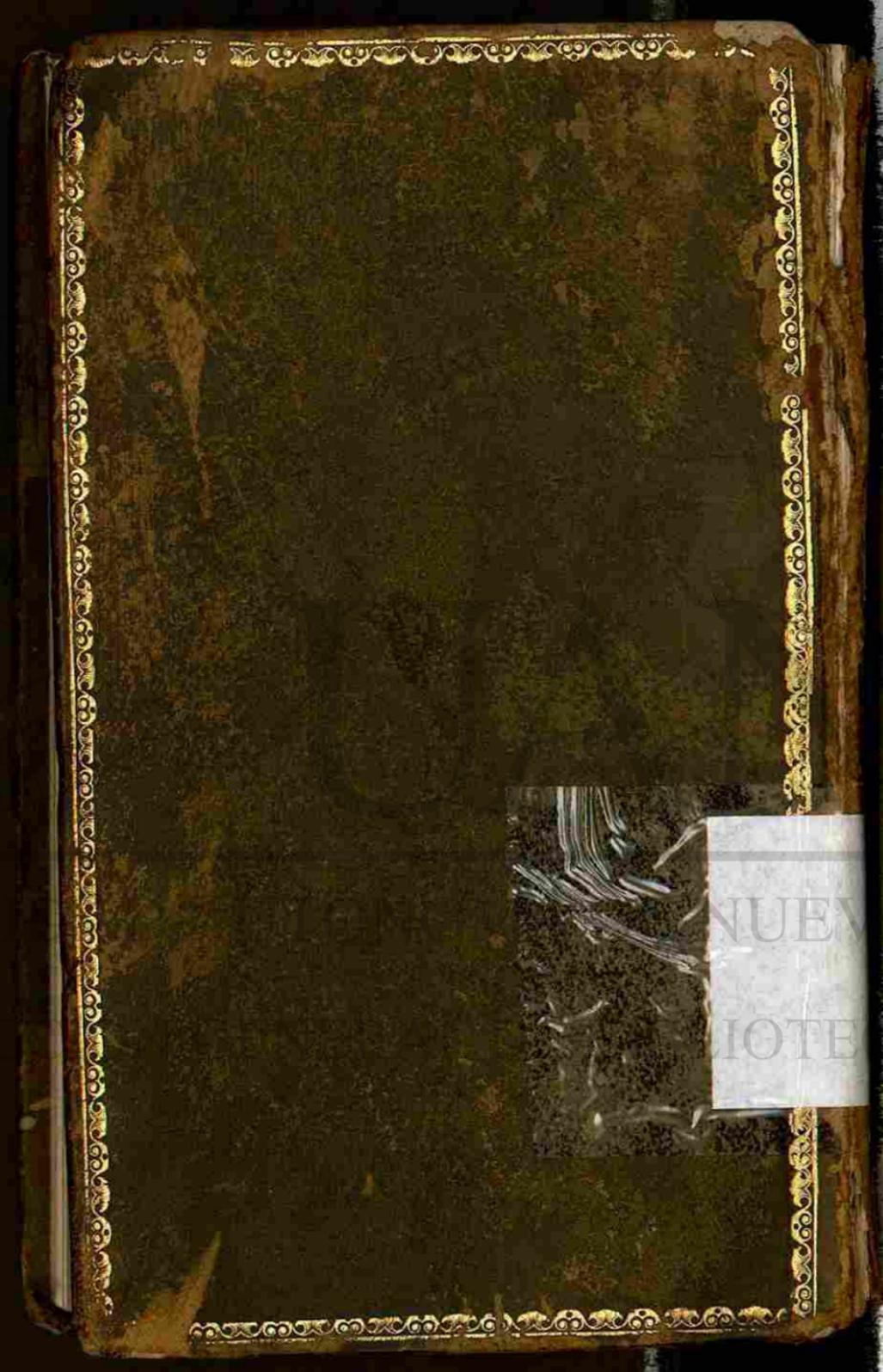
CAP. LX. Sucesos notables de la Grecia y de Sicilia, desde el año 357 hasta el de 354 antes de Jesucristo. Expedicion de Dion. Juicio de los generales Timoteo é Ificrates. Fin de la guerra social. Principio de la sagrada. 48

CAP. LXI. Cartas sobre los asuntos generales de la Grecia, dirigidas á Anacarsis y á Filotas, durante su viage á Egipto y Persia.	79
CAP. LXII. De la naturaleza de los gobiernos, segun Aristóteles y otros filósofos.	201
CAP. LXIII. Dionisio, rey de Siracusa, en Corinto. Expediciones de Timoleon.	259
CAP. LXIV. Continuacion de la biblioteca. Física. Historia natural. Genios.	275
CAP. LXV. Continuacion de la biblioteca. Historia.	333
CAP. LXVI. De los nombres propios usados entre los Griegos.	355
CAP. LXVII. Sócrates.	361
CAP. LXVIII. Fiestas y misterios de Eleusis.	414

FIN DEL INDICE.

IMPRESA Y FUNDERIA DE EVERAT.
CALLE DEL CADABANTE, 16.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEN

IOTE